

Avicena o la ruta de Isfahán

Gilbert Sinoué

Este libro está dedicado al profesor Vachon, a su formidable equipo de reanimación de enfermos infecciosos del hospital Bichat, y también a todos los internos, enfermeras, enfermeros, personajes anónimos que actúan en la sombra para prolongar la vida...

Me gustaría expresar aquí mi gratitud al doctor Georges Thooris. Con su amistad, paciencia y complicidad supo guiarme a lo largo de esa ruta que conduce a Isfahán. Yo podría ser prolijo en agradecimientos, pero me limitaré a decir que es uno de los escasos hombres dignos sucesores de Hipócrates.

Durante estos dos años de escritura, él fue Alí ibn Sina, yo he desempeñado, modestamente, el papel de Jozjani.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Esta obra se basa en un manuscrito auténtico, una especie de cuaderno de a bordo que fue redactado en lengua árabe por el discípulo de Avicena, Abú Obeid el-Jozjani, quien vivió a su lado durante veinticinco años.

Por razones prácticas, algunas notas a pie de página se han redactado, voluntariamente, en forma de «nota del traductor»; lo he hecho para diferenciarlas claramente de los comentarios personales de Jozjani.

El libro está dividido en maqamas. En la antigua lengua árabe, esta palabra servía para designar la reunión de la tribu. Más tarde, fue empleada para calificar las veladas a las que los califas omeyas y abasíes, de la primera época, invitaban a hombres piadosos para escuchar de su boca relatos edificantes. Progresivamente, el sentido fue ampliándose hasta que terminó por designar la arenga del mendigo que tuvo que expresarse con un lenguaje cuidado a medida que la cultura literaria, antaño privilegio de la corte, se extendía por el pueblo.

Aspecto político de Persia en tiempos de Avicena

En tiempos de Avicena, Persia está ocupada por los árabes desde hace casi tres siglos. Numerosas dinastías se reparten los jirones de lo que fue un imperio. Dos de ellas predominan e intentan hacerse con el poder: los samaníes y los buyíes. Pero, a contraluz, una tercera dinastía se aprovechará de sus disensiones: los gaznawíes, de ascendencia turca, que tenderá su capa sobre la mayoría del país.

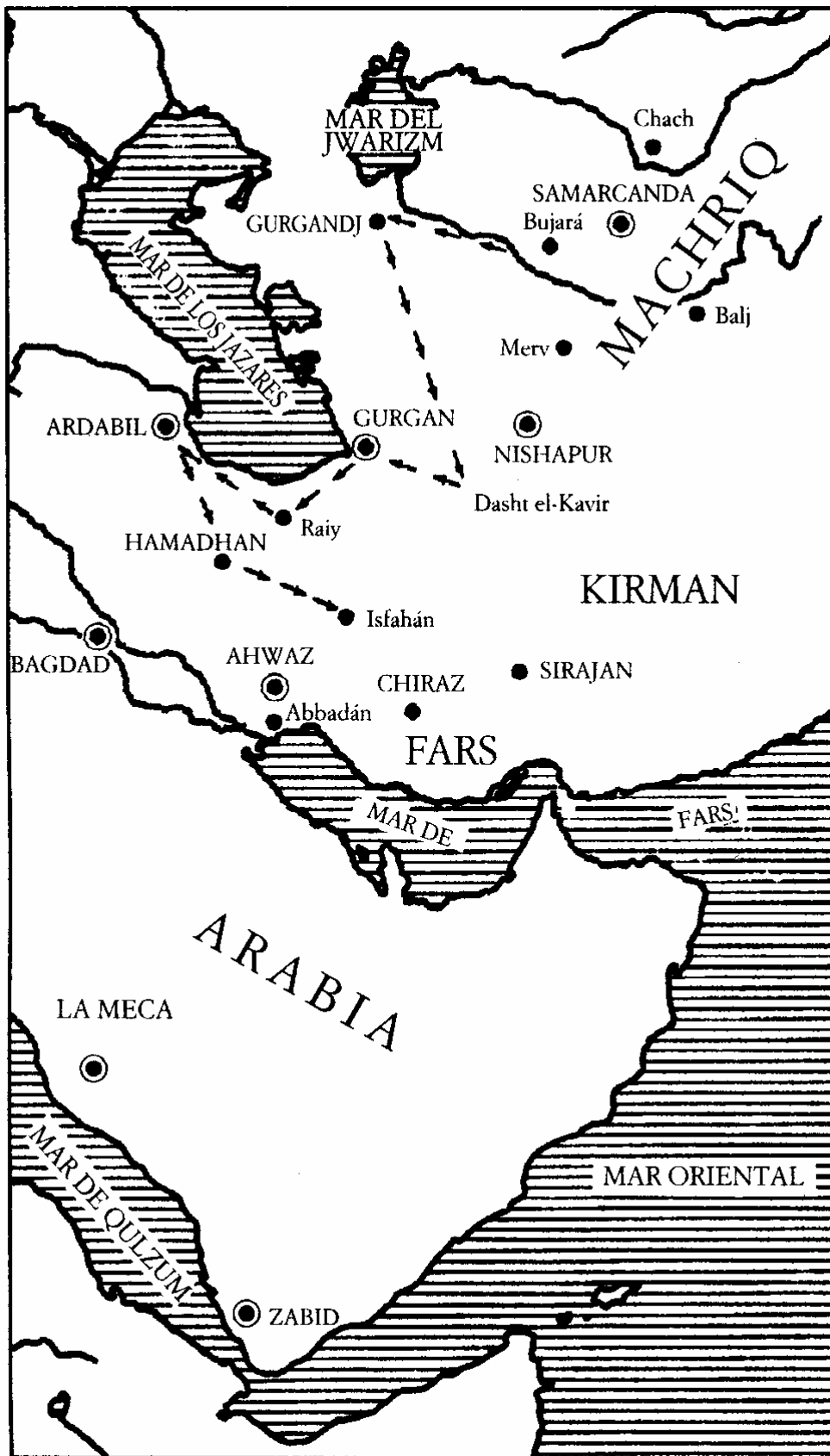
Aspecto religioso

Tres facciones. Las tres brotan del islam: el chiísmo, el sunnismo y el ismaelismo. Los sunnitas se consideran ortodoxos puros y consideran a las otras ramas como herejías.

En este universo complejo vio la luz y erigió su obra inmortal uno de los más grandes espíritus universales de nuestro tiempo.

En sueños vi al Profeta. Le pregunté: ¿Qué dices sobre Ibn Sina? Me respondió: es un hombre que pretendió llegar a Dios prescindiendo de mi mediación. Por lo tanto, lo escamoteé así, con la mano. Y entonces cayó en el infierno.

MAJD EL-DIN BAGHDADI



Itinerario de Avicena (según el geógrafo Mugadasī, s. x)



PRIMERA MAQAMA

*En nombre de Alá, el que hace misericordia,
el Misericordioso*

Yo, Abú Obeid el-Jozjani, te entrego estas palabras. Me fueron confiadas por aquel que fue mi maestro, mi amigo, mi mirada durante veinticinco años: Abú Alí ibn Sina, Avicena para la gente de Occidente, príncipe de los médicos, cuya sabiduría y prudencia deslumbraron a todos los hombres, ya fueran califas, visires, príncipes, mendigos, jefes guerreros o poetas. De Samarcanda a Shiraz, de las puertas de la Ciudad-Redonda a las de las setenta y dos naciones, de la magnificencia de los palacios a los humildes burgos de Tabaristán resuena todavía la grandeza de su nombre.

Le amaba como se ama la felicidad y la justicia, como se ama, y debo confesártelo, a los amores imposibles. Cuando leas lo que sigue, sabrás qué clase de hombre era. Te unirás a mi pensamiento. Que Alá te acompañe en tu camino.

Hoy te abandono a mi maestro.

Síguele sin temor. Mantén tu mano en la suya y, sobre todo, no la sueltes nunca. Te llevará por los caminos de Persia, siguiendo las postas caravaneras, hasta el extremo de los grandes oasis de Sogdiana, hasta los lindes del Turkeistán.

Síguele por la vasta meseta que compone mi país, tórrida unas veces, helada otras, por sus desérticas y saladas extensiones donde, de vez en cuando, surgirán para complacerte, en lujuriantes oasis, ciudades de belleza tan imprevista que te parecerá irreal. Las caravanas descubrirán, para ti, las gemas y las especias del país amarillo, las armaduras de Siria, los marfiles de Bizancio. En los bazares de Isfahán verás bajo tus pies las pieles, el ámbar, la miel y las esclavas blancas.

En las callejas comerciales de los zocos, las aletas de tu nariz se estremecerán con sus olores únicos y preciosos aromas. Dormirás bajo las estrellas, en los desiertos de piedra o en las laderas del Elburz, teniendo por todo decorado la cima del Demavend surcado por verticales estelas de nieve que intentan retener lo que de luz queda en el cielo.

Te acostarás entre los miserables y en el esplendor de los palacios.

Cruzarás olvidadas aldeas, de estrechas callejas y ciegas casas. Penetrarás el secreto de los poderosos, la intimidad de los serrallos, la voluptuosidad de los harenes. Verás cómo sufren por igual los príncipes y los mendigos y te convencerás así (si subsistiera una duda en tu espíritu) de que somos eternamente iguales ante el dolor. Como una yegua enloquecida, tu corazón saltará en tu pecho cuando tu amada te conceda el tesoro de su rostro desnudo a la claridad de las estrellas; pues amarás a más de una mujer, y más de una mujer te adulará. Aprenderás el desprecio ante la pequeñez de los poderosos, conocerás el respeto ante la grandeza de los pequeños.

Mira, hoy estamos ante Bujará, capital de la provincia de Jurasán, situada al norte del río Amú-Darí. Corre el verano de 998. Mi maestro apenas tiene dieciocho años...

El anciano el-Arudi yacía tendido sobre una estera de paja trenzada, con las manos unidas en su bajo vientre, el rostro carmesí, congestionado por el dolor.

—Está así desde hace varios días —susurró Salwa, su esposa. Era una kurda de piel mate, procedente de la región de Harki-Oramar.

Inclinándose hacia su marido, dijo con solicitud:

—El jeque ha venido a curarte.

La única reacción de Abú el-Hosayn fue un gemido de dolor.

Ibn Sina se arrodilló junto a él y palpó su muñeca, con la palma vuelta hacia arriba, en el lugar exacto donde las arterias rozan la piel. Cerró los ojos para concentrarse mejor y permaneció así largo rato, con los rasgos fijos y tensos; luego volvió la palma hacia abajo.

—¿Es grave? —Se inquietó Salwa.

Alí no respondió. Arremangó lentamente la camisa empapada en sudor y apartó las manos que el enfermo mantenía crispadas sobre su bajo vientre. Palpó largo rato, con precaución, la región suprapúbica; estaba hinchada como un odre.

—El-Arudi, hermano mío, ¿cuánto hace que no orinas?

—Tres, cuatro, seis días, ya no lo sé. Y no obstante, el Invencible lo sabe, no es por falta de ganas ni porque no lo haya probado.

—¿Es grave?

Esta vez la pregunta la hacía la hija de el-Arudi, que acababa de entrar discretamente en la alcoba. Tenía apenas quince años, pero poseía ya todos los florecidos misterios de la mujer. Tenía la piel muy mate, como su madre, los ojos almendrados y un rostro muy puro, enmarcado por una espesa cabellera negra que le caía hasta las caderas.

Ibn Sina le dirigió una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y prosiguió su examen, concentrándose esta vez en la verga del hombre y examinándola en toda su longitud. Tomó de su zurrón un instrumento —un perforador de hierro templado, con un extremo triangular, aguzado, unido a un mango de madera— y algunas flores de adormidera blanca, beleño y áloe, tendiéndolas a la muchacha.

—Toma, Warda, prepárame una decocción y pon a hervir agua.

—Hijo de Sina, por compasión, alivia mi pena —gimió el kurdo acercando su mano al vestido de Ibn Sina; lo que, según la costumbre, era actitud de plegaria y signo de angustia.

—Si place al Altísimo, así se hará, venerable Abú el-Hosayn.

—¿Pero qué le pasa? —interrogó Salwa uniendo y separando nerviosamente sus manos.

—La vía que permite la salida de la orina está obstruida.

—¿Y cómo es posible?

—En ciertos casos, la causa de la obstrucción puede deberse a un excesivo desarrollo de lo que nosotros llamamos la «glándula que está delante»* o a la presencia de una piedrecita formada por concreción de sales minerales. La de tu esposo se debe a la segunda causa.

—Hijo de Sina, nada comprendo de tus concreciones, nada tampoco de esa «glándula que está delante». Pero sin duda hablas un lenguaje incomprensible para los mortales porque tus palabras deben de proceder de más arriba. Salvarás, pues, a mi marido.

—Si a El le place —repitió Ibn Sina con mansedumbre.

Warda había regresado, y le tendió un pocillo de arcilla donde se maceraba la decocción, así como un gran bol de agua hirviendo.

Alí levantó lentamente la cabeza del enfermo y acercó el pocillo a sus labios.

—Tienes que beber esto...

—¿Beber? Pero jeque el-raís, ¿no ves que mi vejiga parece la ubre de una vaca dispuesta a amamantar? No resistiría ni una sola gota más.

—No temas. Esta gota te aliviará.

Abú el-Hosayn bebió el líquido lamiendo como un gato, y se dejó caer de espaldas, agotado por el esfuerzo.

—Ahora démosle al medicamento tiempo para actuar.

El médico zambulló su instrumento en el agua que humeaba todavía y tomó de nuevo el pulso del enfermo. Pronto pudo advertir que los latidos de la arteria se apaciguaban, que los rasgos del paciente, dominados hasta entonces por el dolor, se relajaban. Arrodillada junto a su padre, Warda no separaba sus ojos de Alí. Había en sus pupilas toda la veneración del mundo.

—Ven, Warda, ayúdame a desnudarle.

Instantes más tarde, el-Arudi estaba como el día en que había llegado al mundo.

Alí buscó de nuevo en su zurrón y sacó un hilo bastante grueso que anudó en torno al miembro. Hecha la ligadura, tomó el perforador.

Abú el-Hosayn había cerrado los ojos, parecía dormir.

—¿Por qué has atado su miembro? —se inquietó Salwa.

—Para evitar que la piedra que hay en el canal urinario se escape regresando hacia la vejiga. Ahora necesito vuestra ayuda: tú, Salwa, y tú también, Warda, cada una por su lado, coged sus brazos.

Asegurándose por última vez de que las flores de adormidera habían insensibilizado los miembros del enfermo, levantó la verga. Con el pulgar y el índice abrió el meato e introdujo, lentamente, la acerada punta en la uretra, hasta que advirtió una resistencia.

—Creo que he encontrado la piedra. Ahora tendré que perforarla o romperla.

* Ibn Sina se refería, sin duda, con esta fórmula, a la próstata. (N. del T.)

Hizo girar varias veces el instrumento, de izquierda a derecha primero, de derecha a izquierda luego, deteniéndose de vez en cuando como si intentara leer en el cuerpo del enfermo.

Su frente se humedecía de sudor, le había invadido cierta tensión, pero sus gestos seguían siendo de gran precisión.

—Creo que he perforado la piedra...

Con las mismas precauciones que había empleado en la intromisión, retiró el perforador. Unas gotas de orina, teñidas por filamentos sanguinolentos, brotaron del meato. Allí desanudó entonces la ligadura y el líquido brotó enseguida, en un chorro poderoso y regular. Allí comprimió el miembro. Algunos restos oscuros se mezclaron con la orina.

—Ahora todo irá bien —declaró palpando satisfecho el bajo vientre del anciano—. El globo vesical ha desaparecido y la región suprapúbica recupera su aspecto normal.

—¡Bien mereces el título de jeque el-raís, maestro de los sabios! —exclamó Salwa—. ¡Que Alá te dé mil años de vida!

—Te lo agradezco, mujer. Pero me bastaría con la mitad.

El-Arudi se movió un poco en la estera antes de sumirse otra vez en su sopor.

Ibn Sina tendió a Salwa unas semillas de adormidera.

—Cuando se ponga el sol, hazle beber una segunda decocción y agua de rosas. En su enfermedad, beber es un factor de curación.

—Cuando pienso que eras tú, ayer, quien se inclinaba ante los adultos y que hoy, reinas como señor sobre sus canosos cráneos...

—Perdóname, querida Salwa, pero no recuerdo haberme inclinado ante nadie.

—Hijo mío, si no temiera azuzar más todavía tu orgullo, te diría que lamentablemente es cierto. Ya en tus mismos pañales mantenías un porte real. ¡Pero no importa! Todo te es perdonado, pues, como dice el Libro: «Al que devuelva la vida a un hombre, se le tendrá en cuenta como si hubiera devuelto la vida a toda la humanidad...»

Alí comenzó a ordenar su zurrón.

—Espera, tengo algo para ti —dijo la mujer.

El quiso protestar, pero ella había desaparecido ya.

Warda se levantó a su vez.

—No te lo he agradecido todavía —dijo tímidamente.

—Es inútil. Sé que todas las palabras están en el silencio de tu corazón.

La adolescente bajó la mirada como si le avergonzara comprobar, una vez más, que podía leer en ella con mucha facilidad.

—Esto es para ti.

La mujer de el-Arudi había regresado y le tendía un objeto. Era una jarmek, una pequeña bola de cristal azulada colgada de un cordel. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ella se lo había puesto al cuello, anudándola.

—Así, ni la maledicencia de los malvados, ni los demonios, aunque sean tan temibles como el terrible dragón que mató al intrépido Rustam*, tendrán poder sobre ti.

—¿Sabes?, no creo demasiado en el mal de ojo. Pero, siendo éste tu deseo, te prometo que tu presente me acompañará mientras viva.

—Créeme, hijo mío, cuando el Creador da a un solo ser el genio y la belleza de muchos miles, ese hombre deberá temer incluso el brillo del sol. Warda —continuó, sentándose a la cabecera de su esposo—, sírvele a nuestro huésped un vaso de té. Debe de estar sediento.

—No te enojas, pero es tarde y me esperan invitados en casa de mi padre.

La mujer de el-Arudi se inclinó.

—En ese caso, la paz sea contigo, hijo de Sina. Verdaderamente, eres alguien muy especial.

—Y contigo sea la paz —y volviéndose hacia Warda, preguntó—: ¿me acompañas hasta el umbral?

La muchacha asintió con conmovedora espontaneidad.

Una vez fuera, bajo los primeros rayos del ocaso, la muchacha supo, sin que fuera necesario decir la menor palabra, que también él había aguardado aquel momento.

—¿No es muy penoso tu trabajo en el hospital? —preguntó con cierta torpeza.

—La enseñanza y el trabajo tienen valor de plegaria. Iluminan el camino del Paraíso, nos protegen contra los errores del pecado, pero... —añadió muy deprisa—: a veces también el pecado tiene valor de plegaria... Warda, mis ojos...

* El equivalente, entre los occidentales, de Hércules o Aquiles. (*N. del T.*)

Turbada, la muchacha entornó los párpados acercándose a él. Velada por el vestido, se adivinaba la firme curva de sus pechos que se agitaban al ritmo de su respiración, bruscamente acelerada.

Desde que la familia Sina había salido de Afshana para instalarse aquí, en Bujará, a un tiro de piedra de su casa se había sentido atraída por él. Cinco años ya... cinco años de recuerdos dulces como la miel.

—Dame el agua de tu boca... —susurró la muchacha.

Él tomó su muslo bajo la cruda lana. Ascendió lentamente hacia la curva de sus caderas y la atrajo hacia sí. Sus bocas se mezclaron con dulzura, se separaron para reunirse con mayor fervor. Sus ropas se habían convertido para ellos en una insoportable ofensa. Él habría querido fundirse en ella, derribar la delgada muralla tejida, el último obstáculo que separaba sus pieles; fuera de sí, intentó separarse, pero ella le retuvo con toda la fuerza de sus quince años.

—Oh, rey mío, no te vayas, todavía no.

—Has bebido de mi boca, Warda. Y ahora soy yo quien tiene sed, una sed que abraza mi cuerpo y consume mis labios. Tienes que guardarte, Warda. Debemos guardarnos de nuestra fiebre. Mañana... más tarde.

Pero ella quiso estrecharse contra él.

—Bebe, bebe de mí —suplicó la muchacha.

—No, alma mía. A mi cuerpo no le bastaría ya el arroyo de tus labios. Necesitaría el océano para calmar su deseo. Debemos guardarnos. Después, ya no podríamos.

Repitió:

—Mañana, más tarde...

—Pero lo quiero, corazón mío...

Él agitó la cabeza y, furtivamente, le dio un beso en la frente antes de huir deprisa.

Los invitados se habían reunido en el jardincillo de la pequeña casa de adobe, alrededor de una mesa dispuesta bajo un techo de parras.

En el lugar del anfitrión estaba Abd Allah, el padre de Alí. Tenía unos sesenta años y era de una delgadez poco común y una constitución enteca que se había acentuado con la edad. La barba muy blanca, cortada en punta, enmarcaba un rostro anguloso, y en sus ojos había una bondad natural que, al parecer, nada habría podido alterar. Había nacido en Balj, una de las cuatro capitales de la provincia de Jurasán. Había abandonado muy pronto la ciudad para dirigirse a Karmaithan, no lejos de Bujará, donde había vivido algunos años. Se había dirigido luego a una aldea cercana a Afshana, donde había conocido a la que sería su esposa. Tras el nacimiento de sus dos hijos, la familia se había instalado en Bujará. Abd Allah fue nombrado allí recaudador de impuestos, función que seguía desempeñando al servicio del soberano reinante, el segundo de los Nuh.

A su lado, estaba su hijo menor, Mahmud, de trece años.

Aunque de aspecto bastante endeble, el hermano de Ibn Sina parecía mucho mayor. Una cara redonda y sus rizados cabellos le daban, en apariencia al menos, un aspecto despierto y risueño, desprendido de las cosas.

—¿Alguien desea otra torta?

Setareh, la madre de Alí, acababa de hacer su aparición. Alta, morena, casi longilínea, vistiendo ropas de lana cruda, se movía lentamente y su rostro, apenas arrugado, exhalaba cierta nobleza. Su nombre significaba «estrella».

Ofreció un plato a los invitados.

Mahmud levantó la mano espontáneamente.

—Hermano, ¿acaso nunca te hartas? —preguntó Alí con sonrisa burlona.

—Tienes poca memoria, hijo mío —gruñó Setareh—, a su edad tú te comías toda una palma datilera, con el tronco incluido.

—Tal vez, pero yo le he sacado provecho —repuso Alí, voluntariamente superior—. Mientras que él —y señaló a su hermano con el dedo— devora sin obtener beneficio alguno. Su cintura es delgada como un cabello. Una ráfaga de viento puede levantarlo.

Los invitados soltaron la carcajada al ver la ofendida cara de Mahmud.

Desde siempre, el último día del mes, la mayoría de los intelectuales de Bujará acostumbraba a reunirse en la mansión de los Sina. Aquella noche, eran cuatro.

Hosayn ibn Zayla, el alumno preferido de Ibn Sina.

Un hombre de unos sesenta años, con el rostro ensombrecido por un delgado collar de barba cenicienta, llamado Firdussi. No era un habitual de la casa. Era de Tüs, un cantón de

Jurasán, y estaba de paso en la región para solucionar un asunto de intereses hipotecarios. Se le consideraba un prestigioso poeta.

Allí estaba también un músico, el-Mughanni. Pero, sobre todo, un personaje que todos consideraban aquí uno de los espíritus más dotados de su tiempo, Ibn Ahmad el-Biruni. Le llamaban ya el-ustaz, el maestro. Tenía siete años más que Alí y había abandonado su Uzbek natal para ponerse al servicio del emir Nuh, el segundo. Fue él quien salió en defensa de Mahmud.

—¡Que sólo mi uña me rasque la espalda, que sólo mi pie entre en mi alcoba! Mahmud, hijo mío, no hagas caso de esos envidiosos, que se metan en sus asuntos.

—Tienes razón, maestro el-Biruni, pero sus palabras me son tan indiferentes como mosquitos en el pico del halcón.

Y, dirigiéndose a su madre con maliciosa sonrisa, dijo:

—Mamek, ¿me das otra torta?

—Debo confesar que son deliciosas —observó el músico—. Nunca habría pensado que unas tortas sin levadura tuvieran tanto sabor. ¿De dónde procede la receta?

La madre de Ibn Sina bajó la mirada. Habría dicho que la pregunta la turbaba.

—¡Oh, es una antigua costumbre!... Mi madre la recibió de su madre que, a su vez, la recibió de sus lejanos antepasados.

—Es curioso, de todos modos —dijo el joven Mahmud—, sólo cocinas estas tortas una vez al año. ¡Con el éxito que tienen, podrías ser más generosa!

Setareh lanzó una confusa mirada a su esposo y, para recuperar su dominio, comenzó a quemar algunas bolitas de incienso.

—¡Porque es así! y, además, deja tranquila a tu madre. Tus preguntas son tan irritantes como el zumbido de las moscas.

Algo sorprendido por la reacción de su padre, el muchacho se acurrucó cariacontecido en un rincón del diván.

—Venerable Firdussi, ¿cómo está la buena ciudad de Tüs? —preguntó el-Biruni.

Firdussi tomó algunas almendras de los numerosos platos colocados en la gran bandeja central, de cobre cincelado, antes de responder con cierto cansancio:

—El río de Harat sigue desafiando al sol y los contrafuertes de Binalud dominan, todavía, el mausoleo del amado Harum el-Rashid. La ciudad de Tüs está bien.

—¿Y las tortugas? —se apresuró a preguntar el hermano menor de Alí—. Se dice que allí algunas son tan grandes como carneros y que...

—Hijo mío —interrumpió Abd Allah—, atribuiré a la juventud la insignificancia de tu pregunta. Esta noche tenemos la suerte de tener bajo nuestro techo a uno de los mayores poetas de nuestra historia y sólo se te ocurre preguntarle noticias de su ciudad. ¡Pregúntale, mejor, sobre la colosal obra que está redactando! ¿Sabes, al menos, de lo que hablo?

Mahmud, turbado, movió la cabeza.

—De un poema, hijo mío. Pero de un poema que, por su importancia, desafía la imaginación.

Inclinándose hacia Firdussi, preguntó:

—¿De cuántos versos se compone?

—Hoy tiene treinta y cinco mil. Pero estoy sólo a la mitad.

Impresionado, Alí preguntó a su vez:

—Me han dicho que te inspirabas en el *Khvatay-namak*, una historia de los reyes de Persia desde los tiempos míticos. ¿Es cierto?

—Exactamente. Y la traducción de ese texto escrito en pahlavi, me plantea grandes problemas.

—¿Cuándo piensas terminar la obra?

—Lamentablemente, no antes de diez años. Habré trabajado, pues, casi treinta y cinco. ¡Pero, a fin de cuentas, sólo representa un grano de arroz comparándolo con la eternidad!

Un murmullo de admiración recorrió a la concurrencia.

—Treinta y cinco años de escritura... —murmuró el músico—. Si tuviera que hacer vibrar mi laúd durante tanto tiempo, creo que acabaría cantando solo. Me pregunto de dónde saca el hombre la energía necesaria para llevar a cabo tan prodigiosos trabajos.

Firdussi hizo un ademán evasivo.

—Del amor, hermano mío, sólo del amor. Empecé la obra por los ojos de mi única hija. Vendiendo el texto a uno de nuestros príncipes, pensé obtener para ella una dote conveniente. Lamentablemente, la dote ha ido transformándose en herencia.

—¿Has decidido ya el título que darás al poema?

—El *Shah-nameh*... El Libro de los Reyes. A veces, cuando pienso en el largo camino que me aguarda, un estremecimiento de temor invade mi espíritu. Por lo tanto, cambiemos de tema: maestro el-Biruni, hablemos del emir. ¿Es cierto que su salud se deteriora cada día más?

—Es cierto. Y nadie lo comprende.

—¡Está rodeado de analfabetos, de lagartos apergaminados!

Señaló a Alí.

—Y, sin embargo, allí tenéis a quien podría arrancar a Nuh de las garras de la enfermedad. ¿A qué aguardan para venir a buscarle? Tú, maestro el-Biruni, que conoces los secretos de la corte, debes de saberlo.

—Lamentablemente, sé tanto como vosotros. No han desdeñado los consejos de sabio alguno. Cuando propuse los servicios de tu hijo, sus rostros se cerraron como si hubiera injuriado el Santo Nombre del Profeta. No comprendo su actitud.

Firdussi movió la cabeza con tristeza.

—Envidia, estupidez... Son hombres que sólo sirven para alargar su cuello*, únicamente guiados por su propio interés.

—¿Y el de su paciente? Es absurdo, contraría los sagrados principios de la medicina.

—Sin duda les asusta mi juventud —dijo Alí con una sonrisa.

—¡Querrás decir que les aterroriza! —repuso el-Biruni—. Si, por desgracia para ellos, lograra salvar al soberano, la estancia en palacio de esos vejesterios con turbante disminuiría sensiblemente. Sin embargo, estoy convencido de que no es ésta la única causa de su rechazo; sin duda, debe de existir otra cosa.

—¿Está al corriente el emir de su actitud asesina?

—Nuh el segundo está casi en coma. Apenas si capta todavía los latidos de su corazón.

El-Biruni prosiguió:

—Pero no está sólo en peligro la salud del emir; también lo está su poder.

—Era previsible —dijo Abd Allah—. Desde hace algún tiempo su situación es deudora. Imploró la ayuda de los *gazanawíes***, esos turcos piojosos, y la obtuvo. A cambio, se vio obligado a ceder la prefectura de Jurasán a Subuktegin y a su hijo Mahmud, al que llaman ya rey de Gazna. Subuktegin murió, y Mahmud deja ya adivinar un feroz apetito.

Firdussi suspiró:

—Desde la conquista árabe y la caída de los abasíes, corremos hacia el abismo. Nuestra tierra está fragmentada. Samaníes, buyíes, ziaríes, kakuyíes, dinastías y reyezuelos que reinan en plena confusión. Y a la sombra..., el águila turca que se burla de nuestros señores y aprovecha sus divisiones. En realidad, todo esto no habría ocurrido si, para reforzar sus armadas, no hubieran comprado legiones enteras de esclavos, turcos en su mayor parte. Les permitieron instalarse impunemente en los más altos puestos, nombrándoles, a diestro y siniestro, general, escudero o mariscal de la corte, cediendo a todas sus exigencias. En conclusión, nuestros príncipes parieron un dragón que se dispone a devorarles.

—Ah... —suspiró Abd Allah echando hacia atrás la cabeza—, qué clarividente fue el Profeta cuando dijo: «Los pueblos tienen los gobiernos que merecen...»

Todos aprobaron unánimemente las palabras de su huésped. Y la discusión se centró en el incierto futuro de la región. Ibn Sina y el-Biruni eligieron aquel momento para retirarse discretamente a un rincón del patio. El aire nocturno era suave y olía intensamente a almizcle seco. Alí señaló un lugar en el firmamento.

—El velo de siete colores...

—¿Por qué dices eso?

—Según la creencia popular, el universo está compuesto por siete cielos: el primero es de piedra dura, el segundo de hierro; el tercero de cobre; el cuarto de plata; el quinto de oro; el sexto de esmeraldas, y el séptimo de rubíes.

—Es original, pero reconozcamos que no demasiado científico.

Hasta el lugar donde se hallaban, llegaban apasionadas voces, fragmentos de frases mezcladas con el tranquilizador canto de una fuente.

Con afectuoso movimiento el-Biruni posó su mano en el hombro de Alí.

—No nos entreguemos a la filosofía. Es un ejercicio que turba los humores. Dime, más bien, cuáles son tus proyectos. Me han hablado de una obra que estás escribiendo, ¿o son sólo rumores?

* Expresión que significa, también, postular, aspirar al poder. (*N. del T.*)

** El nombre de esta dinastía tiene su origen en la ciudad de Ghazna hoy Ghazni, al sur de Kabul, en Afganistán. (*N. del T.*)

—Es cierto que la escritura me obsesiona. Pero no me atrevo todavía. Cuando se ha conocido a Aristóteles, Hipócrates o Ptolomeo, uno se siente muy pequeño, aunque le pese.

—No me tienes acostumbrado a tanta modestia, hijo de Sina. ¿Debo recordarte tu ingenio? A los diez años ya sabías, de memoria, los ciento catorce suras del Corán. Y no mencionaré lo que hiciste sufrir a tu infortunado preceptor.

Alí hizo un gesto de despecho.

—¿El-Natili? Era un asno. Un incompetente.

—Más de un maestro lo hubiera sido a tu lado. Puedes imaginar qué molesto es para un profesor tener que enfrentarse con un alumno que no sólo asimila las materias con desconcertante facilidad, sino que además corrige sus enunciados y resuelve, mejor que él, las dificultades.

—Del divino Aristóteles sólo recordaba la puntuación y aún comprendía menos la geometría de Euclides.

—Olvidemos pues al pobre el-Natili que, por otra parte, presentó muy pronto su dimisión a tu padre. ¿Qué piensas de tu desempeño en el examen de medicina de la escuela de Yundaysabur? No me contradirás si te digo que quedo grabado en más de una memoria.

—De eso hace dos años...

—El 20 de du-l-qa'da precisamente... Sé de memoria cada detalle. La sala estaba llena de gente, eran muchos los que hablan acudido de toda la región para escuchar a aquel prodigio de dieciséis años. Me han dicho que había allí médicos de todos los orígenes, judíos, cristianos, mazdeos, algunos de aquellos ancianos sabios de rostro arrugado y los rasgos apergaminados por el saber. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Recuerdo, sobre todo, que el corazón galopaba en mi pecho.

—Y sin embargo, aquel día hablaste y los rostros se iluminaron. La exposición que hiciste sobre el estudio del pulso, la extraordinaria concisión con que describiste sus distintos aspectos, cinco más que Galeno, impresionó todos los espíritus.

—Es cosa de intuición y de percepción. Sin duda el Altísimo debió de dictarme las palabras.

—Mecanismo de la digestión, establecimiento del diagnóstico por el examen de la orina, meningitis, regímenes para los ancianos, utilidad de la traqueotomía. ¿Es también de intuición y percepción? Al tratar de la apoplejía, revolucionaste a la concurrencia afirmando que se debía a la oclusión de una vena del cerebro, lo que, al mismo tiempo, cuestionaba la teoría de Galeno. ¿Cosa de intuición y percepción, también?

—No voy a decirte que la aparente facilidad no se obtenga a fuerza de trabajo. Pero cambiemos de tema y háblame de ti. ¿Sigues pensando en abandonar Bujará?

—Nuh el segundo es un benefactor para mí. Mi primer benefactor. Pero tengo ya veinticinco años y me devora la fiebre de los viajes. Para decírtelo todo, me voy mañana.

Alí levantó las cejas.

—Sí, tienes derecho a sorprenderte. Además, eres el primero en saberlo. Me dirigiré a la corte de Gurgan, junto al emir Kabus; ha regresado del exilio. Me parece, que allí, el clima será propicio para la escritura, pues no te oculto que también yo pienso seriamente en componer una obra importante que trate, entre otras cosas, de los calendarios y las eras, de problemas matemáticos, astronómicos y meteorológicos. Después...

—Te pones pues al servicio del «cazador de codornices»... Sin embargo, tiene fama de ser un príncipe de gran crueldad.

—Tal vez sea cierto. ¿Pero pueden elegir a sus señores los hombres como tú y como yo? Somos sólo briznas de paja bajo el soplo de nuestros protectores.

—Por tu parte no lo sé, el-Biruni, pero puedo asegurarte que algunos soberanos, por generosos que sean, nunca me tendrán a su servicio: los turcos, por ejemplo. El hijo de Sina nunca doblará el espinazo ante un gaznawí.

—Todos vemos el sol donde queremos... Pero, volviendo al cazador de codornices, me gustaría señalar que su crueldad no es el único rasgo de su personalidad. Ha conseguido gran fama como sabio y poeta. Pero, pensándolo bien, ¿por qué no me acompañas a Gurgan? Kabus se sentiría, no me cabe duda, muy honrado. Además, tendrías un salario mucho más confortable que el que te pasa actualmente el hospital de Bujará.

—Tu invitación me conmueve. Pero sólo tengo dieciocho años y debo permanecer junto a mis padres. Si saliera de Jurasán, me parecería abandonarles. Pero no lo dudes, suceda lo que suceda, estés donde estés, te llevaré en el corazón.

—Lo mismo haré yo. Seguiremos en contacto, nos escribiremos mientras el Altísimo lo permita.

—¿Estáis rehaciendo el mundo, vosotros dos?

La voz perentoria de Abd Allah interrumpió a ambos jóvenes.

Alí respondió sonriente:

—No, padre, preparamos uno nuevo.

—Pues bien, dejadlo por un momento y venid a escuchar el laúd de el-Mughanni. Es, a veces, saludable distraerse de la gravedad de las cosas.

Las primeras notas animaban ya la noche. Regresaron junto al grupo y Alí fue a sentarse junto a Setareh. Espontáneamente, tomó la mano de su madre en la suya y cerró los ojos, abandonándose a la magia de la música.

La parra apenas se movía bajo la brisa ligera y a la vez preñada con los olores nocturnos. Se adivinaba el puro canto de la fuente que corría secretamente al encuentro del laúd para confundirse con él, anudarse a sus cuerdas aumentando el hechizo del momento. Entonces, tras sus cerrados párpados, Alí comenzó a soñar con el rostro angélico de Warda.



SEGUNDA MAQAMA

Alí apagó de un soplo la lámpara de aceite y apartó su libro con gesto brusco.

Furioso, miró fijamente hacia el jardincillo sobre el que temblaban ya las primeras rojeces del alba.

Había leído cuarenta veces aquella *Teología* de Aristóteles. Se sabía de memoria cada línea, cada recodo. Y, sin embargo, seguía siéndole inaccesible. Dos años antes, gracias a una obra de el-Farrabi adquirida a un precio irrisorio en la librería de Bujará, había creído desvelar por fin los secretos del filósofo griego. Pero no. Debía confesarse vencido. El velo, levantado por unos instantes, había caído de nuevo cubriendo de tinieblas su espíritu.

Contradicciones. Confusiones. ¿Cómo era posible? Aristóteles era, para él, el genio, la ciencia perfecta. El supremo dominio. Había sido su maestro desde siempre. Y su maestro le decepcionaba. Aquella mera idea hacía nacer en Alí un sentimiento de rebeldía y de cólera. Prefería convencerse de que era el discípulo quien carecía de clarividencia*.

Tomó la jarra de vino especiado y apuró las últimas gotas. Luego, tras vacilar un momento, se levantó y sacó del cofre de cedro puesto contra la pared una alfombra de seda.

La plegaria, pensó. Siempre le había sido saludable. Cada vez que se había enfrentado a un largo problema, había hallado el camino en el soberano silencio de la mezquita. Alá es el espejo. Es el supremo reflejo de la verdad.

Desenrolló la sedjadeh y se mantuvo de pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, vuelto hacia La Meca.

Cerrando los ojos, recitó el prelude del acto sacro: Dios es Grande, y declamó luego la *fatiha*. Con grácil y armónico movimiento, inclinó el tronco hasta que sus palmas rozaron sus rodillas, se arrodilló, tocando el suelo con la frente, y poniéndose otra vez de pie levantó las manos.

—No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.

Allí, en la lejanía, Bujará despertaba. Pero, sumido en su plegaria Alí no lo oía. No oyó, tampoco, la puerta que se entreabría ante su padre.

Abd Allah penetró en la estancia y se instaló en el borde de la cama, aguardando pacientemente a que su hijo concluyera su acción de gracias antes de interpellarle.

—Estoy harto de ti —comenzó con voz firme.

Alí alzó una sorprendida mirada hacia el anciano que proseguía:

—Ignoro si eres consciente del modo en que vives. Corres hacia el agotamiento. Tienes dieciocho años. Raras veces te acuestas antes del alba y sólo duermes una hora o dos.

Se interrumpió, señalando los manuscritos esparcidos sobre la mesa.

—Sólo el Altísimo sabe a dónde te llevará tu búsqueda. La considero benéfica. En cambio, esto...

Su índice señaló la jarra.

—¡Esto... es el diablo! ¿Crees que podrás conservar mucho tiempo tu lucidez?

Alí movió la cabeza con cierto despecho.

—Padre, te lo he dicho ya. El vino es un estimulante indispensable para mi concentración.

—Y sin embargo, sabes qué respondió el Profeta cuando le preguntaron sobre la cuestión: ¡no es un remedio, es una enfermedad!

—La ciencia nos explica que lo nefasto para uno puede ser benéfico para su hermano.

—¡*Charta parta!* ¡Paparrucha! Te recuerdo también que Mahoma opinaba que al bebedor inveterado debían administrársele cuarenta golpes de rama de palmera. Y sabe que, pese a tus dieciocho años y tu altura de camello, tengo el brazo lo bastante firme todavía para aplicarte el castigo.

Alí posó una enternecida mirada en el anciano.

* En realidad, lo que Ibn Sina creía la *Teología* de Aristóteles eran, de hecho, algunos extractos de las *Enéadas* de Plotino, atribuidas erróneamente al filósofo griego. Ese error de atribución gravitará sobre toda su obra filosófica. (*N. del T.*)

—Padre, conozco tu fuerza. Haré lo que pueda, pues. Desde hoy, beberé vino de Busr en vez del de Tamr, dicen que es más suave.

Abd Allah guardó silencio durante algún tiempo antes de contestar, con voz más suave.

—En realidad, hijo mío, no eres responsable por completo. Los peligros del vino son culpa de esos comerciantes cristianos y judíos. Si no se hubieran asociado para importar esa infame decocción del interior de Egipto o de Damasco, el islam mantendría todavía su pureza. ¡Que ardan pues y que sus mancillados cuerpos se vean reducidos a cenizas en las brasas!

Alí asintió con ligera sonrisa.

—Me hubiera gustado proseguir el diálogo, pero se hace tarde. El bimaristán* me aguarda. También debo visitar a nuestro vecino.

—Ve pues, hijo mío —murmuró Abd Allah con cierto cansancio—. Y que el Invencible te proteja de las tentaciones de este bajo mundo...

Una hora más tarde, Atí llegaba a la vista del hospital. El sol, en aquel comienzo de du-1-hiyya, no había llegado todavía a su apogeo en el cielo, pero un calor húmedo se extendía ya por las callejas de la ciudad. Pensó en los enfermos tendidos en sus incómodas esteras, y su corazón se sintió oprimido.

«El verano es más implacable aún para quienes sufren...»

Si la comodidad contribuía al bienestar de los enfermos, el del hospital de Bujará era muy modesto. No podía compararse con los fastuosos bimaristanes de Raiy o de Bagdad, que eran la gloria del país.

Cruzó el umbral, dejó atrás el ambulatorio y desembocó en el patio donde reinaba una insólita agitación. Aquel 3 de dhu-l-hiyya, julio para los cristianos, era día de examen y los aspirantes a la profesión médica se apiñaban, en prietas hileras, a la sombra del gran iwan, la vasta sala cubierta, limitada por tres muros.

Al ver a Ibn Sina, se hizo un inmediato silencio seguido por respetuosos y admirativos comentarios. Saludó al grupo con un movimiento de cabeza y penetró en el edificio. Debía reconocer que aquel reverente brillo que, a veces, leía en los ojos de los demás no le dejaba indiferente.

Recorrió el largo pasillo que llevaba hasta la sala de guardia, donde se hallaba su colega Abú Sahí el-Massihí, sumido en una colección de observaciones.

—¡Feliz despertar! Estaba preocupado, jeque Alí, no acostumbras a llegar con retraso.

—Luminoso despertar, el-Massihí. Lo siento mucho, he tenido que acudir a la cabecera de el-Arudi, nuestro vecino. ¿Y aquí? ¿Ha habido nuevos ingresos desde ayer?

—El Altísimo nos preserve de ello: bastante nos cuesta ya ocuparnos de los pacientes actuales.

—¿Cómo evoluciona el caso del pequeño Ma'mun?

—Estacionario, lamentablemente. Ningún cambio.

—Lo aprovecharé para presentarlo a los estudiantes. ¿Han llegado ya?

El-Massihí se decidió a cerrar su libro y repuso con una sonrisa traviesa:

—A menos que esté inconsciente, no conozco en toda Persia un solo candidato a la licenciatura que se perdiera una clase dada por el célebre Ibn Sina.

—¡Bien reconozco la familiar ironía del dhimmi! Ten cuidado, cristiano: algún día sufrirás la misma suerte que tu profeta.

El-Massihí se encogió de hombros con aire desengañado.

—Hijo de Sina, si pretendes irritar mis humores, te prevengo, corres hacia una amarga decepción.

En otro tiempo, la mera palabra *dhimmi* sumía a el-Massihí en un indescriptible furor; hoy sólo sentía indiferencia. Por ese apodo se conocía a los cristianos, a los judíos y a los extranjeros que obtenían, por breve tiempo, el derecho a permanecer en tierra del islam. De lejana descendencia nestoriana, a el-Massihí siempre le había costado aceptar aquel calificativo que le parecía discriminatorio; tanto más cuanto tras la palabra se ocultaba una serie de jugarretas y medidas vejatorias, que iban desde la prohibición de vestirse a lo árabe hasta el pago de un impuesto. Pero lo más molesto era, sin duda, la obligación de llevar una señal distintiva: para el judío era un chai amarillo; para el cristiano, un cinturón de color negro. Sólo su función de médico había permitido a el-Massihí no llevar aquellos bárbaros signos.

Prosiguió con voz monocorde:

* Hospital. Del persa *istán* que significa lugar, y de *bimar*, enfermo. (N. del T.)

—Vosotros, los musulmanes, tendéis a olvidar que fueron los médicos cristianos y judíos quienes realizaron los primeros trabajos de traducción de las obras griegas; y fueron vuestros iniciadores.

—Por cada médico cristiano, mil médicos árabes o persas: el-Razi, Ibn Abdas y...

—Jeque el-raís! Ten piedad de tu hermano, conozco de memoria la lista.

Ante la asustada mímica de su amigo, Ibn Sina soltó una irresistible carcajada. Es necesario indicar que en aquel hombre, de unos treinta años, bajo, rechoncho, de abundante panza, con el rostro imberbe y gordezuelo, la menor expresión se volvía cómica. Desde su primer encuentro, y pese a la diferencia de edad, Alí había sentido enseguida hacia el médico cristiano una corriente de simpatía, que se había transformado en respetuosa amistad. Pues tras el hombre estaban, también, el sabio y el maestro. Mucho antes de conocerle ya, Ibn Sina había podido comprobar su gran competencia compulsando *Los Ciento*, un manual de medicina muy famoso en toda Persia y del que el-Massihí era autor. Más tarde, el hombre le aconsejó y guió sus primeros pasos. Durante noches enteras, desarrolló para él a Galeno, Hipócrates, Pablo de Egina, Oribasios, el célebre *Libro real* del médico zoroástrico Ibn Abbas; sin duda alguna, si Alí practicaba hoy con tanto dominio el sagrado arte que consiste en hacer retroceder a la muerte, se lo debía al cristiano.

—Tranquilízate, te lo evitaré puesto que me imploras. Además, tengo que comenzar mi visita. ¿Me acompañas?

El-Massihí estaba ya de pie.

—Fiel bajo la tortura... ¡Nadie dirá que un descendiente de nestoriano cedió algún día bajo el yugo del islam!

Un acre olor atenazó la garganta de ambos hombres en cuanto llegaron a la entrada de la primera sala. Alí, grave de nuevo, apartó el tapiz púrpura que cerraba el umbral y contempló las prietas filas de enfermos alineados a lo largo de las paredes de terracota.

—Jeque el-raís. Estamos a tu disposición.

Alí reconoció, en aquel que acababa de hablarle, a el-Hosayn ibn Zayla, un zoroástrico, natural de Isfahán, uno de sus más atentos alumnos, que sentía por él gran admiración. Era un parsi, uno de los adeptos a la religión que enseñó Zaratustra, y que siempre se negaría a convertirse al islam.

—Muy bien. Comenzaremos por un caso que me es muy querido.

Invitó al grupito que le aguardaba respetuosamente a que le siguiera. Si Ibn Zayla tenía cuatro años más que su maestro, algunos de sus compañeros que aspiraban a la licenciatura, superaban la cuarentena.

Se desplazaron rápidamente hasta la cabecera del enfermo elegido por el jeque: se trataba de un muchacho de unos diez años, con el rostro muy pálido, que dormía.

—Escuchad atentamente. Yo mismo examiné a este niño anteayer. Los signos que presenta son éstos: intensa fiebre, confusión mental, la respiración es rápida e irregular. He podido observar convulsiones localizadas y generalizadas. El sueño es agitado, acompañado por alucinaciones. El enfermo lanza gritos y no puede soportar la luz. ¿Puede alguien de entre vosotros sugerirme un diagnóstico?

En recogido silencio, los estudiantes se habían agrupado, espontáneamente, en un semicírculo alrededor de la cama.

Uno de los candidatos, el de más edad, comenzó con voz vacilante:

—Jeque el-raís, me parece que estos síntomas permiten suponer una parálisis facial.

—¿Conoces, realmente, los signos anunciadores de la parálisis facial?

—Hun... los que acabas de citar jeque el-raís: convulsiones localizadas y generalizadas y...

—¿Has comprobado si el niño sufría trastornos de la sensibilidad? ¿Tiene caído el párpado inferior? ¿Has advertido un aumento de saliva? ¿Tiene lacia la piel de una mejilla?

—Yo... me parece que...

—¡Contesta! ¿Has advertido estos síntomas?

—No, jeque el-raís. Pero...

—Entonces, te equivocas, hermano mío. ¡Estás confundiendo el camello y el alcohol!

El hombre inclinó la cabeza ante las burlonas miradas de sus compañeros.

—Bueno —prosiguió Ibn Sina—. ¿Hay aquí alguien capaz de proponer un diagnóstico sobre el caso de este niño?

—¿Sufre tal vez una fiebre eruptiva? —arriesgó un muchacho de rasgos redondeados, con un collarín de rala barba del color de la pez.

—Es una confusión perdonable. Pues en algunas de estas enfermedades, aparecen también violentos dolores de cabeza y un sueño inquieto acompañado de fiebre. Pero, si fuera así, los

ojos del niño estarían rojos y lacrimosos, tendría la respiración dificultosa y ronca la voz. Síntomas que yo no he mencionado. Por otra parte...

—Ya sé que tiene —interrumpió de pronto Zulficar, el hombre que momentos antes había sugerido una parálisis facial.

Ibn Sina dio una brusca media vuelta y clavó sus negros ojos en los del impetuoso alumno.

—Te escucho, hermano mío.

—¡Una tisis!

—Está bien. Es excelente incluso. No cabe duda de que posees sentido de la adivinación. Es un don admirable.

Una satisfecha sonrisa iluminó el rostro del hombre, que hinchó el pecho con satisfacción.

—Un don admirable —prosiguió Ibn Sina—, pero perfectamente inútil para la ciencia perfecta que es la medicina. Un médico no es un vidente ni un alquimista. ¡Es un sabio!

Casi había gritado las últimas palabras, conmoviendo al mismo tiempo los rasgos de su alumno.

—¿Qué hechizo te permite percibir una inflamación de la pleura que haya llegado al pulmón? ¡Eres un asno, hermano mío! ¡Un verdadero asno!

Al borde del desmayo, el estudiante quincuagenario se replegó sobre sí mismo como una hoja rozada por la llama. Tomó bruscamente la mano de Ibn Sina e intentó besarla.

—Ten compasión, ten compasión, jeque el-raís, es preciso que logre la licenciatura. Tengo que alimentar a una mujer y seis hijos.

Alí retrocedió, sorprendido, y meditó antes de afirmar:

—De acuerdo, serás médico. Pero sólo médico de tu familia y con la promesa formal de no recetarles nunca más que agua de azahar.

Desengañado, el hombre se levantó y, tras una última mirada al niño acostado, con la espalda inclinada, se dirigió hacia la salida. Casi inmediatamente, otro alumno, más joven éste, le imitó.

—¿Adonde vas? Mi recomendación sólo se refería a ese hombre.

—Así lo he comprendido, jeque el-raís, pero me es imposible seguir manteniendo mi candidatura.

—¿Por qué?

—El hombre al que acabas de sermonear así, es mi maestro. A él le debo todas mis nociones de medicina.

Alí hizo un gesto fatalista.

—En ese caso...

—Como decía el gran Hipócrates —comentó el-Massihí divertido por el incidente—, la vida es corta pero el arte es largo, la oportunidad fugaz, la experimentación peligrosa y arduo el juicio...

—Palabras de oro, Abú Sahí, pero volvamos al niño.

¿Es necesario que repita los rasgos esenciales de mi análisis?

—No será preciso, jeque el-raís. Creo haberlo encontrado.

Alí se volvió hacia Ibn Zayla.

—Creo que nos las vemos con una inflamación de las envolturas del cerebro, localizada en las meninges.

—Tu juicio es tardío pero acertado. Lo has visto bien. Estamos, efectivamente, ante un sersam agudo, una meningitis. Pero, en tu opinión, ¿se haya en su estado terminal?

Ibn Zayla reflexionó un momento antes de preguntar:

—¿Tiene paralizada la lengua?

—No.

—¿Es general la insensibilidad?

Ibn Sina sacudió la cabeza.

—¿Hay enfriamiento de las extremidades?

—No he descubierto ninguno de esos síntomas.

—En ese caso, jeque el-raís, podemos afirmar que la afección no ha alcanzado todavía el estadio irreversible.

Ibn Sina se cruzó de brazos y miró a su alumno con satisfacción.

—Tomad ejemplo del análisis de este joven. Se adecua perfectamente a la actitud de un hombre de ciencia: observación, reflexión, deducción. Ésa es la línea de conducta que deberéis adoptar durante toda vuestra vida si queréis dominar, algún día, el arte perfecto que es la medicina. Sin embargo, volviendo al sersam, tengo que puntualizar lo siguiente: los antiguos

confundieron siempre la meningitis y las afecciones agudas acompañadas de delirio. No dejéis de separar claramente ambas enfermedades. Pasemos ahora al siguiente caso.

El sol estaba en su declive cuando llegaron a la cabecera del último enfermo. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años, de piel oscura. Pese a sus rasgos hinchados por el vino y la vida, se adivinaba que debía de haber sido hermosa en su primera juventud. Su vientre, redondo y prominente, no dejaba duda alguna sobre la causa de su presencia en el bimaristán.

—Tu hijo nacerá pronto —dijo Alí con una sonrisa.

Inesperadamente, la mujer lanzó un grito y desgarró rabiosamente la parte superior de su vestido.

Sorprendido, Alí se inclinó hacia ella.

—¿Acaso te has contaminado por acostarte demasiado tiempo en la morada del lavador de cadáveres? ¿Ignoras que tu gesto es señal de luto?

La mujer le lanzó una despectiva mirada.

—¿Y no sabes tú que sólo la mujer que teme la esterilidad duerme en casa del lavador de cadáveres? Para una mujer como yo, la fertilidad es una maldición. ¡Soy como una gata que no deja de estar embarazada! Basta con que un hombre se desnude ante mí para que me preñe. ¡Este es mi quinto parto!

—Un nacimiento es una bendición. Una prueba del amor de Alá —exclamó el-Massih—. Debieras, por el contrario, dar gracias al Altísimo.

—¿Y mis clientes? ¿Crees, acaso, que me darán las gracias? Y cuando regrese a casa, de noche ya, sin haber ganado el menor dirham, ¿lo harán mis hijos a Alá?

Ibn Sina se arrodilló junto a la mujer y pidió a el-Massih:

—Pásame la verga del gobierno.

Al médico no pareció sorprenderle la extraña petición de su colega. En efecto, las mujeres de mala vida habían apodado así al instrumento que permitía explorar las cavidades del organismo*.

La mujer cerró enseguida sus muslos con decisión:

—¡Médico, aparta ese infame objeto o lo lamentarás!

—¿Qué deseas entonces? —interrogó Ibn Sina con impaciencia.

—Que me vacíen las entrañas. Que me libren de esa boca a la que no podría alimentar.

—Como quieras. ¿Pero sabes, al menos, qué voy a hacerte si decido sacar de ti esa vida?

La mujer sacudió la cabeza.

—Te lo explicaré...

Y Alí continuó espaciando voluntariamente las palabras:

—Primero tendré que administrarte los remedios adecuados para ello. Remedios que no tienen un sabor agradable. Cuando la náusea se apodere de tu cuerpo y el vértigo de tu espíritu, dilataré el orificio de tu bajo vientre e introduciré mi mano provista de un gancho que hundiré, luego, en las órbitas de tu hijo, en su boca o bajo su barbita.

Se detuvo unos instantes para juzgar el efecto de sus palabras, y comprobó que la indiferencia de la mujer había disminuido sensiblemente. Prosiguió:

—Para impedir el inconveniente que haga resbalar la cabeza hacia el lado opuesto a aquel en el que habré clavado mi garfio, introduciré otro en sentido contrario. En una oreja o en la mejilla. Luego procuraré extraer el niño. Anegadas por la sangre y los humores, tus carnes y tus huesos se quebrarán por mis esfuerzos, y todos los campos de adormideras de Isfahán no apaciguaran tu sufrimiento, y tus gritos resonarán hasta las puertas de la Ciudad-Redonda,

—¡Basta, muchacho de mal agüero! ¡Basta!

La mujer se tapaba los oídos, pero Alí prosiguió, imperturbable:

—En el avanzado estado de tu preñez, los miembros de tu hijo han alcanzado su perfecta evolución, es muy probable, consecuentemente, que la cabeza sea demasiado voluminosa; me veré pues obligado a trocearla. ¿Quieres que te explique detalladamente esta operación?

La mujer agitó la cabeza aterrorizada y se cubrió con las sábanas.

—Está bien... Tus sentimientos son mejores ya. En adelante, no olvides esto: la muerte lleva perfectamente a cabo su funesto trabajo; no pidas nunca a un hombre, y menos todavía a un médico, que le preste su ayuda.

* Lo que los médicos llaman hoy un espéculo. (N. del T.)



TERCERA MAQAMA

Warda estaba allí. Desnuda. Tendida sobre él. Su piel olía a melocotón y granada. La almendra de sus ojos dormía en su mirada. ¿De dónde recibían esa insaciable necesidad de unir sus cuerpos, las más íntimas parcelas de su ser? Alí murmuró con voz casi imperceptible:

—Eres tú. Tú eres el limo del que fui extraído. Y de ti vivo en este momento.

Ella guardó silencio y oprimió los jóvenes pechos contra su tórax antes de hundir la cabeza en el hueco de su hombro. En la mejilla de Alí, su respiración era dulce como el vientre del gorrión.

¿Cómo podía resistir por más tiempo? Hubiera debido clavar aceradas hojas en sus propias pupilas, o morir, porque sólo la muerte cura el amor.

Aprisionó con sus manos los soberbios globos de su grupa. Los rozó, los acarició luego impudicamente. Su caricia llegó hasta las caderas, hasta la espalda, hasta que con la impaciencia de sus dieciocho años, tomándola de los hombros, la incorporó un poco, colocó su cuerpo bajo el de la muchacha, levantándola casi, para que recibiera así toda su virilidad.

Trastornada, Warda sintió la brasa que penetraba por primera vez en el secreto de su carne, inflamando su vientre, cristalizando, en aquel reducto virgen hasta entonces, el sufrimiento y el placer. Cerró los ojos. Apretó instintivamente los muslos, invadida por el súbito temor de que la noche huyera. Sus labios murmuraron palabras, palabras lejanas y vagas, palabras como frutos que tuvieran el sabor del amor y del miedo.

Entonces, las primeras oleadas del placer sustituyeron el mordisco que, hasta aquel momento, había atormentado su carne. Ahora, Warda ya no era dos. La mujer había prevalecido sobre la niña, tomando posesión de todo su ser, y susurrándole que en aquella unión mágica debían de existir las promesas de una voluptuosidad mayor todavía. Adivinó todo aquello. Su instinto se lo decía. Como si estuviera al pie de una montaña de la que, confusamente, percibía la cima.

¿Supo él leer en ella? ¿O ella sola encontró el camino? Ni el uno ni el otro habrían podido decirlo. En el momento en que el goce recorrió su cuerpo, Warda lanzó un grito con el cuerpo agitado por los estremecimientos. Se inclinó hacia atrás bajo los embates del placer, extraviada, trastornada.

Y cuando cayó sobre él, la oyó llorar.

—Te amo, Warda mía, te amo como se ama la felicidad y el sol.

La muchacha se abrazó a él con más fuerza.

Era la alborada. La hora del sahari. Habían pasado la noche tendidos en una improvisada estera, en aquella choza abandonada fuera de la ciudad.

Desde allí, a través de las ramas, podía distinguirse en la lejanía la severa sombra del Kuhandiz, la ciudadela de Bujará, que dominaba la parte alta de la ciudad y, más al este, la aguja del alminar que prolongaba hacia el cielo la antigua mezquita de Kutayaba, transformada en casa del tesoro, donde trabajaba el padre de Alí.

Buscó de nuevo sus labios, y sus salivas se mezclaron apaciguadoras como el agua de los manantiales del Mazandarán.

—¡Alí! ¿Estás ahí, hermano mío?

El grito les sobresaltó casi al mismo tiempo. Asustada, Warda se apartó del cuerpo de su compañero, intentando torpemente cubrir su desnudez. La voz resonó de nuevo, más acuciante.

—¡Alí! ¡Soy yo, Mahmud!

—No temas nada —susurró Ibn Sina cubriendo el cuerpo de la muchacha—. Es mi hermano.

Levantándose, se puso su yubba, un manto de lana, y asomó la cabeza por la abertura de la choza.

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

El niño, que estaba sólo a unos pocos pasos, se inmovilizó con el rostro empapado en sudor y dejó caer, con alivio, sus brazos a lo largo del cuerpo.

—¡Alá sea loado! Por fin te encuentro...

—¿Qué ocurre?

—Toda la ciudad te está buscando. Han puesto patas arriba casas y callejas. Quieren...
—¿De quién estás hablando?
—Los guardias. Los guardias de palacio. Te reclaman en el serrallo.
El rostro de Alí se puso tenso de pronto.
—¿El emir?
—El emir está muñéndose...

Una opresiva atmósfera reinaba en la alcoba donde descansaba Nuh el segundo, hijo de Mansur.

En un pebetero de bronce se consumían lentamente raros perfumes, que ascendían en espirales hacia las muqarnas, las estalactitas de piedra finamente cinceladas. Iluminado por arañas de cobre y grandes candelabros de plata, con sus muros cubiertos de alvéolos, el lugar hacía pensar en una deslumbradora colmena aprisionada bajo un cielo de esmeralda.

Nuh, con el rostro demacrado, caídos los párpados, estaba acostado en el centro de la estancia, en un inmenso lecho de madera incrustada de marfil y de nácar. De vez en cuando, entreabría los ojos; habríase dicho que intentaba descifrar el cañamazo de palabras del Corán grabadas en los frisos del techo. A su cabecera estaban algunos personajes de grave aspecto. El chambelán, el cadí*, algunos escuderos, dignatarios inmóviles con sus caftanes color de cielo, el jurisconsulto el-Barguy, así como el visir Ibn el-Sabr, envuelto en una burda adamascada de colores ocre y negro.

De pie, junto al emir, Ibn Sina sentía las miradas clavadas en él. Espiaban cada uno de sus gestos, intentaban adivinar su pensamiento. Se dirigió a Ibn Jaled, un austero personaje, de unos sesenta años, médico personal del soberano.

—Rais..., desearía conocer el historial de la enfermedad.

El sobrenombre de rais, empleado adrede por Ibn Sina, había halagado sin duda al médico pues un brillo atento se encendió de pronto en su mirada desconfiada hasta entonces.

—Todo empezó hace más de un mes. Nuestro bienamado emir despertó quejándose de violentos cólicos y ardor de estómago. Le examiné y, al no descubrir nada significativo, prescribí una decocción de melia que, como sabes, es un eficaz analgésico. Aconsejé también nuez de las Indias, me pareció...

Alí le interrumpió.

—Perdóname, venerable Jaled, pero volvamos al historial. ¿Hubo otros síntomas, además de los cólicos y el ardor de estómago?

—Una detención del tránsito intestinal.

—¿Examinaste la pared abdominal?

—Naturalmente. Advertí que estaba especialmente sensible en su conjunto. Muy doloroso al tacto.

—Y, por lo tanto, aconsejaste un laxante.

—Claro: ruibarbo.

Alí frunció el entrecejo.

—¿No estás de acuerdo con el empleo del ruibarbo?

—No me parece muy deseable la prescripción de un laxante.

El médico quiso protestar, pero Alí se anticipó.

—¿Cuál fue luego la evolución?

—Vómitos.

—¿Estudiaste su aspecto?

—Eran vómitos de color negruzco.

—¿Y luego?

En aquel punto del interrogatorio, Alí creyó advertir cierta turbación en su interlocutor. Tuvo que repetir la pregunta.

—Diarreas, diarreas espontáneas. Pero puedo afirmar, afirmo que esas diarreas no eran provocadas, en absoluto, por el ruibarbo.

—No tiene importancia, venerable Jaled, prosigamos.

—Entonces sucedió algo muy desconcertante. Todos los síntomas desaparecieron de pronto, como porgarte de magia. Pensamos incluso que la enfermedad había remitido por la

* El cadí es una especie de juez. Según la ley musulmana, decide sobre todos los asuntos, tanto civiles como penales. Pero mi maestro me explicó que su competencia se extendía, sobre todo, a las cuestiones relacionadas más estrechamente con la religión. Me citó, como ejemplo, el derecho de familia o sucesorio y las fundaciones piadosas. (*Nota de Jozjani.*)

misericordia de Alá. Pero, lamentablemente, unos días más tarde, el ciclo recomenzó: dolores, ardores, detención del tránsito intestinal, diarreas espontáneas y vómitos.

—¿Habéis practicado sangrías?

—Numerosas veces. Sin resultado alguno.

Una nueva expresión de contrariedad apareció en el rostro de Ibn Sina.

—¿El célebre jeque el-raís se opone a la sangría?

Quien acababa de hablar lo había hecho con una agresividad apenas encubierta.

—¿Quién eres?

—Ibn el-Suri. Me han hecho venir desde Damasco.

—¿No enseñan en Siria a los estudiantes que, en ciertos casos, la sangría puede ser mortal para el paciente?

El médico soltó la carcajada.

—¿A los dieciocho años te crees ya superior al gran Galeno? ¡La sangría fue siempre el arma terapéutica por excelencia!

—No estoy aquí para exponer mis opiniones sobre Galeno, ni tampoco para ilustrarte sobre el uso de la sangría. En cambio, si quieres seguir mis clases, y me parecería algo deseable, sabes que enseño cada día en el bimaristán.

Sin aguardar la respuesta del sirio, se inclinó hacia Ibn Jaled:

—¿Tienes algo más que decirme?

El médico se mantuvo en silencio, tomó luego a Alí del brazo y le llevó hasta el lecho. Allí, apartó la sábana con brusco gesto, descubriendo así el cuerpo del príncipe.

—Mira.

En los primeros momentos, Alí no advirtió nada especial. Sólo tras una observación más minuciosa descubrió la curiosa posición en la que estaban el dedo corazón y el anular de cada mano. Ambos dedos estaban parcialmente doblados, y engarfiados. Intentó soltar las falanges pero se negaron a extenderse. Levantó los brazos del soberano, los soltó para comprobar que caían a ambos lados del cuerpo como dos masas carentes de vida.

—Parálisis bilateral de los miembros superiores...

—Eso es. Y mucho me temo que sea irreversible.

—Yo no sería tan afirmativo.

—En ese caso, ¿podría el jeque el-raís honrarnos con un diagnóstico?

Alí no necesitó darse la vuelta para saber quién era el autor de la pregunta. Lanzó una indiferente mirada al sirio y se retiró a un rincón de la estancia, donde pareció meditar.

—¿Alguien de vosotros puede decirme en que bebe el emir?

La concurrencia le miró sorprendida.

—En una copa, evidentemente —repuso una voz.

—¿De qué clase?

—¿De qué clase quieres que sea? —replicó Ibn Jaled con una pizca de irritación—. Como todas las copas, de terracota.

—¿Puedo ver una?

—¡Realmente no veo la utilidad de esa petición!

Alí insistió.

Con gesto enojado, Ibn Jaled dio unas palmadas. Apareció un servidor.

—¡Tráenos pues una de las copas que utiliza el soberano!

—¡Y aprovecha para llenarla de vino! —añadió el sirio despectivo—. Al parecer, nuestro joven amigo aquí presente es ya muy aficionado a él.

Con la mirada clavada en aquel hombre, Alí murmuró:

—Dios acosa a los incrédulos por todos lados. Poco falta para que el rayo les arrebatte la vida...

—¡Y ahora cita el Libro! —replicó el sirio, divertido.

El servidor regresó finalmente con el objeto solicitado. Se lo entregaron a Alí que lo hizo girar en sus manos y lo devolvió.

—Está bien —dijo suavemente.

Sin esperar más, bajo las circunspectas miradas de la concurrencia, regresó junto al lecho y señaló la boca del emir.

—Aquí debiera hallarse la confirmación del diagnóstico.

Se arrodilló y levantó el labio superior del soberano.

Alguien rió ácidamente en la estancia.

—¡El hijo pródigo de Jurasán es también dentista!

Indiferente, Alí prosiguió:

—Si os tomáis el trabajo de examinar las encías del soberano, advertiréis que las recorre un ribete.

El sirio estuvo a punto de atragantarse.

—Hace dos años que nos llenan los oídos con el talento del hijo de Sina, y ahora nos anuncia que ha descubierto un ribete en la boca real. ¡Es risible! ¡Insultante incluso!

De la concurrencia se elevaron confusos murmullos.

—¡Intoxicación por plomo! —La afirmación chasqueó por encima de los rumores.

—¡Intoxicación por plomo! —repitió Alí, marcando cada sílaba—. Y he aquí al causante.

Tomó de nuevo la copa de manos del servidor.

—Observad los ornamentos que rodean las paredes exteriores. Son hermosos, refinados, delicados pero, por encima de todo, están pintados. No podéis ignorar que todas las pinturas están cargadas de plomo; la que ha servido para decorar esta copa no es una excepción. ¿Comprendéis ahora?

Nadie dijo nada, Alí prosiguió:

—Cada vez que el príncipe acerca a sus labios la copa, absorbe al mismo tiempo sales tóxicas. A la larga, estas sales han terminado minando su organismo.

Señaló hacia el soberano que seguía inmóvil:

—He aquí el resultado.

—¿Estás seguro del diagnóstico?

—Mi única prueba será la curación del príncipe. Sólo espero que no sea demasiado tarde para detener el mal. En este tipo de enfermedades, cuanto antes se actúa más posibilidades hay de salvar al paciente.

Esta observación hizo aumentar el malestar que reinaba ya.

—¿Qué tratamiento propones?

—Hay que aplicar cada hora compresas calientes en el estómago. Luego, prepararéis una mixtura compuesta por extractos de belladona, de beleño, de tebaína y miel, eso formará una pasta, dejaréis que se endurezca y el enfermo deberá asimilarla por vía rectal. Dos veces al día. Naturalmente, el soberano no deberá utilizar nunca más esas copas. Más tarde, de acuerdo con la evolución de la enfermedad, podremos pensar en otros medicamentos que sería demasiado largo enumerar aquí.

—Se hará como ordenas —dijo Ibn Jaled.

Y añadió rápidamente, como avergonzado:

—Jeque el-raís...

El visir, que hasta entonces se había limitado a observar los acontecimientos, decidió intervenir.

—Me parece preferible que sigas tú mismo a nuestro ilustre paciente. Así serás el único en obtener las mieles del éxito o la amarga leche del fracaso.

Ibn Sina se tomó algún tiempo antes de responder:

—Acepto tu demanda, excelencia. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Cuidaré al príncipe solo. Nadie deberá inmiscuirse en mi tratamiento.

El visir inclinó la cabeza como si intentara contar los hilos de oro que adornaban sus babuchas, y se inclinó.

—Si ése es tu deseo...

Ibn Sina buscó con la mirada al médico sirio. Pero éste había abandonado la alcoba.

Durante los siguientes días, toda la provincia de Jurasán contuvo el aliento. ¿Conseguiría el jeque el-raís, príncipe de los médicos, tener éxito cuando los mayores espíritus del país habían fracasado? En el recinto de la escuela de Bujará, profesores y estudiantes se interrogaban sobre los verdaderos dones del hijo de Sina. Cada viernes, al salir de la mezquita, el pueblo hacía lo mismo. Mientras a las puertas de la ciudad, cuando las cúpulas de la ciudadela azuleaban ya, el relato de la visita al palacio alimentaba la cantinela de los mendigos.

Fue hacia el decimotercer día de muharram, casi veintidós días más tarde, cuando en la mansión de Abd Allah se presentó una delegación compuesta por el chambelán y algunos mamelucos* que formaban la guardia del emir.

* Que Alá perdone mi presunción, pero son numerosos los rumí que podrían creer que la palabra mameluco es algún título honorífico; creo pues necesario advertir que el término viene del participio pasado *malaka* que, sencillamente, significa poseer. Un mameluco es solamente un esclavo bajo la posesión de su dueño. (Nota de Jozjani.)

Una hora más tarde, Alí era introducido en palacio. Pero ahora, en vez de llevarle directamente a la cabecera del príncipe, le condujeron a una estancia que nunca antes había visto. Un lugar más deslumbrador todavía que la alcoba del soberano. Muy a su pesar, el joven se sintió dominado por el vértigo al entrar en aquella inmensa sala artesonada, de abovedado techo, poblado por un bosque de columnas de mármol blanco. El sol que entraba por las ventanas de ébano, abiertas a la llanura, hacía brillar los polígonos de marfil, las estrellas turquesa, los malvas arabescos, las cerámicas índigo que, a su vez, iluminaban con mil brillos el espejo del suelo. En un extremo de la estancia, hacia levante, se erguía un biombo como encaje de preciosa madera. Por los intersticios rodeados de nácar, Alí percibió el trono cubierto de hojas de oro y plata, plantado sobre un zócalo de bronce.

«Hemos colocado las constelaciones en el cielo. Y las hemos adornado para quienes lo contemplan...»

La grave voz de Nuh el segundo parecía salir de todas partes.

Primeramente vio sólo una difusa silueta detrás del biombo. Percibió un movimiento de arrugado tejido y, luego, apareció el soberano vistiendo una amplia dyuja adamsada. Un manto de amplias mangas y con la frente ceñida por un turbante cuidadosamente anudado.

—Sé bienvenido, Ibn Sina.

Alí se arrodilló y quiso espontáneamente besar el suelo ante el soberano. Pero éste se lo impidió.

—Eres un sabio, Alí ibn Sina, el maestro de los sabios, pero también eres un niño que ignora el protocolo de la corte: sólo se besa el suelo en presencia del califa. Aunque la costumbre, como la mayoría de nuestras costumbres, haya desaparecido prácticamente por la influencia del ocupante árabe.

Calló y luego, con súbita amargura, dijo:

—Por otra parte, sería necesario encontrar una oportunidad para honrar al califa. Desde que la dinastía buyí domina Bagdad, se dice que cada día ve cómo se mata a un califa y se proclama a otro.

Hizo una nueva pausa y sus rasgos se relajaron:

—Pero no estamos aquí para llorar por la suerte de la Ciudad-Redonda. Quiero darte las gracias, hijo de Sina. Decirte qué grande es la gratitud de mi corazón. La gente de mi entorno me ha hablado de tu talento y tus favores; no de muy buen grado, es cierto, pero lo han hecho, de todos modos.

—Señor, mi talento y mis favores proceden del Creador de toda cosa. A Él debemos agradecerse. Sólo poseo lo que me dio.

—Alá concede también el doble a quien desea. También por eso podemos darle las gracias. Por lo que a mí respecta, debo pagar una deuda, pues te debo una vida, el más precioso de los bienes. Me gustaría recompensarte. Sé que ni los tesoros de Samarcanda ni los de Isfahán reunidos bastarían para ello. Sin embargo, pide. Pide y te satisfaré.

—Señor, tu salud recobrada es mi más preciado presente. Basta para mi felicidad.

El soberano se ensombreció.

—¿Y has pensado en la mía? ¿Quieres que pierda el sueño? ¿No crees que las hipocresías de Mahmud el Gaznawi y las conjuras buyíes son ya preocupaciones bastantes como para que tu rechazo resulte también motivo de disgusto? No, en verdad, hijo de Sina, si das importancia alguna a mi bienestar, exijo tu recompensa.

—Pero, no sé...

—¡Piénsalo!

—Señor, no me interesan los tesoros de Samarcanda ni los de Isfahán, pero si las riquezas terrestres me importan poco, me son indispensables, en cambio, las del espíritu.

—No te comprendo. ¿Qué deseas pues?

—Una autorización.

—¿Cuál?

—El acceso a la biblioteca real de los samaníes.

Nuh ibn Mansur abrió de par en par sus asombrados ojos.

—¿La biblioteca real? ¿Eso es todo?

—Ya sabes que la ley sólo autoriza a los notables. Si yo pudiera también trabajar allí, sería para mí más valioso que mil monedas de oro.

—Decididamente, Alí ibn Sina, pese a tu juventud dominas la ciencia pero también la sabiduría. Muy bien sea; desde hoy las puertas de la biblioteca real están abiertas para ti. Podrás entrar cuando quieras y consultar todos los libros, todos los documentos que desees. Que el Altísimo te ayude a aumentar así tu saber... Pero eso no es todo. En adelante vivirás en

la corte y serás mi médico personal. Estoy harto de esos incompetentes adiposos que envejecen sin quitarse las babuchas. Hace tiempo que intentaba librarme de ellos. Tú me has dado la ocasión de hacerlo. Ve pues, y que la Paz sea contigo, hijo de Sina.

—Que sea contigo también, señor.

«¿Me creerías si te dijera que jamás le dieron a mi maestro mayor alegría?

»Al día siguiente, el emir hizo que le entregaran un cofre lleno hasta el borde de monedas de oro. Su madre se asustó, su hermano quedó maravillado y Abd Allah lleno de inconmensurable orgullo; mientras que, al mismo tiempo, el jeque cruzaba el umbral que llevaba a esplendores de otra dimensión.

»La biblioteca real podía compararse a las de Shiraz, Isfahán o Raiy, cuyas riquezas proclamaba todo el país. Nuh el segundo había considerado cuestión de honor enriquecerla con textos raros y preciosos que le llevaban, de Bagdad o de China, las caravanas que tomaban el camino de Jurasán.

»—Todo el saber del mundo conocido debe de hallarse en este lugar... —había exclamado al contemplar los estantes de madera de cedro que parecían subir hasta el cielo.

»Cada obra estaba ordenada, clasificada; los registros puestos al día; los controles irreprochables, los escritos redactados en soportes tan diversos como rollos de papiro egipcio, pergaminos de Charla y, sobre todo, papel del país amarillo o de Bagdad.

»Papel... ¿Has pensado, al menos, lo que representa para nosotros? Observa, toca, palpa esas hojas que tienes en las manos. Advierte su olor... Mira qué vivas están, ardientes o frías según el pensamiento del autor. ¿Percibes el latido que nace entre tus dedos? Creo que nunca, desde que el material existe, los sabios musulmanes se han mostrado más infatigables escritores. Los escritos proliferan tan deprisa hoy que el oficio de copista-librero se ha hecho tan rentable como el de chambelán.

»Los dos años siguientes fueron, para mi maestro, un período de gran enriquecimiento. Profundizó y dominó perfectamente la jurisprudencia. La literatura así como la música y sus modos no tuvieron ya misterios para él.

Gracias al gran Ptolomeo, cuya astronomía conocía ya, aprendió los mecanismos de nuestro universo, el movimiento de los planetas unidos a sus respectivas esferas, perfectamente transparentes. Tuvo ante los ojos los mapas de las constelaciones establecidos por Hiparco, su estimación del brillo de las estrellas.

»Y mientras completaba sus nociones de matemáticas, tuvo la gran sorpresa de descubrir las obras de un cierto Tales, un científico jónico, que enunciaba teoremas geométricos parecidos a los que Euclides codificaría tres siglos más tarde. Recorrió también los manuscritos de Eratóstenes, que dirigió la gran biblioteca de Alejandría y a quien uno de sus contemporáneos, celoso, había apodado Beta, por la segunda letra del alfabeto griego, pues, según decía, era el segundo en todo.

»Alá me perdone, iba a decirme más tarde mi maestro, aquel contemporáneo era un analfabeto. Eratóstenes, merecía el apodo de Alfa, es el primer hombre que intentó medir el tamaño de la tierra, y que lo consiguió. Le debemos también la prueba de la curvatura de nuestro mundo.

»El jeque tuvo también entre las manos un documento absolutamente sorprendente, cuya copia se había encontrado, al parecer, en la biblioteca de Alejandría; el autor, un tal Aristarco, afirmaba que la Tierra era sólo un planeta que, como los demás planetas, giraba alrededor del Sol*.

Perfeccionó también sus conocimientos en filosofía, intentando comprender desesperadamente las contradicciones que siempre había encontrado leyendo dos obras de Aristóteles: la *Metafísica* y la *Teología*.

»Durante aquellos tres años tuvo lugar una sucesión de importantes acontecimientos que debo precisar: el primero, y no de los menos aflictivos, fue la súbita muerte del emir Nuh II. Perdió la vida durante una de las batallas que libraba contra sus enemigos. Tras veintiún años de reinado, el benéfico soberano se extinguió en los primeros días del año 999 tras el nacimiento de Cristo, es decir, diez meses después de que Alí le salvara del ángel de la muerte. Le sucedió su hijo Mansur.

* Como debemos de suponer, éstas son conclusiones carentes de sentido. Sabemos todos, como el gran Ptolomeo enseñó, que el universo está centrado en la Tierra y que, por el contrario, son el Sol, la Luna y los demás astros los que giran a su alrededor. (*Nota de Jozjani.*)

»Por razones que sería muy largo enumerar aquí, conflictos de ambiciones, voracidad de los estadistas, Mansur fue destronado y cegado, y colocaron a la cabeza de Jurasán a su hermano Abd el-Malik. En realidad, tras aquellos cambios sucesorios, se perfilaba la sombra de Mahmud el-Ghaznawí.

»Para Alí, la situación apenas cambió: los dos sucesores de Nuh el segundo le renovaron su confianza.

»Al entrar en su vigésimo año, a petición del jurisconsulto Abú Bakr el-Barjuy, decidió tomar el cálamo. En pocas semanas, redactó para él un conjunto de diez volúmenes: *El tratado del resultante y el resultado*, así como un estudio sobre las costumbres: *La inocencia y el pecado*.

»Al mismo tiempo, elaboró en honor de su vecino el-Arudi, una obra general sobre filosofía: *La filosofía de Arudi*, cuyos veintidós volúmenes la hacían tan densa como *El tratado del resultante y el resultado*.

»Hacia el decimosexto día del mes de rabí al-awwai, del año 1000 para los cristianos, los acontecimientos se precipitaron. Abd el-Malik, el nuevo emir, seguía reinando en Bujará.

»Aquel día, se hallaba sentado, en compañía de el-Massihí, en los peldaños de la biblioteca real. Y el crepúsculo se había introducido en los jardines haciendo impreciso el contorno de las cosas...»

—Te has convertido en objeto de todas las maledicciones, Alí ibn Sina.

—¿Cuándo dejarás de torturarme los oídos, amado el-Massihí?

—¿No comprendes que la curación del emir Nuh II hizo nacer a tu alrededor la envidia y el odio? Hace ya dos años que corren sobre ti malsanos rumores. Frases insultantes. No están ya lejos los días en que van a imputarte los diez vicios de Dahak*.

—¡Lo acepto en todos ellos, salvo en la fealdad y la corta estatura!

—Hermano, no parece comprender la gravedad de la situación. Pero tu ironía es comprensible porque no conoces toda la verdad.

—¿Qué puede añadirse a lo que ya me has contado?

El-Massihí bajó la mirada sin responder.

—Abú Sahl, comienzas a preocuparme. ¿De qué otra monstruosidad me acusan? Viendo tu turbación, debe de ser realmente serio.

—En efecto...

—Has dicho demasiado o no has dicho bastante. ¡Habla de una vez el-Massihí!

—Yahudi...

El médico había murmurado la palabra y Alí creyó haber oído mal.

—Yahudi... dicen que eres judío.

Petrificado primero, Ibn Sina dio luego, literalmente, un salto.

—¡Judío! ¡Pero de quién ha salido tan blasfema acusación! ¿De quién? ¡Te conmino a que respondas!

Con amistoso impulso, el-Massihí se levantó a su vez y tomó el brazo de Ibn Sina.

—Tranquilízate, sólo son habladurías.

—Tú eres, ahora, quien dice tonterías. Es algo mucho más grave que simples habladurías. ¿Por qué increíbles vericuetos ha podido germinar esta idea en los espíritus? Soy un chíí. Todo el mundo lo sabe. ¡Es insensato, absurdo!

—Menos absurdo de lo que crees. Tu familia tiene mala reputación. ¿Acaso no me confiaste hace algunos años que tu propio padre se había convertido a la herejía ismaelí y que había intentado por todos los medios convencerte para que también tú lo hicieras?

—Es historia antigua. Las creencias de mi padre son cosa suya. Por mi parte, nunca he renunciado a la chí'a.

El-Massihí tosió para aclararse la voz.

—¿Y Setareh?

Una horrible palidez cubrió los rasgos de Alí.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer eres de madre judía.

Las tortas sin levadura... siempre en la misma fecha... hace sólo unas semanas, inspirado por un extraño presentimiento, no había podido evitarlo, lo había comprobado y había advertido

* Una leyenda atribuía diez vicios a cierto rey Mamado Dahak- la tealdad, la pequeña estatura, el excesivo orgullo, la carencia de vergüenza y de pudor, la glotonería, la mala lengua, la tiranía, la precipitación y la mentira. Pienso, sinceramente, que aquel día el bueno de el-Massihí exageraba un poco. (Nota de Jozjani.)

que la fecha correspondía aproximadamente, en el calendario judío, al 16 nissan, día de «la presentación de las primicias de la cosecha», una fiesta que seguía a Pessah. La Pascua para los hijos de Abraham... ¿De modo que era eso?

—De todos modos —prosiguió Abú Sahl en tono despreocupado—, ¿qué puede importarte? ¿Eres, tal vez, judío? Yo soy cristiano. Sin duda habrá en el infierno lugar bastante para dos infieles más.

—¡Calla de una vez, perro!

Con inesperada dureza, Alí tomó al médico de los hombros y le sacudió como a una palma datilera.

—Te prohíbo, ¿lo oyes bien?, te prohíbo que me trates de infiel. ¡Aquí no hay más infiel que tú!

Repitió:

—¡Perro!

Cegado por su furor, empujó a su amigo que cayó rodando hasta el pie de las escaleras de la biblioteca.

Sólo en aquel momento advirtió la espesa humareda que se elevaba hacia el cielo. Se dijo, primero, que era víctima de una alucinación, pero lo comprendió muy pronto: ¡la biblioteca real estaba ardiendo!

Pronto el cielo se incendió. El jardín, el patio, las cúpulas, hasta el agua de estanques y fuentes, todo el paisaje se iluminó de ocre y púrpura.

—¡Abú Sahl!

Como un demente, Alí se abalanzó hacia su inanimado amigo. Los guardias corrían ya por todas partes

—Abú Sahl...

Como el médico no reaccionaba, lo tomó por las axilas y le arrastró hacia el estanque más cercano. Tomando agua con sus manos, salpicó su rostro. Abú Sahl parpadeó haciendo una mueca y vio el angustiado rostro de Alí, iluminado por las llamas.

—¿La hoguera?... ¿Ya...?

—No es todavía la Gehenna, pero estamos muy cerca. ¿Puedes levantarte?

—¡Jeque el-rais! ¡Tienes que salir de aquí!

Alí reconoció el uniforme negro de la guardia jurasánica.

—Ayúdame a trasladar a mi amigo. Está herido.

—Nunca me he sentido mejor —protestó el-Massihí levantándose. Pero, apenas estuvo de pie, lanzó un grito de dolor—. Mi tobillo...

Sin aguardar más, Alí indicó al soldado que le ayudara a sostener al cristiano y se dirigieron hacia la plaza del Risgistán.

Fuera reinaba la confusión general. Habríase dicho que todos los habitantes de Bujará habían salido de sus casas. La gente se amontonaba en la plaza, se interpelaba, señalaba con el dedo la columna de humo que ennegrecía el cielo.

Con la ayuda del mameluco, se fueron abriendo paso, a duras penas, a través de la muchedumbre hasta llegar al gran bazar cubierto donde soplaba también el viento de la locura. Mientras recorrían los vacíos puestos, estuvieron a punto de ser derribados por un grupo de jinetes que había brotado de la noche, corriendo a rienda suelta.

—¡Esto es el fin del mundo! —aulló el cristiano—. ¡Han perdido la cabeza!

—No sé si será el fin del mundo —repuso Ibn Sina con voz sorda—, pero esta biblioteca ardiendo es parte de su saber convertido en humo. Un esfuerzo más, ya hemos llegado.

En un extremo de la calleja acababa de aparecer la casita de adobe. Mahmud corría hacia ellos, seguido por Abd Allah y Setareh.

—¡Alí! —aulló el muchacho arrojándose casi al cuello de su hermano.

Viendo a el-Massihí, preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido?

Antes de que Ibn Sina tuviera tiempo de responder, el-Massihí masculló:

—Me ha empujado un imbécil...

Ibn Sina bajó la mirada, incómodo.

—Creí que habías muerto, hijo mío —dijo Setareh acudiendo también.

—Bueno, mamek, bueno; todo va bien...

Con cierta turbación, apartó los brazos de su madre y penetró en la casa. Abd Allah sustituyó al guardia y tendieron al cristiano en un diván.

—Madre, tráenos una jarra de vino. El alcohol le ayudará a soportar el dolor.

Abú Sahl le observó por el rabillo del ojo mientras le desataba los botines. El pie derecho estaba rojo, tumefacto hasta los dedos.

—¿De modo, jeque el-rais, que eres también veterinario?

—¿Qué quieres decir?

—¿No son los veterinarios quienes cuidan a los perros?

—¿Pero qué está diciendo? —preguntó Mahmud—. ¿Tiene afectada la pierna y está perdiendo la cabeza?

—Los cristianos son así —bromeó Abd Allah.

Alí se limitó a apretar los dientes. Sus ojos estaban llenos de noche.

La calma había vuelto a Bujará. Sentado junto a su padre, Alí bebió el vino que quedaba en la jarra.

Todos dormían. Estaban solos bajo la parra.

—De modo que no era un rumor...

—Hijo mío, recitabas el Corán a los diez años y debes recordar, mejor que nadie, las palabras del Profeta.

—Esta noche tengo cansada la cabeza.

—Entonces, si lo deseas, seré tu memoria por unos instantes. Dijo: «Menciona a Abraham en el Libro. Fue un justo y un profeta.»

Casi inmediatamente, Alí replicó con voz apagada:

—«Interroga a los hijos de Israel: ¡Cuántas pruebas irrefutables les hemos dado! Pero Dios es terrible en su castigo a quien cambia los favores de Dios, tras haberlos recibido.»

Abd Allah esbozó una breve sonrisa y prosiguió:

—«¿Quién siente aversión por la religión de Abraham, sino el insensato?» ¿No dijo también eso?

Molesto, Alí sacó de un bol un puñado de granos de granada.

—Padre, podríamos lanzarnos versículos del Corán hasta que amaneciera. Pero sobre este tema, y el Altísimo me perdone, sólo hallaremos contradicciones en los ciento catorce suras. Sin embargo, hay un versículo desprovisto de cualquier ambigüedad: «¡Oh vosotros, los creyentes! No toméis por amigos a los judíos y los cristianos, son amigos los unos de los otros. Quien los toma por amigos es de los suyos. Dios no dirige al pueblo injusto.»

Abd Allah miró a su hijo con tristeza.

—Entonces, darías a Abú Sahl, el cristiano, lo que niegas a tu propia madre.

Alí se levantó de pronto, derribando el bol de granada, que se rompió.

—¿Pero no lo ves? Abre tus ojos. Mira. Me cerraban las puertas del palacio cuando el emir estaba agonizando. ¿Comprendes ahora por qué? Y así sucederá en todas partes. Hoy en Bujará. Mañana en Bagdad o en Nishapur. ¿No lo comprendes? ¡Soy un yahudi! ¡Seré un yahudi para toda Persia!

Abd Allah se levantó también. El furor anegaba sus ojos. Asió a su hijo y lo atrajo hacia sí.

—Escúchame bien, Alí ibn Sina. Y que mis palabras se graben para siempre en tu cabeza de pájaro loco. Eres un creyente. Un hijo del Islam. Un chií y nada más. Y tu madre es digna. Y tu madre es buena. Y tú eres fruto de sus entrañas. Pero, si algún día, vas a ruborizarte por ello, entonces te pido Alí ibn Sina que huyas, huye lo más lejos que puedas. Abandona este techo. Corre hacia los límites del mundo conocido y que el mar de las Tinieblas te sumerja para siempre.



CUARTA MAQAMA

—¡Hieden! ¡Los excrementos de los camellos del país de los turcos tienen el hedor más detestable del mundo!

Mientras cortaba una franja de tejido listado, Salah el sastre movió con indiferencia la cabeza.

—Un excremento de camello es un excremento, hermano, haya salido de un culo daylamita o de un culo kurdo.

—En absoluto. Esas caravanas procedentes de más allá del Amu-Daria, exhalan algo insoportable.

Con la cabeza inclinada sobre su costura, Salah comenzó a reír suavemente.

—Aquí, donde el sándalo se mezcla con el áloe, el jengibre con la canela, el benjuí con el azafrán, no comprendo realmente cómo puedes distinguir el olor de una bosta de vaca del de una boñiga de muía o del excremento de un águila real. ¡Debes de tener un olfato especialmente fino!

Soleimán se encogió de hombros y siguió trenzando sus mimbres. A su alrededor, el gran mercado cubierto vibraba a la dura luz de mediodía. Los cotorreos de las aves respondían a los relinchos de las muías y a los gritos de los aguadores; los altercados de los mendigos se unían, entre polvo y sol, a aquella *enfermedad de los perfumes* de que hablaba Salah.

Más lejos, a la sombra de las colgaduras color de arena e incienso, ante fardos hinchados como odres y apilados serones, los panzudos mercaderes de rostros arrugados alababan sus baratijas con amplios movimientos de mangas. En aquel coloreado universo, las ánforas del Ática, las alfombras de lana o seda sefeví, las pieles y los fieltros del Turkeistán, los tejidos de Damietta briscados de oro, los brocados, el cachemir de las Indias, los aguamaniles de Siria, la alfarería y los cincelados jarros, el acero damasquinado, se codeaban en confusos montones con la sal y los dátiles, el trigo y la miel, el ámbar y las perlas. Más lejos aún, se ofrecían algunos caqaliba, esclavos con el rostro reluciente de sudor, recién llegados de las estepas del Norte, de camino hacia el mar de los Jazares.

El trenzador de mimbres se inclinó discreto hacia su vecino.

—¿Reconoces a ese hombre?

—Veo dos. ¿De quién estás hablando?

—Del más joven. ¿Le reconoces?

Salah levantó de nuevo la cabeza.

—Me parece que es el jeque el-raís.

—Eso es: Alí ibn Sina. ¿Estás al corriente de las últimas noticias?

Salah lo negó.

—Se dice que fue él quien pegó fuego a la biblioteca real.

—¿El jeque el-raís? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Para ser el único en poseer los extraordinarios conocimientos que allí adquirió. ¿No crees que sería una acción monstruosa?

—Si se comprobara, sin duda: el saber es propiedad de Alá.

Alí, en compañía de el-Massihí, dejó atrás a los dos hombres y prosiguió su camino por el mercado. Instantes más tarde, cuando estaban ya a la vista del hospital, soltó con despecho:

—Me pregunto quién es hoy más célebre en Bujará, el médico o el pirómano.

—Esperaba que no hubieras oído el diálogo de aquellos dos imbéciles. ¿Qué quieres que te diga? La lengua de algunos siempre ha tenido veneno. ¡Que su rabia les mate!

—Desde el visir hasta los eunucos de palacio, eso representaría muchos muertos... Pues si muchos no están convencidos de mi responsabilidad en el incendio de la biblioteca real, todos se hacen la pregunta.

—Mientras el emir siga estando por encima de la maledicencia, no debes temer nada.

—De tus labios a las puertas del cielo, el-Massihí. ¿Pero cuánto tiempo puede durar esa situación? ¿Comprendes ahora mi cólera en los jardines de la biblioteca?

El-Massihí lanzó una mirada de soslayo a su amigo y respondió con cierta ironía:

—Alí ibn Sina, si por algún milagro mi espíritu careciera de discernimiento, tendría mi dolorido tobillo para colmar tal laguna.

—Aquel día un yinn* se había apoderado de mi cabeza, el-Massihí. ¿Podrás perdonarme alguna vez mi locura?

—Hijo de Sina, ¿es posible perdonar lo que se ha olvidado?

No dijeron una sola palabra más hasta que llegaron a la entrada del hospital. Penetraron bajo el gran porche, se dispusieron a saludar a un grupo de estudiantes que iban en su dirección pero, con gran sorpresa por su parte, como presas de pánico, los jóvenes se apartaron presurosos de su camino.

—¿Qué les pasa? —murmuró el-Massihí—. Hace un instante hablabas del yinn; pues parece que han visto uno.

—Es extraño, en efecto.

Llenos de sorda inquietud, cruzaron rápidamente el iwan y se dirigieron hacia la estancia de los médicos. Allí vieron a los mamelucos. Tres montaban guardia ante la puerta, prohibiéndoles el paso. El cuarto, que tenía aspecto de ser el jefe, les habló con sequedad:

—¿Quién de vosotros dos es el jeque el-raís?

Alí repuso espontáneamente:

—Soy yo. ¿Qué ocurre?

—Orden del cadí. Tu presencia en el bimaristán no es ya deseable. En adelante, tienes formalmente prohibido el acceso a este lugar.

—¡Pero con qué derecho! ¿Qué se me reprocha?

—Yo cumplo mi misión. No sé nada más.

El-Massihí protestó:

—¿Y quién cuidará a los enfermos en nuestra ausencia? ¿El cadí?

El mameluco hizo un gesto evasivo.

—No sé nada de eso. De todos modos, la prohibición sólo se refiere al jeque el-raís. Tú puedes proseguir libremente tu trabajo.

—¡Es insensato! ¡Déjame pasar! —Con gesto brusco, Alí empujó al soldado y se dirigió a la puerta. Su tentativa fue inmediatamente anulada por los guardias. El-Massihí intentó interponerse, pero el jefe le llamó al orden.

—Tú, dhimmi, si no quieres sufrir la misma suerte que tu amigo, te aconsejo que seas dócil.

—Y tú vigila tus palabras, de lo contrario alguien podría cortarte la lengua.

El hombre desdeñó la intervención del cristiano e interrogó a Ibn Sina:

—¿Quieres abandonar el hospital por propia voluntad o deben encargarse mis hombres de echarte?

Alí buscó una respuesta en la mirada de su amigo.

—¿Qué quieres hacer cuando tu juez es tu adversario? —dijo éste—. Ven, marchémonos. El aire se ha hecho irrespirable.

Cruzaron de nuevo el patio lleno de sol y volvieron a encontrarse en la calleja.

—¿Y ahora? —preguntó Alí con voz ronca.

—Contradecir la opinión de un príncipe es mojar la mano en la propia sangre. Ante todo es necesario conservar la calma.

—Pero tal vez el emir Abd el-Malik no esté al corriente. ¿No recuerda ya que, hace tres años, salvé la vida de su padre?

—«Si sois el amigo del rey, tomará vuestras riquezas; si sois su enemigo, tomará vuestra cabeza.»

—Pareces no recordar que sigo siendo su médico personal. Me han notificado mi destitución del hospital pero, en cambio, nada me han dicho de mi porvenir en la corte.

—Vamos, no seas niño. Bien sabes que ambas cosas van juntas.

—¡Quiero aclararlo de una vez! Voy a ir, ahora mismo, a solicitar una entrevista a el-Barguy, sigue siendo jurisconsulto. Él no ha podido olvidar todas las noches en blanco que consagré a la redacción de su *Tratado del resultante y el resultado*. Me ayudará.

—En tu lugar, yo no chistaría. Estás al borde de un precipicio. Piensa también en tus padres. Tu padre es de edad avanzada. Los tuyos no deben sufrir las consecuencias de tu arrebato.

—No temas, el-Massihí. Tal vez esté loco, pero me quedan todavía momentos de lucidez.

Con evidente turbación, el jurisconsulto posó su codo en uno de los brazos del sillón de madera de cedro, y apoyó su mejilla diestra en el puño cerrado, expresándose con lentitud:

* Creo que con la palabra *Yinn*, el jeque se refería a un «demonio». Aunque en la introducción a la lógica de su libro, *El Shifa'*, hizo una triple distinción entre los *yinns*. Pero eso pertenecía a un análisis filosófico sin relación alguna con la discusión del momento. (*Nota de Jozjani.*)

—No tengo poder alguno, jeque el-raís. El asunto que te preocupa no depende de mí.
 —Ya veo. Así pues, la orden de mi destitución emana de alguien más alto que el cadí.
 —Tú lo has dicho.
 —¿Pero cómo puede creer el soberano que yo he incendiado la biblioteca real? ¡Es absurdo!
 —La mirada muy clara por lo común, de Abú Bakr se veló un poco. Maquinalmente, se pasó la mano por los cabellos teñidos con alheña.
 —Estamos rodeados de absurdos. Lo sabes, la situación política es muy precaria. Desde la muerte de Nuh II la dinastía samaní hace aguas por todas partes. El águila turca puede caer pronto sobre Jurasán. En estas condiciones, nuestros príncipes pierden el juicio. La menor presunción se convierte en acusación. Debo decir también que, desde hace tres años, has contribuido ampliamente a tu desgracia pues no has intentado apaciguar los celos y la envidia de tus enemigos. Poderosos enemigos, Alí ibn Sina.
 Mientras hablaba, se inclinó hacia la mesita de marquetería y tomó una fuente de frutos secos, tendiéndola a su huésped.
 —Te lo agradezco, pero comprenderás que en estos instantes no tenga apetito. Es cierto, lo confieso, nunca he sabido callar mis opiniones. ¿Pero qué podía hacer? ¿Tolerar en silencio la incompetencia de los médicos que rodean al emir? ¿Aplaudir la tontería?
 —Ya conoces el proverbio: «Besa la mano que no puedes morder.» Evidentemente, eres aún muy joven para aceptar tales principios.
 —Me pregunto si podré hacerlo alguna vez.
 Hubo un silencio, y prosiguió:
 —¿Si hablara con el emir?
 —No te recibirá. Su puerta permanecerá cerrada.
 —¿Y tú? ¿No podrías convencerle de que soy inocente del innoble crimen del que se me acusa?
 —No es sólo la historia del incendio lo que pesa en la balanza. Debes de sospecharlo. Ibn Sina apretó con fuerza el brazo del sillón.
 Su interlocutor prosiguió con gravedad:
 —Ser sospechoso de infidelidad es un crimen mucho más grave... ¿Comprendes lo que quiero decir?
 Con el rostro más blanco que la cera, Alí saltó de su asiento.
 —Escúchame, Abú Bakr. Has de saber que en este mundo hay un solo hombre de mi valor, uno solo, y le llaman infiel; sea entonces, en este mundo no debe de existir un solo musulmán. El jurisconsulto se pasó, sonriendo, la mano por el vientre.
 —¿Es ésa la protesta de un creyente sincero o la de un converso que quiere hacer olvidar su origen judío? A fin de cuentas, ¿acaso tu propio padre no abandonó el chiísmo duodecimano por el ismaelismo?
 Alí tuvo la impresión de que las paredes de la estancia vacilaban a su alrededor. La voz de el-Massihi resonó, casi enseguida, en su espíritu: *Estás al borde del precipicio...*
 Abú Bakr se levantó lentamente.
 —Bien veo que me reprochas haberte hablado sin tapujos. Sin embargo, es preciso que sepas que, a pesar de las apariencias, no me domina animosidad alguna. Siento, incluso, afecto y respeto por ti. Por ello me gustaría darte un consejo, jeque el-raís; brota de las profundidades de mi corazón: Mientras los hombres se acercan al Creador por todas las variedades de la piedad, acércate tú a Él por todas las formas de la inteligencia: les superas a todos. Y mientras la gente se toma tanto trabajo para multiplicar sus actos de adoración, tú preocúpate únicamente del conocimiento del mundo inteligible. De este modo, llegarás mucho más alto que el águila real. ¿He sido claro?
 —Muy claro, Abú Bakr. Guardaré tus palabras en la memoria. Ahora, permite que me retire.
 —La paz sobre ti, amigo mío.
 —Sobre ti la paz, el-Barguy.

«Un invierno terrible como nunca cayó sobre Jurasán. De yumada el-ajira a rayab, los helados canales no corrieron ya por la llanura y las aguas del Zarafshán se adormecieron en su lecho de cristal. Muchos creyeron que nunca más despertarían. A algunas horas, desde lo alto de la ciudadela, cuando la luz se dirige hacia la noche, el paisaje hacía pensar en un océano de espuma blanca y malva, con sus naves detenidas. Era hermoso y terrible a la vez.

»Luego volvió la dulzura del mes de sa'ban. Y, con el ramadán, el verde, el púrpura de las rosas y el rojo sangre de las granadas abiertas aparecieron de nuevo.

»¿Qué fue de la vida de mi maestro durante aquellos seis meses? Expulsado del hospital, consagró toda su energía a cuidar a quienes solicitaban su ciencia: notables o mendigos. Se dirigía, cada vez que el clima lo permitía, a los burgos de los alrededores, sin percibir oro ni plata, esperando sólo del Altísimo su retribución.

»Me confesó que, de vez en cuando, iba a recoger algunos furtivos brillos de felicidad en la piel de Warda. Y reconoció que, tendido junto a ella, conoció más de un instante supremo, lejos de la mezquindad de los hombres.

»Consagró también muchas horas al estudio de la religión de Abraham y, a menudo, me repetiría este sura: "¿Quién siente, pues, aversión por la religión de Abraham, sino el insensato?"

»Luego, las verdades de su fe se hicieron como el viento de shamal que sopla en las pistas pero al que nunca se ve; pues sufrió demasiado por la intolerancia de los hombres, y por la suya propia.

»Pero hoy no es tiempo de melancolías. Estamos en el último día del santo mes de ramadán. El día del Eid el-saghir, que marca el fin de los treinta días de ayuno. Setareh ha servido un cordero asado que huele a canela y comino silvestre, guarnecido con piñones, pasas y almendras. En la gran fuente de cobre cincelado con arabescos hay un impresionante número de pequeños platos.

»Están presentes todos los amigos. Salvo el-Biruni que está en Gurgan, al servicio del cazador de codornices, y Firdussi que se ha marchado a su ciudad natal, Tus, para proseguir la redacción de su *Libro de los Reyes*.

»Hay alcachofas, habas, sémola que Setareh ha amasado durante horas y horas con mantequilla obtenida de la leche de oveja. Pescado con azafrán, arroz en abundancia, cuajada. Como postres aguarda una pirámide de golosinas envueltas en miel, deliciosos melones que Mahmud ha traído del mercado, llegados de Ferghana metidos en hielo, en cajas de plomo, para que resistieran mejor el viaje.

»En la mesa no hay legumbres como la calabaza o el tomate, ni liebre o gacela, alimentos prohibidos por nuestras creencias chiíes. En cambio, están presentes la cebolla y el ajo, aunque el Profeta los desaconseje. En realidad, Mahoma rechazaba el uso de estas plantas a causa, sobre todo, del mal aliento que provocan y que es repugnante advertir en los lugares de oración.»

—Te has sobrepasado, mamek —dijo Mahmud mojando un pedazo de pan de cebada en la cuajada—. ¡Es una verdadera walima!

—Más aún —apoyó el-Massih—; ¡pocas veces he visto una comida de bodas tan rica!

—Comeré de buena gana otro pedazo de ese maravilloso cordero —anunció el-Mughanni.

—¿Qué parte prefieres ahora? —preguntó Setareh.

—Como el Profeta, la espalda y las patas delanteras.

—Realmente —observó Ibn-Zayla—, es algo sorprendente pensar en todos esos maravillosos manjares que el hombre ha inventado, en todas esas horas consagradas a prepararlos, sólo para satisfacer una ínfima parcela de sí mismo: el paladar. Tesoros de ingenio desplegados para esos furtivos instantes en los que nos llevamos el alimento a los labios.

—No comparto tu opinión —protestó Abd Allah—. En el ceremonial de una comida no cuenta sólo el gusto. El placer está también en la vista.

Tomó como testigo a Ibn Sina:

—No vas a contradecirme, hijo mío. Tú que has añadido a los cuatro sabores gustativos descritos por tu maestro Aristóteles, el mal gusto, la insipidez y otros más.

—Tienes razón, padre. Fácilmente podríamos aumentar esta lista con el placer de la vista, y también con los del olfato y el tacto. Hay, incluso, algo sensual en la aprehensión de un plato. Otros muchos elementos participan en el sabor de una comida.

Inclinándose hacia el músico, sugirió:

—¿No es la música uno de ellos?

Como si sólo esperara aquel momento, el-Mughanni dejó su copa de vino de palma y tomó su instrumento, una kemangeh aguz, una variedad del laúd.

Colocó entre sus muslos la punta de metal que sobresalía por debajo de la caja y posó el arco sobre una de las cuerdas. Con arte consumado, hizo girar el instrumento de derecha a izquierda, y la música se extendió por la estancia.

—Toca, el-Mughanni, toca... —murmuró Abd Allah echando ligeramente la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos—. Alá me perdone... ¿qué más podemos pedir a la vida? Rodeado de

los seres queridos, ante una comida digna de príncipes. Teniendo a nuestro lado una esposa que os quiere... ¿no es esto una felicidad que debe colmaros?

Los invitados aprobaron sin restricciones estas palabras. Entonces, el-Mughanni, embriagado por el vino, comenzó a tocar con mayor pasión.

Terminó bajo una salva de aplausos.

—Maravilloso —dijo Ibn Sina admirado—; eres un gran artista, el-Mughanni.

Buscó la aprobación de su padre. Advirtió entonces que la cabeza del anciano había caído sobre su pecho, ligeramente inclinado hacia un lado y con los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

—¡Padre!

El grito de terror de Alí resonó por toda la estancia. Las miradas se dirigieron a Abd Allah. Y comprendieron.

—Pronto, ayudadme, tenemos que llevarle hasta su cama.

Tendieron a Abd Allah en la alcoba, sobre una manta de lana, y Alí se apresuró a tomarle el pulso.

—Está... —dijo el-Mughanni, blanco como un sudario.

La voz de Alí le interrumpió brutalmente.

—El corazón late todavía —le dijo a el-Massihí, arrodillado al otro lado del lecho.

Mientras duró el examen, el silencio era tal que habría podido oírse el rumor del aire en la habitación. Alí auscultó el palpito de la sangre en los distintos puntos del cuerpo.

Estudió los miembros, el brillo del ojo, verificó el color y la temperatura de las extremidades. Cuando se levantó por fin, tenía los rasgos empapados en sudor. Indicó por signos que todos, salvo el-Massihí, les dejaran solos.

Setareh había cogido la inerte mano de su esposo y nada en el mundo habría podido separarla de él. Cerrando la puerta tras sus huéspedes, Mahmud, con los ojos llenos de lágrimas, se sentó sobre sus talones, junto a su madre.

El-Massihí y Alí lo aprovecharon para reunirse junto a la ventana abierta al poniente

—¿Que?

Se secó con el dorso de la mano las gotas de sudor que brotaban sobre sus labios, posando sobre su amigo una angustiada mirada. El-Massihí repitió la pregunta.

—Nada...

—¿Qué estás diciendo?

—Nada... En mi cabeza todo es oscuro...

El-Massihí le tomó de los hombros y susurró:

—¿Te has vuelto loco? Acabas de examinarle, ¿no?

Ibn Sina asintió vagamente.

—¿Y entonces, que has advertido?

—Me... me parece... que hay parálisis completa del costado derecho.

El-Massihí abrió unos ojos como platos.

—¿Te parece?

—¡Ya no oigo! ¡Ya no veo nada! ¿No puedes comprenderlo?

Casi había gritado, conteniendo con todas sus fuerzas el llanto que subía a su garganta.

—Serénate, por Dios, serénate. Ya sé que se trata de tu padre pero, ante todo, es un enfermo como los demás.

¡Como todos los que has curado!

Alí se agarró a la túnica de el-Massihí:

—¡Examínale por favor, examínale tú!

Desamparado, el cristiano pareció vacilar y, luego, se decidió a dirigirse hacia la cama.

Setareh se reunió con Alí junto a la ventana.

—Le salvarás, hijo mío... Le salvarás, ¿no es cierto?

Alí inclinó la cabeza, intentando evitar su mirada.

—Eres el jeque el-raís, eres Ibn Sina, el más grande de los médicos... vas a salvarle...

«Alí ibn Sina no salvó a su padre... No supo. El-Massihí le confió los resultados de su padre. Le habló de una pérdida de sensibilidad, de la frialdad de sus extremidades, de la mirada fija de Abd Alian abierta ya, sin duda, a la muerte, y fue inútil que mi maestro reuniera en su cabeza todos sus conocimientos, todo el saber de el jeque el-raís, el príncipe de los médicos; no comprendió nada. Sus libros eran sólo páginas en blanco.

»Sé tan sólo que habría deseado que el Altísimo acertara su vida para prolongar la de su padre y que sólo pudo orar.

»El-Massihí sugirió una sangría. Le parecía una embolia. Si Alí hubiera aceptado, tal vez Abd Allah habría sobrevivido. Paralizado sin duda, pero vivo. Rechazó la sangría. En otros casos, habría llevado a cabo él mismo, sin vacilar, el gesto necesario, pero aquel día no pudo ver manar la sangre de su padre.

»Abd Allah murió días más tarde. Descansa en el cementerio de Bujará. Tendido sobre el costado derecho, mirando hacia La Meca, sin cúpula sobre su tumba —como quiere la tradición— para que nada impida a la lluvia correr por la piedra.

»Mi maestro decidió partir. Partirá y Mahmud se quedará con Setareh. Con las monedas de oro, último presente del difunto emir Nuh II, podrán vivir mucho tiempo al abrigo de las necesidades.

»No espera ya nada de esa provincia. El palacio, la ciudadela, la gran mezquita, los canales se han convertido, para él, en una ofensa. Y su corazón llora cuando divisa desde la ventana la casa del Tesoro, a donde su padre no volverá nunca más.

»Ha decidido partir. Habla con el-Massihí que quiere acompañarle, pues presiente que la dinastía samaní llega a su fin. Mañana, dentro de una semana o un mes, Bujará y toda la provincia de Jurasán caerán irremediabilmente en manos del turco.

»Se despide de Warda. Y sé que las lágrimas que la muchacha derramó anegaron su corazón.

»Ignoran a donde irán. Vasta es la tierra de Persia las estaciones variadas e innumerables las ciudades. Tal vez se reúnan con el-Biruni, en la corte del cazador de codornices. O tal vez bajen hacia el sur, hacia Fars, o hacia Kirman. O tal vez asciendan hacia el norte, hacia Turkestán. Donde fluyen los manantiales del olvido...»



QUINTA MAQAMA

Acompañados por el redoble de los tambores mortuorios, los penitentes desfilaban en prietas filas por la plaza de Dargan. Dargan, oscuro poblado con casas de barro y ladrillo cocido. Dargan, junto al curso del Amú-Daria que, aquella mañana, tenía aspecto de fin del mundo.

Ibn Sina, el-Massihí y su joven guía, obligados por la compacta masa de los aldeanos reunidos a uno y otro lado de la calle, tuvieron que detenerse al pie de la manara, la alta torre de señales.

Decenas de banderas bordadas con versículos del Libro chasqueaban sobre las cabezas de los recitadores, que avanzaban gimiendo y golpeándose el pecho. Un abanderado abría la marcha. En el tejido, un dibujo representaba una mano abierta, símbolo del chiísmo*.

Alentados por las vociferaciones de la muchedumbre, hombres y adolescentes, con el rostro pintado de rojo, azotaban con inaudita violencia sus pechos desnudos con la ayuda de puntas de acero, o laceraban a cuchilladas su cráneo afeitado, manchando de sangre su frente, sus mejillas, sus túnicas de lana blanca. Una mujer aulló, al borde de la histeria. El-Massihí, asustado, intentó dominar el impulso de su caballo.

—¿Habremos llegado a Gomorra?

Alí respondió gritando, para superar el rumor que rugía por todas partes:

—¡Hoy es el décimo día de du-el-hiyya! ¡El día de Karbala!

El guía contempló a Ibn Sina asombrado:

—¿El día de Karbala?

—Ghilman**, ¿a qué religión perteneces para ignorar lo que es Karbala?

Un nuevo grito de mujer dominó el espacio. El guía contestó colocando sus manos como bocina:

—Soy un parsi. ¡Un parsi, como lo era mi padre!

—Sabe pues que el décimo día de du-el-hiyya es el día en que Hossein, el hijo menor del yerno del Profeta, fue derrotado en Karbala cuando intentaba apoderarse del califato. Al finalizar la batalla, fue decapitado por sus enemigos, convirtiéndose así en el mayor de los mártires chiíes. El chahid por excelencia.

Señaló a los penitentes:

—Cada año, esa gente da así testimonio de su muerte...

—Creía que esta manifestación había sido reprobada por las altas autoridades chiíes —se extrañó el-Massihí.

—No sólo reprobada, sino también prohibida. De todos modos, aquí y allá, el pueblo humilde sigue conmemorando Karbala. Y...

Alí se interrumpió. Un titubeante adolescente acababa de chocar de lleno con su caballo. Cayó hacia atrás con los ojos desorbitados, girando sobre sí mismo antes de derrumbarse al suelo como una flor cortada.

—¿Está muerto? —exclamó el guía con espanto.

—Sólo desvanecido. Muchos otros se le unirán antes de que termine el día.

Alí fijó su atención en la procesión que seguía extendiendo su sangrante cinta por la aldea. Un flagelante atrajo su mirada. Su cráneo estaba cubierto de sangre y jirones resáceos de piel arrancada. Aparentemente insensible al dolor, laceraba sus mejillas a cuchilladas.

—Va a desangrarse... —susurró Alí aterrado. Gritó hacia el penitente, aunque era consciente de que no podía oírle.

—¡Hay que detenerle, es pura demencia!

* Los cinco dedos representan al Profeta, Fátima su hija, Alí su yerno y sus dos hijos, Hassan y Hossein. (*N. del T.*)

** Tranquilízate, ghilman es un apodo que nada tiene de ultrajante. Es una palabra árabe que significa, simplemente, joven o muchacho. ^Quiere decir, también, servidor; habitualmente, servidor de condición libre. En un pasado próximo todavía se llamaba así a algunos príncipes abasíes. Y puedo confiarte que he conocido a príncipes que hacían pensar en servidores y a servidores que hacían pensar en príncipes... (*Nota de Jozjani.*)

Antes de que el-Massihí y el guía tuvieran tiempo de reaccionar, descabalgó de un salto y corrió hacia el hombre. Casi de inmediato, levantando nubes de polvo, surgieron de la nada unos jinetes. Con la cabeza enturbantada y un pañuelo negro anudado al cuello, dando violentos fustazos a sus caballos, cruzaron a todo galope el lindero del poblado.

A contraluz, un sable reflejó el sol.

El guía fue el primero en dar la alarma:

—¡Los ghuz!

Inmediatamente volvió grupas con gesto enloquecido, gritando de nuevo:

—¡Los ghuz! ¡Hay que huir enseguida!

Con la mirada clavada en Alí, que estaba sólo a unos pasos del penitente, el-Massihí pareció no oírle.

—¡Por el fuego sagrado! ¿Te has vuelto sordo? Van a matarnos a todos. ¡Hay que salir del pueblo!

—¿Y tú te has vuelto loco? ¡No podemos abandonar a Alí!

Golpeó, con un seco fustazo, la grupa de su caballo y corrió hacia su compañero. Éste, zambullido entre la muchedumbre, había conseguido desarmar al penitente e intentaba apartarle de la procesión.

A su alrededor, la horda había invadido la plaza. Los jinetes que iban a la cabeza, con el sable en la mano, caían en pequeñas oleadas sobre los aldeanos.

—¡Alí!

Haciendo avanzar su montura por entre la aterrorizada muchedumbre, el-Massihí intentaba desesperadamente acercarse a su amigo, que sostenía al herido. Divisó, como en una pesadilla, el arma que iba a caer sobre el jeque.

—¡Alí! ¡Cuidado!

Sin duda fue por la aterrorizada expresión del flagelante a quien estaba arrastrando que Ibn Sina comprendió que la muerte estaba sobre su cabeza. El sable cayó, cortando el aire con seco silbido. Apenas tuvo tiempo de saltar hacia atrás, sintiendo una terrible mordedura en su antebrazo.

—¡Monta!

Reconoció la voz del ghilman y se apresuró a tomar la mano que le tendía.

Ahora el pánico se había apoderado del pueblo. Sentado a horcajadas detrás del guía, Alí intentó conservar el equilibrio mientras se abrían camino entre la muchedumbre. Lanzó una mirada por encima del hombro. El cráneo del flagelante acababa de estallar entre un torbellino de polvo. Sin saber cómo, con el-Massihí a sus espaldas, lograron salir de la aldea. Ante ellos aparecieron unos campos de algodón maduros, alineados en la orilla derecha del río.

Llevado por el seco viento, el eco de los combates les persiguió durante mucho tiempo por la llanura. Cuando se atenuó por fin, casi dos farsajs* les separaban de Dargan. Sólo entonces redujeron la marcha. El-Massihí lo aprovechó para colocarse a la altura de sus compañeros.

—¿Qué ha ocurrido? —comenzó con voz ronca—. Nunca había visto... —Se interrumpió al ver la ensangrentada túnica de Ibn Sina—. Sangras, estás herido...

Alí lanzó una ojeada a la abierta herida de su antebrazo.

—No creo que sea muy grave. En cualquier caso, lo es menos que la pérdida de mi caballo y del zurrón que contenía mis instrumentos y mis notas. Por fortuna, he conservado mi bolsa a la cintura.

—Mejor es eso que una cabeza cortada. De todos modos, tendrás que esterilizar la herida. Llevo conmigo lo necesario.

—Cuando nos detengamos. Estamos todavía demasiado cerca del pueblo.

Dirigiéndose al guía, preguntó:

—Y ahora explícanos quiénes son esos locos.

—Elementos de una tribu turca oriental —explicó el guía—. Viven en las estepas del norte. Al principio, comerciaban pacíficamente con la gente de Jarazm, pero las agresiones comenzaron muy pronto. Primero, se limitaron a enfrentamientos con los ghazis, los musulmanes fronterizos, luego fueron expediciones punitivas de mayor envergadura. Incluso se han atrevido a atacar las afueras de Kath, la ciudad principal de la región, que se halla más al norte, al otro lado del río.

—¿Y qué hacen las autoridades?

* Un farsaj equivale a unos 6 kilómetros. (*N. del T.*)

—Las fuerzas del emir Ibn Ma'mun, el soberano de Jarazm, responden, claro. Pero no es tan sencillo. Los ataques de los ghuz son tan violentos como imprevisibles.

—Y ahora —preguntó el-Massihí con voz fatigada—, ¿qué vamos a hacer? La suerte no parece sernos favorable.

—Dargan sigue siendo el final de nuestro viaje —repuso Alí con voz firme—, y no será una pandilla de bandoleros quien nos lo impida.

El guía aprobó.

—Creo, sin embargo, que será más prudente pasar la noche en otra parte. Mañana todo habrá vuelto a la normalidad.

—Si he entendido bien, nos propones dormir una vez más bajo las estrellas. ¡Es más de lo que mis pobres huesos pueden soportar!

—El-Massihí, hermano mío, no has dejado de gemir desde que salimos. Sin embargo, debieras saber que nada es más sano que dormir al aire libre.

—Las noches son tan frías que incluso los escorpiones se hielan. Además...

—¡El Invencible nos proteja! —exclamó el guía—. Vuestras disputas acabarán atrayendo la desgracia Escuchadme. A dos o tres farsajs de aquí hay un khan, el khan Zafaram, podremos alojarnos, tú cuidarás tu brazo y mañana decidiremos.

—Esos albergues de camino me repugnan —suspiró el-Massihí—, huelen a estiércol. Pero no tenemos elección...

—Ignorando el comentario del médico, el guía dio la señal de partida y se dirigieron hacia el norte.

Nada, salvo el silbido tibio del viento y el martilleo de los cascos, turbó el silencio de su cabalgada. Por todas partes donde la mirada se posara, todo era una ondulante llanura; a estepa inculta, vacía, alargándose hasta el infinito, coloreada a veces por matorros de hierbas secas raras, tan frágiles que parecían transparentes.

Cuando llegaron por fin a su destino, el sol había desaparecido entre las colinas de tierra rojiza y los lejanos montes de Jurasán.

En el crepúsculo, el khan se ofreció a sus ojos como una construcción cuadrangular de dos pisos, con macizas torres en cada esquina y paredes de ladrillo cocido reforzadas con contrafuertes. Si no hubiera sido por los salientes que enmarcaban una monumental puerta en arco mitral, decorada con arabescos, hubiérase dicho que era un fortín.

Los dos jinetes penetraron en una especie de vestíbulo al que daban, a uno y otro lado, los aposentos del guarda y algunas tiendas con los mostradores llenos de objetos de primera necesidad.

Llegaron luego al gran patio y al estanque.

En la planta baja, bajo unas galerías, se alineaban lo que parecían almacenes y alojamientos. A la derecha, entre la herrería y las cuadras, vieron un hombre de rostro picado de viruelas que les hizo una señal. Tras las saluciones de costumbre, le confiaron sus animales y se dirigieron a la sala de viajeros.

La inmensa estancia abovedada desaparecía entre una grisácea humareda. Adosadas a las paredes o sentadas en improvisados taburetes, algunas siluetas destacaban bajo la temblorosa luz de los hachones: daylamitas de curtidos rasgos, cuyos negros ojos respiraban el mar de los Jazares; nómadas de China, de amarillenta faz y ojos rasgados, llenos de aquella enigmática expresión propia de los pueblos de más allá de Pamir; kurdos de nariz aguileña sobresaliendo bajo una amplia frente apergaminada.

Alí señaló, junto a un cubiletero, el brasero sobre el que había un recipiente de cobre, lleno de té.

—Pásame tu puñal —le dijo a el-Massihí.

—A veces parece olvidar que también soy médico —masculló el cristiano—. Yo me encargaré de ti.

Instantes más tarde, había cortado la manga de Ibn Sina y lavado con vino la herida. Luego, tomando su arma, que previamente había puesto al rojo vivo en las brasas, murmuró:

—Aprieta los dientes, hermano mío, esto va a doler...

Brotó un hedor a carne quemada cuando puso el acero en la herida. Con el rostro bruscamente arrugado Alí maldijo:

—Dhimmi, que el Altísimo te perdone... Advierto que sientes ahora cierto placer.

El-Massihí replicó con una sonrisa:

—Un tobillo por un antebrazo... No sé quién sale ganando en el cambio...

Buscando en su zurrón, tomó un polvo amarillento con el que cubrió la herida ennegrecida por el fuego.

El guía, intrigado, preguntó:

—¿Azufre en una herida?

—No, amigo mío, alheña. Tiene grandes virtudes cicatrizantes. Recuerdo a un muchacho de dieciséis años que, en una pelea, había sido pisoteado por los cascos de un caballo. Su herida comprometía toda la región muscular braquial, algo por debajo de la articulación, y, gracias a una aplicación de alheña, la cicatrización fue total en doce días.

—Las hojas de mirto son excelentes también para apaciguar el dolor -añadió Alí-. Pero imagino que aquí no podremos encontrarlas. —Lanzando una mirada satisfecha a su herida, prosiguió:- Y si buscáramos ahora, un rincón tranquilo. Tantas emociones me han dado sed.

Apenas se hubieron instalado en un rincón de la vasta sala cuando un hombre enteco que llevaba un gran pañolón a la cintura se presentó cortésmente ante ellos:

—Que la paz sea con vosotros. He creído oír que teníais hambre.

—¿Qué puedes ofrecernos? —preguntó Alí.

—Harissa, arroz, cordero, lagarto y, sobre todo, uva de Ta'if... Tenéis donde elegir.

—Deja el lagarto para los árabes. Pero nunca he probado la harissa. ¿Qué es?

—Carne picada y trigo cocido con grasa. Es excelente.

—Espero que tu cordero no será mayta*, como tu lagarto.

El hombre se cruzó de brazos con una divertida sonrisa:

—Si te respondiera que no, ¿cómo sabrías la diferencia? No te preocupes pues, Alá es Grande y Misericordioso.

—También es implacable con quienes reniegan voluntariamente de sus preceptos. Sírvenos pues tu harissa y unos dátiles. Pero, ante todo, vino; sobre todo vino.

—Tengo también panecillos con adormidera. Adormidera de Isfahán, la mejor.

—Imagino que el zumo habrá sido trabajado con agua —lanzó el-Massihí con cierto despecho.

El hombre levantó la barbilla, ofendido:

—Con agua nunca, hermano, con miel, miel de Bujará...

—La mejor, naturalmente —subrayó el guía con una divertida sonrisa.

El hombre, imperturbable, asintió.

—La mejor...

—¿Y cómo son tus habitaciones? —preguntó de nuevo el-Massihí—. Espero que su calidad nada tenga que ver con esos khans de montaña, donde sólo se dispone de una miserable banqueta para pasar la noche. O unos estrados elevados donde se duerme con menos comodidad que las bestias.

—No temas... Dispondréis de una habitación con esteras de junco.

—En ese caso, es perfecto... Nos quedamos —dijo Abú Sahl cerrando ostentadamente los ojos.

A pocos pasos de allí, un hombre de rasgos muy marcados comenzó a tocar un saroh; era un instrumento raro en aquella región, que por su forma romboidal recordaba el surco de un arado. Tema una particularidad: en la punta del clavijero, un pájaro, un bengatí tallado en madera, parecía sujetar en su pico las ocho cuerdas.

Una música extraña, lacerante, envolvió la sala. A su pesar, Alí se sintió transportado hacia los recuerdos y su corazón se encogió.

Hacía dos meses ya que habían salido de Bujará y de la provincia de Jurasán. De aldea en poblado, de oasis en caravanserrallo, asistiendo aquí y allá a quienes solicitaban sus cuidados. Dos meses. Una eternidad. Echaba en falta a Setareh y Mahmud, y la imagen de Abd Allah llenaba sus noches. Cien veces, tendido bajo las estrellas del Uzbekistán, había creído oír su voz en el helado soplo del viento.. Cien veces había imaginado su silueta en el recodo de una colina. Y esta noche estaba ahí, en ese khan del fin del mundo, sin objetivo preciso, salvo huir hacia lo desconocido.

—¿Quieres una calada, jeque el-raís?

Sacado de su ensoñación, Alí se sobresaltó.

* Siempre me sorprendió comprobar que mi maestro se entregaba sin escrúpulos a la bebida, a los placeres del cuerpo, y se negaba en cambio a transgredir la ley islámica que prohibía comer mayta, es decir la carne de un animal hallado muerto. Pero supongo que lo hacía más por principio higiénico que por motivos religiosos. (Nota de Jozjani.)

—¿Una calada? —repitió el desconocido, ofreciéndole el tubo de un narguile envuelto en tafílete rojo.

Aceptó y se llevó a los labios la boquilla de ámbar oscuro. Aspiró lentamente el humo del opio, haciendo cantar el agua tibia y perfumada que se estremecía en el recipiente.

—¿Por qué me has llamado así?

—¿No te llaman así por todo el país? Mi nombre es Abú Nasr el-Arrak. Soy matemático, y, de vez en cuando, pintor.

Se interrumpió e, inclinándose hacia una bolsa de piel, sacó unos esbozos que, en su mayoría, representaban caballos y paisajes.

Alí se inclinó ante la gran calidad de los dibujos.

El hombre prosiguió:

—Te divisé una noche, durante un banquete en la corte del emir Nuh. Entonces estabas en la cima de tu gloria.

Alí dio una nueva calada antes de responder lacónicamente:

—Es el pasado...

Devolvió el tubo del narguile a su interlocutor y dio unas palmadas:

—¡Tabernero! ¡Tarda mucho esa jarra!

El hombre preguntó:

—¿A dónde te diriges?

—Ayer a Chach, mañana a Dargan, algún día a Samarcanda y más tarde, tal vez, al país amarillo... El mundo es grande.

El-Arrak paseó distraídamente la boquilla del narguile por sus carnosos labios:

—¿Dargan? Esa aldea perdida es un lugar indigno de un hombre como tú.

Hizo una pausa y precisó:

—Jeque Ibn Sina, sabe que te recibirían de muy buena gana en la corte de Alí ibn Ma'mun, el emir de Gurgandj. Si lo deseas, puedo interceder en tu favor.

Llegó el tabernero con los platos. Sin aguardar a que hubiera terminado de colocarlos a sus pies, Alí tomó la jarra de vino y bebió a grandes tragos ante la desaprobadora mirada de el-Massihi.

—Desconfía, hijo de Sina, el opio es soberano, y también el agua de olvido, pero los dos juntos se llevan tan mal como la rata y el halcón.

—Vino, vino y páginas en blanco... Te guste o no, esta noche golpearé la copa contra la piedra*.

—Ya sólo te faltaba la poesía —replicó el-Massihi irritado—; ¡ahora es cosa hecha!

Bajo los primeros efectos del opio, las pupilas de Alí comenzaban ya a velarse.

—Dhimmi, hermano mío, no soy un poeta, sólo un pedigüño. Sin duda, las generaciones venideras lo confirmarán.

Ignorando que le había llamado dhimmi, Abú Sahí se volvió hacia el-Arrak:

—Permite que me presente: me llamo Abú Sahí el-Massihi y...

El hombre, sorprendido, le interrumpió:

—¿El médico? ¿El autor de *Los Ciento*?

Halagado, el cristiano observó:

—Ya veo que conoces excelentes obras. Eso es. Pero explícame por qué afirmabas que podías interceder a favor del jeque.

—Porque vivo en la corte de Gurgandj. Desde hace algunos años, la corte ma'muní se ha convertido en un centro de ciencias para los eruditos y los literatos del islam oriental. Alentado por su visir el-Soheyli, el emir se ha rodeado de una brillante asamblea de personajes e intelectuales. Se dice incluso que, en los próximos meses, recibiremos a alguien que tal vez conozcáis: Ahmad el-Biruni.

Alí dio un respingo:

—¿El-Biruni? Yo creía que estaba en Gurgan, junto al cazador de codornices.

—Es cierto. Pero allí los acontecimientos son preocupantes. Se habla de revueltas militares provocadas por la tiranía del gobernador de Astarabad. En su última, el-Biruni hablaba seriamente de abandonar Daylam.

Alí mojó un pedazo de pan en el plato de harissa y se lo llevó a la boca.

—Decididamente, nuestras dinastías son tan móviles como el lomo de las dunas...

* Expresión que significa beber hasta la última gota. (*N. del T.*)

—Volvamos a tus consejos —dijo el-Massihí, sirviéndose a su vez—. Creo saber que el emir tiene ya un médico a su lado; y en ese caso, ¿de qué utilidad podríamos serle Ibn Sina y yo mismo?

El-Arrak acabó de fumar su narguile con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Grande es vuestra modestia. Pero la celebridad del jeque lo es más todavía. La corte no se honraría en acoger sólo al médico, sino también al sabio, al pensador universal. Regreso de Ferghana, a donde tuve que ir por razones familiares. Pero mañana mismo me marchó a Gurgandj; si lo deseáis, podemos hacer juntos el camino.

El-Massihí inclinó, pensativamente, la cabeza.

—La idea me seduce bastante... ¿Y a ti, hijo de Sina?

Alí apuró las últimas gotas de vino e hizo girar la jarra en la palma de su mano.

—Si al emir le interesa un juriconsulto, puedo ser el hombre. Pero si busca un médico y talento, en ese caso debe contar con Abú Sahl. Sólo con Abú Sahl. Mi destino ha cambiado de faz...

El-Arrak lanzó una perpleja mirada hacia el-Massihí.

—Déjalo... —dijo suavemente Abú Sahl—; ahora el cerebro de nuestro amigo está bajo el entero dominio de la rata y el halcón.

—Tu afirmación sólo es cierta a medias —replicó Alí con una voz que el alcohol hacía insegura—, y me comprometo a rectificarla.

Se irguió lentamente y gritó:

—¡Vino, tabernero!

—A pocos pasos de allí, el tocador de saroh, que no había dejado de pellizcar las cuerdas de su instrumento, dijo con voz lejana:

—La melancolía es la pesadumbre del alma, hermano... Y el agua del olvido es ineficaz contra semejante enemigo.

Alí se levantó de un salto.

—¿Qué sabes tú del alma, amigo? ¿La conoces tan bien como yo la música? Pues también conozco la música. Y entre otras, la de tu país. Pues me parece reconocer, en lo que tocas, melodías inspiradas en el dios Shiva. ¿No tengo razón?

Por toda respuesta, el hombre meneó la cabeza y siguió tocando. Alí prosiguió con una voz que el alcohol y el opio hacían pastosa:

—Conozco de memoria el sistema musical de Bahrata, la Sagrama, la gama primaria, la gama complementaria. Puedo...

—Entonces, también sabes por qué, para la gente de mi país, la música es un arte esencialmente divino. En consecuencia, todos los músicos tienen en sí mismos parte de Shiva o parte... de Alá.

Alí comenzó a reír suavemente.

—¿Eres filósofo o músico?

Y, como el otro se mantuviera en silencio, se acercó a él decidido a polemizar pero, de pronto, algo en la mirada del hombre le detuvo. Era una mirada fija, vacía, sin vida, incrustada en un rostro trastornado, recorrido por mil arrugas. Comprendió que el hombre era ciego. Entonces se colocó frente a él y se limitó a observar en silencio los dedos que corrían por las cuerdas de seda.

El músico dijo al cabo de un rato:

—¿Reconoces pues que la música es un arte esencialmente divino?

El hijo de Sina asintió.

—¿Por qué te asombras pues cuando afirmo conocer el alma? Y la tuya está triste, más triste que el deshielo en las montañas de Pamir. Dame tu mano.

Vaciló y, luego, le tendió la mano derecha que el hombre tomó entre sus rugosos dedos. Dejando en el suelo su instrumento, deslizó con fascinante lentitud el índice de su mano libre por la mano de Ibn Sina.

Ahora, todos los rostros se habían vuelto hacia ellos.

—No eres de sangre real, pero eres un príncipe —comenzó el ciego en voz baja—, pues entre tus dedos reposa el don de la vida. Siento tu juventud, palpita, piafa bajo tu piel y, sin embargo, eres ya viejo. Has conocido los honores y la traición. En verdad, conocerás honores y traiciones mayores todavía.

Estrechó con más fuerza la mano de Alí, prosiguiendo con cierta tensión:

—Has amado, pero todavía no reconoces el amor. Lo encontrarás. Tendrá la tez del país de los rumí*, y los ojos de tu tierra. Seréis felices mucho tiempo. Te defenderás de él, pero será tu amor más duradero. Te guardará consigo, porque lo habrás hallado. No está lejos, duerme en alguna parte, entre Turkestán y Yjibal.

El hombre hizo una pausa:

—Y tocarás las estrellas. Te acercarás a ellas como pocas veces lo ha hecho el hombre. Algunos te maldecirán por ello. Serás inmortal, pero tu inmortalidad va a costarte un eterno vagar.

De pronto, se puso rígido y prosiguió con cierta emoción:

—Desconfía, amigo mío, desconfía de las llanuras de Fars y de las doradas cúpulas de Isfahán; pues allí se detendrá tu camino. Aquel día, a tu lado, habrá un hombre, un hombre de alma negra. ¡Que Shiva maldiga para siempre su memoria...!

Concluida su predicción, tomó de nuevo el saroh y comenzó a tocar como si nada hubiera ocurrido.

A Alí, muy pálido, le costaba ocultar su turbación. Sus secos labios no conseguían proferir una sola palabra. La voz de el-Massihí tuvo que sacarle de su sopor.

—Por el Altísimo —dijo Abú Sahí en un tono que quería ser despreocupado—, el viejo lagarto es un excelente actor. Viendo tu expresión, he creído que te había poseído.

—Sin duda —murmuró Ibn Sina con forzada sonrisa—. En efecto, es un excelente actor.

El-Arrak intentó, a su vez, aligerar la atmósfera:

—Todos los videntes tienen algo en común, sus frases son siempre evasivas. No tienen interés para un científico.

Alí asintió con la mirada ensombrecida

—En cualquier caso, el hombre ha conseguido algo: sacarme de la borrachera. Ahora debo comenzar de nuevo... Pásame pues la jarra, ghilman.

Abú Sahl se adelantó al guía.

—¡Un momento, hijo de Sina! No voy a pasarme la vida vagando por las estepas del Uzbekistán. Dentro de poco, caerás al suelo. Por lo tanto, me gustaría conocer ahora tu decisión: ¿seguiremos a nuestro consejero hasta Gurgandj)?

Alí tendió la mano hacia la jarra, respondiendo con extraña sonrisa:

—Nos dirigiremos a Gurgandj, claro... ¿Cómo voy a huir del amor?

* Los romanos. Más precisamente, el Imperio romano de Oriente, es decir, Bizancio y sus territorios. (*N. del T.*)



SEXTA MAQAMA

Cuando cruzaron la puerta del Fir, una de las cuatro puertas abiertas en la alta muralla que rodeaba Gurgandj*, la luna llena brillaba en el cielo.

Precedidos por el-Arrak, cruzaron las dormidas callejas de la ciudad interior y se dirigieron hacia la derecha, a la altura de la inmensa plaza del mercado, para ir luego hacia Bab el-Chudjaj, «puerta de la peregrinación», donde se hallaba el palacio del emir Ibn Ma'mun.

Avisado por el centinela desde lo alto de la torre de guardia, un destacamento de tropas, vestido con uniformes verdes, le recibió ante el portal de ébano. Cuando el-Arrak hubo revelado su identidad al comandante, éste designó al guía un alojamiento y, luego, escoltó a los tres hombres a través de los jardines hasta el edificio principal, donde un servidor negro, vestido con unos pantalones bombachos y llevando una antorcha, se encargó de ellos.

—Que la paz sea con vosotros —dijo inclinándose ante el matemático—. El chambelán me ha encargado que conduzca a tus huéspedes hasta sus aposentos. Me ha recomendado, también, que te diga que nuestro bien amado visir Ahmad el-Soheyli os concederá audiencia mañana mismo.

—Hágase según los deseos del chambelán. Te seguimos.

Siguiendo al servidor, el-Arrak se volvió hacia Ibn Sina y declaró satisfecho:

—He temido, por un instante, que el mensaje que envié al visir no le hubiera sido entregado a tiempo. Me satisface comprobar que nuestro sistema de correos no funciona demasiado mal.

Alí asintió con la barbilla.

—Con la telaraña que forman las mil postas a través de todo el país hubiera sido decepcionante que no fuera así.

—Y también las torres de guardia son eficaces; muy pocos pueden pasar a través de las mallas de la red.

—Salvo los ghuz —observó el-Massihi con cierta ironía.

El-Arrak hizo un gesto fatalista.

—Todas las defensas tienen sus debilidades...

—Para serte sincero, durante mucho tiempo he creído que la finalidad de las torres era servir de hitos, visibles a lo lejos, para las caravanas.

—No te equivocas por completo; también sirven para eso. Y a veces puede ocurrir que se erijan únicamente como columnas de victoria.

Acababan de llegar a lo alto de una gran escalera de mármol rosa. Ante ellos se abría un largo corredor con las paredes decoradas con frescos, en las que se proyectaba la tenue sombra de los hachones. El servidor se detuvo ante una de las puertas y señaló, al mismo tiempo, otra algo más lejana, a la izquierda.

—Vuestros huéspedes pueden elegir —dijo inclinándose amablemente.

—Perfecto —respondió el-Arrak—. Jeque el-raís, nuestros caminos se separan aquí. Me alojo en el piso superior. Espero que la noche os sea agradable.

—Te lo agradezco, Abú Nasr. Que la felicidad esté en tu despertar.

Alí siguió con la mirada al matemático mientras se retiraba siguiendo al servidor negro. Cuando se volvió hacia el-Massihi, el médico había desaparecido. Escrutó unos instantes la penumbra y oyó a su compañero murmurando vagamente.

—*Al Hamdu lillah...* Gloria a Dios... Una cama... Por fin una cama.

El sol estaba casi en su cenit cuando Ibn Sina abrió los ojos. Parpadeó, algo desconcertado, y necesitó algunos momentos para tomar conciencia de que estaba en Gurgandj, en casa del

* Mucho me temo que, cuando leas estas líneas, la ciudad de Gurgandj no exista ya. Sabe simplemente que se hallaba a orillas del Amú-Daria, a una decena de farsajs del mar de Juwarizm. (*Nota de Jozjani.*)

Jozjani estaba en lo cierto. Hoy la pequeña ciudad de Urgench, en la ex república de Uzbekistán, en la antigua URSS, se levanta en el que fue emplazamiento de Gurgandj, a unos sesenta kilómetros del mar de Aral, donde desemboca el Amú-Daria. (*N. del T.*)

emir Ibn Ma'mun. Abandonó el lecho envolviéndose en una manta de pelo de camello y se dirigió a la ventana donde le aguardaba un sorprendente espectáculo.

Un jardín.

Un jardín que, a primera vista, en nada se diferenciaba de los verdes espacios del príncipe Nuh el segundo, o de los demás jardines de notables que Alí había tenido ocasión de ver. Sólo tras una segunda observación le saltaron a la vista las diferencias; y le faltó el aliento.

Los centenares de palmeras que flanqueaban la avenida central no eran auténticas palmeras; las hayas tampoco; y menos aún los macizos de rosas y los matorrales de hierba crasa. Por mucho que buscara, y salvo la arena de las avenidas y la piedra, Alí no reconocía en aquella extraña floración elemento natural alguno.

Los troncos de los árboles eran de plata esculpida; algunos, de marfil incluso. El sol pasaba a través de millares de rosas, todas hechas de cristal esmaltado; sus tallos eran de cerámica de Raiy. Sorprendentes follajes, también de cerámica, rodeaban un gran estanque cuyos bordes estaban cubiertos de azulejos turquesa; pero el estanque no contenía agua, sólo mercurio. Un lago de mercurio en el que bogaban pequeños bajeles con velas de oro; autómatas; como lo eran las diez estatuas de guerreros que movían la cabeza levantando al cielo unos puñales engastados de esmeraldas.

Era encantador y terrible al mismo tiempo. Frío como el orgullo y cálido como la Gehenna. Pensó en el emir, y pensó si aquella obra debía cargarse en la cuenta de su locura o de su ingenuidad, o si era sencillamente el capricho de un príncipe.

Algunos discretos golpes dados a su puerta le arrancaron de la contemplación. En el dintel se hallaban dos servidores, con los brazos llenos de vestiduras.

—Para el jeque —anunciaron casi a coro—. De parte del visir.

Uno de ellos añadió:

—Su Excelencia me ha encargado, también, que os diga que os recibirá, así como el emir Ibn Ma'mun, en su mesa a las dos. Mientras, si lo deseáis, puedo conducirlos al hammam.

La proposición le complacía; hacía casi diez días que sólo conocía el agua de las fuentes. Señaló la estancia, al fondo del pasillo, donde el-Massihí debía de dormir aún.

—Avisad a mi compañero, estoy seguro de que le complacerá reunirse conmigo.

Ambos servidores se retiraron saludando dos veces y Alí pudo examinar a su guisa el presente que acababan de hacerle.

Sin duda alguna, el ministro tenía más gusto que su dueño. Tanto en el paño que servía de ropa interior como en las camisas, la calidad del tejido era irreprochable. No faltaba nada; ni la yubba de pura lana blanca, ni la burda ni tampoco el turbante, tenían nada que envidiar a la «nube», nombre que habían dado a la pieza de tela que protegía la cabeza del Profeta. Sandalias de cuero, botines, babuchas adornadas con hilos de oro, caftán briscado en plata y, sobre todo, la kaba, un soberbio vestido de brocado, de mangas abiertas por delante; cada prenda era un prodigio de refinamiento.

A Alí no se le escapó que una de las yubba había sido utilizada. Pero no le sorprendió y se sintió honrado, pues no ignoraba que ofrecer un vestido personal era prueba de amistad y afecto.

Su mano acarició la pequeña perla azul, regalo de Sawa. La apretó con fuerza rogando no tener que vivir nunca más los últimos meses de Bujará.

Ahmad el-Soheyí era un hombre de unos cincuenta años. De aspecto afable, rasgos abiertos, poseedor de cierta nobleza, con los ojos del color del dátíl, brillantes de inteligencia, se advertía que el hombre obtenía naturalmente el respeto y la fidelidad de sus colaboradores. Los sucesivos ascensos que le habían llevado hasta el visirato, los debía sólo a su gran sentido de la diplomacia, a una indudable clarividencia y a un modo de acercarse a las cosas de la política que habría podido calificarse de visionario. Poseía, por encima de todo, la rara facultad que permite a ciertos hombres leer en el corazón de los demás con desarmante agudeza.

Como el-Arrak había permitido suponer, aunque el emir obtuviera todo el beneficio, era sólo gracias a sus esfuerzos que la corte ma'muní se había convertido en polo de atracción de numerosos eruditos del islam oriental; los invitados reunidos en el inmenso comedor del palacio eran la prueba de ello: el-Arrak, claro, el médico Ibn el-Jammar, hijo de un mercader de vinos,

cristiano como el-Massihi, educado en Bagdad, el filólogo el-Thalibi, nativo de Nishapur e íntimo del meir*, así como otras afamadas personalidades.

Ante la mirada, curiosa y admirada a la vez, de aquella concurrencia, el-Soheyli abandonó la banqueta donde estaba sentado y, haciendo una excepción en el protocolo, salió espontáneamente al encuentro de Ibn Sina y el-Massihi.

—Bienvenidos al Turkestán, bienvenidos a Gurgandj —declaró con la mano derecha sobre el corazón—. Espero sinceramente que vuestra estancia sea feliz, feliz y prolífica.

Los dos amigos le devolvieron respetuosamente el saludo.

—Tu reputación de hombre letrado y de mecenas ha llegado a las fronteras del país — declaró cortésmente el hijo de Sina—. Que el Altísimo conceda, por ello, la eternidad a tu nombre. Procuraremos ser dignos de tu hospitalidad.

—No lo dudo. Has de saber que el-Arrak me ha hablado mucho de tu talento, pero también de tus tormentos en Bujará. Tal vez sonrías si te digo que, aquí, «tras cada alma hay un guardián». No dudes de que la única ambición de la corte ma'muní es facilitar a hombres como tú el acceso a la felicidad.

Mientras hablaba, el visir se volvió hacia el-Massihi. Y el médico comprendió que tan cálidas frases le estaban también dirigidas.

—Acomodaos ahora, pronto llegará el emir.

Ambos hombres se reunieron enseguida con el-Arrak, que estaba sentado en compañía del médico Ibn el-Jammar y otros invitados sobre gruesos almohadones de brocado.

Hechas las presentaciones, el-Jammar acosó a Ibn Sina con mil preguntas. Muy pronto se lanzaron a una apasionada discusión sobre temas que les eran queridos. El empleo de la sangría, las propiedades de la cebada y la leche de burra, la preparación de los electuarios, la posibilidad de operar las cataratas por succión o, también, de la ligadura de las arterias propuesta en el *Tesrif*, una de las treinta obras redactadas por el gran cirujano Abú el-Kacis**. Sólo la imprevista llegada del emir puso fin a su conversación.

De una sola mirada, Alí comprendió que el único rasgo que Ibn Ma'mun II compartía con su visir era la edad. Por lo demás, era de pequeña estatura, tenía una facies aplastada, los labios levantados, la frente baja y el vientre, prominente e hinchado, que el príncipe de Jarazm parecía llevar con fatiga a la altura de los muslos.

Lo poco que sobre el hombre había aprendido, se lo debía a el-Arrak. Algunos años antes, había heredado el trono de su padre, fundador de la dinastía, y había adoptado también el título histórico de «Jarazm-shah». Al casarse con Kaidji, hermana de Mahmud el-Gaznawí, el hombre de quien se murmuraba que no sólo el Oriente sino el mundo entero estaría a sus pies, el emir creyó haber hallado una protección; en realidad, la boda le había puesto, sencillamente, bajo la bota del turco. Y, de vez en cuando, alentado por los patriotas, el pueblo gritaba su humillación a las puertas del palacio.

Todos los invitados, y el visir en primer lugar, se levantaron como un solo hombre mientras, en un atento silencio, el soberano, vistiendo una túnica púrpura y rosada, con el cráneo protegido por un turbante de bayadera, cruzó el comedor con paso rápido. Cuando llegó a la altura de el-Arrak, se detuvo.

—La salvación sea en ti, amado el-Arrak. Espero que tus amigos habrán hecho un buen camino.

La voz del príncipe era nasal y pomposa.

El matemático tomó la mano del soberano y la besó respetuosamente.

—Y en ti sea la salvación, Jarazm-shah. Permite que te presente al jeque el-raís Alí ibn Sina, y a su compañero, Abú Sahl el-Massihi, reputado autor de Los Ciento.

—Bienvenidos a Gurgandj —declaró el soberano arrugando la barbilla.

—Que Alá te devuelva tus bondades, Excelencia —dijo Alí besando también la pequeña y gordezuela mano del príncipe—. Te agradecemos infinitamente la hospitalidad que te has dignado ofrecernos.

* El-Thalibi dedicaría más tarde al soberano varias obras, entre ellas el Espejo de los príncipes. He estado, por dos veces, a punto de tener en las manos una de las copias, y por dos veces he fracasado. (*Nota del Jozjani.*)

** Cuando escribo estas líneas, Abú el-Kacis, cuyo verdadero nombre es Abú el-Kassem jalef ibn Abbas el-Zahraui, tiene noventa años y sigue viviendo en Córdoba. (*Nota de Jozjani.*)

Ibn Ma'mun pareció estar evaluando a su huésped, luego inclinó la cabeza compungido y, sin añadir nada, se dirigió al lugar de honor en el centro del comedor, donde se dejó caer pesadamente en los adamascados almohadones. Apenas se había instalado cuando se le reunieron dos muchachos, gemelos de nacarada piel, llenos de exuberancia, que no tenían mucho más de veinte años.

—Son Anbar y Kafur —susurró discretamente el matemático—. Eunucos por la gracia del príncipe. Unos bizantinos que el emir compró a un caravanero de paso por una verdadera fortuna. Por aquel entonces tenían sólo dieciséis años.

El matemático se aseguró de que nadie le oyera antes de proseguir en voz baja:

—Anbar es un *khassí*. Evidentemente, sabes que el calificativo se da a los eunucos que sólo han sufrido la ablación de los testículos; en cambio, su hermano Kafur, es un *madjbub*, amputado pues de la totalidad de sus órganos sexuales. Siendo su dueño, Ibn Ma'mun decidió esas dos formas distintas de castración.

—¿Pero con qué intención? —interrogó Ibn Sina intrigado.

—Según las propias palabras del príncipe, «para distinguir, incluso en una noche sin luna, la yegua del caballo, la manzana de la granada».

—Es verdaderamente bárbaro.

Siendo médico, Alí conocía el sufrimiento y las consecuencias de la castración. Guardaba todavía en la memoria el caso de aquel niño cuyo testículo, por efecto del espanto, había ascendido escapando a la mutilación. Cuando pensaba en las distintas formas de castración, no podía evitar sentir un profundo asco. Ya fuera la *widja*, que consistía en ligar el cordón suspensorio de los testículos y hacerlos brotar para someterlos luego a un martilleo; o la *khissa*, intervención que había debido de sufrir uno de los gemelos, y que se efectuaba cortando y cauterizando al mismo tiempo la piel de la bolsa por medio de una hoja calentada al rojo vivo, para retirar luego los testículos; esos atentados a la virilidad y, por lo tanto, a la dignidad del hombre, producían en Alí rebeldía y horror.

—Y eso no es todo —prosiguió en voz baja el-Arrak—. Mientras los castrados se destinan por lo general a funciones domésticas, Ibn Ma'mun, llevado de su pasión por ambos efebos, ascendió a Kafur al rango de maestro del registro del Consejo, y a Anbar al puesto de intendente de palacio. Así, en cuatro años, se han convertido en la sombra del soberano. Nada se dice o se hace sin que el príncipe lo sepa inmediatamente.

Alí iba a responder cuando la voz del emir resonó en la sala.

—Jequé el-raís, nuestro amigo el-Arrak me habló de tus hazañas y de tus infinitos conocimientos. Si le creyera, serías uno de los hombres más eruditos del mundo conocido. ¿Es cierto?

Ibn Sina se levantó y dijo con una sonrisa:

—La erudición de un ser se mide a veces por la ignorancia de los demás.

El emir frunció el entrecejo. Evidentemente, la ambigua respuesta de Ibn Sina no le satisfacía.

—¿Y en medicina? ¿Piensas del mismo modo? ¿Crees que un buen médico es, sencillamente, un hombre que posee más saber que otro?

—Excelencia la medicina nada tiene en común con la filosofía o la literatura. Es una ciencia que combate la muerte. Exige, por lo tanto, un dominio distinto. Absoluto.

—Si debo creer en tu fama, posees este dominio.

Alí se preguntó a dónde quería llegar el emir.

—Pues, como sabes, tengo ya numerosos médicos en mi corte; como Ibn el-Jammar, aquí presente, por citar solo uno. Todos afirman ser brillantes. Todos aseguran poseer el dominio del que hablas.

—El saber de Ibn el-Jammar hace honor a esta corte —repuso sencillamente Alí— Forma parte de esa clase de hombres de los que puede decirse: «Que Alá nos permita conocerles, bien para obtener de ellos beneficio, bien para proporcionárselo.»

Ibn Ma'mun asintió cruzando sus pequeñas manos sobre la panza, y prosiguió con la misma voz lenta:

—Es realmente extraño, muy a menudo me he preguntado cómo es posible que el médico muera de una enfermedad que, antaño, acostumbraba a curar. Todos mueren: el que receta la droga y el que la toma.

Como para recoger el efecto de sus frases, el emir callo por un instante y lanzó una mirada de soslayo hacia sus eunucos. Su reacción no se hizo esperar: se echaron a reír con una risa algo tonta, estridente, una extraña risa entre infantil y femenina. Satisfecho de sí mismo, el soberano prosiguió:

—Me gustaría pues que me probaras tu diferencia. Quisiera saber a qué se debe tu reputación.

—Un médico no es un vulgar hechicero, Jarazm-shah, sólo es un hombre de ciencia.

—¡Traed al enfermo! —fue la única respuesta del soberano.

La mirada de Ibn Sina se cruzó con la de el-Arrak y, luego, con la del visir; ambos estaban visiblemente molestos y habían sido cogidos desprevenidos. Por lo que a el-Massihi se refiere, en su enrojecido rostro podía adivinarse que estaba a punto de estallar.

Al cabo de un momento, en la puerta de la sala apareció un adolescente. Endeble, muy pálido, vistiendo un sirwai gris y un chaleco, con la cabeza protegida por un turbante negro, avanzó hacia el emir con paso vacilante.

—Es mi sobrino —anunció Ibn Ma'mun—. Como puedes ver, está muy débil. Hace más de tres meses que va apagándose. Las más hermosas perlas de mi harén le dejan frío, los más raros platos le son indiferentes. Además, desde hace algunos días se ha encerrado en un total mutismo. Mudo como el desierto, apagado como la noche; nadie consigue sacarle una sola palabra. Te lo confío pues, jeque el-raís.

Alí apretó los labios, intentando dominar su naciente cólera. Tenía la impresión de ser un vulgar cubiletero a quien se le pedía que ejecutara un número de habilidad.

—Jarazm-shah —dijo pronunciando lentamente las palabras—, ¿necesitas un médico o un prestidigitador? Aliviar el dolor no es una diversión, es un acto sagrado.

Hizo ademán de sentarse, pero sintió la mano de el-Arrak que le sujetaba.

—Alá es testigo —musitó el matemático aterrado—; sabe que desapruebo el incidente y que me parece humillante, pero te conjuro a que hagas un esfuerzo, está en juego mi palabra y, tal vez, mi situación.

—¡Curar a un mudo! —maldijo Alí rabioso.

—Hazlo por mí, jeque el-raís, inténtalo por mí.

La voz nasal resonó de nuevo:

—Te escuchamos, hijo de Sina. Y nos impacientamos también.

Tras una profunda inspiración, y con flagrante torpeza, Alí se dirigió hacia el muchacho y le obligó a tenderse en una de las banquetas cubiertas de seda.

Todos aquellos rostros silenciosamente vueltos hacia él aumentaban su malestar.

Hizo un intenso esfuerzo para concentrarse y, recuperando los gestos familiares, comenzó a estudiar los rasgos del extraño paciente. A primera vista sorprendía la expresión de gran melancolía e infinita tristeza que dormía en os hundidos ojos del muchacho. Palpó la elasticidad de las mejillas, examinó el globo ocular, el color del angufo interno, verificó la tensión de la pared abdominal, la temperatura de las extremidades, la reacción de los reflejos y, al no haber descubierto nada que pudiera ayudarle, comenzó a tomarle el pulso; pero tampoco allí percibió signo particular alguno; los latidos eran regulares, ágiles, sin ninguna alteración.

Lanzó una ojeada por encima del hombro hacia el-Arrak, que le respondió con un signo de impotencia. Fue entonces cuando se oyó la voz de el-Jammar.

—¡Perdóname, Jarazm-shah! Lo que pides al jeque está al límite de lo imposible. Privar a un médico del interrogatorio clínico es amputarle las orejas. El caso de ese muchacho es más bien cosa de tus magos. Sé que...

—¡Cristiano! De Jurasán a Fars, de Bagdad a Samarcanda, hasta en los tugurios de Sugud, se alaban los méritos del hijo de Sina. ¿Quieres decir, quizá, que esas alabanzas son infundadas? En tal caso, la corte de Gurgandj no necesita un médico más. Contigo basta y sobra.

—Excelencia, sinceramente me parece que...

—Necesito silencio —rogó de pronto Ibn Sina.

Sin abandonar la muñeca del muchacho, prosiguió, dirigiéndose al soberano:

—Jarazm-shah, ¿puedes tener la bondad de repetir las palabras que acabas de pronunciar?

Sorprendido, el emir Ibn Ma'mun pareció no comprender.

—Sí, Jarazm-shah, eso es lo que quiero —dijo el jeque con voz suavizada—; repite las palabras que has pronunciado.

—¿Repetir las palabras? ¿Qué palabras?

—Los nombres de ciudades. Sólo los nombres de ciudades.

El emir parecía completamente perdido.

—Pero no los recuerdo.

—Pruébalo. Te lo ruego.

—¿Jurasán?

—Prosigue.

—¿Samarcanda? ¿Fars?

Alí aprobó con la cabeza. Auscultando las pulsaciones, sus rasgos se habían tensado increíblemente. El emir prosiguió enunciando torpemente:

—Samarcanda... Bagdad...

Hizo una pausa antes de proseguir:

—Sugud... Raiy...

—La ciudad de Raiy no ha sido citada —rectificó el-Massihí con voluntario enojo. El soberano balbuceó como un niño sorprendido en falta.

—Hum... ¿Bujará?

—¡Bujará tampoco!

—Pero...

—No tiene importancia —dijo Alí levantándose. Y, dirigiéndose al visir, preguntó—: ¿Dónde está Sugud?

—¿Sugud? A un tiro de piedra de Gurgandj. Es una minúscula aldea de los alrededores.

—¿Tiene un dihqan? ¿Un jefe?

—Salah ibn Badr. Él es el dihqan.

—Perfecto, ¿puedes convocarle?

El-Soheyli pidió la aprobación de su príncipe, que le indicó que aceptara.

—Voy a dar las órdenes. Estará aquí en menos de una hora.

—En ese caso, será necesario que el muchacho permanezca entre nosotros. ¿Hay algún inconveniente?

Ibn Ma'mun se encogió de hombros.

—Ninguno. Si eso puede ayudar al diagnóstico Tal vez la visión de la comida le despierte el apetito.

Y mientras Alí volvía a su lugar, junto a el-Arrak el soberano ordenó:

—¡Que nos sirvan! ¡Tantas emociones me han dado hambre!

Apenas instalados, el-Massihí e Ibn el-Jammar se precipitaron hacia Alí. Abú Sahl fue el primero en preguntarle febrilmente:

—¿Tienes alguna idea de la enfermedad?

Ibn Sina inclinó la cabeza con aire enigmático

—¡Explícate!

—Digamos que me parece distinguir algo, pero de momento no puedo afirmar nada. Debo aguardar la llegada del dihqan.

Inclinándose hacia Ibn el-Jammar, dijo:

—Quiero agradecerte tu intervención.

—¡Jeque el-raís, soy médico como tú. Conozco, como tú, los límites de nuestro poder.

—Y el sobrino... Háblame un poco de él.

—Lamentablemente, no sé gran cosa, sólo que se llama Amin y que, antes de su enfermedad, parecía un muchacho sano por completo, afable y sensible. Nada especial salvo, tal vez, una excesiva emotividad. Ciertamente vivir bajo el imperio de un hombre como el emir no es cosa fácil, pero no hasta el punto de enfermar.

—Ya veo —murmuró Alí pensativamente.

Los servidores habían comenzado a evolucionar en torno a las banquetas, colocando platos de corladura; cubriendo las fuentes de cobre con mil y una delicia, llenando de humeante té los cubiletes de oro. Comino silvestre, canela, perfumes de almendras dulces, pichones con miel, cereales espolvoreados con cilantro, invadieron de pronto la sala.

Perezosamente tendido, Ibn Ma'mun se había quitado las babuchas y se acariciaba distraídamente los dedos de los pies parlotando con uno de los eunucos. Parecía haber olvidado el asunto.

—¿Crees poder librarte de la trampa? —preguntó el-Arrak.

Alí se encogió de hombros observando al triste muchacho que se había sentado en el borde de la banqueta, dejando que sus manos colgaran entre sus rodillas.

—Eso espero, hermano mío. Mi única impresión, aunque sea muy frágil, es que nuestro paciente no sufre enfermedad orgánica alguna.

—¿Existen pues males distintos a los del cuerpo?

—Y muy temibles, Abú Nasr: los del espíritu y los del alma. ¿Recuerdas al músico? En su invidencia poseía la preciencia de tales males.

—Por algún tiempo he creído que el muchacho era anémico —confió Ibn el-Jammar con cansancio—. Me dijeron que, en ciertos casos, tú aconsejabas que se chupara médula ósea recién cortada*. Seguí la prescripción, aunque sin resultado alguno.

—Tal vez yo hubiera obrado como tú...

Pasó la hora. Pese a la insistencia de los demás, Alí no tocó el cordero ni las trufas del desierto ni, tampoco, la fruta envuelta en azúcar y miel. Permaneció siempre como ausente, pero se advertía que su pensamiento estaba fijo en el triste muchacho.

Por fin se produjo cierta expectación entre los huéspedes cuando el visir anunció a un personaje de flaca silueta:

—He aquí el hombre al que reclamabas.

Alí volvió a su lugar junto al sobrino del emir, tomó de nuevo su muñeca e interpeló al jefe de la aldea.

—Hermano mío —comenzó con voz pausada—, ¿cuánto hace que eres el dihqan de Sugud?

El hombre respondió tímidamente:

—Unos diez años.

—Me han dicho que es un poblado minúsculo. Casi una aldea. ¿Es cierto?

El dihqan asintió con la cabeza.

—En ese caso, debes de conocer perfectamente las calles del pueblo.

—Es muy fácil. Sólo hay tres.

—¿Puedes citarlas de memoria?

—Claro.

—Hazlo entonces, pero lo más lentamente posible —dijo Alí, cuyos dedos índice y mayor seguían posados en la muñeca del muchacho.

—El-nahr... el-Yibal... Makran...

—¿Puedes repetir las?

El hombre lo hizo dócilmente. Tras una reflexión, Alí preguntó:

—¿Conoces a las familias de la calle el-Yibal?

—Naturalmente.

—Cítamelas, por favor. Lentamente.

—Están los Hossayn, los Ibn el-Sharif, los Halabi, mi propia familia, el-Badr, los Sandjabin, los...

Alí le interrumpió.

—Repítame esos nombres.

El dihqan obedeció una vez más. Cuando hubo terminado su enumeración, Alí le preguntó:

—Dime, hijo de Badr, ¿tienes hijos?

—Una chica y un muchacho.

—Sus nombres.

—Osmán y Latifa.

—Latifa —repitió Alí, pensativo.

Luego, inclinándose al oído del muchacho, murmuró algo que nadie oyó.

—Jeque el-raís! ¿Puedes explicarnos qué significa todo eso? —gritó irritado el emir.

Ignorando su intervención, Alí siguió hablando al muchacho hasta que se produjo en él una reacción muy curiosa: sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sólo entonces el médico se dirigió hacia el soberano y anunció con una sonrisa:

—Jarazm-shah, tenía razón al suponer que no podría hacer gran cosa por tu sobrino. En efecto, sufre una enfermedad tan sagrada como la ciencia que practico. Golpea indiscriminadamente a príncipes y mendigos, a adolescentes y a ancianos, una enfermedad que, tal vez, te afectó algún día. Y es única, porque del sufrimiento que puede engendrar también puede nacer la felicidad.

Boquiabierto, el emir pareció empequeñecerse entre los almohadones de brocado.

—¿De qué enfermedad estás hablando?

—Del amor, Jarazm-shah. Estoy hablando del amor.

—¿El amor?

—El amor, Excelencia. Tu sobrino está, simplemente, enamorado de la hija del dihqan. Por razones que no me conciernen, este amor le parece imposible.

El soberano dio, literalmente, un salto.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Te has vuelto loco?

* Mi maestro fue, en efecto, el primer médico que curó así a los anémicos. (*Nota de Jozjani.*)

El hijo de Sina señaló al muchacho con el dedo.
 —Tal vez no lo confiese, pero así es.
 El jefe del poblado, aterrorizado, había caído de rodillas y gemía cubriéndose el rostro.
 —¡Conten el aliento*! —aulló Ibn Ma'mun—. Por lo que a ti respecta, Alí ibn Sina, que el Altísimo perdone tu impertinencia.
 Imperturbable, Alí afrontó la negra mirada del príncipe.
 —¡Mi sobrino enamorado de una hija de dihqan! —prosiguió, tomando como testigos a sus invitados— ¡Pocas veces he oído palabras más ridículas!
 Alí hizo un gesto fatalista.
 —Sabe que no intento en absoluto ofenderte. Obedezco sencillamente tus órdenes. Me has rogado que diagnosticara la enfermedad de tu sobrino y lo he hecho. Te lo repito, sufre mal de amores.
 Con los rasgos enrojecidos, el soberano cogió a Alí por el chaleco.
 —Escupe pues esas palabras de tu boca, parecen la aurora azulada**. Si mi sobrino está enamorado de la hija de un dihqan, Arabia y Kirman son un lago.
 Tendió el brazo.
 —¡Ahora, sal! ¡Que tu recuerdo desaparezca para siempre del Turkestán!
 Ibn Sina, muy tranquilo, se disponía a obedecer al emir cuando, de pronto, se escuchó la débil voz del muchacho.
 —La amo... Amo a Latifa y quiero casarme con ella.
 La mayoría de los invitados, con el visir a la cabeza, se irguieron como si el fuego del cielo acabara de caer entre ellos.
 —¿Cómo? —tartamudeó Ibn Ma'mun—. ¿Qué estás diciendo?
 —La amo. Quiero casarme con ella —repitió el joven bajando los ojos.
 El emir de Gurgandj se dejó caer en los almohadones y estuvo a punto de aplastar a uno de los gemelos.
 —¿Quieres decir que, durante todo este tiempo, te dejabas morir por amor?
 —El jeque lo ha dicho...
 A punto de desmayarse, Ibn Ma'mun hundió su mano en la manga y sacó un pañuelo de seda con el que secó el sudor que humedecía su frente.
 —Amin —balbuceó—, reza, reza para que el Altísimo te perdone en su infinita bondad.
 El muchacho se levantó. Algo encorvado, se acercó lentamente a Ibn Sina e, inclinándose, con un gesto furtivo, le besó la mano; luego, sin dirigir una sola mirada a su tío, abandonó el comedor.
 Se hizo un silencio pesado, casi sofocante.
 Finalmente, el emir, en un humillante esfuerzo, pronunció las primeras palabras:
 —¿Por qué sortilegio, por qué milagro...? Te llamabas médico, no hechicero.
 —Nada mágico hay en las incidencias del ritmo cardíaco —explicó Alí tranquilamente—. Has sido tú, Excelencia, quien me has dado la clave.
 —Confíanos tus explicaciones —dijo el visir.
 —Cuando el soberano ha pronunciado la palabra Sugud, he advertido una aceleración de las pulsaciones. En medicina, es necesario saber que siempre hay una razón para la arritmia. He intentado pues descubrirla. Cuando el dihqan ha mencionado la calle de el-Yibal, la arritmia se ha confirmado, y también se ha confirmado con el nombre de el-Badr y, luego, con el de Latifa. Uniéndolo a las informaciones de Ibn el-Jammar sobre la gran emotividad del muchacho y su sensibilidad, el diagnóstico ha sido pura deducción. Agradezco al príncipe que me haya mostrado el camino.
 Hizo una pausa antes de preguntar:
 —¿Debemos ahora, mi compañero y yo, retirarnos?
 El emir levantó hacia él una apagada mirada.
 —¿Conoces el decimosexto versículo del decimoséptimo sura?
 Ibn Sitia asintió.
 —«Quien se extravía, sólo se extravía en su propio detrimento.» Recibe pues mis excusas, jeque el-raïs y, en adelante, considera este palacio como tu mansión.

* Guarda silencio. (*N. del T.*)

** Tus palabras son mentirosas. La aurora azulada, que precede a la salida del sol, se llama así oponiéndola a la que los persas llaman la aurora fiel, la auténtica aurora. (*N. del T.*)



SÉPTIMA MAQAMA

Gurgandj, el tercer día de rabi'el-ajir

Te saludo, el-Biruni, hermano mío.

La noche se ha deslizado sobre el absurdo jardín de Ibn Ma'mun. Sólo estamos a mitad de rabel-ajir y, sin embargo, la nieve lo ha cubierto ya todo. Los autómatas, las rosas de cristal esmaltado y el estanque de mercurio han sido vencidos por este precoz invierno. Y así está mucho mejor.

De creer en tu carta recibida esta mañana, tu estancia a orillas del mar de los Jazares no responde a tus esperanzas. He creído entender que tienes la intención de abandonar al «cazador de codornices» para visitarnos en Gurgandj. Como imaginas, nada me daría una mayor alegría.

Recuerdo una frase que pronunciaste el día en que discutíamos, en casa de mi padre, sobre las «cosas del universo». Dijiste: «Somos briznas de paja bajo el soplo de nuestros protectores.» ¡Qué razón tenías! Para complacer al príncipe, he representado desde hace casi cuatro meses el papel de un vulgar prestidigitador. ¿Tenía otra elección?

En otro orden de cosas, un correo que ha llegado a palacio hace apenas una hora nos ha informado de los graves sucesos acontecidos en Jurasán durante las últimas semanas; especialmente en Bujará:

Abd el-Malik, nuestro sultán samaní ha sido expulsado del trono por el águila turca. No cabe ya duda alguna de que ha llegado definitivamente la hora para esa dinastía. En adelante, toda la provincia está en manos de Mahmud el-Gaznawí, que se ha hecho reconocer como rey de Gazna y Jurasán. Se dice por aquí que ha hecho votos de invadir la India y castiga a los infieles cada año de su vida. ¿Puedes creer en semejante ambición? ¿Acaso nunca terminará la voracidad de este hijo de esclava?

No ignoras que el emir Ibn Ma'mun se casó con la hermana del gaznawí. Así se cree protegido; sin embargo, no me sorprendería que Gurgandj y la región de Jarazm fueran sus próximos objetivos.

El Omnipotente me perdone tanto pesimismo, pero tengo la sensación de que nuestro país vivirá turbias horas; y, con todo lo que ocurre en Bujará, confieso estar muy preocupado por mi madre y mi hermano.

¿Cómo decirte la alegría que tu carta me ha dado? Sé que el correo sólo excepcionalmente transmite las misivas privadas, agradezco pues a Alá las ventajas que nos ofrecen nuestras funciones en la corte de los poderosos. He leído con pasión la copia que me has enviado de tu compendio de geometría y aritmética, así como de las primeras páginas de tu tratado de mineralogía. Te envidio poder escribir tales obras; de momento, está muy lejos de ser mi caso. Desde los veinte volúmenes de mi *Tratado del resultante y el resultado*, y *La filosofía de el-Arudi* no he redactado una sola línea digna de interés. Salvo, tal vez, un *Poema sobre la Lógica*. Así como un *Compendio de Euclides* y una *Introducción al arte de la música*, inspirada en mi encuentro con un sorprendente personaje: un músico ciego.

Me preguntas por mi vida y mis proyectos.

De momento no tengo alternativa. Pienso permanecer en Gurgandj, donde mis jornadas se distribuyan entre las curas y la enseñanza; en efecto, el-Massihí y yo trabajamos también como maestros en la escuela de Gurgandj.

La escuela, frecuentada por niños muy jóvenes, está situada en el centro mismo de la mezquita y tiene un observatorio astronómico (que te cautivaría, estoy seguro de ello), así como una biblioteca, que sin ser como las de Bujará y Shiraz no es por ello menos interesante. He encontrado, además, obras bastante raras traídas de la India, que tratan de farmacopea y sobre todo de astronomía.

En medicina, cuando realizo el inventario de todas las obras heredadas de los antiguos, hoy no puedo evitar aún dedicar un conmovido recuerdo a todos aquellos traductores siríacos, judíos o cristianos —anónimos en su mayor parte—, gracias a los que Hipócrates, Pablo de Egina, Olibasios, Galeno, Alejandro de Tralles (al que considero el mayor cirujano de la

antigüedad), nos son hoy accesibles. Sin embargo, me obsesiona una idea: ¿Qué será de toda esta heredad si nadie toma la decisión de ordenarla, clarificarla? No me contradirías si te dijera que, en ese campo, no hay ya nada que esperar de Occidente. El universo de los rumí está en pleno naufragio; se hunde en una triste decadencia. Y sin embargo, alguien deberá encargarse algún día de pasar la antorcha...

He encontrado, en astronomía, una de las primeras traducciones al pahlavi del *Almagesto* del gran Ptolomeo; debe de tener más de rescientos años. Es una versión que debió de pertenecer a la escuela llamada de *Medianoche*; pienso muy seriamente en redactar un compendio.

También he conocido tablas astronómicas indias. Te confieso, a este respecto, que soy muy escéptico en lo que los sabios de allí llaman «*el día de Brahma*», ¿es científicamente posible imaginar que cada 432 millones de años los astros regresan a su posición inicial? Me gustaría mucho saber tu opinión sobre ello.

Alí dejó por un instante el cálamo y se volvió hacia la puerta. Alguien acababa de llamar.

—¿Eres tú, Abú Sahl?

Fue a abrir. Ante él estaba una mujer. Era alta, iba enteramente velada y sólo se veían sus ojos. Dos ojos negros, inmensos, ojos de gacela que el khol y el litham* de color púrpura que cubría su rostro ponían de relieve, más negros aún.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Sindja —dijo en voz baja, entornando los párpados.

Había hablado con un leve acento. Extraño, indefinible.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Alí sorprendido.

—Me envía el emir.

—¿El emir? ¿Por qué razón? ¿Estás enferma?

—Soy Sindja.

Una divertida sonrisa iluminó el rostro de Alí.

—Entra —dijo dulcemente—. Tal vez puedas decirme algo más que tu nombre.

Con discreto rumor la muchacha entró en la alcoba y se mantuvo inmóvil, silenciosa, en el centro de la habitación. El fue a sentarse en una esquina de su mesa de trabajo, y le hizo frente.

—De modo que te envía el emir.

Ella respondió como si recitara:

—Como prueba de su agradecimiento al jeque el-rais.

—¿Su agradecimiento? ¿Con qué motivo?

—Me ha dicho, sencillamente... —procuró pronunciar bien las palabras— ... que el ruibarbo había sido saludable y que, desde hace una hora, está ya del todo aliviado.

Alí movió la cabeza como si le costara creerlo.

—Pero no tenía casi nada. ¡Era irrisorio!

—No lo sé, jeque.

Alí pareció reflexionar y, luego, dijo:

—Está bien. Ahora vuelve junto al emir y dile que el jeque el-rais ha sido muy sensible a su generosidad. Pero esta noche tengo turbados los humores y adormecidos los sentidos. Ve, Sindja.

Hizo ademán de dirigirse a la puerta pero, con gran sorpresa por su parte, la muchacha se arrojó a sus pies agarrándose a su túnica.

—Por compasión, no me despidas... No me despidas, te lo suplico. El príncipe no me lo perdonaría nunca.

Quiso levantarla, pero la muchacha resistió.

—¿Sabes? —dijo sollozando—, dicen que soy muy hermosa, que soy muy ardiente también, y hago felices a los hombres.

—Vamos, Sindja, levántate.

Ella clavó en él sus húmedos ojos. Su súplica tenía algo conmovedor.

—Levántate... Soy yo ahora quien te lo ruego.

Tomó su mano y vio que las uñas y la palma estaban teñidas con alheña.

Ella se levantó.

Se hizo un largo silencio y, de pronto, dejó caer su velo, ofreciendo a la difusa luz de las lámparas de aceite un rostro de mágica belleza.

* Tela destinada a cubrir la cabeza y el rostro. (*N. del T.*)

Su cuello era largo y delgado. Su cabellera de azabache, tan negra como sus ojos, brillante y sedosa. Sus dientes eran más blancos que la leche de oveja. Y el lunar que se destacaba en medio de su frente parecía un frágil punto de noche. Manchas de carmín iluminaban sus mejillas con discreta calidez, mientras su boca recordaba la flor del geranio.

Se quedó mudo.

—Eres hermosa, Sindja —dijo conmovido.

Más animada, la muchacha desató el cordón que rodeaba su talle e hizo caer su manto, un rashidi de lana gris, y, luego, su vestido. Ahora, ya nada ocultaba su desnudez.

Inclinó la cabeza y, en un gesto casi infantil, cruzó las manos sobre su pecho. Su talle era perfecto y, aunque imperceptiblemente velados por el azafrán con que había untado todo su cuerpo, sus pechos temían la blancura del ópalo noble.

Un antiguo poema resonó, espontáneamente, en la memoria de Alí.

*Apareció entre los dos lienzos de un velo, como
el sol cuando brilla en las constelaciones de Sa'de;
como una perla extraída de su pechina, que alegra
al pescador y cuya visión le impulsa a prosternarse
y a dar gracias a Dios.*

La tomó dulcemente del brazo, la cubrió con su manto e hizo que se sentara en la única banqueta que amueblaba la estancia.

—Eres muy hermosa —repitió arrodillándose ante ella.

—Y tú generoso, jeque el-raís...

—Mi nombre es Alí. Alí ibn Sina.

—Alí ibn Sina.

De nuevo aquel extraño acento.

—¿De qué región eres, Sindja?

—Nací, hace de ello veintiséis años, en Jodpur, en el país rodeado por el mar de Harkand y del Lar, el país que los comedores de lagarto llaman el-Sind, y los rumí la India.

Alí se echó a reír.

—¿Los comedores de lagarto?

—Así llaman los míos a los árabes. Y...

Se interrumpió, aterrorizada de pronto:

—Perdóname... Te he ofendido.

—No temas. No soy un comedor de lagartos, soy persa. Aunque te asombre, mi padre era de Balj; una ciudad cercana a tu país. Pero dime, de Jodpur al harén de Ibn Ma'mun el viaje debió de parecerte muy largo; pues formas parte del harén del emir, ¿no es cierto?

—Sí. Fueron hombres del país de los turcos quienes me trajeron aquí y me vendieron en la plaza de Gurgandj. Hace más de dos años.

—Entonces no llevabas velo.

Ella negó con la cabeza.

—Y nunca he comprendido por qué los hombres de aquí nos obligan a ocultarnos tras esa tela. ¿Es, para vosotros, la mujer un objeto tan despreciable que debe ocultarse?

—No, Sindja. Es exactamente lo contrario. En fin, para mí al menos.

—Explícamelo.

—El velo está destinado a proteger al elegido del fulgor del rostro divino. Está escrito: *A un hombre no se le ha dado que Dios le hable, salvo detrás de un velo*. Lo que está velado es sagrado. Lo que está velado está protegido.

—¿Soy sagrada pues? —dijo la muchacha con expresión ingenua—. ¿O es sagrado quien posa su mirada sobre mí?

Alí apreció la lógica de la pregunta.

—Yo diría que así estás protegida.

Ella adoptó un grave aspecto de niño que reflexiona y preguntó:

—¿Por qué te llaman jeque el-raís?

—Por nada. Tal vez porque soy un devorador de libros. En realidad soy médico.

—¿Médico? ¡Ah, ahora lo comprendo!

—¿Y qué comprendes?

—Has salvado la vida al emir. Por eso quiere recompensarte.

—En efecto, Sindja —replicó Alí con un atisbo de burla—, he salvado a nuestro jarazm-shah. Desde hacía cuatro días sufría... ¡un regio estreñimiento!

La muchacha abrió de par en par los ojos como si se burlara de ella. Luego, soltó la risa con la espontaneidad de una niña.

—Perdóname —dijo enseguida, conteniéndose—, no me reía de ti.

La tranquilizó con un gesto.

—Eres médico —prosiguió tras un silencio— y, sin embargo, eres incapaz de cuidar tus turbios humores y tus sentidos adormecidos...

Alí sonrió y posó dulcemente la palma de la mano en su mejilla.

—A veces, escribir a alguien que te es querido y que está lejos despierta recuerdos y da pesadumbre. Lo estaba haciendo cuando has llegado. Estoy seguro de que ese sentimiento no te es extraño.

—Lo he conocido. Pero, si eres médico, debes de saber que albergar mucho tiempo la pena puede enfermar. Hace tiempo ya que decidí no estar enferma. Y he olvidado mi pena.

—Está bien, Sindja. Tu pueblo es conocido por su sabiduría. Eres, efectivamente, hija de el-Sind.

—Si lo deseas, puedo curarte también.

Se disponía a responder pero el beso de Sindja selló sus labios. Y sus labios se hicieron como brasas y sembraron el fuego en él. Escuchó de nuevo las palabras del antiguo poema:

Afirma el príncipe, y yo no lo he probado, que ella sana a quien está alterado con perfumada saliva. El príncipe afirma, y yo no lo he probado, que es dulce recibir sus besos. Si por azar los probara, le diría: otra vez.

Entonces, abrió dulcemente el manto de la muchacha para buscar la suavidad de su vientre desnudo. Ella se abandonó, echando atrás la cabeza, entreabriéndose a sus caricias como el mar se abre al río. Aprisionando su nuca, la muchacha dijo en un soplo:

—Soy yo quien debe darte placer, soy yo quien debe ir hacia ti.

Ignorando el gesto que le unía a ella, desabrochó los pequeños botones que cerraban su caftán y se lo quitó por la cabeza. Cuando estuvo desnudo, se levantó al mismo tiempo que él y unió su cuerpo al suyo.

Alí pensó: *A mi lado con los ojos de una joven gacela domesticada.*

Cuando rodaron entre los almohadones adamascados, creyó divisar la furtiva imagen de Warda.

El alba los halló abrazados aún. Alí estaba despierto desde hacía mucho tiempo y no osaba turbar su sueño. ¿Había dormido acaso? Salvo Warda, no había conocido a mujer alguna. ¿Fue por ello o por los cinco años que le separaban que la ciencia amorosa de Sindja le pareció infinita? Sus cuerpos se habían perdido y hallado durante toda la noche. En aquella conmoción de su carne, había alcanzado más de diez veces el placer supremo. Convencido, cada vez, que aquel sería el último abrazo y, reavivado, cada vez, por las caricias de Sindja. Cuando en un impulso casi conmovedor por su devoción, ella había bebido el agua de su placer en lo más íntimo de sus fuentes, creyó caer en el *Janna*, el Edén mencionado en el Libro.

Ahora se sentía culpable. ¿No es la castidad prescrita por el Profeta el signo distintivo del creyente? Era impuro. Sindja era impura.

Murmuró casi en voz alta: «A Dios le gusta perdonar, es misericordioso.»

Ella se agitó contra su pecho y entreabrió los párpados.

—Que el día te sea propicio —murmuró dulcemente.

—Que te sea luminoso, Sindja.

Ella tomó su nuca y le atrajo hacia sí.

—Estoy llena de ti. ¿Y tú, Alí, eres feliz?

Se soltó, apartando la manta, posó los labios en su vientre apenas abombado y dijo con una pizca de humor:

—Tu ombligo es una copa redondeada en la que jamás ha faltado el vino.

Un brillo de orgullo iluminó sus pupilas, pero desapareció enseguida.

—¿Qué sucede? ¿Son mis confesiones las que te entristecen?

—No, no es nada.

—¿No es nada?

Iba a proseguir cuando unos golpes violentos resonaron en la puerta, seguidos inmediatamente por unos gritos:

—¡Alí, abre, date prisa!

—Jeque el-raís!

Identificó, sucesivamente, la voz de el-Massihi y la de Ibn el-Jammar. Sin vacilar, saltó de la cama mientras Sindja cubría su desnudez llevándose la manta hasta el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó abriendo el batiente.

—¡Muertos! —explicó el cristiano, presa de viva excitación—. Cadáveres.

—En la orilla del río, al pie de la colina de el-Borge —precisó Ibn el-Jammar, igualmente apasionado.

—¿Pero de qué estáis hablando? ¿Qué significa esta historia?

—A una hora a caballo de aquí, un correo ha descubierto por casualidad osamentas humanas en considerable cantidad. Está dispuesto a acompañarnos.

El rostro de Alí se iluminó de pronto.

—Vengo enseguida, dadme tiempo para vestirme.

Ante la angustiada mirada de Sindja, se lanzó hacia sus ropas.

—¿Qué ocurre?

—Alá es Omnipotente. Más tarde te explicaré.

Acabó de ponerse unos pantalones bombachos y unas botas. Ella repitió con voz lejana:

—Más tarde...

La abertura de cadáveres era considerada por los creyentes una verdadera profanación. Un sacrilegio. Algunas obras afirmaban que el mismo Galeno vacilaba en diseccionar al hombre y recomendaba a sus alumnos que se ejercitaran primero con animales; sobre todo con monos. En estas condiciones, ni la anatomía ni la cirugía podían hacer grandes progresos. La estructura interna del ser seguía siendo un libro cerrado, que sólo los azares del tiempo entreabrían de vez en cuando. Los sabios se veían reducidos a hacer conjeturas sobre el emplazamiento de las venas tranquilas, las vísceras importantes, los ligamentos, los nervios o músculos. De este modo, cuando las circunstancias les ponían ante restos humanos, era necesario agradecerse al Invencible y, sobre todo, no dejar pasar la ocasión.

En eso pensaban Alí y sus dos compañeros mientras escalaban la pendiente ladera de la colina de el-Borge. A pocos pasos les seguían dos soldados provistos de palas y llevando zurrónes de cuero vuelto.

A su alrededor, la llanura era blanca. Blanca hasta perderse de vista. Y la nieve seguía cayendo. Al pie de la colina podía distinguirse, como una cicatriz, «la ruta que camina», el río Amú-Daria acarreado, en impresionante silencio, sus bloques de hielo hasta el mar de Juwarizn

—Aquí es —indicó el correo señalando una especie de hondonada.

Alí y sus amigos apresuraron el paso. Instantes más tarde se enfrentaban a un sorprendente espectáculo. Restos humanos, medio enterrados, aparecieron ante sus ojos entremezclados, unos encima de otros, diseminados por una considerable extensión. Hasta cierto punto como si el suelo se hubiera corrido o entreabierto.

—Es increíble —Jadeó Ibn el-Jammar.

Alí se había arrodillado ya mientras el-Massihi ordenaba a los servidores que despejaran con precaución el lugar.

—Son, efectivamente, huesos humanos —confirmó Ibn Sina inclinado sobre un cráneo con los orificios cubiertos de nieve.

—Tenemos que darnos prisa —murmuró uno de los soldados—Caen copos como para vestir a todos los pobres.

Sumidos en sus observaciones, ninguno de los tres médicos pareció oírle.

—De todos modos, es increíble —repitió Ibn el-Jammar cada vez más desorientado—. Debe de haber aquí más de diez mil cadáveres. Y dado su estado de descomposición, todo hace pensar que hace varios años que están aquí ¿pero qué ocurrió?, ¿cómo encontraron la muerte, en el mismo lugar y en el mismo momento, tantos hombres?

Ibn Sina, con la barba y las cejas llenas de nieve respiraba fuertemente, turbado y lleno de excitación.

—¡Abú Sahl! ¡Ibn el-Jammar! Venid a ver.

Ambos hombres se le unieron enseguida y se inclinaron sobre el objeto que les tendía. Una mandíbula.

—Hasta hoy —comenzó enfebrecido—, todos los anatomistas estaban de acuerdo en decir que la mandíbula está compuesta de dos huesos firmemente unidos en el mentón... Pues bien, observad: el hueso de la mandíbula inferior es único; no hay juntura ni sutura.

—Es cierto. Pero tal vez se trate de un caso excepcional. Sería necesario verificar otros especímenes antes de pronunciarse.

—Ibn el-Jammar, hermano mío —observó Alí—, no se trata de una malformación sino de un estado natural. Puedo afirmarlo.

Levantó del suelo un tronco vertebral, o lo que de él quedaba al menos, y preguntó:

—¿Lo reconocéis?

—Claro: las vértebras superiores. Las cuatro primeras, creo.

—Observad con atención. ¿No encontráis nada especial en la estructura de la primera vértebra?

Ibn el-Jammar y Abú Sahl examinaron largo rato las osamentas. Luego, el-Massihi declaró:

—Me parece que el agujero por donde salen los nervios no está colocado como en las demás vértebras.

—Tienes toda la razón.

—Imagino que puedes explicarlo.

Fue Ibn el-Jammar quien respondió:

—Me parece sencillo, Abú Sahl. Si el agujero estuviera situado en el lugar donde encajan las dos apófisis de la cabeza, y donde se efectúan sus violentos movimientos, los nervios quedarían dañados; lo mismo ocurriría si estuviera situado donde se halla la articulación de la segunda vértebra.

—Eso es —aprobó Alí—. Por esos detalles tan primarios podemos comprobar qué sublime, perfecta y única es la obra del Creador. Pero sigamos buscando. Si al menos pudiéramos encontrar un esqueleto entero.

Estuvo a punto de añadir: «O un cuerpo, un cuerpo abierto que nos sacara de la oscuridad.»

Pero se contuvo, lamentando casi enseguida su pensamiento.

Los copos seguían cayendo sobre el paisaje. Cuando uno de los tres hombres hallaba un hueso digno de interés, se apresuraba a entregarlo a uno de los soldados que, a su vez, lo metía en un zurrón. Y de aquel vaivén macabro emanaba algo sobrenatural. Aquellas siluetas envueltas en pieles, inclinadas a veces, arrodilladas otras, que exhalaban de sus labios, en cada una de sus respiraciones, pequeñas nubecillas; aquellos caballos que babeaban humeante espuma o resoplaban rascando la nieve con sus cascos, haciendo rodar hasta el pie de la colina un fémur o un parietal; el lento e inmutable curso del río; todo incitaba a pensar que la escena era un espejismo llegado de la estepa.

Prosigo la carta que abandoné la noche pasada.

Acabo de regresar de una expedición que nos ha alejado una hora de Gurgandj. Algún día te explicaré, de viva voz, todos los detalles del asunto.

Por ahora te ha de bastar con saber que, en compañía de el-Massihi y de Ibn el-Jammar, he podido examinar de cerca restos humanos.

Conoces, como yo, el inestimable interés de semejante oportunidad.

Entre todos aquellos despojos (casi diez mil), había dos o tres menos descompuestos que los demás. Habríase dicho que fueron depositados allí hace apenas dos años. Nos hemos interrogado, evidentemente, sobre el misterio de tal descubrimiento*, sin conseguir ponernos de acuerdo en una explicación científica. Hemos cogido un no desdeñable número de osamentas y hemos encargado a el-Arrak, matemático de profesión pero maravilloso dibujante en sus horas libres, que nos hiciera algunos croquis.

No habría podido comunicarte nada esencial si el azar, el maravilloso azar, no me hubiera permitido hallar una cabeza provista, todavía, de uno de sus globos oculares. He pasado el día estudiándolo y he llegado a la siguiente conclusión: el órgano de la visión no debe considerarse situado en el cristalino, como afirman los antiguos, sino en la retina y los centros ópticos. He conseguido también definir con exactitud los movimientos de contracción y relajamiento del iris. Te hablaré de ello después.

Se hace tarde. Tengo muchas cosas que hacer todavía. Permite que te abrace muy fraternalmente, y que el Altísimo te conceda su bendición.

* El médico Abd el-Latif, en el segundo libro de su «Relación sobre Egipto» cuenta un caso semejante, del que fue testigo ocular, y que sitúa en un lugar llamado «Maks», en el Delta. Según sus propias palabras: «... y podía estimarse en veinte mil cadáveres y más la cantidad que los ojos percibían.» Tal vez la ciencia de hoy tenga alguna explicación para ello. (*N. del T.*)

Tu amigo, Alí ibn Sina

Alí dejó el cálamo en la mesa advirtiendo, al mismo tiempo, la ausencia de Sindja. Recordó la melancólica expresión de sus rasgos cuando se disponía a abandonarla.

Más tarde..., había murmurado ella.

Se levantó de un salto, presa de un mal presentimiento. ¿Dónde podía estar en estos momentos, sino en el barrio reservado a las mujeres?, y el acceso le estaba prohibido. La única persona que tal vez pudiera informarle era Sawssan, el chambelán, o uno de los eunucos. Pese a lo avanzado de la hora, barrió sus escrúpulos y se lanzó por los corredores del dormido palacio.

—Ya no está aquí —dijo simplemente uno de los gemelos, con voz adormilada.

—No lo entiendo. ¿Quieres decir que no está ya en el palacio?

—Se ha marchado. Se ha marchado esta tarde con la caravana de el-Farrubi.

Alí abrió de par en par sus asombrados ojos.

—Sigo sin comprender.

El eunuco hizo una mueca aburrida.

—Habitualmente, es el-Farrubi quien aprovisiona el harén. Nos ofreció dos vírgenes de Yjibal. Dos muchachas de catorce años. El emir le ha propuesto cambiarlas por Sindja. Y...

—¿Dónde está la caravana? ¿Está todavía en Gurgandj?

—Sin duda. Era ya muy tarde cuando el-Farrubi salió de palacio. Supongo que ha debido de aguardar a que el tiempo sea más clemente para proseguir su camino. No le creo tan loco como para viajar de noche bajo la nieve. Además...

Sin esperar más explicaciones, Alí dio media vuelta y corrió hacia los establos.

Gurgandj dormía bajo la nieve. Las estalactitas colgaban de los helados árboles y del borde de los tejados, como agujas de cristal.

Cruzó al galope la plaza del mercado, flanqueó la gran mezquita cuyo alminar se tendía hacia las estrellas y penetró, sin detenerse, bajo el porche del dar el-Wakala «la casa de la procuración», al que llamaban también «caravanserrallo».

Si la caravana no se había puesto en marcha, debía de estar allí. En aquel lugar de transacciones y cortas estancias residían los mercaderes llegados de lejos, a cambio de un canon pagado al guardián, que les proporcionaba por ello esteras y paja. Allí iban a buscar también sus mercancías los mayoristas, los revendedores, los comisionistas y los detallistas.

Fue un milagro encontrar a el-Farrubi en el dédalo de olores y pasillos. Había tenido que despertar al guarda que, a su vez, había sacado del sueño a camelleros blasfemos y maledicentes que, a su vez, habían sugerido que tal vez unos guías conocieran al mercader. Cuando Alí le habló de Sindja, el otro creyó estar soñando. Abrió unos ojos como platos, frunció el entrecejo y acabó estallando enfurecido:

—¿Y vienes a estas horas para proponerme comerciar? ¡Tanto te posee esa criatura que has perdido la noción del día y de la noche!

—Es importante —fue la única respuesta de Ibn Sina.

—No más que mi sueño.

—Estoy dispuesto a comprarte a la mujer.

—¡Tendría que estar en venta! Y nunca he dicho que lo estuviera. Vamos, vuelve a tu casa y que Alá te acompañe.

—¿Y si te dijera que me envía el-Soheyli?

—¿El visir?

—El visir. La mujer te fue vendida por error.

—¿Y quién me demuestra que te envía el-Soheyli?

—Me llamo Alí ibn Sina. Soy el médico de la corte.

Cuando mencionó su función, el mercader pareció suavizarse. Se rascó la barbilla perplejo, se pasó la mano por sus alborotados cabellos y acabó diciendo:

—Te envíe o no el visir, ¿podrás pagarme el precio de dos vírgenes?

—Tal vez. Depende de la evaluación que hagas.

—Dos vírgenes, hermano. Verdaderas perlas raras.

—Lo sé, el eunuco me lo ha contado todo. Dime tu precio.

El mercader le lanzó una mirada de soslayo y dijo:

—Setecientos dinares.

Sin vacilar, Alí respondió abriendo su bolsa:

—Aquí tienes seiscientos sesenta dinares. Son tuyos. ¿Dónde está la muchacha?

—He dicho setecientos.

—Da muestras de prudencia, el-Farrubi, y olvida un poco tus exigencias. Mejor será que tomes esta suma, pues corre el nesgo de fundirse con los primeros rayos del sol como si fuera la nieve que nos rodea.

—¿Qué intentas decirme?

—Abre tus ojos y tus oídos. Te he revelado que era el médico de la corte y el amigo del visir. ¿No quieres comprender?

El mercader se rascó de nuevo la barba frunciendo el entrecejo. Luego tendió la mano malhumorado.

Cuando apareció velada en el umbral de la sala del caravanserrallo reservada a las mujeres, la reconoció enseguida por sus ojos y por la perfección de su silueta.

Dio unos pasos hacia él y pareció vacilar. Habríase dicho que le costaba creer lo que estaba pasando.

—Jeque el-raís?

—Sí, Sindja, soy yo, Alí.

La muchacha repitió, incrédula:

—Jeque el-raís?

—Ven, tu lugar no está entre los comedores de lagarto.



OCTAVA MAQAMA

El reloj de arena se vació lentamente, y los granos del tiempo cayeron en la memoria del pasado.

En el vigésimo día del du-l-hiyya, el sol hace más de una hora que ha cruzado el mediodía del río, y entramos en el noveno año de la estancia del jeque el-raís en Gurgandj. Nueve años durante los que mi maestro se consagró a la escritura y la enseñanza. Redactó, sucesivamente, un compendio referente al pulso, en persa; un poema sobre la lógica; una *Refutación de las predicciones del porvenir basadas en los horóscopos*, llamada también *Refutación de la astrología judiciaria*; diez poemas y una epístola sobre el ascetismo, donde expuso con gran precisión los estados de conciencia de la ascesis. Escribió también un libro filosófico al que tituló: *Las facultades humanas y sus aprehensiones*, numerosos poemas sobre *La Magnificencia y la Sabiduría*, así como un tratado sobre La tristeza y sus causas. Me pareció que el exilio lejos de Bujará y el recuerdo de su padre no fueron ajenos a la redacción de esta última obra.

Durante todo ese tiempo, Sindja vivió a su lado.

Le observó mientras él trabajaba sin descanso, o casi; dando abnegados masajes a sus falanges abrasadas por los sabañones; cubriendo sus hombros con el largo manto de fashfash cuando, con los primeros brillos del alba, el jeque se dormía a veces, apoyando la cabeza en la mesa de cedro. Y, el Omnipotente me perdone, le vio también consumir mucho vino de Busr.

Curiosamente, la muchacha sólo recordaría de ese período «la desconcertante facilidad» con la que el hijo de Sina realizaba su trabajo. Su juicio fue, a menudo, corroborado por el-Massihí.

—Pero ¿qué me reprocháis? —les gritó un día el jeque con real enfado—. ¿Creéis acaso que la creación es siempre sinónimo de sudor y sufrimiento? ¿Tiene un mulo más mérito que un pura sangre sólo porque le cuesta diez veces más subir una cuesta? Si es así, y que Alá sea mi testigo, nunca reivindicaré semejante mérito.

En verdad, no había nada sorprendente en que los testigos de su vida fueran sensibles a su poder de trabajo; en los polvorientos caminos o bajo los oros de palacio, a veces a caballo incluso, hallaba siempre la concentración necesaria para proseguir su obra. Pero lo que turbaba por encima de todo a quienes le trataban, era su prodigiosa memoria. Desde que había cumplido veintidós años trataba de filosofía, de astronomía, de matemáticas o de medicina, y nunca había sentido la necesidad de consultar una nota o una obra. Mucho más tarde, evocando ese período, me confió: *Estaba entonces en la cima de mi erudición, había leído todos los libros dignos de serlo, sabía la ciencia de memoria; desde entonces sólo ha ido madurando en mí.*

No pude impedirme volver a pensar en la frase que, nueve años antes, había pronunciado el emir Nuh el segundo: *Alá concede el don a quien quiere...*

La víspera del 17 de du-l-hiyya era un viernes. Desde lo alto de la casa de Dios, la adhana, la llamada para la plegaria, había subido hacia el azur. La voz llorosa del muecín había exaltado la unicidad y la gloria del Altísimo, y bendecido la memoria del Profeta. Extrañamente, el muecín de Gurgandj era ciego; pues, inspirándose en una antigua costumbre, el soberano había exigido que el cargo se atribuyera sólo a los seres que sufrieran ceguera, y todo para que, desde su elevada situación, no pudieran espiar lo que ocurría en las terrazas o los patios de las casas vecinas al alminar.

En el interior de la mezquita se consumían los aromas en cazoletas de cobre, y sus perfumes embalsamaban las columnas, los fanales de plata y el suelo por completo cubierto de esteras.

Desde la muerte de Mahoma, que el Invencible bendiga su nombre, la función de imán, «el que va delante», el dirigente de la plegaria, se reservaba al califa. En su ausencia, la función recaía en alguno de sus lugartenientes, los gobernadores en las provincias o, también, en la persona más autorizada de entre todos los presentes. Fue pues Ibn Ma'mun quien, desde lo alto del pulpito, pronunció la tradicional jotba, el sermón. Puesto que la espada es inseparable de nuestra fe, se dirigió especialmente a sus soldados en armas, que habían penetrado a caballo en la mezquita y concluyó su sermón comunicando el resultado de las últimas batallas

contra los ghuz. Dio también a conocer sus órdenes, y profirió las habituales maldiciones contra todos los enemigos de la provincia.

Hoy, la mezquita ha sido devuelta a los alumnos. Acaban de realizar la plegaria del alba y están ahí; son una treintena, sentados en círculo en el aula contigua al edificio. Tienen en sus manos tablillas de arcilla tierna que servirán para grabar sus notas por medio de un estilete. Su edad oscila entre los diez y los veinte años. Hay también oyentes de más edad y ambiciosos eruditos procedentes de otras ciudades, que van de provincia en provincia buscando nuevos maestros ilustres. Es el caso de Ibn Zayla, antiguo alumno de Ibn Sina en Bujará. Hay incluso sabios que, al igual que los estudiantes, se desplazan para seguir los cursos dados por colegas célebres.

Treinta alumnos es una cifra modesta cuando se sabe que la enseñanza es gratuita, que cada individuo, sin excepción, tiene el absoluto derecho a escuchar a un maestro, que los más pobres reciben alimento y que, por lo general, la mezquita ofrece importantes becas a los estudiantes extranjeros.

Numerosos rumí se sorprenderán leyendo estas líneas, pues ignoran que la casa de Dios no es sólo un lugar de culto sino también la sede principal de la enseñanza islámica, el lugar donde se erige la madrasa, la escuela; también sirve de biblioteca y de tribunal. Más sorprendidos se sentirán todavía cuando sepan que, si la ciudad carece de albergue, la mezquita sirve de hospicio; de ello resulta que allí se come, y he sido testigo de ricos banquetes. A menudo, como hoy, como signo de piedad, mi maestro hacía distribuir vituallas y las compartía con sus alumnos. Allí no se halla en un lugar elevado sino en una estera; respetando la costumbre que exige que un enseñante no se levante por encima del círculo de sus oyentes, sólo sus ropas reflejan la importancia de su función. Lleva el vestido de los sabios y un turbante, sabiamente anudado, envuelve su cabeza. Durante estos últimos años su silueta se ha modificado considerablemente, de muchacho se ha convertido en adulto. Una barba de un negro mate, cuidadosamente cortada, sigue enmarcando su rostro; y si sus pupilas han conservado el mismo brillo, la misma agudeza, una nueva expresión ha aparecido en ellas.

La enseñanza impartida en la madrasa se componía de varias partes. Ante todo estaba el adab, las reglas de vida social; más generalmente, la literatura. Era preciso saber leer y escribir, claro, y conocer algo de gramática. Se enseñaba, sobre todo a los niños, a recitar de memoria el Corán, al igual que les enseñaban los hadiths, es decir la tradición vinculada a los actos, las palabras o las actitudes del Profeta. No es sorprendente, por lo tanto, que esta mañana, la vigésima de du-el-hiyya, el hijo de Sina comience con una pregunta...

—¿A qué llamamos los cinco pilares del Islam? ¿Quiere responder alguno de vosotros?

Espontáneamente se levantaron algunos brazos. Allí señaló a un niño al azar.

—La profesión de fe, la plegaria, la limosna, el ayuno y la peregrinación a La Meca.

—Perfecto. Hay que añadir a ello que alguno de nuestros hermanos, en especial la rama de los harigitas, consideran la yihad, la guerra santa, como el principal deber del creyente. Pero nos limitaremos a la enseñanza original y evitaremos la polémica. El Libro sólo estipula la limosna y el ayuno, en las últimas clases vimos en qué consistían sus pilares, que son los deberes que todos nosotros debemos cumplir a lo largo de nuestra vida. Hoy, me gustaría abordar con mayor profundidad la plegaria y sus orígenes.

Alí hizo una corta pausa antes de preguntar:

—¿Sabéis cómo se fijó en cinco el número de nuestras plegarias cotidianas?

El turbado silencio de los niños fue dominado por la intervención de los estudiantes de más edad.

—Así lo ordena el Profeta.

—Está escrito en el Libro.

—No —protestó un oyente—, estáis equivocados, el Libro sólo menciona dos plegarias: la del anochecer y la del amanecer.

Hubo respuestas y contradicciones hasta que Ibn Zayla afirmó:

—La tradición dice que fue Moisés quien inspiró al Profeta la cifra canónica de cinco.

Un ligero movimiento recorrió la concurrencia.

—Nuestro amigo está en lo cierto. He aquí los hechos: cierta noche, por orden del arcángel Gabriel, Mahoma montó en Buraq, el extraño corcel blanco, mezcla de muía y de asno, y voló entre las estrellas hasta Jerusalén. Allí, un grupo de profetas, Abraham, Moisés, Jesús y otros, salieron a su encuentro. Mahoma fue llevado fuera de este mundo y alcanzó el punto extremo que el Libro llama el Loto del límite. La Luz divina descendió sobre el Loto y lo cubrió. Allí, el Profeta recibió para su pueblo la orden de hacer cincuenta plegarias al día.

Al escuchar la cantidad, los adolescentes se miraron con estupor y perplejidad.

—Debo respetar aquí los textos de la tradición, de modo que citaré sencillamente las palabras de Mahoma: «En el camino de regreso, cuando pasé ante Moisés, éste me preguntó: "¿Cuántas plegarias te han impuesto?" Le dije que cincuenta diarias y afirmó: "La plegaria canónica es una pesada carga y tu pueblo es débil. Regresa junto a tu Señor y pídele que aligere la carga para tí y los tuyos." Regresé pues y pedí a mi Señor que me aliviara. Quitó diez plegarias. Pasé de nuevo ante Moisés, que me hizo la misma pregunta y la misma observación que antes; de modo que regresé al lugar de donde venía y me quitaron diez plegarias más. Cada vez que pasaba ante Moisés, me hacía dar marcha atrás hasta que, finalmente, me quitaron todas las plegarias a excepción de cinco por cada período de un día y una noche. De regreso junto a Moisés, me hizo la misma pregunta, a la que yo respondí: "He vuelto tantas veces junto a mi Señor y le he pedido tanto que siento vergüenza. No volveré a hacerlo."»

Alí posó su mirada en los estudiantes y concluyo: «De este modo, quien realiza las cinco plegarias con fe y confianza en la bondad divina, recibirá la recompensa de cincuenta plegarias...»

Pasada la sorpresa, la clase prosiguió e Ibn Sina repitió tres o cuatro veces algunos hadiths para que los alumnos pudieran asimilarlos correctamente. Luego, decidió pasar al dictado.

—Os propongo un poema: el *Aferin-na'ma*. Su autor, Abú Sukur de Balj ha desaparecido ya, pero considero que fue el auténtico introductor de la forma poética, propiamente persa, del cuarteto. Luego os dictaré uno de los versículos del Libro. Y...

—Pero jeque el-rais —se ofuscó alguien—, siempre me han dicho que no era conveniente que los niños se entrenaran con las palabras del Libro santo.

Alí movió la cabeza con indiferencia:

—Déjalo... Dios sabe lo que es justo.

Cuando hubo terminado su dictado, comprobó atentamente cada tablilla y explicó los errores; los niños alisaron la arcilla con la parte plana del cálamo, luego, se dispuso a recitar el versículo que había elegido. Curiosamente, mi maestro propuso aquel día el versículo 136, extraído del tercer sura. Dice esto: «Decid: Creemos en Dios, en lo que nos fue revelado, en lo que fue revelado a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y a las tribus; en lo que fue entregado a Moisés y a Jesús; en lo que recibieron los profetas de parte de su señor. No tenemos preferencia por ninguno de ellos: ¡estamos sometidos a Dios*!»

El sol estaba al sur del río cuando Alí despidió a sus alumnos más jóvenes. Pero, antes, les señaló una abertura practicada en el suelo del patio, no lejos de las fuentes que servían para las abluciones, y les recomendó que lavaran bien sus tablillas de arcilla sujetándolas por el orificio; pues bajo tierra se hallaba un conducto que llevaba a la tumba del fundador de la mezquita, así, su sepulcro podía regarse regularmente por las aguas portadoras de las palabras del Corán.

Concluida la plegaria de mediodía, Alí prosiguió su enseñanza, pero dirigiéndose esta vez a maestros y oyentes eruditos procedentes de todas partes de Persia.

Se habló de literatura, tradición, lógica, ciencia de los números, ciencia de los cuerpos y, naturalmente, de medicina. Aquella tarde, Alí dictó más de cien hojas. Cuando, acompañado por Ibn Zayla salió de la mezquita, el crepúsculo se había apoderado de la ciudad.

En el umbral de la casa de Dios, ambos hombres siguieron conversando un poco hasta que el discípulo vio a un hombre de unos cincuenta años, muy delgado y pálido y con los rasgos fatigados, que avanzaba titubeante y que, pese a la frescura del aire, sudaba abundantemente bajo el peso de sus fardos.

—Ése parece haber abusado del vino de Sogdiana. ¡Mira cómo vacila! ¡Parece una palmera bajo el viento de a Alí miró, a su vez, al individuo. Luego, dijo bruscamente:

—Ven, Hosayn, sigámosle.

Ibn Zayla miró asombrado al jeque.

—Pero, maestro, ¿crees realmente necesario seguir a un borracho?

El médico se había lanzado ya tras los pasos de aquel hombre.

Mientras avanzaba por el dédalo de callejas, podía advertirse que su marcha se hacía cada vez más insegura.

* Siempre he sentido ciertas dudas sobre la elección de este versículo. No puedo creer que existiera alguna razón directamente vinculada al incidente de Bujará y, por lo tanto, a la religión de Setareh... Sin embargo, algo me dice que la elección no fue inocente. Alá me perdone si me equivoco. (*Nota de Jozjani.*)

—Obsérvale bien —dijo Alí con cierta excitación—, el infeliz no sabe todavía que la sombra que le acompaña es tal vez, la de la muerte.

Instantes más tarde le vieron entrar, jadeando, en una casita cercana al palacio.

—¿Y ahora? —preguntó Ibn Zayla cada vez más perplejo.

—Quedémonos aquí. La espera no será larga. Y...

No tuvo tiempo de concluir la frase. Resonó un gran grito. Casi enseguida, la puerta se entreabrió con estruendo, dejando aparecer una silueta femenina.

—Ha muerto! ¡Mi esposo ha muerto! —aulló sollozando y abofeteándose el rostro-. ¡Que Alá se apiade de mí!

Alí lanzó una mirada cómplice a Ibn Zayla.

—No somos Dios —dijo corriendo hacia la casa—, pero tal vez se nos ofrece la oportunidad de actuar en Su Nombre.

Sin preocuparse por la mujer que sollozaba y gemía, entró corriendo en la casita donde le aguardaba un macabro espectáculo: el hombre había caído al suelo; el rostro parecía haber perdido toda su sangre; salvo por sus ojos abiertos de par en par a la nada, se habría podido creer que dormía.

—El alma ha acudido a los labios* —prosiguió la mujer entrando en la casa y acompañada, esta vez, por los vecinos atraídos por sus gritos—. Izra'il, el ángel de la muerte, le ha fulminado. ¿Por qué, Rabbi, por qué?

Ibn Zayla intentó, como pudo, consolar a la infeliz:

—El ángel de la muerte es, ante todo, el enviado del Invencible. Si Él ha considerado oportuno reclamar a tu esposo, es que había llegado su hora.

Alí había desabrochado ya las ropas del hombre y, con la cabeza posada en su tórax, estaba auscultando el cuerpo. Examinó luego las extremidades y advirtió que estaban tan heladas como las noches de Pamir. Alguien se acercó y, tomando el brazo del difunto, o lo que creían tal, lo levantó, lo soltó, y declaró solemnemente al ver que el miembro caía inerte:

—Dios acoja su alma.

—¿Pero qué haces? —se asustó la mujer viendo que Alí seguía desnudando a su esposo—. ¿No ves que es demasiado tarde?

Ignorando sus protestas, el médico preguntó:

—¿Tienes miel, mucha miel?

Ella asintió desconcertada.

—Perfecto, apresúrate a disolverla en agua que habrás hecho hervir antes.

—¿Pero no ves que es demasiado tarde? —gimió una voz.

—¡Mancillar los despojos de un creyente!

Como la mujer parecía vacilar, Alí dijo amenazador:

—¡Si quieres que tu esposo recupere la vida haz lo que digo! ¡Aprisa!

Entonces, ella corrió hacia el brasero.

—Y tú, Hosayn —prosiguió dirigiéndose a su alumno—, abre mi bolsa, encontrarás una pera. Lléjala de hidromiel en cuanto esté listo.

Bajo la reprobadora mirada de los curiosos que, ahora, se habían reunido en la alcoba, Alí acabó de desnudar al hombre antes de ponerlo boca abajo.

—¿Pero quién eres? —gritó alguien colérico—, ¿Quién te da derecho a pisotear así la dignidad de un muerto?

Alí se encogió de hombros.

—Esto acabará mal —susurró Ibn Zayla ante la agresividad que crecía a su alrededor.

—Déjalo, ladran pero no muerden.

Comenzaba a aparecer cierta tensión, que creció más todavía cuando la esposa del «difunto» regresó con un humeante recipiente en las manos.

Ibn Zayla hizo lo que el jeque le había ordenado y, tras haber colocado la cánula, se la tendió. Alí aguardó un poco para que la mezcla de agua y miel se entibiara, luego, ante las consternadas miradas de los testigos, introdujo la cánula en el ano del hombre.

—¡Da una lavativa a un cadáver! —gritó un vecino—. ¡Este hombre es un infiel!

Indiferente a la conmoción que provocaba, el jeque proseguía su intervención. Cuando hubo inyectado todo el meloso líquido, volvió el cuerpo del hombre cara arriba y declaró:

—Ahora tengamos un poco de paciencia. Hasta que el hidromiel se difunda en la sangre.

—¡Pero es absurdo! —gritó alguien—. ¡Este hombre está loco! ¡Hay que sacarle de aquí!

* Está expirando o ha expirado. (*N. del T.*)

—¡Sí! ¡Basta! ¡Fuera!

El círculo comenzaba a estrecharse peligrosamente alrededor de Alí y su alumno.

—Jeque el-raís —susurró el muchacho, aterrorizado—, ¡tenemos que marcharnos de aquí!

—Calma, Hosayn. Déjame hacer.

Se irguió lentamente y miró al pequeño grupo que avanzaba.

—¿Por qué os exaltáis así? No os pido nada, salvo un poco de reflexión: si vuestro amigo está muerto, lo que he hecho no puede, en caso alguno, agravar su situación. ¿Es posible, acaso, arrebatarse dos veces la vida? ¿Puede cortarse dos veces el mismo cuello? En cambio, si un soplo de vida, por mínimo que sea, sigue moviéndose en el interior de este cuerpo, una lavativa de hidromiel no le hará huir.

Registrando su bolsa, sacó un pequeño reloj de arena y lo depositó en el suelo.

—Si cuando el recipiente inferior esté lleno, vuestro amigo sigue sin recuperar el sentido, podéis convocar inmediatamente a los guardias de palacio para que se me lleven.

Los hombres, perplejos, se pusieron de acuerdo, y aunque se sintieran seducidos por las palabras del medico, ninguno de ellos se atrevía a tomar posición. Finalmente fue la esposa quien murmuró a media voz.

—Si un milagro... Si fuera posible un milagro ..

El círculo se abrió insensiblemente. Y comenzó la espera. Todas las miradas se clavaron en el fluir de los granos de arena que corrían por su cárcel de cristal.

Fuera comenzó a ladrar un perro, quebrando el silencio. De vez en cuando se oía el rumor de una manga, el roce de un talón en el suelo, un suspiro de cansancio.

Ibn Zayla, pálido, parecía también subyugado por el reloj de arena. Habríase dicho que, con toda la fuerza de su pensamiento, intentaba evitar la caída de los granos. Pronto quedó sólo un delgado chorro, tenue, casi transparente. Dio la impresión de inmovilizarse un furtivo instante en el cuello que separaba los dos recipientes y, luego, de golpe, cayó.

Todas las miradas se dirigieron a Ibn Sina. La silueta acostada en el suelo seguía inanimada.

Alí tomó el pulso al hombre antes de decir impávido:

—Está bien. Podéis llamar a los guardias.

La mujer ahogó un sollozo.

Alguien hizo ademán de dirigirse a la salida.

En aquel instante, Ibrahim, que tal era el nombre del «difunto», parpadeó y, ante la general estupefacción, se incorporó ligeramente, balbuceando como si saliera de un profundo sueño.

—¡Dios mío!... ¿Qué ha sucedido?

Viendo aquel prodigio, brotaron espontáneamente algunas exclamaciones en las que se adivinaba, al mismo tiempo, espanto y admiración.

—Ha vencido a Izra'il... —balbuceó la esposa a punto de desvanecerse.

—¡Ha vencido a Izra'il! —prosiguieron como un eco otras voces.

Se produjo un increíble tumulto, todos querían acercarse al «resucitado», tocarle, hablar con él.

Discretamente, Alí recuperó su reloj de arena, cerró su bolsa e invitó a Ibn Zayla a seguirle. Una vez fuera, con gran pasmo de su alumno, dio un salto y corrió hacia delante, descendiendo por las callejas para detenerse, sólo, ante las puertas del palacio.

—Jeque el-raís! —protestó Ibn Zayla intentado recuperar el aliento—. Ni siquiera le has dado a esa gente tiempo para expresarte su agradecimiento.

Alí inclinó la cabeza, secándose el sudor que corría por su frente.

—¿Crees realmente que el hombre estaba muerto?

Ibn Zayla respondió negativamente.

—Claro que no, sólo tenía un síncope.

—¿La embriaguez? —preguntó el discípulo.

—Seguramente. Bastaba con advertir su delgadez, la anormal palidez de sus mejillas, su jadeo, el exagerado sudor que corría por su rostro, el esfuerzo excesivo que hacía llevando sus fardos y, sobre todo, su insegura marcha, para comprender que el perfecto equilibrio que debe remar en cualquier ser estaba a punto de romperse.

—Perdóname, maestro, me cuesta seguirte.

—Escúchame todos los temperamentos caben en cuatro tipos principales: linfático, bilioso, sanguíneo y seco. Cuando una causa cualquiera consigue pervertir o transformar uno de esos temperamentos, basta para crear el desfallecimiento. Entre los individuos los hay que tienen en su constitución una predisposición a contraer enfermedades. Pues, y eso es muy importante, si

la causa que actúa sola encuentra un organismo no predispuesto y que no la ayuda, no podrá actuar en él y su acción será nula. Podíamos denominar ese estado, inexplicable, lo reconozco, como medio favorable o receptividad.

—¿Y en el caso de ese hombre?

—Su débil constitución le obligaba a utilizar anormalmente una gran cantidad de energía, hasta el punto de que le ha faltado. De ahí la perversión del equilibrio que he mencionado hace un momento. Mi tratamiento ha consistido, sencillamente, en reconstituir sus desfallecientes reservas. ¿Y qué mejor, para hacerlo, que la miel*?

Ibn Zayla mantuvo un silencio admirado antes de declarar:

—Es absolutamente extraordinario... Sin embargo sigo sin comprender la razón que te ha llevado a huir.

—Piénsalo bien. Tú y yo sabemos que no he resucitado a ese infeliz, pero ahora esa gente está convencida de lo contrario. ¿Sigues sin darte cuenta?

El joven negó de nuevo.

—Las leyendas corren más deprisa que el viento. He huido para que no me reconocieran pues, mañana mismo, en todo Gurgandj, del bazar a la mezquita, dirían que Abú Alí Ibn Sina tiene el poder de resucitar a los muertos.

Hosayn no pudo evitar la risa.

—Pero eso sólo aumentaría tu gloria, jeque el-raís.

—¿Acaso tu visión no llega más allá de tus sandalias? Supon por un instante que, mañana, la esposa de un emir, un miembro de su familia o el propio califa mueren, no dejarían entonces de pedirme que realizara un prodigio que me habrían atribuido sin razón. Y entonces, amigo mío, ¿no crees que estaría en un buen lío?

Y Alí concluyó:

—Aquel día, mi pobre cabeza no valdría más que un pedazo de piel bajo la hoja del curtidor...

Un brillo cómplice iluminó la mirada del joven.

—Es ya hora de separarnos —prosiguió Alí—. Ha sido una dura jornada. Que el Clemente ilumine tu noche, hijo de Zayla.

—Que Él te proteja, maestro, y alimente siempre tu perspicacia.

Cuando entró en el patio de palacio, Alí advirtió enseguida la desacostumbrada agitación que allí reinaba. Soldados vestidos con uniformes que no conocía iban y venían; algunos palafreneros desensillaban sus caballos y en lo alto de la torre de guardia se habían doblado los vigías.

Apenas había cruzado el porche cuando vio correr hacia él, con grandes movimientos de manga, a Sawssan, el chambelán.

—¿Dónde estabas, jeque el-raís? Hace horas ya que te buscamos por toda la ciudad.

—¿Por qué, qué ocurre? ¿Está enfermo el emir?

—Si me atreviera, te diría que eso sería menos grave que la desgracia que nos abruma. Ve a reunirse enseguida con los demás, en la sala de recepciones. Allí está toda la corte. Ellos te explicarán.

El chambelán tenía razón. La sala de recepciones estaba llena de gente. El-Massihí, el-Arrak, Ibn el-Jammar, el visir, el propio emir, no faltaba nadie. No recordaba haber asistido a semejante reunión durante los nueve años pasados en Gurgandj.

Todos hablaban a la vez, y era difícil comprender sus palabras.

—¡Silencio! —gritó el visir el-Soheyí con voz impaciente—. Silencio. Estamos en palacio, no en un caravanserrallo.

Alí buscó con la mirada a Ibn Ma'mun y su actitud le impresionó enseguida: su cuerpo parecía derrumbado y tenía la mejilla descuidadamente apoyada en su mano; parecía aniquilado.

—Que la paz sea contigo, jeque el-raís —dijo el-Soheyí indicándole por señas que se aproximara—. Nos has causado grandes preocupaciones.

—Cuidaba a un enfermo —quiso explicar Alí.

El visir no le dio tiempo para proseguir.

—Nos han llegado de Gazna malas noticias. Muy malas.

Señaló a un individuo que permanecía apartado.

—He aquí a un mensajero de Mahmud el-Gaznawí. Hace poco que ha llegado.

* Al parecer Ibn Sina se encontró, aquel día, confrontado a lo que la mediana de hoy llamaría una crisis de hipoglucemia. (*N. del T.*)

El hombre se inclinó untuosamente ante Ibn Sina, mientras el visir proseguía:

—El rey reclama el inmediato traslado de todos los sabios, todos los intelectuales y todos los artistas de Gurgandj. Todos, sin excepción, deben dirigirse a la corte de Gazna en el más breve plazo.

—¿Todos?

—Todos, sin excepción.

Estupefacto, Alí examinó uno a uno a sus amigos, el-Arrak, Ibn el-Jammar y los demás, y le impresionó enseguida la resignación que se leía en sus rostros.

—Dispondréis de una renta regia —creyó necesario puntualizar el mensajero del Gaznawí—. No os faltará nada. Muy al contrario, Mahmud, que Alá bendiga su nombre, os colmará de favores.

El médico cerró los ojos y las palabras que había pronunciado unos años antes, dirigidas a el-Biruni, brotaron de pronto en su memoria.

No sé lo que harás tú, pero puedo asegurarte que
aisunos soberanos, por generosos que sean, no
me tendrán nunca a su servicio: entre ellos los
turcos. El hijo de Sina nunca doblará el espinazo
ante un gaznawí.

Inspiró profundamente y se dirigió al mensajero:

—En estas condiciones, el príncipe tendrá que prescindir de uno de nosotros.

—¡Dos! —rectificó espontáneamente el-Massihi.

Como si no comprendiera, el mensajero busco la explicación del visir.

—No parece haber comprendido el asunto —dijo el-Soheyli en tono conciliatorio—. No es una invitación, es una orden.

—Hay órdenes que son ofensas, amado el-Soheyli.

—¡No tenemos elección!

Ahora intervenía el emir.

—No tenemos elección —articuló de nuevo—. ¡No vamos a arriesgarnos a una guerra contra el-Gaznawí! ¡Contra mi propio cuñado! Su deseo será satisfecho.

—Será satisfecho. La decisión del príncipe es algo corriente. Pero, por mi parte, reclamo el derecho a resistirme

—¡Qué locura! —aulló Ibn Mamun— ¡Qué locura! ¡Vendes Gurgandj por dos orzuelos!

Hizo ademán de desgarrar el cuello de su burda y prosiguió colérico:

—De todos modos, sabe que, de entre todos mis sabios, tú eres aquél cuya partida lamentaré menos.

Poniendo nerviosamente orden en sus ropas, precisó:

—Sabemos la disoluta vida que llevas desde que llegaste a Gurgandj y lo que enseñas en la mezquita sobre el origen de las cinco plegarias.

Alí palideció ante aquella alusión, apenas velada; cerró los puños dispuesto a replicar cuando el visir susurró a su oído.

—Ve a esperarme con el-Massihi junto al estanque de mercurio. Ve...

Dando media vuelta, dijo con voz distendida al enviado del Gaznawí.

—Puedes anunciar a tu señor que el jeque y todos sus compañeros se someterán a sus órdenes. Se pondrán en camino mañana mismo, tras la plegaria del alba.

En la oscuridad que reinaba en el jardín apenas se adivinaban las tres siluetas que caminaban por las avenidas. El aire era húmedo, preñado de los relentes del mar de Juwarizn.

El visir lanzó una ojeada por encima del hombro para comprobar que nadie les seguía y preguntó por segunda vez a Ibn Sina:

—¿Tu decisión es pues irrevocable? ¿No irás a Gazna?

Alí reiteró su negativa.

—Imagino que sabes lo que esa actitud puede costarte.

—Sólo Alá decidirá mi suerte. Mira, el-Soheyli, hace poco he comenzado a redactar un tratado sobre el destino. Tranquilízate, te ahorraré los detalles de su elaboración... Autorízame, sin embargo, a confiarte mi filosofía; y si mi actitud no te parece en exceso orgullosa, acepta mis frases como otros tantos consejos: «Adelántate a los tiempos y juzga tú mismo el universo, te sea propicio o adverso, como lo haría Dios con su criatura.» He juzgado: no me someteré al turco.

El-Massihi tosió discretamente.

—En ese caso, no tenéis donde elegir: tenéis que huir, abandonar inmediatamente Gurgandj. Mañana será tarde. Pondré un guía y algunos caballos a vuestra disposición. Empezaréis inmediatamente el camino.

—¿Hacia dónde? —se preguntó el-Massihi.

Alí pensó unos momentos antes de responder:

—Nos reuniremos con el-Biruni, en la corte del cazador de codornices.

—¡Pero Gurgan está a más de cien farsajs! ¡Es un viaje largo y penoso!

—No temas. Nos tomaremos el tiempo que sea necesario. Y lo aprovecharemos para detenernos unos días en Bujará. Pronto hará nueve años que no he visto a mi madre y a mi hermano. Estoy impaciente para estrecharlos contra mi pecho.

—Si, al menos, la alegría de verles de nuevo pudiera darnos alas —replicó el-Massihi con cansada sonrisa—. Sentiríamos menos las fatigas del viaje. Pero me encantará ver de nuevo Gurgan. A fin de cuentas es mi ciudad natal.

Alí clavó sus ojos en los del visir.

—¿Por qué haces esto?

El-Soheyli se mostró sereno.

—Tal vez porque también yo he juzgado...

De pie junto a la ventana abierta, Sindja le observaba mientras guardaba sus notas. Cuando le había anunciado su marcha, la muchacha no había dicho nada, pero a través de la bruma que velaba sus pupilas se adivinaban todas las pesadumbres del mundo.

También él tenía sombría la mirada. Avanzó, con cierta torpeza, y le tendió una hoja.

—Me hubiera gustado ofrecerte cajas y cajas de oro, todos los tesoros y todos los campos de Isfahán; lamentablemente, mi único presente se resume en esta ligera prosa.

Ella no respondió. Tomó simplemente la hoja y bebió cada una de sus palabras:

*¡Oh, viento del norte! ¿No adviertes qué grande es mi angustia?
Tráeme pues algo del aliento de Sindja, sopla, te lo ruego, sopla hacia
ella y dile: Dulce, dulce Sindja, me basta de ti esa migaja, y menos
aún. Fingiré olvidarte para que mi corazón vuelva a ser lo que era, pero
sé de antemano que, al hacerlo, más violento será mi deseo, más
eterna mi melancolía...*

Estrechó la hoja contra su corazón y, luego, tomando un extremo de su velo se lo puso ante el rostro. Alí advirtió que había cambiado el litham de seda púrpura que llevaba habitualmente por un shawdar de color amarillo, símbolo del dolor y de la pena...



NOVENA MAQAMA

Arrebuado en una gran toga azul, con el cráneo envuelto por un turbante salpicado de pedrería, Mahmud el-Gaznawí tenía altivo aspecto.

Subuktegin, su padre, había empezado convirtiéndole en su lugarteniente, un fogoso lugarteniente a quien incluso sus más feroces idetractores reconocían tenacidad y bravura. Tomó muy pronto la ciudad de Nishapur a los herejes ismaelíes y la convirtió en su capital. Más tarde, cuando Subuktegin murió, dejó su trono a su hijo más joven, Ismail. Habría podido creerse que Mahmud se doblegaría ante esa elección; no fue así. Veinte meses después, se lanzó sobre Gazna, derrotó a su hermano y se hizo coronar «rey de la ciudad». Hacía de ello doce años.

Desde entonces, el poder y la gloria de aquel a quien todos llamaban sólo ya el Gaznawí, inflamaron sin cesar la tierra de Persia.

Sin embargo, aquella noche había apagado su fulgor. Algo imprevisible y, por lo tanto, para aquel hombre acostumbrado a moldear su propio destino y el de su entorno, totalmente inaceptable.

Tomó un dátil de la gran taza cincelada, escupió el hueso a los pies de Ibn el-Jammar y los demás sabios reunidos en la sala del trono y dijo en tono firme:

—Puesto que vuestro colega, el jeque el-raís, ha considerado nuestra corte indigna de su presencia, será traído a la fuerza. ¡Sabed que no cesaré hasta haberlo conseguido!

—Pero de Turkestán a Yjibal, todos los hombres se parecen, Excelencia —observó tímidamente el canciller—. Para encontrar a Ibn Sina, sería necesario reclutar un ejército.

Mahmud inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y señaló con el índice a el-Arrak.

—¡Tú! ¡Acércate! Entre todas las cualidades que te atribuyen, hay una que va a facilitarnos, sin duda, la tarea. Eres matemático y filósofo, pero también eres pintor. ¿No es cierto?

El-Arrak lo confirmó.

—En ese caso, ejecutarás para mí un retrato, el del jeque el-raís. Lo quiero de precisión única y de perfecto parecido.

—Pero... me será muy difícil llevarlo a cabo de memoria.

—Sin duda alguna. Por eso recurro a ti y no a otro. Cuando hayas terminado el trabajo, todos los pintores, todos los dibujantes de Gazna lo reproducirán. Necesitaré tantos ejemplares como ciudades, pueblos, guarniciones fortificadas y torres de señalización existan. Tal vez entonces el hijo de Sina me agradecerá haber contribuido a su inmortalidad.

El soberano calló y, tras haber considerado el efecto de sus palabras, se dirigió al sepeh-dar, el jefe del ejército; y el tono de su voz se endureció increíblemente:

—Lo quiero. Quiero al jeque el-raís, vivo... —Y añadió en un susurro—: ... o muerto.

El agua canta en la tetera puesta sobre las brasas La noche ha caído. La tercera desde su salida de Gurgandj. Una noche polar, que hiela el titileo de las estrellas. Siempre es así en ese rincón del mundo. El día abrasa la tierra, la noche la hiela. Pese a sus gruesos mantos de pelo de camello, el frío se insinúa insidioso en el cuerpo de los viajeros y quema tanto como el fuego.

Hace ya rato que el guía se ha dormido a la deforme sombra de los caballos.

Envuelto en su manta de lana, Alí está tendido de espaldas con la mirada perdida en las constelaciones.

—A veces me pregunto si el temblor de las estrellas no será el pulso del universo —dijo sonriendo.

El-Massihí vertió un poco de té en un pocilio y lo tendió a su amigo.

—Si así fuera, sería el único pulso que ni siquiera tú, jeque el-raís, podrías tomar nunca.

Incorporándose sobre el codo, Ibn Sina señaló un punto perdido en el espacio.

—¿Reconoces esa estrella? Es al-Zuhara, Venus para los rumí, el señor dominante. Según Ptolomeo, ocupa en el sistema geocéntrico el tercer lugar partiendo del interior. ¿Lo sabías, Abú Sahlí?

—¿Realmente crees que soy ignaro hasta ese punto? Me pregunto si recuerdas todavía que soy un intelectual y un sabio. Que fui tu maestro en medicina y que, sin mí, estarías todavía

buscando el camino. Sí, gracias a Dios, tengo ciertas nociones de astronomía. Pero tus sistemas geocéntricos me fatigan y me dan vértigo. Para mí, pobre analfabeto, al-Zuhara es, ante todo, la divinidad del amor.

Alí bebió un trago de humeante té antes de responder con una punta de malicia:

—No dices nada nuevo, maestro el-Massihí; repites la interpretación de los egipcios y los griegos. Nada científico hay en todo ello.

—Evidentemente. Para ti todo debe ser «científico». ¡Incluso el amor! ¿Cuando acariciabas su cuerpo, evaluabas también los «sistemas geocéntricos» de la pobre Sindja? ¿Calculabas el diámetro y la circunferencia de su placer?

—El amor es, de todos los misterios del universo, el más complejo. El amor se acerca a lo divino. No te rías Abú Sahl.

—Hablas bien de ello. Pero siempre me interrogaré sobre tu capacidad para amar a las mujeres.

—Podría responderte que me guía un precepto del pueblo: «No pongas nunca tu confianza en estos tres seres: el rey, el caballo y la mujer; pues el rey se hastía, el caballo es fugaz y la mujer pérfida.» Y estoy seguro de que me creerías.

—¡Claro! ¿Por qué no iba a creerte cuando pienso en el modo como has abandonado a esa muchacha de las Indias? Creo que nueve años de vida compartida merecían mucho más que un simple poema; aunque su autor fuera el famoso Abú Alí Ibn Sina.

—Eres realmente un infiel, Abú Sahl. Tú eres quien nada sabe de las cosas del corazón. Amé a Sindja. La amo todavía.

—Y en ese caso, ¿por qué la has dejado en Gurgandj?

Estudió largo rato a su amigo, como si intentara insinuarle la respuesta y luego, con nervioso gesto, poniéndose en los hombros la manta de lana, se volvió de lado:

—Muy bien, hermano mío —masculló—, he aquí una pregunta que llenará tu noche.

El alba aparecía ya entre los montes de Jurasán mientras avanzaban hacia el sureste, donde se adivinaba la ondulante línea del *arrastrador de oro*, el río Zarafshan; más lejos, el encaje de las tornasoladas murallas, teñidas de pastel tostado, dominaba la cúpula de la ciudadela. A la derecha comenzaban a distinguirse los vestigios del antiguo muro, llamado de *la anciana*.

Bujará.

El corazón de Alí latió con fuerza en su pecho viendo el paisaje donde había crecido; una oleada de emoción hizo vacilar su memoria. Espoleó con seco golpe su montura y adelantó al guía que galopaba junto a el-Massihí.

Juntos dejaron atrás la pequeña aldea de Samtin, no lejos del nuevo oratorio erigido durante el reinado de Nuh, para acoger a los creyentes que no cabían ya en la antigua mezquita. Volviendo la espalda a la aldea, tomaron la dirección de una de las once puertas abiertas en la gran muralla, cruzándose en su camino con los primeros campesinos que bajaban hacia los campos entre las primeras brumas de calor.

Redujeron el paso al llegar a la puerta de las Ovejas. Se disponían a pasar bajo la bóveda, cuando algo llamó la atención de el-Massihí; dos pequeños carteles colocados en los ladrillos, a uno y otro lado de la puerta.

—¡Demos media vuelta, aprisa!

—¿Qué ocurre? ¡Pareces haber visto a un yinn!

—¡No me habría hecho más efecto!

—¿Pero qué sucede?

—Tu cabeza. ¡Han puesto precio a tu cabeza!

—¿Qué estás diciendo?

Acababan de entrar en la plaza de Rigistán, no lejos del gran bazar cubierto. Ante ellos, a pocos brazos de distancia, se divisaba un nuevo cartel sobre un muro de piedra.

—¡Mira! —exclamó el-Massihí—, ¡eres tú!

Incrédulo, Alí volvió grupas y se dirigió hacia el punto designado por el cristiano. A medida que iba descifrando el texto inscrito bajo el retrato, tuvo la impresión de que un viento glacial recorría sus miembros.

En nombre de Dios, el que hace misericordia, el Misericordioso. Por orden de Su Altísima Majestad, Mahmud, bien amado rey de Gazna y de Jurasán, toda persona que se cruce con este hombre, conocido con el nombre de Ibn Abd Allah ibn Alí ibn Sina, debe detenerlo o avisar a las autoridades militares de la ciudad. Una recompensa de 5.000 dirhams será

entregada al diligente ciudadano.

—Es increíble —se asombró, a su vez, el guía—. El retrato es muy parecido.

—Sólo conozco, en toda Persia, a un artista capaz de semejante obra —observó Alí—. Nuestro amigo el-Arrak.

—¿Qué importa el autor de la obra maestra, debemos salir inmediatamente de Bujará!

—¿Salir de Bujará? ¿Cuando estamos a un tiro de piedra de Mahmud y Setareh? Ni lo pienses.

—Sin embargo...

—¿Ni hablar!

—Pero jeque el-raís —imploró el guía—, sin duda tu casa es el primer lugar del país donde deben de esperarte.

—Tiene razón. ¡Sería un suicidio!

—En ese caso, aguardaremos la noche, pero ninguna fuerza del mundo me impedirá ver a mi madre y a mi hermano. Salgamos del recinto y esperemos fuera de la ciudad a que llegue la hora del poniente.

Alí se levantó sobre los estribos y regresó hacia la puerta de las Ovejas.

La casa seguía oliendo a almizcle y a pan caliente. Pese a los años transcurridos, Setareh no había cambiado mucho. Encontró de nuevo en su rostro la misma pureza, y en sus ojos de azabache, apenas subrayados por el khol, la misma sumisión de las mujeres de ese país a las cosas del destino. La alegría de su reencuentro fue parecida a todos los grandes gozos, hubo más lágrimas que risas. Mahmud le preocupó.

Su hermano menor había tenido siempre una frágil constitución. Mahmud carecía de toda la fuerza y agudeza que tenía Alí. Donde el uno exhibía todas las energías físicas e intelectuales, el otro era como una cindadela con las defensas minadas; parecía que, arbitrariamente, la naturaleza hubiera dado a Alí lo que hubiera arrebatado a Mahmud.

Intentó, pues, tranquilizarse diciéndose que su hermano seguía estando igual que cuando se habían separado.

Estaban sentados en el interior de la casa de adobe. Setareh había apagado todas las lámparas. La luna era redonda, estaba muy alta en el cielo, y por la ventana abierta al patio, su luz resbalaba por la penumbra, a lo largo de las siluetas sentadas sobre los talones.

—Sigues estando loco, hijo mío —murmuró Setareh con ternura—. No hubieras debido correr semejante riesgo. Hace tres días que gente extraña merodea alrededor de la casa.

—No temas nada, mamek. Nadie nos ha visto llegar. No nos verán salir.

Ella tendió la mano hacia la pequeña perla azul, colgada todavía al cuello de su hijo, y la hizo girar entre los dedos.

—Eso está bien. Has conservado el regalo de nuestra vecina. Pero tal vez no es lo bastante poderoso como para apartar la mirada de los envidiosos y los maledicentes.

—Tu hijo necesitaría una piedra del tamaño de un coco —suspiró el-Massihí.

—¿Recuerdas todavía al viejo el-Arudi? —preguntó Setareh.

—¿Cómo voy a olvidarle? ¡Tengo su vejiga grabada en mi memoria!

La mujer se echó a reír suavemente y, luego, sus rasgos recobraron la seriedad:

—Nos ha dejado. Apenas hace tres años.

—¿Y Warda? ¿Qué ha sido de ella?

—En cuanto su padre murió, se casó con un rico mercader de Nishapur. Ahora vive allí con su madre.

Alí creyó sentir en la comisura de sus labios un lejano sabor a melocotón y a almendras dulces.

—¿De modo que pensáis dirigiros a Gurgan? —preguntó Mahmud—. Está en la otra punta de Persia. Corréis el riesgo de encontrar algunas patrullas. Las riberas del mar de los Jazares están llenas de guarniciones fortificadas, de torres de señales.

—No te preocupes, seremos tan invisibles como el viento. Háblame de tu vida, Mahmud. ¿Dónde trabajas?

—En las plantaciones de Samtin. No está muy bien pagado, pero el trabajo no es demasiado duro.

—Setareh —dijo el-Massihí con cierta turbación—. Mi estómago gorgotea de impaciencia. ¿No tendrías un poco de pan para darnos y alguna de esas albondiguillas cuyo secreto posees?

—¡Reconozco ahí al bueno de Abú Sah! —rió Mahmud.

—No es un hombre, es un vientre —rió Alí.

Setareh se había marchado ya a la cocina.

Mahmud palmoteó divertido la panza del cristiano.

—¡Qué hermoso vientre!

Se disponía a retirar su mano cuando Alí la tomó bruscamente y, sin aparente razón, obligó al muchacho a levantarse y seguirle hasta el patio.

Bajo la luz de la luna, inspeccionó en silencio la muñeca de Mahmud, advirtiendo una profunda ulceración.

El-Massihí se les había reunido por invitación de Ibn Sina; examinó a su vez el brazo de Mahmud.

—¿Pero qué pasa? ¡Me estáis asustando los dos!

—¿Qué diagnóstico? —preguntó Alí mirando a Abú Sahl.

—Sin duda, el mismo que el tuyo. Pero no encuentro gran cosa. Necesito más luz.

—¡Estáis locos! —exclamó Mahmud—. ¡La luz podría llamar la atención de los soldados!

—Ve —ordenó pese a todo Ibn Sina.

Abú Sahl se lanzó al interior y reapareció, casi enseguida, llevando en la mano una lámpara que mantuvo sobre la muñeca del muchacho.

—Creo saber... ¿No has tenido, últimamente, náuseas acompañadas de fiebre? ¿Algunos escozores?

—Hum... Sí. Pero fue hace un mes, o más. Nada importante. Debí enfriarme.

Molesto, quiso liberar su brazo.

—Paciencia, hermano mío —murmuró Alí—. Paciencia.

Rozó la ulceración:

—¿No había una especie de ampolla similar a la que provoca una quemadura?

Mahmud frunció el entrecejo y dijo con voz casi tensa:

—Sí. Y se rompió sola. Como todas las demás.

—¿Las demás?

El muchacho se levantó la túnica hasta las rodillas y señaló dos puntos, uno a la altura de su tobillo derecho y el otro en la base de la tibia izquierda, profundamente ulcerados también.

Alí tomó la lámpara de manos de el-Massihí y se arrodilló.

—No hay duda posible —declaró tras un largo silencio.

—¿La filaria de Medina? —diagnosticó Abú Sahl.

—Indiscutiblemente.

—¿Qué estáis farfullando? —dijo Mahmud asustado—. ¿Qué es eso de la filaria de Medina?

—Nada grave —explicó Alí—. Digamos que tu cuerpo está ocupado por... huéspedes indeseables.

Se volvió hacia el-Massihí.

—Ya sabes lo que necesito. Ve a ver si Setareh pue de ayudarnos.

—¿Quieres explicarme lo que ocurre? —lanzó el muchacho liberándose con brusco movimiento—. ¿Qué vais a hacerme?

Alí le tranquilizó.

—Tranquilízate. Ya te he dicho que tu enfermedad es benigna.

—¡Pero yo no estoy enfermo!

—Sí, lo has estado y sigues estándolo.

El-Massihí regresó acompañado por Setareh.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer con rostro preocupado.

Tomando el brazo de Mahmud dijo febrilmente:

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Dónde te duele?

—No lo sé, mamek. Pregúntaselo.

Entre tanto, Alí había tomado un bastoncillo que el Massihí le había proporcionado. Rogó a su hermano que se tendiera en el suelo y éste lo hizo a regañadientes. Luego, pidió al cristiano que mantuviera la lámpara por encima de la muñeca y, con precaución, poniendo el bastoncillo plano sobre la herida, lo hizo rodar entre el pulgar y el índice. Al cabo de un instante, ante los horrorizados ojos de Setareh y Mahmud, apareció la punta de un filamento, que, en realidad, era el extremo de un gusano.

—¡Es horrible! —gimió Mahmud imitado por su madre—. ¿Qué es ese animal?

—Ya lo ves, un gusano.

—¿Pero de dónde sale? ¡Cómo se ha metido ése debajo de mi piel!

—Cómo se ha metido ésa —corrigió Alí—. Es un gusano hembra.

—¡Qué importa que sea macho o hembra! ¡Explícame de una vez! ¡Además parece enorme!

En efecto, el tamaño del gusano que Alí seguía enrollando en el bastoncillo tenía ya casi la longitud de un brazo.

—Probablemente es una consecuencia de tu trabajo en los campos. Si recuerdo bien, no lejos de Samtin están los canales que llevan el agua del Zarafshan.

Mahmud asintió.

—E imagino que, cuando tenéis mucha sed, bebéis aquel agua.

Mahmud asintió de nuevo.

—La causa es sencilla, pues. La filaria de Medina nace en el agua. Hay en algunos arroyos, riachuelos, ríos o, como en este caso, en los canales, pequeñas larvas, casi invisibles a simple vista; hablando con mayor precisión, «microfilarias», es decir gusanos minúsculos. Se alojan en lo que podríamos denominar «huéspedes intermediarios»; pequeños crustáceos; casi tan pequeños como el propio gusano. Si un hombre o un animal absorbe el agua, absorberá naturalmente los gusanos que contiene.

Setareh hizo una mueca asqueada al comprobar el tamaño del gusano que Alí había retirado. Lo acercó a la llama para mejor examinarlo y, luego, lo quemó.

—Lamentablemente, no sabemos gran cosa de lo que ocurre en el interior del cuerpo; pero tengo mis propias convicciones.

—Nunca hemos hablado de ello —dijo el-Massihi, sorprendido.

—Me conoces desde hace bastante tiempo para saber la importancia que doy a las pruebas científicas. Recuerda nuestra discusión de ayer por la noche.

Se detuvo un momento y a su interlocutor le pareció ver en su mirada un brillo apenas irónico.

—Sabes perfectamente que, para mí, incluso el amor es científico.

—Basta de retórica. Expón mejor tu teoría sobre el viaje del gusano una vez llega al interior del cuerpo humano.

—Ante todo, necesito dos bastoncillos más.

—A riesgo de decepcionarte —replicó el cristiano tendiéndole con aire enojado dos nuevos tallos—, ya había pensado en ello.

Alí se concentró entonces en el tobillo de su hermano y repitió la misma operación. Le llegó, por fin, el turno a la tibia. Cuando hubo terminado, examinó detalladamente los miembros inferiores y se incorporó por fin, satisfecho.

—Bueno, Mahmud. Ya ves que no te había mentado. No has sufrido.

—Es cierto. Pero han transcurrido nueve años. Había olvidado que eres el más grande de los médicos de Persia.

—¿Y tu teoría sobre la filaria de Medina? —reclamó el-Massihi.

—Mamek —murmuró Ibn Sina con voluntaria despreocupación—, deberíamos pensar en alimentar a nuestro amigo. Cuando tiene hambre se pone de muy mal humor.

—Todo está listo. Pero con esta historia... Venid. Apaguemos la lámpara y entremos. Será más discreto.

Apenas llegaron al interior, el-Massihi se arrojó literalmente sobre las hojas de parra y la leche con menta.

—Ahora —le dijo a Alí con la boca llena—, ante tales delicias, tu teoría no tiene ya ningún interés. ¡Puedes guardártela!

—En ese caso, ardo en deseos de confiártela —replicó doctamente Ibn Sina quitándose los botines.

Inspiró y se inclinó hacia delante.

—Decía, pues, que cuando se ha absorbido el agua contaminada, cargada con los minúsculos crustáceos, las larvas que contiene pasan necesariamente por el tubo digestivo, atravesando sus paredes. Sospecho que se desplazan luego hacia *la membrana tendida a su alrededor**. Por razones que ignoro, los machos desaparecen mientras las hembras se dirigen hacia los miembros inferiores, donde mueren provocando los síntomas que Mahmud ha tenido: escozores, fiebre, vómitos, así como esas ampollas que se forman a flor de piel y acaban por reventar algún día.

El-Massihi se encogió de hombros mojando en la leche un pedazo de pan.

—Es sólo una teoría... Por mi parte...

No tuvo tiempo de concluir su frase. Mahmud, que se había ausentado unos instantes, apareció de pronto en la estancia con una expresión asustada.

—¡Los soldados! ¡Están al final de la calleja!

* Ibn Sina designa con esas palabras el peritoneo. (N. del T.)

Alí y el-Massihí saltaron al mismo tiempo.

—Pero... cómo —balbuceó Setareh—. ¿Cómo lo han sabido?

—No lo sé, pero tenemos que huir —replicó Ibn Sina poniéndose a toda prisa los botines. Abú Sahl unió sus manos nerviosamente.

—Huir, claro. ¿Pero a dónde iremos?

—Nuestros caballos siguen en la puerta de las Ovejas. Tenemos que recuperarlos. Luego decidiremos.

Señaló hacia el patio.

—¡Por ahí, de prisa!

Su madre apenas tuvo tiempo de acariciarle la mejilla mientras Mahmud se lanzaba hacia la puerta de la casa.

—¿Adónde vas? —exclamó Alí.

—A correr, hermano, a correr en dirección opuesta. Tal vez pueda engañarles.

—¡No lo hagas!

Pero era ya demasiado tarde. Mahmud había salido y corría por la calleja.

—Adiós, mamek —murmuró Alí con un nudo en la garganta—. Que Alá te proteja y me perdone los tormentos que te causo.

Tomó la bolsa que colgaba de su cinturón y se la tendió.

—Toma, es todo lo que tengo. Pero te será útil.

Con los ojos llenos de lágrimas, la mujer retrocedió en un movimiento de rechazo, y dejó caer la bolsa que golpeó el suelo con un ruido sordo.

—¡Que Dios descuartice a ese cerdo! —maldijo Ibn Sina estrechando entre sus muslos los lomos de su montura.

—¿Conoces a muchos hombres que puedan resistirse a cinco mil dirhams? —observó el-Massihí, que se esforzaba en seguir el ritmo impuesto por su compañero—. Nuestro guía ha seguido la regla que afirma que la mayoría de los hombres puede comprarse.

Galopaban casi codo a codo, con Bujará a sus espaldas, corriendo en dirección oeste. Bajo la luz de la luna, los canales que flanqueaban hacían pensar en cintas de ópalo, y los juncos que se erguían en las riberas recordaban gigantescos cálamos.

Corrieron largo tiempo todavía, cruzando burgos y aldeas, pueblos con sombras de ladrillos, casitas de adobe, desmelenados palmerales diseminados entre fértiles tierras, hasta que sus monturas se agotaron. Sólo cuando hubieron cruzado el Amú-Daria, Ibn Sina decidió detenerse. Estaban entonces en los confines de la llanura a un farsaj del pueblo de Marw.

—¿Y ahora? —murmuró el-Massihí con el rostro empapado en sudor.

Señaló hacia el horizonte, que llameaba más allá de la cresta de los montes Binalund.

—El alba se levanta. Nuestros caballos están reventados no tenemos provisión alguna y nos separan más de cien farsajs de Gurgan y el mar de los Jazares...

—Marw está al final de la pista. Nos detendremos allí para descansar y aprovecharemos para cambiar los caballos por camellos. Serán más seguros y resistentes. También tendremos que encontrar un guía. El desierto empieza pronto y temo que no podamos encontrar solos el camino.

—¿Camellos? La única vez que monté en uno, vomité la primera papilla.

—Lamentablemente, no conozco otro animal capaz de recorrer más de cincuenta farsajs en una sola jornada, sin beber ni alimentarse. Para el viaje que nos espera, un caballo dependería del agua y el grano que deberíamos transportar para él. Sólo espero que te queden algunos dirhams, pues hoy el príncipe de los sabios es más pobre que el más pobre de los mendigos de Jurasán.

Con gesto tranquilizador, el-Massihí palmeó la bolsa que colgaba de su cintura.

—Un año de sueldo... Debiera bastarnos, de sobra, para llegar a la corte del cazador de codornices.

—En ese caso, vamos. Dirijámonos a Marw.

Añadiendo algunos dinares, cambiaron sus caballos por camellos. Compraron también odres, una tienda de pelo de cabra así como provisiones, mantos y velos para la cabeza. Alí creyó más prudente esperar en el oasis que se hallaba a una milla árabe de Marw, y fue el-Massihí quien se encargó de todas las compras. Tras haber descansado algunas horas y hecho una frugal comida, conducidos por Salam, su nuevo guía, un joven kurdo de unos veinte años, reemprendieron el camino cuando el sol comenzaba ya a caer tras los oscuros montes. La noche les sorprendió en los alrededores de la ciudad de Nishapur, donde durmieron hasta el alba.

Luego, partieron de nuevo hacia Sabzevar y Shahrud.

En adelante, el paisaje que corría con los bamboleantes pasos de los camellos sería más duro, más árido también. Matorrales de tamariscos y zarzas, trufas silvestres y diseminadas palmeras eran la única vegetación de aquel rincón de mundo. Estaban muy cerca de Dasht el-Kavir, el mayor desierto salado, infinita extensión, mar de arena que tenía más de cincuenta farsajs. Inmensidad de muerte que los viajeros siempre habían evitado, vinieran de Yibal o de Daylam, de Fars o de Kirman.

Pronto haría dos horas que habían salido cuando de pronto Salam, el joven guía, ordenó a los dos hombres que se detuvieran; se puso la mano en la frente para protegerse del sol y miró largo rato la línea del horizonte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alí, sorprendido.

—Mirad —dijo sencillamente el kurdo tendiendo el brazo hacia el sur.

Al principio, el-Massihi y su compañero no vieron nada especial. Sólo tras una observación más prolongada, descubrieron una nube de arena que parecía girar sobre sí misma.

—¿De qué se trata? —preguntó Abú Sahl.

—El soplo de los ciento veinte días —explicó el guía, preocupado—. Es un viento de arena que sólo sopla durante el verano. Puede alcanzar increíbles velocidades. Me contaron que, en la región de Sistan, puede desplazar las casas.

—¿Qué propones?

—Si no estuviéramos ya tan lejos de Nishapur, daría media vuelta de inmediato. Pero es imposible, nunca podríamos llegar a la ciudad. Sólo podemos acostar las bestias en la arena y convertir su cuerpo en un muralla.

Y añadió rápidamente.

—Oremos. La protección de Alá no estará de más.

La nube de arena se hacía más grande. Parecía un inmenso enjambre de moscas o de abejas. Un enjambre silencioso que llevaba consigo la muerte. Las primeras volutas ocres y grises llegaron hasta los tres hombres antes de lo previsto. Sólo el-Massihi no había conseguido todavía que su camello se acostara.

—¡Aprisa! —aulló el guía—. ¡Aprisa!

—Hago lo que puedo —maldijo el cristiano tirando desesperadamente de las riendas.

El joven kurdo corrió a ayudar a el-Massihi, que giraba en torno a su camello cuando llegaron las primeras oleadas de arena.

Fue enseguida como si una mano invisible hubiera entreabierto las puertas de la Gehenna. En pocos instantes los tres viajeros se vieron envueltos en un irresistible torbellino; con inaudita violencia, miríadas de granos cayeron sobre los hombres y las bestias; azotando, magullando las más secretas parcelas de sus pieles. Oleadas brincadoras, ráfagas desencadenadas, implacables, lo trastornaron todo a su paso.

Ibn Sina se había encogido, como un feto, contra la panza del camello, con la cabeza metida bajo la tela de su vestido, el cuerpo en plena apnea, ahogándose en un océano de arena y polvo.

El soplo de los ciento veinte días siguió trabajando durante mucho tiempo el vientre de la llanura. Cuando volvió la calma, habría podido creerse que todo el Dasht el-Kavir había caído sobre los tres hombres. Alí, inmóvil en el suelo, no se atrevía a moverse, temiendo que un gesto en exceso apresurado despertara de nuevo la cólera de la arena. Con infinita lentitud, movió las piernas, los dedos de la mano luego, se levantó al precio de mil y un esfuerzo para intentar desprenderse de la trampa arenosa, y consiguió por fin levantarse. Dejó vagar su mirada por los alrededores, buscando a sus compañeros. Al ver el vacío del paisaje, creyó por un instante que el cielo se los había tragado. Dio algunos pasos hacia el lugar donde había visto por última vez a el-Massihi y Salam. Algunas hinchazones deformaban la superficie de la tierra. Sólo un camello había conseguido liberarse y miraba a Alí con ojos glaucos.

Dominado por una sensación de terror, cayó de rodillas y comenzó a excavar la arena con las manos desnudas. Necesitó algún tiempo para poner al descubierto el cuerpo del guía y, luego, el de el-Massihi.

Salam había muerto; pero el corazón del cristiano seguía aún latiendo.

Le puso rápidamente de espaldas y comenzó a quitar la arena que tapaba sus fosas nasales y velaba sus párpados. Abú Sahl se movió suavemente. Su respiración era ronca, pesada. Cuando habló, su voz era la de otro.

—Alá te bendiga, jeque el-raís... Has conseguido en contrar a tu viejo maestro...

—No digas nada. Economiza tus fuerzas. Te daré de beber.

Alí esbozó un movimiento para levantarse, pero los dedos de su amigo le mantuvieron prisionero. Hizo una mueca, se asfixiaba con los rasgos deformados por el sufrimiento.

—No, hermano. No te alejes. Es demasiado tarde.

—¡Siempre serás un incompetente, viejo Abú Sahl! Bastará con refrescarte el rostro y te sentirás como un pez nadando por el mar del Fars. Vamos, deja que te alivie.

Quiso levantarse de nuevo, pero algo en la mirada de su amigo se lo impidió. Leyó en ella una inmensa tristeza.

—Ha llegado la hora de desmontar mi tienda —susurró con voz rota.

—A Dios no le gustan los infieles de tu clase —dijo Alí esforzándose por dominar la angustia que sentía—. ¿Para qué va a querer un incrédulo más?

—Un incrédulo más en el Paraíso será muy útil para un descreído como tú, jeque el-rais...

Tras un hipo, halló fuerzas para proseguir:

—¡Que Alá te proteja, Alí Ibn Sina!... Los poderosos son ingratos y el mundo es duro... Tengo el alma al borde de los labios... Te echaré en falta...

Alí creyó que el cielo se derrumbaba a su alrededor, como las murallas de una ciudad inútil.

—¡No! —aulló con todas sus fuerzas—. ¡No! ¡Él no!

Y se arrojó sobre el pecho de su amigo, tomó los faldones de su vestido y lo levantó a medias, estrechándolo contra su tórax.

—Abú Sahl... —balbuceó sollozando—. Viejo incrédulo, vuelve, vuelve...

Permaneció pegado al cuerpo de el-Massihí; incapaz de moverse, incapaz de pensar, vaciándose de todas sus lágrimas y su desesperación.

Cuando se decidió por fin a levantarse, el sol estaba en mitad de su carrera y abrazaba el desolado paisaje.

Como un borracho titubeante, levantó su puño al cielo.

—De lo más profundo del polvo negro hasta lo más alto del cielo de al-Zuhara he resuelto los más arduos problemas del universo. Me he liberado de todas las cadenas de la ciencia y de la astuta lógica. He desatado todos los nudos, todos salvo el de la Muerte... ¿Por qué? ¿Por qué, Alá?

Acechó el deslumbrador azur que parecía un bol boca abajo, sobre el desierto; pero sólo escuchó el sordo rumor procedente del viento llegado del Dasht el-Kavir...



DÉCIMA MAQAMA

Medio tendido sobre el único camello que había sobrevivido, ni siquiera intentaba ya proteger su rostro de los ardientes rayos del sol.

Fiándose de las estrellas, se había puesto en marcha hacia lo que le había parecido el noroeste, hacia el mar de los Jazares, hacia Gurgan, el-Biruni y el cazador de codornices.

¿Cómo podía dudar todavía, ahora, al alba del sexto día? Sin duda se había equivocado; había cruzado los límites prohibidos del gran desierto salado de Dasht el-Kavir. Aquel lugar maldito donde la leyenda sitúa Sodoma y Gomorra.

Bajo los pasos obsesivos del animal, el suelo se resquebrajaba como restos de hojas muertas. La tierra, hasta perderse de vista, era de un marrón dorado, de un gris sucio y de un blanco amarillento. Un océano mineral fragmentado, estallado al pie de las escasas prominencias.

Alí se incorporó con los ojos enrojecidos. No habría podido decir si la causa era su tristeza o las mordeduras del sol. Sus labios parecían las grietas del suelo. Bajo su barba, blanqueada por la sal, su piel estaba más arrugada que un higo seco.

Tomó el odre que pendía contra los lomos del animal y, medio inconsciente, bebió las últimas gotas. Era el odre del infeliz Salam. Pasada la tempestad, había podido recuperar las provisiones que quedaban sobre el cadáver de su camello. El otro animal, el de el-Massih, había desaparecido en la llanura y nunca lo había encontrado. Sin duda estaba todavía vivo, seis días más tarde, gracias a aquellas reservas suplementarias.

¿Pero cuánto tiempo le quedaba? El odre de Salam estaba vacío. Lo retorció con rabia entre sus manos y lo arrojó al suelo. No le quedaba para apagar su sed más que los orines de su camello.

Dentro de una hora sería de noche. Y sus sufrimientos se harían mayores. Había aguardado, con todas sus fuerzas, el primer ocaso, esperando hallar cierto respiro con la caída de la noche. Pero el frío nocturno era más terrible aún que el horno que abrasaba el día*.

Poco después de la puesta de sol, todo su cuerpo caía prisionero de una envoltura de hielo. El pobre fuego que había conseguido encender, con la bosta del camello, en los dos primeros días, no había podido calentar sus helados miembros.

Y además, estaban esas visiones que atormentaban su fatigado espíritu.

Visiones incoherentes y macabras, pobladas de ángeles justicieros y yinns de monstruosos rostros.

Alí Ibn Sina, ¿es tu propia vida o la visión de tu inevitable muerte lo que se parece a la angustia de ese paisaje?

¿A dónde voy? ¿A dónde voy, padre?

Y tú, Sindja, sueño de aceitosa tez, ¿conoces la respuesta?

Abú Sahl, hermano desaparecido, tú que conoces ya el incommunicable misterio, respóndeme. ¿Me ha condenado mi envidiada infancia, la vanidad de mi saber demasiado precoz o la arrogancia de mi juventud?

¿Me castigan por ver? ¿O Alá castigaría también a los ciegos?

Amado ayer, acariciado por dedos de ámbar. Maltratado hoy por el cielo y la tierra: ¿Por qué la felicidad está tan cerca de la desgracia...?

Aquella noche se pareció a las otras seis. Había encontrado, una vez más, fuerzas para estudiar el curso de las estrellas, el silencio de al-Zuhara, el astro que indicaba el norte y señalaba la salida del infierno.

El alba de aquel séptimo día le vio avanzando sin cesar por el Dasht el-Kavir; empeñado en mantener el rumbo y resistiendo los deseos de dejarse caer e implorar la muerte. Sólo aquel día comprendió que morir podía resultar una liberación, cuando la agonía del hombre se hace inhumana.

* En la región de Dasht el-Kavir, las temperaturas oscilan todo el año entre - 30 grados centígrados y + 50. (N. del T.)

De pronto, cuando el crepúsculo comenzaba a teñir de malva la tierra, algo nuevo apareció a pocas millas de él. Intentó abrir un poco más sus abrasados párpados para confirmar la realidad de su visión.

Allí, en la lejanía... Casi en el horizonte, la sombra de una ciudad. ¿Era posible?
¿O eran tal vez las murallas de Sodoma?

¡Huye, por tu vida! No mires a tus espaldas y no te detengas en lugar alguno de la llanura, huye a la montaña para no ser destruido.

¿Pero de dónde venía esa voz que gritaba ahora en su cabeza?

¿Se había convertido en Lot? ¿Ya no era Alí Ibn Sina? En ese caso, sólo podía ser Sodoma surgiendo de las tinieblas. E iba a morir, condenado a la hoguera, como los injustos que se habían levantado contra la faz de Yahvé.

Pero la mujer de Lot miró hacia atrás y se convirtió en estatua de sal.

Presa de indecible terror, Alí se cubrió gimiendo la faz.

—¡Te lo ruego, Señor! Tu servidor halló gracia a tus ojos y has mostrado gran misericordia manteniéndome con vida. Pero no puedo huir a la montaña sin que la desgracia me alcance, y muera.

Levantó hacia el crudo cielo un rostro implorante.

—Señor, ahí está la ciudad, lo bastante cerca como para huir hacia ella, y es muy poca cosa. ¡Permíteme que me refugie en ella y viva!

La voz resonó de nuevo en su cabeza; una voz terrible, fría como la muerte.

Te concedo la gracia de no derribar la ciudad de la que hablas. ¡Pronto! Huye hacia ella, pues nada puedo hacer antes de que hayas llegado.

Con desesperado gesto, Alí comenzó a azotar, cada vez con más fuerza, el cuello de su camello; y el animal corrió con las fuerzas que le quedaban.

Luego pareció que un velo negro caía sobre el desierto.

—¡Eh! ¡Venid, está despertando!

Alí abrió de par en par sus ojos, pero sólo vio sombras inclinadas, imprecisas a contraluz.

¿Eran yinns o ángeles? No, le rodeaban seres de carne y hueso. ¿Pero dónde estaba? ¿En qué rincón del universo? Intentó incorporarse. Una mano le derribó sin miramientos.

—¡Oh! ¡No tan prisa, hijo de Sina! No tan deprisa. Tenemos tiempo todavía.

¿Hijo de Sina? Sabían pues su nombre.

Quiso sentarse de nuevo, pero esta vez el hombre le abofeteó con el dorso de la mano; cayó hacia atrás ahogando un grito de dolor.

—¡Está muy animado para ser un moribundo!

Por mucho que Alí abriera los ojos, seguía sin distinguir claramente a quienes se complacían torturándole así. Un estremecimiento de angustia recorrió su cuerpo y se preguntó si recuperaría alguna vez la agudeza de su visión.

—Cinco mil dirhams es mucho por un despojo —dijo una voz—. Mucho más puesto que no le servirá de mucho.

—¡No importa! ¡En cambio, yo sé muy bien de qué nos servirá la recompensa!

De modo..., pensó Alí. De modo que le habían reconocido. Incluso aquí, incluso a centenares de farsajs de Bujará. Mahmud el Gaznawí, el antiguo hijo de esclava, se había adueñado de la tierra.

—¿Podéis decirme, al menos, dónde estamos?

—En el khan Abú el-Fil. A unos diez farsajs de Gurgan.

El corazón de Alí dio un salto. La sombra almenada que había divisado no era Sodoma, ni tampoco Gomorra. ¡Había llegado a la región de Daylam! El país de los lobos. El mar de los Jazares. Paradójicamente, intentó convencerse de que no debía temer nada: el-Biruni defendería su causa ante el emir de Gurgan. Limpiarían sus llagas; tiernos dedos untarían su cuerpo de aromas y perfumes raros, ¡viviría de nuevo!

Con voz que la esperanza hacía más firme, preguntó:

—¿A qué esperamos, por qué no me lleváis a Gurgan?

—¡Estamos esperando las perlas del harén! —rió el hombre, imitado por sus amigos—. Te reservaremos la más hermosa de todas ellas.

Ibn Sina hizo un nuevo esfuerzo para identificar a aquellos personajes. Lamentablemente, sus ojos permanecían velados y oscuro el paisaje.

—¿Podéis darme algunos dátiles?

—¿Dátiles? ¡Y también un cordero relleno! ¡Te has bebido casi todas nuestras reservas de té! Comienzas a resultarnos muy caro. Y los pocos dinares que te quedaban no nos lo compensarán.

Maquinalmente, Alí se palpó el cinturón y advirtió que la bolsa de el-Massihi había desaparecido.

—Os lo ruego —dijo con cansancio—. Hace más de tres días que no como nada. Los cinco mil dirhams de mi captura serán más que suficientes.

—De acuerdo —aceptó alguien de mala gana—. Démosle sus dátiles. Aunque sólo sea para que se mantenga vivo hasta que lleguen los soldados.

—Hay que reconocer que se los ha merecido. Pocos son los que sobreviven al Dasht el-Kavir —observó otro.

El primer hombre se disponía a replicar cuando, de pronto, del exterior, llegaron los ecos de una cabalgada.

—Bueno... ¡Aquí está!

Inclinándose hacia Ibn Sina, añadió con voz maligna:

—Demasiado tarde para los dátiles, hermano.

Dejó de escucharse el ruido de caballos.

Alí creyó advertir una súbita efervescencia, rumores de pasos.

Algo más tarde, con rumor de uniformes y vainas, alguien entró en la estancia. ¿Cuántos eran? Por el estruendo que acompañaba su llegada, unos diez sin duda.

—¡Aquí está!

—¿Eres tú Ibn Abd Allah ibn Sina? —ladró una nueva voz.

Alí asintió con la cabeza y se apresuró a añadir:

—Soy amigo de Ahmad el-Biruni. Amigo del emir Kabus. Yo...

No tuvo tiempo de terminar sus explicaciones. Los hombres habían soltado una inmensa carcajada.

—¿El emir Kabus? ¿Le habéis oído? ¡Apela a Kabus!

Alí quiso continuar, pero le interrumpieron de nuevo.

—¿Ignoras pues la noticia? ¿Tanto tiempo has permanecido en el Dasht el-Kavir que ignoras los acontecimientos de Gurgan? El emir Kabus no existe. El cazador de codornices ha muerto.

—Muerto... —balbuceó Ibn Sina—. ¿Pero cómo? ¿Cuándo?

—Perdió la última batalla de las que le oponían, desde siempre, a sus enemigos hereditarios, los buyíes, y su jefe Fajr el-Dawla. Tras haberlo hecho prisionero, lo encadenaron a las puertas de la ciudad y lo dejaron morir de hambre y sed, como un perro. Si hubieras llegado dos días antes habrías podido ver sus descarnados despojos, roídos por las aves de presa. Se te parecía un poco.

Trastornado, Alí no conseguía ya encontrar las palabras. La sangre palpitaba en sus sienes y sintió que sus últimas fuerzas le abandonaban. La rueda de su destino acababa de detenerse en la desgracia.

Halló, sin embargo, aliento para balbucear:

—¿Y el-Biruni... Ahmad el-Biruni... Qué ha sido de él?

—¡No conocemos a tu el-Biruni! De todos modos, si era amigo del cazador de codornices, debió de sufrir su misma suerte. No cabe duda.

—¡Vamos! —ordenó uno de los soldados—. Basta ya de chachara. Tenemos que llegar a Gurgan antes de que caiga la noche.

Alí sintió que lo levantaban bruscamente del suelo. No se resistió cuando lo arrastraron fuera, donde el fresco viento del mar azotó su rostro.

—¿A dónde me lleváis?

—A la prisión de la ciudadela, a la espera de ser entregado a los enviados del Gaznawí. Creo que el rey de Gazna está impaciente por ofrecerte su hospitalidad.

Debió de perder otra vez el sentido. O quizá no había dejado de morir y volver a nacer. Tal vez así era la muerte: una sucesión de noches y días, más allá del espacio y el tiempo.

La celda donde le habían encerrado era fría y húmeda. De no ser por los altos barrotes que cerraban la ventana, por la que se deslizaba la pálida luz de las estrellas, habría podido creer que le habían enterrado vivo.

La parcial pérdida de la visión le inquietaba sobremanera. La experiencia le había enseñado que un hilo invisible unía las potencias del cuerpo a las del espíritu. Casi como un puente que cruzara un río. Si algún trastorno se producía en una de ambas riberas, la otra resultaba igualmente afectada.

Lanzó una asqueada mirada al alimento que le habían servido. El mismo desde hacía tres días. Un bol de leche cuajada y un plato de trigo cocido con grasa de dudoso aspecto.

¿Dónde estaban el cordero relleno de Setareh, los frutos secos que olían a almizcle y jazmín, las golosinas cubiertas de miel y los dorados melones de Ferghana...?

¿Tan cerca está la felicidad de la desgracia?

Hundiendo sus dedos en el trigo cocido se llevó con asco el alimento a los labios. Tenía hambre, sin embargo. El, el jeque el-raís, el príncipe de los sabios, sabía que para recobrar la lucidez de sus pensamientos, su cuerpo debía recuperar el equilibrio. Pero, algo se había roto en su interior y le decía que, en adelante, sucediera lo que sucediese, su visión de la existencia ya nunca sería la misma.

Los poderosos son ingratos y el mundo es duro...

Sí, buen el-Massihi. Hermano mío, mi ternura. Qué preñadas de verdad están las últimas palabras que pronunciaste.

Tomó el bol entre sus manos arrugadas y bebió las últimas gotas de cuajada, luego, con las yemas unidas del índice y el mayor, rebañó las paredes interiores y el fondo del bol, y pasó delicadamente sus dedos húmedos por sus párpados lastimados.

Casi inconscientemente, su puño se cerró sobre la piedra azul de Salwa, que seguía llevando a la garganta.

Si quería permanecer vivo, su memoria debía seguir despierta. Entonces, con una especie de rabia y como si fuera un niño balbuceando un poema, se obligó a recitar los noventa y nueve nombres y atributos de Dios que enseña la tradición musulmana; el centésimo se reserva para la vida futura.

—El Invencible. El Altísimo. El Grandísimo. La Verdad evidente. El Señor de los mundos. Lo Real. El Sabio. El Misericordioso...

El Misericordioso...

Cada nombre recuperado se convertía en una victoria obtenida sobre la deriva de su espíritu enfermo.

Cuando hubo terminado, susurró aliviado:

—El error ha desaparecido. El error debe desaparecer.

—¡Levántate! El comandante de la ciudadela quiere verte.

Dos hombres con uniforme negro acababan de irrumpir en su celda, sacándole de su sopor.

¿Qué día era? ¿Qué mes y de qué año?

Hizo un esfuerzo para mantenerse en pie y, vacilante, siguió a los soldados por el sombrío dédalo de la ciudadela.

Lejos, en alguna parte, una voz llorosa recitaba el Corán. En su angustia, Alí no pudo impedirle apreciar el talento de aquel desconocido. Pues todo creyente sabe que no basta conocer de memoria los versículos del Libro, también es preciso decirlos de acuerdo con reglas muy precisas. El arte de la recitación consiste en salmodiar las palabras respetando el tono, las pausas, el ritmo, los sutiles matices melódicos, sin esfuerzo ni exageración.

Cautivado por el muecín, Alí apenas advirtió que acababan de llegar al umbral de una pequeña habitación abovedada, iluminada por tres lámparas de cobre cincelado. Por todo mobiliario había, sólo, una estera de junco, una mesita redonda de madera rústica y un taburete.

Una forma estaba tendida en la estera y, junto a ella con la espalda vuelta hacia la puerta, había alguien arrodillado.

—Comandante, aquí está el prisionero —anunció uno de los soldados que acompañaban a Alí.

El hombre se incorporó lentamente y se volvió hacia los recién llegados. Era de imponente estatura y de edad avanzada.

—Está bien —ordenó con voz grave—, dejadnos solos.

Acercándose a Ibn Sina, le observó atentamente antes de continuar:

—Tienes muy mal aspecto.

Alí se limitó a inclinar la cabeza.
—¿Quieres beber un poco de té?
—Vino, si lo tiene.
El comandante pareció escandalizado.
—¿Vino? ¿Ignoras acaso que nuestra fe nos lo prohíbe?
—En ciertos casos, el alcohol puede ser un remedio eficaz.
—Si tú lo dices...

Dio una palmada gritando un nombre. Un soldado entreabrió la puerta casi de inmediato y recibió sus órdenes.
—¿Deseas algo más?
—Lamentablemente, mis deseos son en exceso numerosos para que puedas satisfacerlos todos. Sin embargo, me gustaría también un poco de leche de burra.
El sepeh-dar se asombró por segunda vez.
—Para mis párpados y mi rostro —explicó alí pasando su índice por las curtidas mejillas.
—Ya veo.
Volviéndose hacia el soldado, dijo:
—Ya has oído. Haz lo necesario.
Sin darse la vuelta, el hijo de Sina señaló la silueta acostada.
—¿Está enfermo?
—Eres médico, tú debes saberlo.
—¿Quién es?
—Mi hijo. El único.
Y añadió muy aprisa, con cierto pudor:
—Me gustaría que le examinaras.
Alí abrió los brazos con expresión abrumada.
—¿En mi estado? Acabo de salir del Horno, ¿lo sabías?
El sepeh-dar asintió.
—Apenas veo. Mis piernas casi no me aguantan ya. Tengo la cabeza llena de noche.
En la lejanía, la admirable voz del recitador seguía implorando al Invencible.
—Te consideran *teguin* —dijo el hombre—. Valiente, valeroso. Si lo quieres, puedes curar a mi hijo.
—Sepeh-dar, me sobreestimas. Si tuviera tantas calidades y poderes, ¿por qué iba a permanecer en esta ciudadela?
—Se trata de algo muy distinto. ¿No lo crees así?
Alí meditó unos momentos antes de decir:
—En la corte del cazador de codornices había un hombre. Un muy querido amigo.
—¿Su nombre?
—El-Biruni. Ahmad el-Biruni.
El comandante respondió sin vacilar:
—Sé perfectamente de quién hablas: un espíritu brillante.
—¿Le conoces, pues! —exclamó Alí—. Los soldados me hicieron creer que había sufrido la misma suerte que el emir Kabus.
—Falso. Unos días antes de los acontecimientos que provocaron la muerte del príncipe, había abandonado ya el palacio.
—¿Estás seguro?
—Absolutamente. Los hombres de mi guarnición, por orden del propio emir, le acompañaron hasta las fronteras de Daylam.
—¡Que Alá sea loado! —dijo Alí liberado, de pronto, de un peso inmenso. Prosiguió enseguida—: ¿Y sabes dónde ha podido ir?
—Creí entender que pensaba dirigirse al Turkestán, a Gurgandj, para ponerse al servicio de Ibn Ma'mun.
Una melancólica sonrisa iluminó el rostro del hijo de Sina.
—Yo iba a su encuentro mientras él venía hacia mí... Decididamente, el destino de los hombres es imprevisible.
Un ronco acceso de tos interrumpió su discusión.
El comandante acudió a la cabecera del enfermo.
—¡Se ahoga!
—Apártate. Voy a examinarle, pero antes dime lo que realmente ocurrió.
—Hace una semana, diez días tal vez, comenzó a quejarse de dolores en la garganta. Su voz enronqueció y la fiebre comenzó a invadir sus miembros. Luego tuvo accesos de tos y, de

vez en cuando, sufría espasmos, parecía que se ahogara. Desde hace dos días, la sensación de asfixia ha aumentado. Esta mañana ha despertado sin voz.

Mientras el hombre hablaba, Ibn Sina palpaba con atención el latido de la sangre en la arteria del enfermo. Comprobó que era rápido como una gacela.

—Tráeme una lámpara. Tengo que examinar su garganta.

El comandante obedeció.

—Manténla sobre el rostro.

Ahora podía observar mejor los rasgos del paciente. Se trataba de un muchacho de unos veinte años, como máximo. Su rostro era de belleza casi femenina. Tenía la tez mate y cabellos castaños como la mayoría de jóvenes del país pero, cosa mucho más rara, sus ojos eran de un verde jade.

—¿Cómo se llama? —dijo Alí.

—Abú Obeid.

—Abú Obeid, ¿puedes abrir la boca?

El muchacho intentó articular un sí, pero sólo emitió un sonido confuso, incoherente. Sin embargo, hizo lo que Alí le pedía.

—Acerca la lámpara —pidió Ibn Sina a su padre.

Con la ayuda del índice, Alí comprimió la lengua para dejar al descubierto el orificio de la laringe y pudo verificar, así, que el fondo de la garganta y sus paredes estaban por completo cubiertos de membranas blancuzcas. Parecía que una araña hubiera tejido su tela en el cuerpo del enfermo, y que sólo se distinguiera la parte visible.

De pronto, el muchacho sufrió una convulsión. Su respiración se hizo más difícil, más jadeante todavía, tanto al inspirar como al expirar. Mientras, insensiblemente, sus mejillas, sus labios y su frente tomaban un color azulado.

—¡Tu puñal, a prisa! —gritó Ibn Sina.

Su interlocutor le miró con espanto.

—¡El puñal, he dicho!

El comandante sacó el arma de la vaina.

—¿Qué... qué vas a hacerle?

Ignorando la pregunta, Alí calentó la hoja en la llama. Con la mano izquierda echó hacia atrás la barbilla del muchacho, mientras, con la otra, puso la afilada hoja en la base del cuello, en un punto delimitado por dos cartílagos. Con seco gesto, ante la aterrorizada mirada de su padre, perforó la piel, creando así una abertura de una falange de longitud, aproximadamente.

Se escuchó un curioso silbido, provocado por el aire que penetraba por el orificio.

Entre tanto, el soldado había regresado a la alcoba con la jarra de vino y el bol de leche de burra solicitados.

—Ahora —dijo Alí devolviendo el puñal al comandante—, necesito semillas de adormidera picadas, miel, beleño y, sobre todo, un tubo o algo parecido: un pequeño tallo de bambú serviría.

—El tallo de bambú es más fácil de encontrar; las orillas del río Andarhaz, que atraviesa la ciudad, están llenas.

—Corre prisa, la herida no tiene que cerrarse.

El sepeh-dar se volvió hacia el soldado, que no se había movido. Le liberó de los objetos que llevaba y ordenó:

—¡Date prisa! Si es necesario, envía un destacamento al río.

Tendido en su estera, el enfermo recuperaba lentamente sus colores. La respiración se había vuelto normal y en sus pupilas brillaba de nuevo la vida. Intentó articular pero no consiguió emitir ningún sonido.

Alí, con los labios secos, se apoyó en la pared secándose, con la manga, con la mugrienta manga, el sudor que le cubría la frente.

—Sepeh-dar... la jarra.

El comandante comprendió y se apresuró a servirle.

—Perdóname —dijo solícito—, el miedo a perder a mi hijo me ha hecho olvidar tu estado.

Añadió a media voz:

—¿Está fuera de peligro?

Mientras bebía un gran trago, Alí asintió con un gesto.

—¿Es posible agujerear la garganta de un hombre sin correr el riesgo de matarle o ver cómo pierde toda su sangre? Tal vez seas un mago...

Alí murmuró con triste sonrisa:

—No, no soy un mago. Pero lamento no haberlo sido durante estas últimas semanas de mi vida.

Prosiguió:

—La garganta de tu hijo estaba infectada. La infección dio origen a ciertas excrecencias que, día tras día, iban tapando la laringe y le llevaban a la asfixia*. En ese caso, la única solución es perforar la base de la laringe para permitir al enfermo respirar libremente**. Sin embargo, la intervención tiene un inconveniente: mientras el orificio permanezca abierto, tu hijo se verá privado de la palabra.

—Pero el agujero... ¿Y la hemorragia...?

—Como has podido observar ha sangrado, pero no ha habido hemorragia. La experiencia me ha enseñado que en el cuerpo humano existen varios puntos como éste. No están regados por las venas mayores sino por minúsculos vasos cuya destrucción no tiene consecuencias graves.

El muchacho y su padre bebían con admiración las palabras del médico. La voz del mucicín había callado y el sol comenzaba a levantarse sobre la ciudadela de Gurgan.

Alí mojó dos dedos en el bol de leche y los paseó por sus párpados, por las quemaduras de su rostro. Entonces la puerta se entreabrió y aparecieron dos soldados. El primero llevaba dos largos tallos de bambú y un bol de miel, el otro una copa llena de semillas de adormidera picadas. Lo depositaron todo en la mesa y se retiraron.

—¿Y ahora? —preguntó el comandante.

—Necesitaré de nuevo tu puñal.

Alí cortó el bambú quedándose con un pedazo de dos falanges de longitud, uno de cuyos extremos ennegreció con la llama de la lámpara más próxima; luego, volvió a arrodillarse junto al joven.

—No temas, no vas a sufrir. Sólo introduciré el tubo en la abertura que he practicado, para impedir que las carnes cicatricen, pues, si así ocurriera, la herida se cerraría y el aire no podría pasar. La asfixia te dominaría de nuevo.

Abú Obeid aprobó con un parpadeo.

—Tienes toda su confianza —observó el sepeh-dar— Le has salvado la vida. No vas a arrebatársela ahora.

Delicadamente, tras haber separado los dos bordes de la incisión, el hijo de Sina introdujo el tubo de bambú en el orificio practicado en la base del cuello. Lo hizo penetrar un poco, aproximadamente la longitud de una uña comprobó que estuviera bien sujeto y se incorporó satisfecho.

—Ya está. Hemos terminado. Sin embargo, tienes que armarte de paciencia y permanecer tendido de espaldas durante dos o tres días. Cuando se haya restablecido el equilibrio, retiraré el tubo y cerraré la abertura con algunos puntos de sutura. Recuperarás entonces el uso de la palabra.

Con la mirada llena de admiración, Abú Obeid asintió.

—Ahora tendré que preparar un remedio muy distinto —anadió Alí dirigiéndose hacia la mesa.

Ante la curiosa mirada de ambos hombres, se dedicó a los ingredientes que le habían llevado, mezclando astutamente miel, beleño y adormidera, hasta obtener una pasta consistente.

Luego, como el alfarero trabaja la arcilla, elaboró seis conos de tamaño más o menos idéntico y los alineó al borde de la mesa.

—La pasta se endurecerá dentro de poco. Entonces —añadió dirigiéndose al padre del muchacho—, tendrás que administrarle uno de esos conos por vía rectal. Tanto al amanecer como al ocaso, durante tres días. —Volviéndose a Abú Obeid, precisó—: Y tú procurarás que el tallo de bambú permanezca en su lugar. De lo contrario, podrías tener otra vez dificultades respiratorias. ¿Me habéis comprendido bien?

El sepeh-dar se irguió, dio unos pasos y examinó a Alí con emoción.

—Alá te bendiga. Que te devuelva centuplicados tus favores.

* Ibn Sina se enfrentó aquel día a lo que, después, se ha llamado una angina diftérica. (*N. del T.*)

** Ibn Sina puede ser considerado como el inventor de la traqueotomía, o intubación de la laringe, cuyo manual operatorio sería precisado por el célebre cirujano árabe Abú el-Kasis de Córdoba. Esta probabilidad es puesta de relieve por las citas extraídas de las traducciones latinas y del texto original de sus obras. Será necesario aguardar hasta el Renacimiento para hallar noticia de una intervención semejante, llevada a cabo por el célebre médico italiano Antonio Musa Brasavola (1490-1554). (*N. del T.*)

—Alá es diligente en su juicio —dijo Alí llevándose la jarra a los labios.
Fuera nació el rumor de la ciudad que despertaba y el grito de los primeros bateleros que trabajaban a orillas del río.

—Jeque el-raís —comenzó el comandante con voz pausada—, no sé por qué quiere el Gaznawí tu cabeza. Pero mi hijo y yo somos originarios de Balj y...

—Es curioso —interrumpió Alí sin volverse—, también mi padre era de Balj.

—Debes de saber entonces —prosiguió el sepeh-dar calurosamente—, que los hijos de Balj son auténticos creyentes y que preferirían morir antes que traicionar las Escrituras. ¿Lo sabías?

—¿Cómo puedo ignorarlo?

—En ese caso, sabes también lo que se ha dicho: «Al que devuelva la vida a un hombre, se le tendrá en cuenta como si hubiera devuelto la vida a toda la humanidad.» Así, considérate libre desde ahora mismo. Puedes salir de la ciudadela e ir a donde te parezca.

Alí miró con ojos brillantes a su interlocutor.

—Eres bueno... Eres tú quien merece el nombre de *teguin*.

Estuvo a punto de añadir: «¿Pero a dónde puedo ir...?»

—¿Qué les dirás a la gente del Gaznawí cuando lleguen para llevarme a Ghazna?

El sepeh-dar hizo una mueca asqueada y escupió en el suelo.

—¿Te satisface mi respuesta?

—Satisface plenamente al hijo de Sina, pero dudo que ocurra lo mismo con el hijo de Subuktegin.

—Ya me las arreglaré... Tal vez nunca lleguen. Tal vez nunca sepan que has sido encontrado.

El comandante había pronunciado estas palabras en tono enigmático.

—¿Qué quieres decir?

—Déjame hacer. Y respóndeme: ¿cuándo quieres partir?

Alí se pasó lentamente la mano por la barba y repuso con triste sonrisa:

—Conoces, como yo, el proverbio: «Camina con sandalias hasta que Dios te procure zapatos.» Lamentablemente, mírame, ni siquiera tengo sandalias; los caminos de Daylam tienen fama de difíciles y tal vez Alá tenga otras prioridades.

—Comprendo. ¿Qué más puedo hacer? Pide. Todo te será concedido.

—Plantas ante todo, plantas para curarme y curar a los demás, pues mi profesión es mi único deber y mi único recurso; dos noches de sueño en una estera limpia; una auténtica comida y... —hizo una pausa antes de concluir—, sandalias...

El comandante posó una amistosa mano en su hombro.

—Así será. Desde ahora compartirás la alcoba de mi hijo y partirás cuando consideres que has recuperado las fuerzas. Ahora tengo que dejaros, los deberes de mi cargo...

—Ni siquiera sé tu nombre...

—Osmán.

—¿Y tu hijo? Abú Obeid, ¿no es verdad?

—Eso es. Se llama Abú Obeid el-Jozjani.



UNDÉCIMA MAQAMA

«En aquella ciudadela de Gurgan y de ese modo fue, por lo tanto, como yo, Abú Obeid el-Jozjani, hijo de Balj, que entonces tenía veinte años, conocí al hombre que iba a convertirse en mi maestro, mi amigo: el jeque el-raís, Alí ibn Sina. El me dictó todo lo anterior; de lo que sigue fui testigo ocular. Pues desde el día en que me salvó la vida, me convertí en su sombra y él se convirtió en mi mirada. Con sus ojos observé el mundo de los hombres, con su pensamiento medité la filosofía.

»¿Fue alguna vez consciente de mi ternura? ¿Se preguntó alguna vez por el ardor de mi devoción? Nunca lo supe. No importa la respuesta. A lo largo de aquellos veinticinco años fui aquel manantial de las altas montañas, el abí Tabaristán, que, según la leyenda, deja de correr en cuanto un viajero lanza un grito de dolor. Así, cada vez que mi maestro conoció el sufrimiento, el flujo de mi vida se detuvo.

»Durante los tres días en que compartimos la alcoba, obligado al silencio por la herida de mi garganta, descubrí a un ser herido, desamparado y, pese a todo, lúcido. Advertí que aquella lucidez le torturaba. Atravesar el Dasht el-Kavir había sido, para él, un viaje hasta el fin de sí mismo. Había llegado a Gurgan pero su espíritu no había llegado a puerto; ¿llegaría alguna vez?

»Mientras estaba tendido a mi lado, y a medida que recuperaba sus fuerzas, me confió sus preocupaciones filosóficas. Me habló largamente de aquel a quien consideraba su maestro de pensamiento, el fundador de la lógica formal y de la escuela peripatética: Aristóteles. Describió para mí lo que denominaba "las grandes fases de la medicina árabe". Le sentí convencido de ser parte integrante de una de esas fases. Estableció, con asombrosa precisión, el decorado de nuestro siglo: la expansión irresistible de la civilización árabe, iniciada a impulsos del Profeta unos cuatrocientos años antes y que había llegado a España, África del Norte, Siria y a nuestra tierra, Persia; inmensa oleada que lo barría todo a su paso, obligando a la cultura helenista a cederle el paso.

»Confesaré que, al finalizar nuestra conversación, el mundo cristiano me pareció realmente microscópico comparado con el que, por aquel entonces, dominaba el Islam; y que, con cierta ingenuidad, lo reconozco, imaginé que un día muy cercano la tierra estaría poblada sólo por los hijos de Mahoma.»

«Al alba del cuarto día decidió salir de Gurgan y de la ciudadela. Le supliqué entonces que me permitiera acompañarle.

»Mi petición le sorprendió y, luego, le preocupó. Se negó pues, y aquello me hirió, pues utilizó palabras duras. Pero, a decir verdad, pude leer muy pronto en él: se sabía en peligro y por nada quería que alguien sufriera por ser su compañero. Percibí también que se sentía indirectamente culpable de la muerte de el-Massihi. Tal vez haberlo comprendido me ayudó a convencerle.

»De ese modo, el 3 de muharram salimos del país de los Lobos y partimos hacia la región de Dihistán y el pueblo del mismo nombre. El cielo era de un perfecto azul, pero preñado de aquella humedad que caracteriza las extensiones que bordean el mar de los Jazares. Dihistán está situado a mitad de camino entre Gurgan y Jarizm. Es una de esas plazas fuertes fronterizas a las que denominamos un ribat, poblada en su mayoría por pescadores y cazadores de pájaros.

Llegamos al finalizar nuestro segundo día de viaje y, como el pueblo no tenía albergue, nos instalamos en el recinto de la mezquita.

»Al día siguiente, Alí puso manos a la obra. Le seguí por burgos y aldeas: Nasa, Tus, Baward (más de veinte hay en el distrito), de Harat a la península de Dihistanán Sur, ofreciendo los servicios del jeque a quienes los necesitaban; cuidando a los menesterosos sin contrapartida y a aquellos que vivían con mayor holgura a cambio de pescados, fruta o, a veces, algunos dinares.

»Así, nuestra vida transcurrió apaciblemente entre aquellos paisajes de rojiza arena donde se detiene el mar y la prolongación del viejo volcán apagado, el Demavend. A veces, en el camino de regreso, nos deteníamos cerca del burgo de Baidjun, para llenar nuestros odres con

las aguas sulfurosas que brotan de un manantial caliente, al pie del volcán, y que, según mi maestro, son saludables para el hígado.

»Para mí, que nunca había abandonado la casa familiar desde que habíamos salido de Balj, aquellos días fueron ricos en descubrimientos; para mi maestro las cosas eran distintas. Le notaba melancólico y ausente. Recuerdo que una noche, mientras cabalgábamos a lo largo del cabo de Kulf e iniciábamos el cuarto mes de aquella vida errante, el jeque compuso sobre su situación un poema lleno de amargura. Se me quedaron grabados, sobre todo, estos versos: *No soy grande, pero ningún país me contiene. Mi precio no es caro, pero carezco de compradores...*

»Sin embargo, a pesar de la fatiga y la incomodidad de los viales había vuelto a escribir; y pude advertir que ni su clarividencia ni su prodigiosa memoria se habían alterado por los acontecimientos. Me atreveré a decir incluso que su agudeza había aumentado. La única nota nueva era que, por aquel entonces, se había acostumbrado ya a dictarme sus obras. Algunas noches nos encontrábamos compartiendo el fuego con algunos nómadas de azar mi maestro se instalaba aparte, y sus palabras sobre la lógica, las matemáticas, la medicina o la astronomía me alejaban de todo. Escribía durante largas horas a la incierta luz de las llamas y si, de vez en cuando, nos interrumpíamos, era para dejarnos prender en el inesperado relato de un cazador del Turkeistán o en las descripciones de un mercader de Kirman que narra asombrosas ciudades rodeadas de luz.

»Durante aquellos meses, el jeque me dictó cuatro obras: *Los remedios para el corazón*, *El tratado que expone la epístola del médico*, un *Compendio sobre que el ángulo formado por la tangente no tiene cantidad* y las *Cuestiones generales de astronomía*. Yo conservaba esos escritos en bolsas de piel de cabra y cada vez que regresábamos a Dihistán procuraba guardarlos en lugar seguro.

»Cierta mañana, el 7 de rabí-el-ajir, mi maestro despertó ardiendo de fiebre. Estábamos entonces en la ladera de una colina, a dos farsajs de Gurgan. Me apresuré a envolverle en mi abas, un grueso manto de pelo de camello, y calenté un poco de té azucarado. Pero su estado se agravó muy deprisa. Sufrió náuseas y me asustaron sus vómitos de color rojizo. Luego, sus deposiciones se volvieron negras y su sed se hizo intensa. Experimentó inmediatamente trastornos respiratorios y sufrió violentas diarreas. Consiguí, sin embargo, mantener lucidez bastante para indicarme los cuidados que debía prodigarle. Seguí pues sus directrices al pie de la letra. Antes de que sucumbiera a una especie de postración, me recomendó que le hiciera beber, cada tres horas, vino caliente en el que hubieran macerado cortezas de fiebre*. Así lo hice. Al observar aquellos síntomas, al examinar su pulso y, especialmente, al comprobar que su fiebre regresaba regularmente a la tercera hora del día, cada dos días, y a la cuarta cada tres días, dedujo que sufría la enfermedad de las marismas**.

»Los días que siguieron fueron penosos. Le oí murmurando palabras inconexas, con el rostro empapado de sudor, los ojos desorbitados y el cuerpo recorrido por ligeros estremecimientos. Me costaba reconocer en aquel rostro pálido y crispado al jeque el-raís, mi maestro Alí ibn Sina. ¿Debo confesarlo? Tuve miedo. Un miedo incontrolado que me impulsó a montar en mi cabalgadura y bajar por el sendero que llevaba a la carretera de Gurgan. Necesitaba ayuda. Pues, Alá me perdone, me roía la duda y me interrogaba sobre la capacidad del jeque para cuidarse a sí mismo. El porvenir me demostraría que me había equivocado pero, sin embargo, las consecuencias de mi estúpida acción iban a resultar provechosas.

»Cabalgaba a rienda suelta hacia Gurgan y no estaba ya muy lejos de la ciudad cuando me crucé con un grupo de jinetes que iban en dirección contraria. Por sus ropas comprendí que se trataba de ricos cazadores. Uno de ellos llevaba un halcón encapuchado en su enguantado índice. De un talonazo, sin saber muy bien por qué, dirigí mi caballo hacia él y le confié mi desesperación. El hombre me escuchó con una atención conmovedora y cuando le comuniqué mi identidad vi que el nombre de mi padre no le era desconocido. Propuso seguirme hasta el lugar donde yo había abandonado al jeque y ayudarme a transportarle hasta la ciudadela de Gurgan. Pese al giro que tomaban los acontecimientos, yo no podía evitar sentirme inquieto, consciente de los peligros que corríamos. ¿Podría mi padre ocultar por segunda vez la presencia de Ibn Sina?

* Podemos pensar que se trata, tal vez, de la corteza de Salix, conocida desde la antigüedad y que contiene sustancias analgésicas comparables al ácido salicílico.

** Probablemente, el paludismo. La enfermedad afecta a unos 10 millones de personas cada año. Más de 3 millones mueren. Y la quinina sigue siendo el único remedio. (*N. del T.*)

»Todo el grupo partió tras de mis pasos. Y sólo cuando llegamos junto al jeque se pronunció el destino de un modo muy distinto al que yo esperaba.

»Tras haber puesto pie a tierra, el hombre del halcón indicó a uno de sus compañeros que le siguiera. Ambos se acercaron a el-raís para levantarlo e instalarle sobre mi caballo. Pero en aquel preciso instante, al descubrir los rasgos del enfermo, el hombre se detuvo y comprendí que le había reconocido.

»—Es increíble... ¿Están engañándome los ojos? ¿No es éste el príncipe de los sabios, Alí ibn Sina?

»Mi primera reacción fue negarlo. Pero sin duda me faltó convicción, pues el hombre del halcón insistió, con minándome a que le dijera la verdad.

»—No tengas miedo. El Clemente es mi testigo, te aseguro que no soy de quienes traicionarían a un ser de tal valor. ¿Es efectivamente el jeque el-raís?

»Convencido de su sinceridad, asentí. Entonces, la expresión del hombre se iluminó de pronto. Sin aguardar más, invitó a su compañero a ayudarlo y luego, volviéndose hacia mí, dijo con pasión:

»—Mi nombre es Muhammad el-Chirazi. Tengo varias casas en Gurgan. Alojaremos a tu maestro en una de ellas. Podrá considerarla suya. Considera que tienes ante ti a un sincero enamorado de las ciencias y las letras y, sobre todo, a un ferviente admirador del jeque y también que haber podido socorrerle hoy será siempre, en mi espíritu, la más hermosa acción de mi vida.

»Aquella misma noche nos instalamos en la morada que había puesto a nuestra disposición el generoso el-Chirazi, y en el lindero del tercer amanecer pude advertir que el tratamiento prescrito por mi maestro, y sobre el que yo había sentido dudas, hacía efecto. En efecto, al sexto día recobró la lucidez y le abandonó la fiebre. Sin duda fue a partir de aquel momento cuando tomé conciencia de dos cosas esenciales: la extraordinaria resistencia física del jeque el-raís y aquella oculta protección que le seguía y le seguiría siempre, fuera donde fuese.

»Trabajados por los vientos, unas veces, y la lluvia otras, los retratos que hasta entonces cubrían los muros de la ciudad iban desgarrándose con el paso de los meses. Nadie habría podido reconocer en aquellos jirones de papel amarillento los rasgos del príncipe de los sabios.

»Con sorprendente rapidez, Alí recuperó sus fuerzas y se consagró al trabajo con mayor ardor todavía que en el pasado. El-Chirazi procuraba que no nos faltase nada. A cambio, rogó a mi maestro que le diera lecciones de astronomía y de lógica. El jeque hizo más que eso. En pocas semanas redactó una obra a la que tituló *Lógica media* y se la dedicó a su bienhechor.

»Nuestra morada se convirtió, progresivamente, en lugar de cita para todos los intelectuales de Gurgan. Lo que aumentó enormemente el trabajo de el-raís. No pasaba día sin que un nuevo amigo, un estudiante, un filósofo, le interrogara sobre un tema u otro. Y ante la riqueza, la claridad de sus respuestas, escandalizados por la idea de que nadie, salvo ellos, las aprovecharía en los tiempos por venir, sus nuevos amigos suplicaron al jeque que les respondiera por escrito; se resignó a hacerlo en forma de epístolas. Así nacieron, entre otras: *La epístola del ángulo. El origen y el regreso del alma* o, también, *Las definiciones*. Esta última epístola es, a mi entender, muy importante por las preciosas informaciones que nos proporciona sobre las concepciones filosóficas del hijo de Sina.

»Pero fue también bajo aquel modesto techo donde el jeque iba a iniciar lo que se convertiría en su obra maestra.

»Estábamos en el último día del mes de sa'ban.

»Instalados en la terraza, aguardábamos, como todos los musulmanes de Persia, poder descubrir en el cielo el delgado cuarto de la luna nueva que anuncia el inicio del ramadán. Durante los treinta días siguientes, todos los hijos del Islam, sanos de cuerpo y espíritu, deberían abstenerse de alimentos, bebida, perfumes y relaciones sexuales; precisamente desde el instante *en el que puede distinguirse un hilo blanco de un hilo negro, y hasta el crepúsculo, cuando esa diferencia deja de ser perceptible*.

»Estábamos pues en esa expectativa cuando Alí, sin separar los ojos del cielo, murmuró:

»—Abú Obeid, ¿recuerdas cuando, hace unos meses, te hablé de las "grandes fases de la medicina árabe"?

»Antes de que yo pudiera responder afirmativamente, prosiguió:

»—Como te expliqué, la primera fase se caracterizó por lo que he bautizado como "fiebre de las traducciones", que condujo a que, hoy, toda la medicina hipocrática, galénica y bizantina sea accesible en lengua árabe.

»El jeque hizo una pausa antes de proseguir:

»—Hace poco que hemos iniciado la segunda fase, y ésta es creadora. Citaré como ejemplo *El continente*, escrito por el gran el-Razi, a quien debemos el descubrimiento de dos importantes fiebres epidémicas*; y la observación de la reacción de la pupila a la luz. Las conclusiones de un hombre como Ibn el-Haitham, que define la vista como un proceso vinculado a la refracción, son fundamentales. Creadoras son también las intervenciones que se desarrollaron, hace apenas un año, en un hospital de Bagdad. Recuérdalo, durante una de ellas los médicos lograron extraer el cristalino en una operación de cataratas; lo que supone un inmenso progreso en relación al antiguo procedimiento que consistía, sencillamente, en hundir la lente que se había vuelto opaca en el humor vítreo**. Podría citar también el *Libro real* de Ibn Abbas, o el de *Los Ciento*, de mi amigo el-Massihí. La lista está lejos de ser exhaustiva.

»Mi maestro calló de nuevo. Creí advertir en su mirada un nuevo fulgor. Me preguntó:

»—¿No falta nada en mi análisis?

»Le miré perplejo, sin saber muy bien a dónde quería llegar. Me explicó:

»—Una obra. Falta una obra. Un conjunto estructurado. El compendio claro y ordenado de todo el saber médico de nuestra época, al que se añadieran, naturalmente, las propias observaciones y los descubrimientos del autor.

»Observé:

»—¿Eres consciente de lo que representa semejante proyecto?

»Aquella empresa sería, en cualquier caso, más ambiciosa que las *Epidemias* de Hipócrates o los quinientos tratados de medicina dejados por Galeno.

»El jeque no pareció oír mi observación y prosiguió, arrastrado por sus propias reflexiones:

»—Pienso, en realidad, en la redacción de cinco libros específicos. El primero estaría consagrado a las generalidades sobre el cuerpo humano, la enfermedad, la salud, el tratamiento y las terapéuticas generales. El segundo comprendería la materia médica y la farmacología de los simples. El tercer libro expondría la patología especial, estudiada por órganos o por sistemas. El cuarto se iniciaría con un tratado de las fiebres, el de los signos, los síntomas, los diagnósticos y pronósticos, la cirugía menor, tumores, heridas, fracturas, mordiscos, y un tratado de venenos. Y, para finalizar, el quinto libro contendría la farmacopea.

»A medida que enumeraba las subdivisiones de su proyecto, sentí que un estremecimiento recorría mi cuerpo y una certidumbre se hizo en mi espíritu: todo lo que acababa de confiarme nada tenía de impulsivo o de improvisado. La idea estaba madurando en él desde hacía mucho tiempo. ¿Pero había realmente evaluado la inmensidad de la tarea?

»De las callejas ascendió un movimiento de alegría que me sacó de mis reflexiones. La luna nueva acababa de aparecer sobre la ciudadela de Gurgan.

»El jeque se levantó en silencio y desenrolló su estera de oración. Hice lo mismo y me acerqué a él. Como si hubiera leído mis pensamientos, se volvió y dijo con una sonrisa:

»—¿Quieres saber si he pensado en el título de la obra? Se inspirará de la palabra griega *Kanon*, que significa regla...»

Tendido en su diván, Muhammad el-Chirazi cerró el ejemplar del *Almagesto*, la célebre obra de Ptolomeo, y se acercó a los labios un vaso de té con menta.

Estábamos en 1012 para Occidente. Acababa de transcurrir un año...

—Distraído, venerable el-Chirazi... —murmuró Alí ordenando las notas esparcidas sobre la mesa—. Esta mañana te he encontrado especialmente distraído.

El-Chirazi no respondió, limitándose a beber un nuevo trago de té.

—Y, sin embargo, debiera saberlo mejor que nadie. Para comprender los mecanismos astronómicos enseñados por Ptolomeo es preciso un espíritu recogido. La teoría de las esferas no está al alcance de todos.

El mecenas inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Soy consciente de ello, jeque el-raís. ¿Pero es posible dominar las preocupaciones del corazón?

—No osaré intentar penetrar en la intimidad de tu vida, espero tan sólo no ser yo la causa de tales preocupaciones.

En los rasgos de el-Chirazi apareció cierta turbación. Se incorporó en el diván.

—¿Qué piensas de la carta de el-Biruni que recibiste ayer por la noche?

* En efecto, debemos al célebre médico el diagnóstico de la viruela y el sarampión. (*N. del T.*)

** Mi maestro fue incapaz de darme con certeza el nombre del médico que había intentado la sorprendente intervención. (*Nota de Jozjani.*)

—Debes suponerlo. La alegría que sentí al saber que estaba sano y salvo se vio alterada al enterarme de que se hallaba en Gazna, al servicio del turco. ¿Debo confesarlo? Sentí cierta amargura.

—Qué quieres, no todo el mundo piensa de Mahmud el Gaznawí lo mismo que tú...

—Perdóname, el-Chirazi, pero la amistad que me une a el-Biruni me priva de cualquier objetividad. Por ello prefiero no juzgar su acción. Sólo deseo que encuentre allí las posibilidades de proseguir su obra: sólo eso cuenta. Lo demás...

Alí hizo un gesto fatalista y prosiguió:

—Lo que no puedo comprender es, sobre todo, la creciente crueldad del rey de Gazna. Según el-Biruni, la campaña que está llevando a cabo en la India no ha hecho más que comenzar. Nada parece resistir al gaznawí. Desde que derrotó a la confederación formada por los hindúes y capturó la ciudad de Kangra, sus ejércitos avanzan por tierra conquistada. Desvalijan los templos, degüellan a los habitantes; mujeres, niños y ancianos sin distinción. La India vive, desde hace tres años, en el terror y la sangre.

—Si he comprendido la carta de el-Biruni, es muy probable que él mismo se una a esas expediciones.

—Sí, como astrólogo. A riesgo de sorprenderte, pienso que la perspectiva debe de encantarle. El-Biruni siempre ha deseado descubrir el mundo.

—Extraño modo de realizar su sueño.

—Estoy convencido de que sus ojos sólo verán las tierras, los paisajes, los manuscritos, los movimientos geológicos. Se codeará con el crimen, pero lo ignorará.

—Pareces ensalzar mucho a tu amigo...

—Porque es mi amigo... Pero, antes de que nuestra discusión se extraviara, me estabas hablando de tus preocupaciones. He creído adivinar que yo no era ajeno a ellas.

—Digamos que...

Se interrumpió como si buscara las palabras y, luego, preguntó con cierto apresuramiento:

—¿Has oído hablar de Shirin, más conocida con el nombre de la Sayyeda?

—Eso me parece, ¿No es la reina de la ciudad de Raiy*?

—Exactamente. Es también la sobrina del célebre Ibn Dushmanziyar, fundador de la dinastía de los kakuyíes, de la que ella misma forma parte.

—Dushmanziyar. Eso significa abrumando al enemigo. ¿No es ése su significado?

—Sí. Además, en todas las monedas kakuyíes se encuentra invariablemente el nombre. Pero volvamos a la reina. Desde la muerte de su esposo, gobierna la región occidental de Yibal. En realidad tiene sólo el título de regente, porque la corona tiene un heredero en la persona de su joven hijo: En el-Dawla. Hoy tiene dieciséis años.

Alí se acarició distraídamente la barba.

—Perdóname, el-Chirazi, pero no comprendo las razones de tu exposición sobre la Sayyeda y la dinastía kakuyí. Estamos tan lejos de Ptolomeo y las esferas universales.

El-Chirazi pareció turbado de nuevo.

—Me siento culpable —dijo bajando los ojos—. Hace más de un mes que me acosan los enviados de la corte de Raiy. Hace más de un mes que hago oídos sordos. La reina se ha enterado de tu presencia en Gurgan y te reclama en palacio. Ayer incluso recibí la visita del propio visir Ibn el-Kassim.

—¿Pero qué quiere esa gente de mí?

—Me han dicho que la salud del hijo heredero plantea ciertas inquietudes. Al parecer sufre la sawda**.

—Ya veo... ¿Y qué les has respondido?

El-Chirazi afrontó la inquieta mirada de su protegido y repuso con una pizca de desafío.

—Que estabas ausente. Que viajabas mucho. Que me eras indispensable. Como puedes comprobar les he mentado.

—¿Pero por qué?

—¿Sabes leer muy bien el secreto de las almas e ignoras que el hombre es absolutamente egoísta?

—El-Chirazi, amigo mío, en tu boca esas palabras parecen una blasfemia.

* Las ruinas se levantan hoy a unos ocho kilómetros al sureste de Teherán. (N. del T.)

** Melancolía, neurastenia, depresión. (N. del T.)

—Y sin embargo... Sólo he pensado en mí. No tenía más que una sola idea. Retenerte a mi lado el mayor tiempo posible. Luego he reflexionado, y las presiones se han hecho más fuertes. Entonces...

Alí abandonó su lugar y dio unos pasos hacia la ventana.

—Debo pues dirigirme a Raiy...

El-Chirazi se apresuró a reunirse con él.

—Tal vez no sea malo. Eres de otra dimensión, Alí ibn Sina. Mi modesta morada nunca bastará para contenerte. Te he dicho que había reflexionado. ¿De qué me serviría mantenerte aquí cuando, estoy convencido, necesitas espacios regios?

Hizo una pausa antes de precisar, subrayando voluntariamente las palabras:

—Como el-Biruni.

—Ya te lo he dicho. La elección de un mecenas es un asunto de juicio personal.

—Pero tú mismo lo insinuabas. Un sabio necesita tener a su disposición los medios necesarios para proseguir sus investigaciones bajo altas protecciones. Yo, ya lo ves, sólo soy un simple comerciante. Estarás mucho mejor protegido bajo la cúpula de un serrallo.

Alí se volvió con brusquedad.

—¡El serrallo! Abre los ojos, hermano mío. Los artistas, los sabios, sean quienes sean, vengan de donde vengan, son sólo las palancas que utilizan los grandes que nos gobiernan para levantarse por encima del lodo. Una vez han obtenido su objetivo, se apresuran a abandonarnos o nos matan. Somos la buena conciencia de los príncipes, el-Chirazi. Observa mi vida y verás que he servido, por dos veces, y nunca estuve tanto en peligro como entre losoros de aquellos palacios.

El-Chirazi abrió la boca para protestar, pero todas las palabras le parecieron vanas.

Ibn Sina añadió:

—De todos modos nuestra discusión no tiene objeto. Has hablado de presiones. Deduzco pues que no nos dejan elección. ¿No es cierto?

El silencio del mecenas era ya una respuesta.

—Decididamente, mi destino es muy extraño: expulsado de un lugar, atraído a otro. Está bien. Avisa a los emisarios de la reina; mañana mismo me dirigiré a Raiy.

El-Chirazi tomó espontáneamente el brazo de Ibn Sina, en un cálido gesto.

—No debes preocuparte, amigo mío. Ya verás, allí te recibirán con todos los honores debidos a tu saber.

—¿Preocuparme?

Dejó vagar su mirada por el mar de los Jazares que se dibujaba a lo lejos.

—Suceda lo que suceda, no olvides nunca esto: nuestra existencia se agota en pocos días. Pasa como el viento del desierto. Así, mientras te quede un soplo de vida, habrá dos días por los que nunca tendrás que preocuparte: el día que no ha llegado y el día que ha pasado ya...



DUODÉCIMA MAQAMA

En el jardín de palacio, tendido boca abajo entre los matorrales, el adolescente dormitaba o, tal vez, lo fingía.

Un rumor le hizo entreabrir los párpados. Se puso rígido. El rumor se repitió. Entonces, tomó la piedra de afiladas aristas, levantó el puño y aguardó. Entre dos matas de hierbas secas apareció una cabeza de lagarto. El adolescente aguardó hasta que casi pudo contar las escamas verde-grises que cubrían el lomo del saurio. Cuando estuvo sólo a un soplo de él, golpeó, destrozando de un solo golpe el blando vientre que derramó un humor lechoso mezclado con visceras. Golpeó de nuevo, rápidamente, los destrozados miembros del reptil. Una vez y otra, hasta que todo fue ya una masa diluida, confundida en la arena y las hierbas amarillentas. Sólo entonces se atenuó su rabia. Con satisfecha sonrisa, mojó lentamente la punta de su índice en la informe papilla y trazó una palabra: SHIRIN...

—¡Señor! ¿Dónde está Su Excelencia?

La voz del viejo eunuco con cargo de chambelán acababa de resonar en el jardín de palacio.

—¡Señor! ¿Dónde estáis? ¡Responded, por la bondad del Altísimo!

El adolescente decidió por fin levantarse, limpiándose con distraído movimiento el índice en su sirwal de terciopelo púrpura.

—¿Qué quieren de mí?

Se puso de puntillas. Su redonda cabeza de cabellos negros y rizados apareció por encima del seto. El chambelán estaba a pocos pasos y le daba la espalda.

—He hecho una pregunta. ¿Qué quieren de mí?

El anciano dio la vuelta y se inclinó.

—Honor de la nación. Shirin, tu madre, te reclama urgentemente.

El adolescente se puso los puños en las caderas, inclinó un poco la cabeza hacia un lado y, con despectiva mueca, se abrió paso hasta los macizos de rosas, antes de dirigirse a la fachada oeste del serrallo con el chambelán a sus talones.

—Sigues sin responderme. ¿Qué quiere de mí la reina?

—No puedo saberlo, Honor de la nación. Me parece que...

—¡Cuándo dejarás de llamarme por ese estúpido apodo! Majd el-Dawla. Sólo quiero oír ese nombre.

El chambelán se inclinó humildemente, con las manos unidas ante el pecho.

—Sí... señor.

El joven emir prosiguió acelerando el paso.

—Supongo que mi querida madre desea darme una nueva lección sobre los derechos *ilegítimos del Estado*.

—Creo... creo saber que desea presentarte a un recién llegado a palacio.

Esta vez, el príncipe escrutó con suspicacia a su interlocutor.

—Espero que no se tratará, una vez más, de un médico. ¿Se trata de un médico?

El eunuco bajó los ojos.

—No lo sé, Excelencia. No lo sé.

—Perfecto, entonces ya conozco la respuesta.

Majd el-Dawla prosiguió su marcha hacia palacio; con el paso más rápido, más firme también.

—Jeque el-raïs, debo avisarte. Mi hijo es un muchacho de múltiples facetas. A sus dieciséis años es capaz de los actos más generosos y de los más perversos. Llego a dudar que mi vientre haya albergado a un ser tan... difícil.

—¿No es acaso la indisciplina lo propio de la juventud?

Como si no hubiera oído la observación, la reina añadió:

—Y, sin embargo, Majd es mi hijo. Le amo. Me gustaría tanto que sanara.

—Perdóname, Sayyeda. Todo eso no está muy claro. ¿Necesita un preceptor o un médico?

—No le han faltado preceptores. Alá es testigo de ello, y todos se han rendido. Por lo que a los médicos se refiere, tras haber examinado al príncipe, se apresuraron a regresar a sus estudios.

—¿Pero de qué sufre exactamente Su Excelencia? Me han hablado de la sawda.

Alí comenzaba a sentir una verdadera irritación. Hacía tres días que el-Jozjani y él habían llegado a Raiy. Y sólo aquella mañana le había concedido audiencia la reina. De ello dedujo que el estado del príncipe no debía de ser tan inquietante como los mensajeros habían dado a entender.

Por otra parte, existía esa sensación de malestar que había experimentado en cuanto estuvo en presencia de la reina. Había intentado atribuirlo a su físico. Obesa, exageradamente maquillada, con los cabellos rojizos ocultos en un gigantesco turbante decorado con perlas, la sobrina de Dushmanziyar debía de tener unos cuarenta años, pero su triple papada, la redondez de sus rasgos, las ojeras que rodeaban su mirada de camaleón, la pupila de un azul frío, aprisionada bajo un ceño fruncido, contribuían a envejecerla y a darle aquel aspecto imperioso y dominador.

—¿De qué sufre? —dijo la reina—; pero queje el-raís, creo que debes ser tú quien me dé la respuesta.

Antes de que Alí tuviera tiempo de responder, precisó:

—Sin que nada permita presagiarlo, se encierra a veces en un inquebrantable mutismo. Su mirada pierde cualquier expresión. Se niega a alimentarse. A veces tiene, incluso, crisis de llanto incontrolable. Además...

La reina apartó bruscamente su grueso rostro y miró al horizonte, más allá de las ventanas de madera preciosa que rodeaban la sala del trono.

—Sospecho que está poseído por el peor de los males. Es un shirrib. A sus apenas dieciséis años se entrega ya a la bebida.

Ibn Sina estuvo a punto de replicar que el joven príncipe tenía razón cuando apreciaba el divino zumo mucho menos amargo que ciertas desilusiones de la vida. Se limitó a declarar:

—Sayyeda, el perdón existe para el pecado.

Ella no pareció comprender la alusión e inclinó simplemente la cabeza dando unas palmadas. En el marco de la puerta apareció un soldado.

—¿Dónde está el chambelán?

—No lo sé. Majestad. Tal vez...

—Tal vez se ha extraviado por los jardines de palacio, ¿no es cierto?

Inclinándose hacia Ibn Sina, articuló:

—¡In-com-pe-ten-tes! ¡Estoy rodeada de incompetentes! ¡Cómo extrañarse de la fragilidad de este reino!

Se disponía a proseguir cuando, con el rostro carmesí y la respiración agitada, el chambelán apareció por fin. Avanzó con paso inseguro hasta los pies de la reina y se arrodillo con la frente en el suelo.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está el príncipe?

Sin levantarse, el anciano farfulló:

—Corría tan rápido...

La reina apretó los labios.

—Descreído... Ese muchacho es un descreído.

Tomando al médico como testigo, prosiguió en un tono casi lastimoso:

—Y sin embargo, sólo busco su bien. Únicamente su bien. ¿Puedes comprender semejante ingratitud?

—¿Cómo saber lo que pasa por la cabeza de un hombre?

—Jeque el-raís, te equivocas, no es un hombre. Majd es todavía un niño.

Lo había afirmado en un tono que no admitía contradicción.

—Puesto que tú lo decides, Sayyeda, el emir es sólo un niño.

—Voy inmediatamente a buscarlo —propuso el chambelán, que seguía arrodillado—, si me autorizas a ello, Majestad.

—Ve pues. Y, si es necesario, que te ayuden todos los sirvientes del palacio. Cuando lo hayas encontrado, llévalo al jeque el-raís. Quiero que le examine. ¿Lo has entendido?

El eunuco se levantó torpemente y salió renqueando de la sala del trono.

Se hizo, por breves instantes, un molesto silencio; luego la Sayyeda prosiguió:

—Jeque el-raís, todo esto debe de turbarte. Quiero pues tranquilizarte. No te he hecho venir sólo para que sufras los caprichos de mi hijo. Sabes muy bien que si nuestra ciudad es célebre

por su biblioteca y sus cerámicas, lo es sobre todo por su hospital. La reputación del bimaristán de Raiy es grande ya.

Alí asintió. Sabía que la reina decía la verdad.

—Me gustaría —prosiguió— que aceptaras la función de sa'ur*. ¿Te parece bien?

La proposición le cogió desprevenido. Por unos momentos había temido haberse metido, una vez más, en una situación vana.

—Suceder al gran el-Razi es un honor que no puedo declinar. Sólo espero ser digno de él.

—Nadie sino tú podría serlo.

Hizo una pausa y dejó caer con indiferencia:

—¿Te satisfaría un salario de mil dinares diarios?

¿Mil dinares? Una verdadera fortuna comparada con los trescientos dirhams que cobraba en el bimaristán de Bujará.

—Sayyeda, tu generosidad es grande. Que el Clemente te la devuelva centuplicada.

La reina se encogió de hombros.

—La generosidad se mide por la dificultad que se tiene para dar. Mi reino es rico.

Alí creyó advertir en aquella afirmación una pizca de desprecio ¿O se trataba acaso de una gran lucidez?

—Mañana mismo podrás ocupar tus funciones de primer director. Ahora, puedes retirarte.

Y se levantó entre una tempestad de seda.

La noche dormía sobre Raiy, la ciudad de las siete murallas y los mil jardines.

Algunos fuegos de campamento diseminados brillaban en la fértil llanura. Con gesto cansado, Ibn Sina apartó los pergaminos que cubrían la imponente mesa de cedro y se sirvió otra copa de vino ante la reprobadora mirada de su discípulo. Creyente íntegro, el-Jozjani se había negado siempre a infringir la ley.

Alí se levantó, bebió un largo trago y se dirigió a la ventana que daba al camino de ronda iluminado por hachones.

En el secreto de la noche se adivinaban los contornos de la ciudad.

—Estamos en el capítulo de los tratamientos y las terapéuticas generales —recordó el-Jozjani blandiendo su cálamó.

—Perfecto. Pronto terminaremos el primer libro del *Canon*.

El tono despreocupado con el que había respondido Alí no escapó al muchacho.

—¿Por qué bebes esta noche, jeque el-rais? Creía que eras feliz.

—¿Pero de dónde has sacado que sólo hay que beber cuando se está apenado? ¿Acaso no es el vino mi amigo de siempre? Sería el peor de los descreídos si sólo confiara a mi amigo mis tormentos.

—Esta noche le has confiado ya muchas cosas.

—Esta noche es distinto. Bebo con el Omnipotente.

Con gesto provocador, levantó al cielo su copa.

—¡Alá! Golpeemos tú y yo la copa en la piedra. Tú sabes cómo hace correr las gotas de sudor por las mejillas de las hermosas de Raiy. ¡Desde la luna hasta el pez, no las hay más bellas**!

—Jeque el-rais! Yo te conjuro, no blasfemes, trae desgracia.

Con asustado impulso, saltó hacia su maestro intentando arrancarle la copa.

El objeto resbaló, describió una curva por los aires antes de caer dos codos más abajo, entre las almenas del camino de ronda.

—¿Pero qué sucede? ¡Bebo yo y tú te emborrachas!

—Rais, te lo ruego. Te haces daño. Ven, prosigamos nuestro trabajo.

Ignorando la súplica de su discípulo, Alí se puso a horcajadas en la ventana y, antes de que el otro pudiera reaccionar, saltó al vacío.

—¡*Divané!* ¡Loco! ¡Insensato!

Asomándose, Abú Obeid le vio registrando la noche en busca de la copa.

—¡*Divané!* ¡Habrías podido matarte!

—Tú eres quien va a morir si no encuentro esa copa.

—¡Y tendrás razón!

Ambos hombres se inmovilizaron sorprendidos. Ibn Sina interrogó a su discípulo:

—¿Lo he soñado o ha hablado alguien?

* Primer director. (*N. del T.*)

** Expresión figurada muy usada en Persia. Significa: en el universo entero, de un polo al otro. (*N. del T.*)

—No, y todavía no estás tan borracho —replicó la voz—, pero lo repito, tendrás razón. Nadie debe meterse en la libertad de otro. ¡Tu amigo merece el látigo!

Alí se dio la vuelta. Una silueta acababa de surgir de las tinieblas. Un adolescente de rasgos redondos y alborotados cabellos. Aunque nunca lo hubiera visto, supo enseguida quién era. Poniéndose la mano en el corazón, le saludó con divertida sonrisa:

—Príncipe, tienes ante ti a un hombre que se siente colmado al descubrir que no es el único que aprecia las delicias del agua del olvido.

Majd el-Dawla, pues de él se trataba, se aproximó.

—¿Y tú quién eres? Creía conocer a todos los que vi ven en palacio.

—Mi nombre es Alí ibn Sina. Llegué hace sólo tres días.

El emir le miró con desconfianza.

—¿No serás, por casualidad, el médico convocado por mi madre?

—Sí, Excelencia. Pero al verte, lo confieso, no comprendo las razones de su inquietud.

—Mi madre... Las inquietudes de mi madre son sólo una máscara. Detrás está la noche. Me vendería por dos granos de cebada.

Ignorando voluntariamente el comentario, Alí preguntó:

—¿Príncipe, compartirías conmigo un poco del divino néctar?

—¿Por qué no? Reconozco que es la primera vez que un médico me hace ese tipo de sugerencia. Pero..., ¿eres realmente médico?

—Tanto como tú príncipe.

El adolescente sonrió con ironía.

—En ese caso no eres médico.

Una vez más, Alí fingió no comprender la insinuación y dijo dirigiéndose a el-Jozjani quien, asomado a la ventana, no había perdido una palabra de la discusión:

—¡La jarra, Abú Obeid! Y esta vez, nada de torpezas.

Con evidente desgana, el discípulo obedeció.

—Ven, príncipe, alejémonos de la mirada inquisidora de mi amigo. Su amargura podría estropear el terciopelo de ese vino.

Majd asintió divertido y ambos partieron por el camino de ronda. Algo más lejos, señalando una de las torres que dominaban el patio interior, Ibn Sina propuso:

—Ciertamente, el lugar no es digno de la sangre real, pero tal vez allí arriba tengamos la impresión de dominar el mundo.

Ahora estaban allí, sentados uno junto a otro en los peldaños de piedra, en lo alto de la torre que descubría el paisaje.

Raiy... Patria de Harún el-Rashid. Llegando por el sureste de Gurgan, Alí la había descubierto erguida al pie del espolón que la pre-montaña de Elburz proyectaba hacia la llanura. Aquí, desde tiempos inmemoriales, se habían establecido las comunicaciones entre el este y el oeste. Aquí, a la sombra de las construcciones de adobe, dormitaban los milenarios misterios, los doce lugares sacros creados por Mazda, el dios del fuego de la religión zoroástrica.

Sobre la llanura, extendiéndose hasta el infinito, las constelaciones titilaban como otros tantos puntos de oro, y el cielo era tan puro que era imaginable definir sus límites.

—La noche es milagro —murmuró Alí con el rostro vuelto a las estrellas—. La noche es quietud. La he comparado a menudo con un océano tranquilo. La superficie está inmóvil mientras el fondo es puro movimiento.

Tendió la jarra al príncipe:

—¿Te gusta la noche?

—Es sin duda el momento que prefiero. De día puedo leer mi condición en los ojos de los demás; por la noche todo desaparece.

—Tu condición... Hablas como si llevaras el peso del universo sobre tus hombros. Sólo tienes dieciséis años y...

El emir le interrumpió con voz dura:

—No hay edad para aceptar la injusticia y la traición.

—A nadie le sucede algo que la naturaleza no le haya hecho capaz de soportar.

—Hablas bien. Pero, en lo que me concierne, la naturaleza debió de equivocarse.

—En ese caso tal vez se halle ahí la causa de tu enfermedad.

El adolescente se volvió bruscamente con mirada salvaje.

—¡Te prohíbo decir que estoy enfermo!

—Perdóname. Pero tu madre...

—¡Mi madre! Mi madre es un ave de presa y lo que sufro son sólo las garras que clava en mi cabeza y en mi cuerpo.

Como Alí permanecía silencioso, bebió un trago de vino y sus rasgos se ensombrecieron.

Un viento fresco había comenzado a lamer las murallas, trayendo del llano el aroma de los jardines. Estremeciéndose, Majd aproximó las rodillas a su pecho.

—¿Tienes frío, quieres entrar?

El soberano sacudió la cabeza con aire tozudo.

—¿De modo que eres médico?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y crees que tendrás éxito donde todos los demás fracasaron?

—Tu pregunta es extraña. ¿No acabas de asegurarme que no estás enfermo?

—Mi madre está convencida de lo contrario.

Alí tomó la jarra y la hizo rodar entre las palmas de sus manos con aire pensativo.

—En ese caso —dijo con una sonrisa—, tal vez fuera necesario interesarse por ella.

El adolescente contuvo un gesto de sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Tal vez sea la Sayyeda quien necesite la ciencia.

La asombrada expresión de Majd se acentuó y soltó una carcajada espontánea.

—Decididamente, comienzas a gustarme. Hasta ahora, nadie se había atrevido a proponer algo así.

Recuperó el aliento y dijo:

—Recuérdame tu nombre.

—Alí. Alí ibn Sina. También me llaman jeque el-raís.

—Bueno, sin duda mereces ese apodo.

De nuevo se hizo el silencio, luego el soberano murmuró en un tono que volvía a ser grave:

—¿Sabes quién era mi padre?

—Eres hijo del difunto Fajr el-Dawla.

—¿Sabes que su nombre era mencionado tras el del califa en los sermones del viernes? ¿Y ante las residencias principescas a la hora de las cinco plegarias?

—Lo ignoraba. Pero no desconocía su grandeza.

—Yo... Yo, Majd el-Dawla, no soy nada. Nunca seré nada.

—Naciste príncipe. Eso no se borra.

—De príncipe sólo tengo el título. Cuando, a la muerte de mi padre, sus vasallos me designaron oficialmente heredero del reino. Por lo que a mi hermano se refiere, pues también tengo un hermano mayor, Shams, con diez años más que yo, le atribuyeron el gobierno de Hamadhan* y de Kirmanshahan.

—Si recuerdo bien, por aquel entonces sólo temas cuatro años.

—Por ello mi madre ocupó la regencia.

Calló. Tomó de nuevo la jarra de manos de Alí y bebió un trago de vino antes de concluir, sombrío:

—Pero hoy... Hoy las cosas son ya distintas. Tengo edad para tomar las riendas. Es la ley. Es mi derecho. Lo reivindicó.

—Comprendo...

—¿Realmente?

Había tanta intensidad en la pregunta que Alí se conmovió.

—Sí, Honor de la nación. Comprendo a todos los seres que intentan hacer retroceder la injusticia. Pero tengo, a mi vez, algo que decirte. Perdona de antemano las palabras que voy a pronunciar, pero debes saber que el rencor, cuando duerme demasiado tiempo en el corazón humano, puede hacernos enfermar. Me dicen que ya no comes. Casi no duermes. Encierras tu espíritu en una cárcel que has construido con tus propias manos. Mucho más inexpugnable que el fuerte de Tabarak. Antes o después sufrirás las consecuencias de tu encierro. ¿Lo comprendes?

El emir no respondió y Alí añadió:

—Si quieres recobrar tus derechos algún día, si quieres ponerte a la cabeza de tu reino, necesitarás fuerzas, muchas fuerzas. Si tu cuerpo te abandona, tu espíritu le seguirá. Debes recuperarte pues. Debes reconstituir tus potencias interiores, así podrás conseguir tu objetivo. Porque ése es tu derecho.

* Hamadhan es una ciudad del Irán central, al sudoeste de Raiy (*N. del T.*)

—Pero soy impotente. Tal vez yo mismo haya creado mi cárcel, pero la Sayyeda tiene la llave. ¿Cómo lo haré? ¿Cómo? El ejército, los espías, el chambelán. Ella controla todo mi universo. Me asfixio, ¿comprendes? ¡Me asfixio!

—Escúchame. Si algo te parece inaccesible, no deduzcas de ello que es inaccesible para los demás hombres. Y si esa misma cosa es inaccesible para los demás, convéncete de que tú puedes realizarla.

El emir le miró como si intentara impregnarse realmente del sentido de aquellas palabras, y, tras un largo rato, declaró:

—Ven, jeque el-raís, marchemos de aquí. Hace frío. —Y añadió rápidamente—: Y creo que tengo hambre.

El alba se había levantado hacía muy poco tiempo y por encima de las casas de adobe flotaba un encaje de bruma que formaba un cielo de un gris pastel.

Aquellos comienzos de rabí'el-ajir mostraban ya todas las señales de un precoz otoño.

El visir Ibn el-Kassim apretó contra su pecho los faldones de su manto y se inclinó ligeramente al penetrar bajo la inmensa bóveda que indicaba la entrada del hospital de el-Sayyeda, otro nombre del bimaristán de Raiy. Señaló con el dedo la fachada de ladrillo y dijo dirigiéndose a Ibn Sina:

—He aquí el lugar de todas las esperanzas y todos los sufrimientos.

Alí se sintió turbado ante aquellos muros marcados todavía por las huellas de su ilustre predecesor, el gran el-Razí que, sin embargo, había desaparecido ochenta años antes.

El visir prosiguió:

—No quiero parecerte exagerado pero creo, sinceramente, que nuestro hospital nada tiene que envidiar a los de Bagdad. Ni el Aldudí ni el Mu'tadid pueden comparársele. ¿Sabes a cuánto ascienden nuestros castos mensuales?

—Dispongo sólo, como elemento de comparación, del hospital de Bujará. ¿Unos doscientos dinares al mes?

—¡Seiscientos!

Ibn el-Kassim anunció la suma con cierto orgullo. Y Alí pensó enseguida en el salario que le había ofrecido la reina. Mil dinares. No pudo evitar indicárselo a su interlocutor.

—Tranquilízate. El tesoro real se encargará de tu sueldo. Además, debes saber que los hospitales sobreviven gracias a las donaciones hechas por ricos particulares. Raiy no carece de ellas. Para conseguir los favores de la corte más de un notable está dispuesto a entregar la mitad de su fortuna en beneficio de esta institución que pronto será centenaria.

—¿Tenéis también una unidad médica móvil?

—Naturalmente. Algunos médicos acompañan diariamente nuestro dispensario ambulante por los pueblos de Djibal. Cuidan tanto a los musulmanes como a los infieles. Inspeccionan también las prisiones, proporcionan medicinas y pociones a los prisioneros enfermos y, como de talle suplementario que tal vez te sorprenda, hemos autorizado que las mujeres acudan, como enfermeras, a esas mismas prisiones.

La información no sorprendió a Alí. Casi un siglo antes, en tiempos de Sinan ibn Tahbit, médico jefe del hospital de Bagdad, la cosa existía ya.

Habían llegado al pie del depósito de agua que alimentaba el edificio y el visir señaló a un hombre que salía a su encuentro.

—Ahí viene Soleimán el-Damashki, el intendente general. Conoce todos los rincones del bimaristán. Hace diez años que ocupa sus funciones y la institución no tiene ya secretos para él. Conoce, diariamente, la cantidad de alimento o de medicamentos que se distribuye. El consumo de carbón que sirve para caldear las salas y el número de mantas.

Tras los habituales saludos, el intendente examinó con curiosidad a Ibn Sina.

—¿De modo que eres tú? Eres el jeque Alí ibn Sina. El maestro de los sabios, la mayoría de cuyas obras he recorrido con una admiración nunca desmentida.

Alí sonrió divertido.

—¿Me imaginabas distinto?

—No, jeque el-raís. No te había imaginado, ni mucho menos. Jamás puse un rostro a las páginas que leía. Su fulgor bastaba para colmarme. Además, a este respecto, tengo mil preguntas para hacerte.

—Creo que el jeque siente, para contigo, el mismo deseo —dijo el visir—. Os dejaré pues, pero antes me gustaría hablar un momento con él.

Volviéndose hacia Alí, lo llevó aparte.

—He sabido que, finalmente, te has entrevistado con nuestro príncipe.

—Cierto.

—De creer al emir, le has hecho una gran impresión.

Inclinando la cabeza, el visir prosiguió casi en un susurro:

—Me ha contado también vuestra discusión. ¿Puedo confesarte que he sido muy sensible a los consejos que le has prodigado?

Alí se mantuvo en silencio. Ibn el-Kassim intentaba decirle algo sin conseguir hallar las palabras justas. Dejó caer con voz neutra:

—Mis consejos se referían a la salud del príncipe. Aunque no sufra enfermedad orgánica alguna, me ha parecido, en cambio, que su espíritu estaba atormentado.

—Tranquilízate. Lo sé. Vi nacer al emir. Serví a su padre, que el Omnipotente prolongue su memoria, conozco también a la Sayyeda. En verdad, me gustaría decirte que soy por completo fiel a Majd. En cuerpo y alma. De momento, está al pie de una alta montaña pero, con la ayuda de Alá, trepará por la pendiente hasta la cima. Con la ayuda de Alá y...

Calló por un instante y lanzó una ojeada a su alrededor, como para asegurarse de que nadie podía oírle.

—Con la ayuda de Alá y la mía.

Asombrado por tantas confidencias, Alí aprobó sin abandonar su reserva. Una voz interior le recordaba que no estaba muy lejos de las regiones pantanosas de Qazvin. Una región en la que se perdían muchos viajeros por su excesiva imprudencia. Adivinando sus pensamientos, Ibn el-Kassim añadió:

—Desconfía de todos modos, jeque el-raís. La reina está en todas partes. Escucha los menores rumores y los rumores van muy deprisa en este país.

—Te lo agradezco, pero sé demasiadas cosas de la política como para no recordar que, si bien tengo treinta y dos años, el Clemente no me concedió treinta y dos vidas.

El visir aprobó con sonrisa satisfecha y giró sobre sus talones sin más comentarios.

—Entremos —dijo Alí dirigiéndose al intendente que esperaba algo retirado—. Estoy impaciente por descubrir las maravillas de el-Sayyeda.

En la estancia que servía para guardar los medicamentos, Soleimán señaló con no disimulado orgullo las estanterías en las que, clasificadas por orden utilitario, se alineaban las plantas medicinales. Era impresionante. Aquí ruibarbo, maná, sena, casia y mirobálanos, plantas conocidas por sus efectos purgantes. Más arriba, los estimulantes: la nuez vómica, la galanga, el alcanfor y la nuez moscada. En la categoría de los medicamentos de acción preponderante sobre el sistema nervioso, había acónito, cáñamo, el ámbar utilizado para los tics faciales, coco o nuez de las Indias como sedante y la coloquintida empleada como diurético. Concreciones de bambú para curar la disentería. Y otras muchas plantas de uso menos corriente.

—Soleimán, amigo mío, estoy admirado ante tanta precisión y orden.

—Eso no es todo, mira aquí.

El intendente mostró a Alí un grueso manuscrito. En la cubierta se leía: Farmacopea. Una ojeada le bastó para apreciar la calidad del trabajo realizado por su interlocutor. Se trataba de una especie de repertorio dividido en dos partes distintas. La primera describía los medicamentos llamados compuestos, agrupados por orden alfabético y analogías terapéuticas. La segunda parte describía los medicamentos destinados a cada órgano. Alí pudo, así, con gran asombro, descubrir sugerencias que no carecían de pertinencia sobre los cuidados contra el dolor de cabeza, la caída del cabello o los problemas oftalmológicos.

—Es notable, absolutamente notable —comentó con entusiasmo—. Sólo espero que las generaciones venideras reconozcan parte de nuestros méritos.

—¿Cómo puedes dudarlo, jeque el-raís? Bien sabes que nuestros padres fueron los primeros en introducir los preparados químicos en la farmacia, en reemplazar la miel por el azúcar, en la fabricación de jarabes y en obtener alcohol por la fermentación y la destilación de las materias feculentas y azucaradas. La química aplicada a la farmacia será nuestro indiscutible testigo. ¿Conoces hoy muchos países cuya institución farmacéutica esté colocada bajo el control del gobierno? ¿Dónde existen inspectores de los farmacéuticos y los herbolarios?

—Es cierto. No sé de ninguno. Pero el tiempo que pasa se parece al viento. A veces tiene el funesto poder de borrar los mayores logros. Tal vez nuestra contribución caiga en el olvido.

El intendente frunció el entrecejo, ofuscado.

—Nunca, jeque el-raís, nunca. En cualquier caso, la huella que tú dejarás en las memorias permanecerá indeleble, no me cabe duda.

Alí asintió sin convicción y señaló la puerta que daba al corredor que llevaba a las salas.

—Visitemos, ahora, a los pacientes.

—¿Cuáles?

El intendente precisó:

—Aquí hemos aislado cada categoría de enfermos. Las fiebres, la oftalmía, la cirugía, los casos de disentería se tratan por separado.

El intendente estaba ya prosiguiendo, pero, esta vez, el hijo de Sina se sintió desbordado:

—Es prodigioso... ¡Me asombraría si me anunciaras que habéis pensado también en un lugar de culto para los dhimmis!

Soleimán agitó la cabeza, encantado.

—Sí, jeque el-raís. Se halla exactamente en el ala izquierda del edificio*.

Atónito, el hijo de Sina tardó algún tiempo antes de decir:

—Hermano, ya no sé si tras tantas revelaciones me queda energía bastante para examinar a los pacientes. Da, pues, pruebas de indulgencia y condúceme a la sala de las fiebres.

Plenamente satisfecho del efecto producido sobre el nuevo primer director, Soleimán le invitó a seguirle.

«Así se inició la primera jornada del jeque el-raís en el bimaristán de Sayyeda. Se adecuó por completo a la de un médico principal: visita a los enfermos, prescripción de recetas, tratamiento, visita de la clientela privada y, al anochecer, regreso para dar una conferencia a los estudiantes.

»Puedo atestiguar que, con el transcurso de las semanas, mi maestro recuperó su afición a la vida. La luz de la pasión, que había disminuido sensiblemente durante los últimos años, iluminó de nuevo sus rasgos. Su alma, rodeada hasta entonces de oscuridades y dudas, recuperó la felicidad de la certidumbre. Y me sentí conmovido. Reía al oírle reír. Recuperaba mi fe en la grandeza de Alá al advertir su fervor. En cuanto a su enseñanza, se había refinado. Recuerdo, en especial, una reunión a la que habían asistido, como en tiempos de Gurgandj, estudiantes y sabios llegados de toda la región de Fars y de Kirman, durante la que respondió con extraordinaria concisión a las más arduas y diversas preguntas. Algunas de sus respuestas han quedado en mi memoria.

»—Jeque el-raís, cuando varios enfermos llegan al mismo tiempo, ¿hay prioridad en la elección de los métodos terapéuticos?

»—En primer lugar, habrá que cuidar primero la afección que tiene más oportunidades de sanar antes que la otra. Así, se cuidará una inflamación antes que una úlcera. Ulteriormente, nos ocuparemos de la enfermedad que podría considerarse causa de la segunda. De ese modo, en la tuberculosis y su fiebre sólo es posible curar la segunda combatiendo la primera. Finalmente, habrá que preocuparse de la enfermedad curable. Entre la fiebre intermitente y la parálisis, elegiremos cuidar la fiebre intermitente.

»El jeque concluyó con un aforismo que yo conocía ya porque era, también, la conclusión del primer libro del *Canon*:

»—Nos esforzaremos, ante todo, en tratar la propia enfermedad antes que su síntoma. Pero si el síntoma se hace urgente, el médico abandonará por algún tiempo el cuidado de la enfermedad para cuidar el síntoma.

»—¿Y si no se obtiene la curación pese a la aplicación de ciertos medicamentos?

»—En ese caso, puede existir habituación a tales medicamentos. Cambiadlos pues. Pero añadiré un detalle esencial: si no conocéis el origen de la enfermedad, si sigue pareciéndoos oscuro, dejad actuar a la Naturaleza. No intentéis apresurar las cosas. Pues la Naturaleza llevará a la curación o revelará con claridad lo que el enfermo tiene.

»—¿Qué aconsejas para el régimen de los ancianos?

»—Masaje y ejercicio, siempre que sean moderados. Desaconsejo los baños demasiado fríos. Sólo conviene a los que tienen una salud perfecta. A éstos, les sugiero que los tomen tras un baño caliente para reforzar la epidermis y retener el calor.

»—¿Por casualidad tienes consejos referentes a la belleza, jeque el-raís?

»La pregunta le hizo sonreír pues procedía de Naila, una muchacha siria que trabajaba como enfermera en el bimaristán.

* Un siglo más tarde, en Egipto, podrán encontrarse esas mismas estructuras, mucho más desarrolladas, en el hospital Mansuri que tuvo fama de ser el más espléndido de su género y el más perfeccionado erigido en tierras del Islam. Al parecer, su dotación ascendía a casi un millón de dirhams anuales. Se admitían hombres y mujeres. Nadie era despedido y la duración del tratamiento no estaba limitada (*N. del T.*)

»— Fíjate simplemente en que la piel es el reflejo de la belleza. Presérvala pues de estos tres elementos: del sol que puede ser tan benefactor como temible, del viento y del frío.

»Y Alí concluyó con apasionada voz:

»—Hace varios siglos, en una isla de Grecia, un hombre nos legó un mensaje fundamental. Vosotros, que profesaréis mañana ese oficio único, os dirijan vuestros pasos a donde os dirijan, de Kirman a las puertas de Córdoba, debéis conservar en la memoria estas palabras pues son sagradas:

»"Prometo y juro en nombre del Ser supremo permanecer fiel a las leyes del honor y la probidad en el ejercicio de la medicina. Procuraré gratuitamente mis cuidados al indigente y nunca exigiré un salario superior a mi trabajo. Admitido en el interior de las casas, mis ojos no verán lo que en ellas ocurre; mi lengua callará los secretos que se me hayan confiado y mi estado no servirá para corromper las costumbres ni para favorecer el crimen. Respetuoso y agradecido a mis maestros, devolveré a los hijos la instrucción que he recibido de los padres. ¡Que los hombres me concedan su estima si soy fiel a mis promesas! ¡Sea cubierto de oprobio y despreciado por mis colegas si falto a ellas!"*

»Así concluyó una de las innumerables conferencias pronunciadas por mi maestro Abú Alí ibn Sina, el príncipe de los médicos.»

* El acto de fe citado aquel día por Ibn Sina es lo que las generaciones denominarán el «juramento de Hipócrates». (*N. del T.*)



DECIMOTERCERA MAQAMA

La joven esclava lanzó un grito al advertir que la virilidad de Alí la penetraba. Le daba la espalda. Sus caderas eran anchas y gruesas, y su grupa estaba fría, encajada sobre el bajo vientre del jeque. Ahogó un nuevo gemido y se mordió los labios mientras que, con un nuevo impulso, Alí se introdujo más profundamente en ella.

El-Jozjani, sentado en el suelo en un rincón de la alcoba, observaba distraídamente a su maestro. Se dijo que, definitivamente, algo sórdido emanaba de aquel tugurio cuyos muros apestaban a sudor y a vino malo.

Era el cuarto abrazo al que se entregaba el jeque en menos de una hora. No daba nada. Tomaba con una especie de rabia, una inexplicable sed de superación. Era absurdo. Habríase dicho que buscaba, desesperadamente, consumirse en los brazos de aquella prostituta, hasta que su goce fuera sólo cenizas.

Lo que más le sorprendía era el modo como habían sucedido las cosas: estaban en camino hacia el hammam cuando, bruscamente, sin que nada permitiera presagiarlo, Alí tomó la decisión de dar una vuelta por aquel antro impío, impulsado por un incontrolable deseo de mancillarse, como durante aquellas noches en las que se abandonaba a los vapores del opio hasta perder la noción del tiempo.

Ahora, la moza reía. Su risa resonaba en la cabeza de Abú Obeid con más fuerza que una blasfemia. Levantó su mirada hacia la pareja y vio que, por fin, se habían separado el uno del otro. Advirtió, con gran alivio, que el jeque comenzaba a vestirse.

—Vamos, hermano mío. ¿Cuándo te decidirás a ofrecer tu doncelez?

Fingiendo ignorar a su maestro, el-Jozjani se encogió de hombros y se levantó con aire sombrío, lo que provocó una nueva carcajada de la esclava.

—Gulam*... —dijo con mueca divertida—. Tal vez su juventud le vuelva tímido. O quizás...

Ahogó una risa colocándose la mano en los labios.

—O quizá sólo le gusten los muchachos.

Se inclinó hacia él e hizo el gesto de acariciarle la mejilla. La reacción de Jozjani fue tan brutal como rápida. La abofeteó con el dorso de la mano. Luego, tomando su manto de lana, abrió la puerta y desapareció.

Salvo por el tranquilo murmullo de la fuente y por el discreto eco de algunos bañistas que descansaban en la piscina, la atmósfera que reinaba en pleno hammam era tranquila y voluptuosa.

En la sala de reposo, perezosamente tendido en una de las banquetas de madera provistas de almohadones de seda, Alí contemplaba con distraída mirada el agua que corría con lacerante regularidad en la pileta excavada en el centro de la estancia.

En compañía de Jozjani, encerrado en un total mutismo, habían pasado al vestidor y, luego, por las manos del barbero. Mas tarde, sumergidos en pequeñas piscinas, unos servidores les habían enjabonado sucesivamente con agua tibia y, luego, con aceites y ungüentos. Concluidos esos primeros cuidados, cubiertos con toallas anudadas, les habían llevado a la sala interior donde, tendidos en mesas de mármol rojo, se habían puesto en manos de los masajistas.

—¿Sigues irritado? —preguntó Alí divertido.

Abú Obeid le fulminó con la mirada.

—Que Alá te perdone, jeque el-raís. Sin duda eres el maestro de los sabios, pero desde la luna hasta el pez, eres también el rey de los gozadores.

Alí se limitó a responder del mismo modo que lo había hecho a la reina Shirin:

—El perdón existe para el pecado.

—¿Pero por qué? ¿Por qué sientes ese deseo de revolcarte en el lodo?

—¿Merece el amor este calificativo?

* Jovencito. (N. del T.)

—¿El amor? Pero el amor nada tiene que ver con el acto que acabas de realizar. Era puramente bestial. Un abrazo despojado de cualquier forma de ternura. ¿Cómo puedes hablar de amor?

Alí se incorporó ligeramente y repuso con voz pausada:

—Pese a nuestra diferencia de edad, no puedes ignorar que existen varias formas de amor. En el instante preciso en que estaba en mis brazos, he amado a esa moza. Y la he amado sencillamente porque satisfacía mi placer.

—¿Y ella? ¿Has pensado en ella?

—Ella también me ha amado.

Y concluyó con desarmante naturalidad:

—Sencillamente porque le he dado dinero.

El-Jozjani, desesperado, levantó los ojos al cielo.

—A veces te me escapabas, jeque el-raís. Y Alá es testigo de que no son las veces en que me hablas de ciencia.

—Abú Obeid, ¿puedo esperar que, a pesar de tu juicio, querrás todavía serme agradable?

El-Jozjani vaciló, algo sorprendido, antes de asentir malhumorado.

—Léeme entonces la última carta de el-Biruni. Y olvidemos eso.

El discípulo vaciló de nuevo y, luego, se eclipsó. Cuando, instantes más tarde, reapareció, llevaba un zurrón en la mano. Sacó de él unas hojas, las desplegó, lanzó un profundo suspiro y comenzó:

Gazna, tercer día de Safar, 406 de la Hégida

Hijo de Sina, recibe mi saludo.

Tu amigo el-Biruni, de regreso de las Indias, te escribe en este mes de safar del año 1013 para la gente de Occidente. Es la tercera vez que acompaño al Gaznawí a las tierras del país amarillo ¿Qué decirte? Salvo que el hijo de Subuktegin está constituyéndose un reino de la orilla izquierda del Amú-Daria a la cadena de los montes Soleimán, al oeste del Indo. ¿Por qué ocultarte mis rebeldías? Testigo del horror, me duele mi interior, Sina, amigo mío. Cada nueva incursión del Gaznawí por tierras indias deja su rastro de atrocidades.

Sus ejércitos arrasan cuanto se les resiste. Profanamos los templos, rompemos los ídolos hindúes. El pillaje del templo de Somenath, situado en la parte sur de la península de Gudjerat, quedará siempre grabado en mi memoria. El templo contenía una estatua de Shiva que, como sabes, es objeto de gran veneración para la gente de aquel país. Mahmud tomó el santuario tras un asalto de tres días y tres noches. Destruyó sin escrúpulos la estatua del dios y, por razones que no comprendo, hizo quitar las puertas para llevarlas a Gazna*. En verdad, lo que más me turba de la personalidad del turco es su duplicidad. ¿Cómo puede gustarle también la poesía? ¿Cómo puede rodearse de literatos y sabios y albergar tanta violencia en su alma?

Pero mucho más te sorprenderé cuando te diga que uno de nuestros lejanos amigos acaba también de llegar a la corte. ¿Recuerdas a Firdussi? ¿El poeta de los 60.000 versos? Ahora forma parte de los íntimos del Gaznawí. Creo saber que le destina su *Libro de los Reyes*. Aunque, naturalmente, el dinero no debe de ser ajeno a todo eso.

Hijo de Sina, qué vacío me parece todo de pronto. Sólo busqué la proximidad de la protección del rey de Gazna para saciar mi sed de descubrir el mundo. Y, ahora, toda la masa de informaciones que he reunido me parece vana comparándola con el camino recorrido para lograrla. Sin embargo, sigo escribiendo. He comenzado una obra cuyo título provisional es *India*, que pretende ser una descripción geográfica, histórica y religiosa de ese país. Me digo que la obra tal vez pueda ser útil a los viajeros y a los historiadores futuros. He terminado mi compendio de

* He oído decir que el Gaznawí había quitado aquellas puertas para adornar con ellas la tumba que se estaba construyendo en Gazna Pero ningún testigo presencial ha podido confirmármelo. (*Nota de Joqani.*)

astrología y de geometría. Los incluyo en mi correo; me gustaría, sinceramente, saber tu opinión.

¿Y tú, hermano mío? ¿Cómo transcurre tu vida? Quiero esperar que la felicidad vela a tu lado. Que, finalmente, has encontrado la serenidad en la corte de Raiy. Escríbeme. Escríbeme en cuanto el tiempo te lo permita. Tus palabras me confortarán y apaciguarán mi alma atormentada.

Pienso en ti. Que el Altísimo te proteja.

Terminada la lectura, Alí suspiró:

—Tengo, a veces, la sensación de que la existencia es sólo un inmenso laberinto en el que sólo somos imágenes errabundas...

Se levantó de pronto.

—Ven. Se hace tarde. Quisiera que iniciáramos el segundo libro del *Canon*.

El discípulo se dispoma a reunírsele cuando ocurrió algo extraño. Habríase dicho que, de pronto, el suelo vacilaba bajo sus pasos. La superficie del agua de la pileta se agitó. Los mosaicos que coloreaban los muros de la pieza parecieron desarticularse; luego, volvió a la normalidad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Abú Obeid, pasmado.

—¿Cómo saberlo? Tal vez sea cosa de la caldera o de las canalizaciones de calefacción.

—Es curioso. Habríase dicho que la tierra temblaba.

—Sea cual fuere la razón, pienso que mejor sería recuperar nuestros vestidos. Si va a declararse un incendio en el hammam, ¡que nuestro pudor quede a salvo!

Sin perder tiempo, ambos hombres se dirigieron al vestuario, se vistieron con rapidez y se dirigieron a la salida.

Precisamente cuando cruzaban el umbral, el fenómeno se repitió, pero, esta vez, de mayor magnitud.

—¡No es cosa de la caldera! —gritó Alí.

Estaba a punto de añadir algo pero una nueva sacudida le hizo perder pie y, para no caer, tuvo que agarrarse a uno de los pilares.

Alguien gritó:

—¡Que Alá nos proteja! ¡El toro se ha movido!

Sin intentar interpretar el sentido de la extraña afirmación, Alí agarró a Abú Obeid del brazo y corrió hacia el exterior. Un viento de pánico soplaba ya en Raiy. El cielo era bajo, tan negro como el velo de las mujeres enlutadas, lleno de pesadas nubes que corrían lentamente, dispuestas a estallar.

La calle principal comenzó a temblar. Los membrilleros y sus blancas flores se deformaron mientras la torre de los Guebres, donde los habitantes solían exponer sus muertos, vaciló peligrosamente.

La misma voz de antes aulló otra vez:

—¡El toro está encolerizado!

—¡Ven! —le gritó Alí a su discípulo—. No debemos quedarnos aquí. ¡Volvamos al hammam!

—¡Es una locura!

—¡Haz lo que te digo! ¡Allí tendremos más posibilidades de sobrevivir!

Un sordo rugido brotó del vientre de la tierra, ahogado casi enseguida por los aterrorizados gritos de los habitantes. Con Jozjani tras sus pasos, Alí penetró bajo el porche del hammam. A su espalda, el suelo se abrió en toda su longitud. La grieta llegó a la plaza del mercado, a las puertas sur de la ciudad, a las colinas rocosas que formaban los contrafuertes de la cadena del Elburz.

—¡Es el fin del mundo! —dijo el-Jozjani con ojos despavoridos—. ¡O tal vez sean los yinns que despiertan!

—No, hermano mío. Eso se llama un temblor de tierra. Y tal vez sea mucho más temible que todos los yinns del universo.

Ambos hombres se habían acurrucado bajo el arco que coronaba la sala de reposo y del exterior llegaban hasta ellos los ecos del horror. El wakkad, encargado de alimentar el fogón del hammam, el barbero y también el encargado del vestuario se habían unido a ellos. Este último, con el rostro tan pálido como el de el-Jozjani, temblaba con todos sus miembros.

—El Omnipotente nos perdone —balbuceó—, pero la injusticia debe de reinar en nuestra ciudad.

Ibn Sina no hizo comentarios, pero la frase del hombre le turbó.

Se produjo una tercera sacudida. Más violenta que las precedentes. En los muros de ladrillo y en el abovedado techo se dibujaron algunas grietas que desgarraron el pulimentado revoque que cubría el suelo. Luego, todo se inmovilizó tras una cortina de humo. Al acecho, los hombres no se atrevían ya a hacer el menor movimiento, ni parpadeos ni inspiraciones que pudieran irritar a los yinns del centro de la tierra.

Transcurrió un tiempo infinito. El-Jozjani fue el primero en moverse.

—Creo que ha terminado —dijo con voz apagada.

El encargado del vestuario declaró gravemente:

—Si la injusticia no se remedia, el toro se moverá de nuevo.

El hijo de Sina exclamó:

—¿Qué pinta un toro en un fenómeno natural?

—Nada natural hay en las cóleras de la tierra.

Alí le dirigió una indulgente mirada.

—Ignoras por completo las creencias de Raiy —explicó el wakkad—. Sus orígenes se hunden en la noche de los tiempos. No debieras reírte de ellos.

—¿Qué dice la historia del toro? —preguntó Jozjani.

—Dice que la tierra descansa en uno de los cuernos de un inmenso toro que, a su vez, se halla sobre un pez, en algún lugar del universo de las Pléyades. Cuando en algún rincón del mundo existe demasiada injusticia, el toro se encoleriza y hace pasar la tierra de un cuerno a otro. El fenómeno natural de que habla tu amigo se produce, entonces, en el lugar preciso de la tierra que cae sobre el cuerno del animal. Eso dice la leyenda. Y sabemos que la injusticia reina en nuestra ciudad.

—¿Qué pretendes insinuar?

El hombre entreabrió los labios para responder, pero cambió de opinión.

—Venid —les dijo a sus colegas—. Veamos si queda algo de nuestra ciudad.

—Ignoro si la injusticia es la causa de ese temblor de tierra —observó el hijo de Sina—. Pero, si es así y se trata de un príncipe que lleva luto por un trono, rogamos a Alá que entre el palacio y el hospital sea el hospital el que se haya salvado. Pues presiento que nos aguarda una pesada tarea.

Una nube de polvo flotaba sobre la ciudad y sus mil jardines. La torre de los Guebres y las murallas estaban ocultas. Todo era confusión y gemidos. Errantes sombras se perfilaban entre las ruinas. Una mujer sollozaba, arrodillada en medio de la calle. Más lejos, con mirada despavorida, un niño miraba lo que, sin duda, ya sólo eran los restos de su casa.

—Es terrible. Sin instrumentos, sin pociones, nada puedo hacer por esos infelices. Tenemos que ir de inmediato al bimaristán, esperando que el intendente haya dado órdenes de que el dispensario ambulante salga y se reclame a todos los médicos disponibles.

Tras una última ojeada al barrio en ruinas, Alí y el-Jozjani corrieron hacia el hospital.

Los heridos llegaban a oleadas. Ancianos, mujeres, niños. El lugar quedó saturado enseguida; corredores, salas de guardia, se crearon incluso espacios en los almacenes de víveres y las reservas de carbón.

El intendente general seguía a Alí como a su sombra, dispuesto a actuar a cada una de sus órdenes. De momento, el jeque estaba inclinado sobre el cuerpo de un hombre que había sufrido una fractura de tibia. Poco antes, había untado el miembro con una solución de aceite alcanforado, había reducido la fractura y, ahora, estaba colocando una especie de enrejado hecho con cañas. Terminado su trabajo, se dirigió a otros heridos, seguido siempre por el intendente.

Aquí era necesario detener una hemorragia con la ayuda de un cauterio. Allí, suturar una herida utilizando hilos de palmera de muy poco volumen. Efectuar sencillos apósitos de alheña. Poner emplastos de arcilla o de ceniza de romero para asegurar la hemostasia. Apaciguar los dolores distribuyendo decocciones de opio o de melia. Sin descanso, durante cuatro días y cuatro noches, los médicos de el-Sayyeda dispensaron sus cuidados a los heridos que no dejaban de afluir. Luego, fue necesario afrontar nuevos tormentos. Al anoecer del séptimo día, aparecieron los primeros casos epidémicos. Los enfermos que llegaron al bimaristán tenían todos los mismos síntomas enterocolitis fulminante, caracterizada por una súbita diarrea durante la cual —Alí lo sabía por haberlo visto en el pasado— el enfermo podía eliminar hasta un litro de agua por hora. Aquel estado iba acompañado de una grave deshidratación, intensa sed, calambres musculares piel arrugada y ojos hundidos. El cólera se había abatido sobre Raiy. Y la medicina era impotente contra aquella afección. Sólo se podía esperar. Esperar a

que el enfermo franqueara el cabo de los seis días. Si lo lograba, tenía entonces grandes posibilidades de curar.

Las directrices que dio el jeque se basaron en los principios que él mismo había enunciado a sus estudiantes unas semanas antes:

Si el síntoma se hace urgente, se abandonará el cuidado de la enfermedad para cuidar el síntoma.

Recomendó a sus colegas que dieran a los enfermos opio, para ayudarlos a soportar el sufrimiento de los calambres musculares y que les hicieran beber la mayor cantidad posible de agua azucarada, para intentar compensar la pérdida de sustancia.

Tres semanas más tarde, aproximadamente, el invierno llegó a Yibal y la población de Raiy seguía sin acabar de vendar sus heridas. La tarde estaba cayendo a mediados de yumada el-ula, y el hijo de Sina, que había terminado su cotidiana ronda, se disponía a regresar a palacio. En su cabeza se apretujaban, todavía, los trágicos acontecimientos de aquellos últimos tiempos, a los que se había añadido el conflicto abierto entre la reina y su hijo. Aquel temblor de tierra parecía haber trastornado también los espíritus. Avanzaba, sumido en sus pensamientos, por el barrio que había visto nacer al inmortal Harun el-Rashid, no lejos de la puerta llamada de la Llanura-Fértil, cuando unas voces llamaron su atención. Se dijo que, sin duda, eran comerciantes o aguadores que se peleaban como de costumbre, y prosiguió su camino. Entonces, cuando llegó a la esquina de los jardines reales, vio una silueta femenina que corría hacia él, perseguida por un grupo de vociferantes hombres y mujeres con los puños levantados.

Antes de que hubiera tenido tiempo de analizar la escena, la silueta se derrumbó a sus pies.

—Seas quien seas... Sálvame.

Sin vacilar, Alí le tendió la mano para ayudarla a levantarse mientras a su alrededor se formaba un círculo amenazador. La mayoría le reconocieron y, sin duda, eso atemperó su animosidad.

—Jeque el-raís! ¡Apártate de esa mujer! Va a contaminarte.

—Sí. Tiene la enfermedad que roe las carnes. Es contagiosa.

—¿De qué enfermedad estáis hablando?

—De la que roe las carnes. La lepra.

—¿Cómo podéis afirmarlo?

—Basta con ver sus antebrazos y sus piernas. Su piel está quemada. Sabes, como nosotros, que el temblor de tierra ha destruido prácticamente la leprosería de Deir el-Mar. Esta mujer debe de haberse escapado.

—De todos modos, nadie la ha visto nunca en la ciudad. Nadie la conoce aquí.

—Tranquilizaos —replicó Ibn Sina—. Dejadme al menos examinarla.

El grupo levantó los brazos en señal de desaprobación.

—Pero va a matarte, jeque el-raís. Tú eres médico. Sabes que esa enfermedad es contagiosa. Y luego contaminarás, a tu vez, a los pacientes.

Alí se inclinó hacia la mujer. No se había movido desde que había caído a sus pies. Su ropa, hecha jirones, dejaba ver una parte de su desnudez. Su piel era mucho más blanca que la de las hijas de Persia. Postrada al modo de una gacela acosada, con el rostro entre sus manos y las piernas dobladas bajo su cuerpo, se advertía que temblaba de los pies a la cabeza. Entonces, tomó su mentón, la obligó suavemente a levantar la cabeza y vio que sus ojos estaban llenos de todos los terrores del mundo. Sorprendentemente, su piel y su rostro eran los de una rumí. Su edad era indefinible. Podía tener treinta años, o diez años más. De su expresión, pura y atormentada a la vez, se desprendía un indefinible encanto. Se arrodilló junto a ella y estudió sus brazos desnudos. Aquella gente estaba en lo cierto; las caras posteriores y los codos estaban cubiertos de placas escamosas y rojizas que recordaban las manchas de cera. Hizo el mismo descubrimiento en las rodillas y las piernas. Pero lo que más le inquietó fue la perfecta delimitación de los eritemas. Eran casi simétricos, al igual que las placas de claros bordes que había podido ver en algunos leprosos. Sin embargo, algo le hacía presentir que no se trataba de la misma afección. O tal vez rechazara establecer aquel diagnóstico.

Se levantó y se sorprendió diciendo con seguridad a los aldeanos:

—Esta mujer no sufre la enfermedad que roe las carnes. Sólo un mal que se le parece.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—¿Has olvidado, acaso, mi profesión?

Y añadió en un tono decidido:

—La llevaré al bimaristán. No os preocupéis, quedará aislada y sólo saldrá cuando haya sanado.

—Es el jeque el-raís —dijo una voz con fatalismo—, sabe cosas que nosotros ignoramos.

—¡De todos modos, su ciencia no es infinita!

Se produjo cierta vacilación cuando Alí ayudó a la mujer a levantarse, pero se apartaron para dejarles pasar.

—¿Sigues sin querer decirme tu nombre? —dijo el hijo de Sina mientras ayudaba a la mujer a tenderse en la única cama disponible del hospital.

Era la segunda vez que le hacía la pregunta. Hasta entonces, pese a sus esfuerzos, no había abierto los labios. La examinó de nuevo. Estaba seguro: no era árabe. Alrededor de sus grandes ojos de un marrón claro se adivinaban, vagamente, restos de khol; y advirtió que sus cabellos caoba lanzaban reflejos azulados. Había oído hablar de esos artificiales reflejos, obtenidos por lo general aplicando un tinte de índigo y alheña que caracterizan, sobre todo, a las mozas de mala vida de los puertos de Dybul o Sifar.

—¿Voy a morir?

Le sorprendió tanto oírlo que tardó algún tiempo en contestar.

—¿Crees que el Altísimo arrebataría la vida de una criatura que apenas comienza a descubrir el mundo? No, te cuidaremos y sanarás.

—Conozco demasiado el mundo. No me dolería tener que abandonarlo.

Cuanto más la observaba, menos conseguía situarla. Pero lo más extraño era aquella especie de confuso sentimiento que le empujaba hacia ella e intentaba apartarle, al mismo tiempo.

—No debes hablar así —dijo con voz neutra—. Nadie puede blasfemar contra la vida.

La mujer movió la cabeza y atrajo hacia sí la manta de lana, como para protegerse de las palabras.

—Me llamo Alí ibn Sina. Ahora ya sabes mi nombre, ¿no quieres decirme el tuyo?

—¿Cuál? Me llaman de muchos modos.

—En ese caso, dime el que prefieras.

—Yasmina...

—Por tu acento y por el color de tu piel adivino que no eres originaria de Yibal. No me extrañaría que fueras una muchacha rumí. ¿De dónde eres?

Ella eludió la respuesta y dijo con voluntaria ingenuidad:

—Eres médico, ¿verdad?

Asintió.

—¿Los médicos necesitan saber el país del enfermo para aliviar sus sufrimientos?

Alí tuvo que aprobar la lógica de su respuesta e hizo ademán de apartar la manta. Con un movimiento de defensa, los dedos de la mujer se agarraron a la lana.

—Si quieres que te cuide, debes permitirme examinarte.

—¿Es cierto lo que han dicho? ¿Tengo la lepra?

—No lo creo. Pero confieso que no estoy seguro todavía.

Tendió otra vez la mano hacia la manta.

Esta vez, la mujer no resistió. Lo que había sido una durra'a, un manto, estaba hecho jirones y se deshilaclaba lamentablemente sin ocultar casi nada, ya, de sus frágiles piernas. Pero había algo más. Justo encima de su palma, la muñeca estaba lacerada. La cicatriz, aunque antigua, no dejaba duda alguna sobre su origen. ¿Pero de dónde venía, qué terrible viaje había realizado, de qué tugurio de Samarcanda o Shiraz se había evadido para hallarse en aquel estado?

Hizo un esfuerzo para concentrarse en las placas escamosas que había descubierto una hora antes. Una vez más, su localización le sorprendió: codos, rodillas, cuero cabelludo, caras posteriores de antebrazos y piernas. Examinándolas con mayor atención, advirtió que sus escamas estaban totalmente cubiertas de una fina película transparente.

Tomando de su maletín una corta hoja afilada, tomó uno de los brazos de la muchacha y comenzó a raspar delicadamente el eritema.

Todo su cuerpo se contrajo.

—No temas, Yasmina. No sentirás nada. Te lo prometo.

—Un hombre que promete... —dijo desengañada—. Las promesas de los hombres son como las olas del mar: mueren en cuanto nacen.

Alí detuvo la hoja y una expresión desafiante iluminó sus rasgos.

—En ese caso, no prometo nada: afirmo.

Raspó delicadamente la película que cubría la placa y advirtió que, por debajo, la dermis era de un sanguinolento rosado.

—¿Recuerdas cuándo aparecieron esas marcas?

—Hace algunas semanas. Primero en los codos. Luego en las rodillas.

Alí meditó unos instantes antes de preguntar:

—¿Has sentido debilidad general? ¿Muscular sobre todo?

La joven negó con la cabeza.

—¿Dolores en las manos? ¿En la planta de los pies?

Respondió de nuevo negativamente. Entonces, tomó su pulso y permaneció atento escuchando la sangre que palpitaba a flor de piel. Al mismo tiempo, como el fiel de la balanza de un mercader de granos, su espíritu sopesaba, evaluaba, añadía y sustraía toda la ciencia que albergaba. ¿Lepra? ¿O tal vez una enfermedad de la piel cuyo origen le era desconocido? Sólo podía proceder por eliminación: las placas que observaba no eran hipopigmentadas. La joven no parecía sufrir alopecia de las cejas, y las lesiones no eran convergentes. Sus dedos se articulaban normalmente. Sin embargo, quedaba un síntoma que seguía ignorando. Tomando el codo de la muchacha, la puso en guardia:

—Ahora no puedo ya afirmar que no te haré daño. Solo te pido que no me lo reproches demasiado.

Ella asintió con un parpadeo.

Poniendo el índice en el centro justo del eritema, oprimió la piel. La muchacha dejó escapar enseguida un grito de dolor. Con gran asombro por su parte, la reacción de Alí fue distinta de la que podía imaginarse. Sus ojos fulguraron con un brillo de triunfo y anunció aliviado:

—¡No es la lepra! Ahora estoy seguro*.

La muchacha abrió de par en par sus asombrados ojos.

—¿Desde cuándo el dolor es un signo favorable?

—El dolor es, a veces, un signo saludable. En cualquier caso, por lo que me preocupaba, es una reacción concluyente.

—No comprendo.

—Sería demasiado largo desarrollar mi conclusión. Sabe simplemente que, si se tratara de la lepra, el centro de esas placas sería absolutamente indoloro.

Ella se incorporó ligeramente y pareció aceptar con indiferencia el diagnóstico.

—Dios no quiere pues a los infieles...

Alí no intentó profundizar en aquella observación. La muchacha prosiguió:

—¿Podrás hacer desaparecer las huellas de esta enfermedad?

—Eso creo. Primero quitaremos con aceite de enebro la película que cubre las placas. Luego tendrás que exponer tu cuerpo al sol, muy a menudo, mientras recupera su vigor.

—Espero que estés en lo cierto, Alí ibn Sina. Y que tu tratamiento dé frutos. A una mujer se le perdonan muchas cosas, pero pocas veces su fealdad.

—La fealdad está tan lejos de tus rasgos como la mentira de la verdad.

Creyó que la muchacha iba a responderle, pero sus ojos se habían humedecido y se apartó bruscamente, para que él no la viera llorar.

El jeque la cuidó como se cuida al propio hijo. No pasó un solo día sin que acudiera a su cabecera. Sin que él mismo le sirviera el alimento, sin que la acompañara a los jardines del bimaristán para que gozara de aquel sol que tanto necesitaba su enfermedad.

Y cuando Jozjani se asombró por aquella excesiva abnegación hacia un ser del que nada sabía y que, además, no expresaba nunca su gratitud, Alí dio esta respuesta, por lo menos enigmática:

—Abú Obeid... Cuando la Providencia coloca en tu camino a una hermana que regresa de las sombras, sería sacrilego apartarse de ella.

* Probablemente, Ibn Sina se enfrentó, aquel día, a lo que la actual medicina conoce como psoriasis, una enfermedad de la piel cuya causa sigue siendo desconocida. (*N. del T.*)



DECIMOCUARTA MAQAMA

Al visir Ibn el-Kassim le costaba dominar su excitación. Se interrumpió para recuperar el aliento antes de concluir:

—La cabeza de la Sayyeda rodará por la ceniza...

Buscó a su alrededor una señal de adhesión. Sentado frente a él, con la mirada clavada en los botines, vistiendo una amplia yuja, estaba Majd el-Dawla. A su izquierda, con el rostro grave, se hallaba el sepeh-dar, Osman el-Bustani, comandante de la guarnición apostada en el fuerte de Tabarak. A la derecha, vistiendo ropas de brocado malva, se hallaba el gran canciller. De pie, algo retrasado, se recortaba contra la penumbra Hosayn, el gran cadí.

En el abovedado techo, la única lámpara de bronce difundía una pálida luz. Y a lo largo de las doradas paredes temblaban arabescos de uniformes tintes.

El canciller fue el primero en expresarse:

—El plan me parece perfecto. Por mi parte no tengo nada que decir.

El visir inclinó la cabeza satisfecho y, luego, su atención se dirigió hacia el joven soberano.

—Pareces perplejo, Excelencia —dijo Ibn el-Kassim.

Majd señaló con el índice al comandante.

—Todo dependerá de él. Mi madre es una mujer poderosa. Para que el golpe de Estado tenga éxito, necesitaremos el total e indefectible apoyo de la guarnición. ¿Lo tenemos?

El sepeh-dar abrió las manos en un gesto de ofrenda:

—Enteramente. Lo garantizo. Su Excelencia sabe que las tropas de Tabarak son las más temibles de todo Yibal.

—Estoy convencido de ello —dijo Majd—. Pero conozco también el poder de mi madre. No he olvidado el fracaso de mi primera tentativa.

El visir se apresuró a tranquilizarle.

—De eso hace tres años. Estabas entonces mal secundado. Y hoy no es el caso. Te lo aseguro, dentro de treinta y cinco días exactamente, cuando amanezca la primavera, serás consagrado rey de Yibal. La justicia habrá recuperado sus derechos.

—Inch Allah —dijo el canciller—. El Clemente está al lado del Justo.

Entonces se decidió a tomar la palabra el gran cadí. Lo hizo lentamente. Con el rostro preocupado.

—Me gustaría plantear un detalle que puede tener su importancia. Sabéis que si la reina se supiera amenazada, no permanecería con los brazos cruzados. Parte del ejército sigue siéndole fiel. Y...

El comandante le interrumpió:

—Sólo una parte. Pero insisto en que el núcleo de las fuerzas está aquí, en Tabarak. La guarnición daylamita, formada por esclavos turcos, no se nos resistirá.

—Es verosímil. Pero éste será, también, el punto de vista de la reina. Buscará alianzas. Lanzará llamadas de socorro. No podéis ignorar que mantiene excelentes relaciones con el príncipe kurdo Hilal ibn Badr. Su eventual ayuda sería entonces un gran peso en la balanza. Recordad que, hace seis años, en la misma situación, no vaciló en pedir la ayuda de Hassanwaih, el propio abuelo de Badr.

—Es cierto. Pero esta vez gozaremos del efecto de la sorpresa —objetó el canciller real—. No dispondrá del tiempo necesario para concretar una nueva alianza con los kurdos.

El cadí cruzó los dedos sobre su pecho y se dirigió hacia el príncipe.

—Excelencia. Eso no es todo. Hay otro elemento que todo el mundo parece olvidar.

—Te escucho.

El cadí miró, sucesivamente, al visir y al canciller:

—Nuestro príncipe tiene un hermano. Shams el-Dawla. ¿Lo habéis olvidado?

Majd replicó incomodado:

—¿Qué pinta mi hermano en ese debate? Es gobernador de Hamadhan. Reina sobre todo el Kirmanshahan. Nunca le han desposeído de nada. Y...

El emir recalcó con voluntario desprecio sus últimas palabras:

—Esa... mujer le gusta tan poco como a mí mismo...

—El príncipe tiene razón —confirmó Ibn el-Kassim—. Shams el-Dawla no tiene a su madre en gran estima. Sabe que su hermano es víctima de una injusticia desde hace tiempo.

—En ese caso —repuso el gran cadí entornando un poco los párpados—, ¿por qué, hasta hoy, nunca ha hecho nada en favor de nuestro soberano?

Majd clavó de nuevo su mirada en los botines.

—Porque si yo, Majd el-Dawla, hijo de Shirin, tengo importantes razones para entrar en conflicto con la reina, no ocurre lo mismo con Shams. Librar batalla a la propia madre no es cosa fácil. Hacen falta verdaderos motivos. Y mi hermano no los tiene.

Intentando, tal vez, tranquilizarse, concluyó:

—No. Mi hermano no actuará. Ni en un sentido ni en el otro.

Una ráfaga de viento hizo temblar, bruscamente, la luz bajo la bóveda, creando la breve ilusión de que los propios personajes vacilaban.

Ibn el-Kassim se levantó.

—Creo que hemos examinado ya la cuestión —dijo con firmeza—. El primer día de primavera, nuestro joven príncipe se sentará en el trono de Raiy.

Todos asintieron. El príncipe se retiró en primer lugar, seguido por el canciller y el gran cadí. En la estancia sólo quedaron el visir y el comandante.

Este se pasó lentamente las palmas por sus mejillas y declaró algo cansado:

—Comprendo su inquietud.

—No puede ser de otro modo, puesto que ignoran lo que yo sé.

—Tal vez sería necesario tranquilizarles.

—Para hacerlo, yo debería descubrirles lo esencial de mi plan. Pero es imposible. Demasiado pronto. Demasiado peligroso.

—¿Tanto temes pues que un brusco impulso patriótico invierta su decisión?

El visir clavó, literalmente, su mirada en la del sepeh-dar.

—Escúchame bien, Osman. Sabes perfectamente que nuestro brazo, aunque sea fuerte, no lo es bastante para vencer a la reina. Dentro de treinta y cinco días no será sólo tu guarnición la que invadirá nuestra ciudad. Majd el-Dawla será llevado al trono por las manos de otro. Y, ¿sabes?, no correré el riesgo de revelar algo así...

Cuando salió al galope del fuerte de Tabarak el príncipe Majd el-Dawla no advirtió en momento alguno la sombra del jinete que le seguía. Tampoco la descubrió cuando penetró en el pasadizo secreto que le permitió regresar a palacio.

La sombra seguía tras sus pasos cuando llamó a la puerta de Ibn Sina. Vio cómo el médico aparecía en el umbral y cómo el príncipe entraba en su alcoba.

—Sé que es tarde —dijo Majd dejándose caer en el diván que estaba junto a la ventana—. Pero necesitaba hablar con alguien...

—Sea cual sea la hora, eres bienvenido.

El-Jozjani hizo además de dirigirse hacia la puerta. Pero el príncipe le invitó a quedarse con una señal. Mientras hablaba, advirtió que Alí dejaba su cálamo en el tintero:

—Aún... ¿Pero ignoras la fatiga? Te observo desde que llegaste. Cuando no estás curando, enseñas o escribes. Sospecho que tu cabeza sigue trabajando aun cuando no hagas nada de todo eso. ¿Me equivoco?

Alí sirvió una copa de vino con especias y la ofreció al soberano.

—Hay dos clases de hombres: unos intentan alcanzar un objetivo y no lo consiguen, los otros lo alcanzan y no quedan satisfechos. De modo, Excelencia, que ser una mitad de cada grupo es una pesada carga...

Majd rechazó la copa con el reverso de la mano.

—No, esta noche no. Mi humor está demasiado turbado y mi alma demasiado preocupada.

Dirigió de nuevo su atención hacia la mesa de trabajo.

—¿Hasta dónde has llegado en la redacción de la imponente obra de la que me hablaste?

—¿El *Canon*? Estoy acabando el segundo libro.

—Si recuerdo bien, te quedan tres todavía.

Alí confirmó.

—Un largo camino...

El-Jozjani se apresuró a precisar:

—Un camino que, tal vez, habría podido ser más corto si el jeque se limitara a esa tarea.

—Sin duda estás hablando de su trabajo en el bimaristán —dijo el príncipe.

—No, Excelencia. Se trata de otra cosa: el espíritu del rais es un eterno hervidero. Cuando iniciamos el capítulo de los medicamentos simples, se interrumpe para dictarme un teorema de

lógica. Y cuando creo que, por fin, su cerebro está libre, aborda las propiedades de la línea equinoccial. Si...

Alí interrumpió a su discípulo.

—Abú Obeid. Conozco tus agravios. Pero no importunemos con ello al príncipe. Déjame, más bien, ofrecerle un presente.

Abandonando su lugar, tomó un manuscrito y lo tendió al príncipe:

—Hazme el favor de aceptar este modesto testimonio de amistad. Es una obra que he escrito sólo para ti. Te la he dedicado. Me atrevo a esperar que su lectura te abrirá horizontes más optimistas, más filosóficos y sobre todo, espero que te ayudará a volar por encima de la mediocridad de los malvados.

Majd tomó el volumen y leyó el título en voz alta.

—*Kitab el-Maad...* El regreso del alma..

Levantó la cabeza y preguntó con interés:

—Jeque el-raís, ¿crees pues en la inmortalidad?

—En la del alma sin duda alguna.

Majd movió la cabeza perplejo.

Alí prosiguió:

—Necesitabas hablar con alguien...

—Sí. Sobre todo necesitaba consejos. ¿Qué pensarías de un hijo que decidiera hacer la guerra a su propia madre? Aunque ello debiera producir su muerte...

El hijo de Sina movió la cabeza, incómodo.

—¿Qué me preguntas, Honor de la nación...? ¿Qué prueba me infliges...? ¿Por qué no me interrogas sobre el mantenimiento de la Tierra en el centro de la esfera celeste o sobre la unidad divina? ¡Qué fácil me sería entonces responderte!

—Porque ni la esfera terrestre ni la unidad divina me interesan, jeque el-raís. Sólo me preocupa mi destino terrenal.

El príncipe insistió.

—Podría decirte —comenzó Alí— que el mejor modo de vengarse de un enemigo, aunque sea la propia madre, es no parecersele nunca. Podría decirte, también, que nadie debe convencerse de que lo que se desea es más importante que lo que se posee. Y asegurarte que ninguna ambición merece el precio de una vida humana...

Majd replicó con un gesto de impaciencia:

—Son sólo frases abstractas. Quiero una respuesta de hombre.

Repitió separando bien las palabras:

—¿Tiene derecho un hijo a hacer la guerra a su propia madre?

Alí reflexionó antes de decir:

—Voy a citarte las palabras de un filósofo judío, poco conocido, cuyos escritos descubrí un día en la biblioteca de Gurgandj*: *Cuando la estupidez abofetea a la inteligencia, la inteligencia tiene derecho a portarse estúpidamente.*

El jeque hizo una pausa y añadió:

—¿Te basta mi respuesta, Honor de la nación?

El soberano abandonó el diván y miró a Alí con ojos sombríos:

—Ignoro quién es tu filósofo judío pero, como todos los judíos, debió de ser retorcido.

—En ese caso, yo debo de ser muy judío, Excelencia. Pues no veo otra respuesta a tu pregunta...

—¿Eres consciente de que deja la puerta abierta a todas las posibilidades, sin límite alguno?

—En los límites del ultraje.

Majd el-Dawla se pellizcó, imperceptiblemente, el labio inferior. Su rostro estaba muy pálido. Miró unos instantes al jeque y dijo con decisión:

—Hasta la muerte pues...

Sin aguardar más, corrió hacia la puerta y desapareció.

La sombra que les escuchaba tuvo apenas tiempo de ocultarse en un recodo del pasillo...

* No era la primera vez que oía a mi maestro hablar de aquel filósofo, un tal Ben Gurno, nativo de las riberas del mar de los Rumí. La frase citada estaba extraída de una obra titulada: *Pensamientos escogidos*, que el jeque conocía de memoria. Ahora, mientras escribo estas líneas, tengo ya en mi poder el volumen y es objeto de toda mi admiración. (Nota de Jozjani.)

Al cabo de numerosas peripecias, conseguí a mi vez encontrar el volumen en cuestión. Que yo sepa, deben de existir dos o tres ejemplares en el mundo. Podemos preguntarnos cuáles son las razones por las que Ben Gurno sigue siendo, hoy, desconocido por las masas y los círculos literarios. (N. del T.)



DECIMOQUINTA MAQAMA

- ¿Acaso el maestro de los sabios es también maestro de los asesinos?
La reina dejó de maltratar su pañuelo de seda y lo arrojó al suelo con mal contenida rabia. El jeque no rechazó.
- Nunca he alentado el asesinato. Nunca. Conozco mejor que nadie el precio de la vida.
- ¡Mentira! Estoy al corriente de todo. ¡Para ti, la vida no tiene más importancia que un plato de lentejas! Mi vida, al menos.
- No es cierto, Sayyeda.
- En los ojos violeta de la reina nació un fulgor.
- Cuando la estupidez abofetea la inteligencia, la inteligencia tiene derecho a portarse estúpidamente...
- Había pronunciado lentamente las palabras, obteniendo de cada sílaba algo más de furor.
- Tus espías tienen buen oído... Es indiscutible. Pero sólo estaba citando a un filósofo y...
- ¡Judío!
- Alí hizo una mueca condescendiente:
- Judío, lo reconozco. Pero una frase sacada de su contexto puede ser interpretada de mil modos distintos y...
- La Sayyeda le interrumpió en seco.
- ¿Qué sentido darías a ese tipo de máxima? ¡Yo sólo veo en ella una incitación al crimen! ¿Es eso lo que pretendes? ¿La muerte de una madre herida por su hijo? ¿Eso has venido a sembrar bajo mi techo?
- Alteza... No he sembrado nada que no hubiera brotado ya antes de mi llegada a la ciudad.
- ¿Qué quieres decir?
- Que hace muchos años ya que la cizaña crece en el campo. La enfermedad de Majd el-Dawla es esa cizaña.
- Y en vez de intentar curarlo, no has encontrado nada mejor que acelerar la enfermedad con solapados e injustos consejos.
- Ignoro lo que te han contado tus espías. Pero permíteme recordarte que dar una opinión sobre un tema no es aconsejar.
- La reina se acarició maquinalmente la papada, cerrando los ojos.
- ¿Niegas que el príncipe te visitó ayer por la noche?
- En absoluto.
- ¿Reconoces que hablasteis de las diferencias que nos enfrentan?
- Necesitaba hablar con alguien... Le escuché. Como se escucha a un amigo.
- Los rasgos de la Sayyeda se endurecieron. En ella todo revelaba que estaba agotando su paciencia:
- Escúchame bien, hijo de Sina —y era la primera vez que le llamaba así—. ¿O, tal vez, debiera decir.. *Ben Sina*?
- Alí creyó haberlo oído mal.
- Te lo repito: *Ben Sina*. Pero yo, cuando utilizo las palabras nunca lo hago por juego. Nunca lo hago inocentemente.
- Calló para evaluar mejor el efecto de sus palabras. Luego, con voluntaria indiferencia, levantó lentamente la mano derecha separando los dedos y miró el diamante de puras aguas que adornaba su auricular:
- ¿Acaso eres sólo un ladrón de sedjadeh*, Ibn Sina? Tus orígenes no son claros. Nadie ignora la conversión de tu padre al ismaelismo.
- Mi padre era un buen musulmán.
- ¿Puedes tú decir lo mismo?
- No encontrarás, en todo el país chií, a otro más convencido que yo...

* El sedjadeh es la pequeña estera de oración. Robar un sedjadeh en la mezquita significa acudir a ella por hipocresía. (*N. del T.*)

La reina soltó una risita divertida.

—Eso es... Un chíí convencido. Como tu madre, claro.

Alí pareció vacilar bajo el golpe de un invisible ariete.

—Mi madre —susurró con voz que la emoción hacía temblar—, mi madre era buena y digna.

La reina iba a interrumpirle, pero esta vez fue él quien le impuso silencio.

—Es una discusión estéril y ambos podemos caer en arenas movedizas. Prefiero pues detenerme aquí. Considérame, desde ahora mismo, dimitido de mis funciones en el bimaristán. Saldré de palacio y, si es necesario, de la ciudad.

—¡Ni hablar!

Abandonando el trono de un salto, con el nerviosismo de una leona, bajó los tres peldaños de mármol rosa que la separaban de él y caminó en su dirección, señalándole con el índice.

—¡Ni hablar! ¿Acaso tu condición de sabio te dispensa de respetar el protocolo? ¡Nadie se despide de la reina, es ella la que despide! ¡No se dimite, la reina expulsa! Permanecerás en tu puesto mientras lo considere necesario y útil para la ciudad. ¿Está claro?

Estás al borde de un precipicio... un paso más y...

Volviendo a su memoria, aquella frase pronunciada por el-Massihí, algunos años antes, le hizo el efecto de algo que había vivido ya. Al mismo tiempo, evaluó su inmensa vulnerabilidad. Ante la amenaza de los príncipes la ciudadela a cuyo abrigo está convencido de vivir cualquier individuo no es, en realidad, más que una miserable choza. Apretando los puños, se inclinó con deferencia, y fue el primer extrañado cuando halló el valor de declarar:

—Hágase según el deseo de la reina.

Un brillo de victoria se encendió en la mirada de la Sayyeda.

—Eso está mucho mejor, jeque el-raís.

Complacida, le observó en silencio, deleitándose en lo que, sin duda, consideraba una guerra ganada.

—Pero añadiré algo más: Nos sentiríamos realmente muy contrariados si, en el futuro, supiéramos que mi hijo sigue recibiendo consejos de un filósofo. Aunque sea judío... Ahora, puedes marcharte.

La luz se deshilacha tras los contrafuertes de los montes Elburz. No falta mucho para que el ocaso se apodere de todo Yibal.

Alí aflojó la rienda, imponiendo el paso a su caballo bayo para evitar que tropezara en la tortuosa senda que llevaba hacia el saliente natural excavado en la montaña. El aire frío hacía temblar las desnudas ramas de los escasos árboles de aquel atormentado paisaje. Con temeroso pataleo, la bestia estuvo a punto de caer al abismo que se abría a la izquierda de la senda, y recobró el equilibrio por los pelos.

Llegaron finalmente a un promontorio formado por lava seca, en cuyo centro se levantaba una roca malva surcada por algunas ranuras. Alí palmeó el cuello del animal, descabalgó y ató la brida a un tronco desnudo. Luego, tomó el zurrón de la silla. No era la primera vez que venía aquí. Conocía de memoria los menores recovecos del lugar. Ni los hierbajos ni la húmeda tierra donde quedaban marcadas las huellas de sus botas, ni tampoco las rocas de obsidiana tenían secretos para él. Aquí había iniciado el estudio de los movimientos geológicos. Aquí había redactado, también, su estudio sobre la *Causa del mantenimiento de la Tierra en su lugar*. Tomó una hoja, el cálamo y el tintero, y dejó vagar su espíritu.

Allí hacia el norte, la etérea superficie del mar de los Jazares parecía un espejo de plata. El este ofrecía la nivosa cresta del Demavend, la cima más alta de Persia*. Al oeste se alargaba la inmensa llanura amarillenta del Rihab.

Alí sintió que la serenidad regresaba, poco a poco, a él. Las frases de la Sayyeda desaparecían bajo el influjo del silencio. La paz se apoderaba lentamente de su alma. Se sentía bien. Estaba solo. Fuera del alcance del tumulto y de la mediocridad de los humanos. Tomó su cálamo y utilizando la superficie plana de la roca como pupitre, escribió encabezando la página: *Remedio para los distintos errores administrativos*.

Más abajo:

No es conveniente que quien deba gobernar las bestias sea una de esas bestias. No es conveniente que quien deba gobernar a los pérfidos sea uno de esos pérfidos. No es conveniente que quien deba gobernar a la masa sea

* 5.670 metros. (N. del T.)

uno de la masa... No, es necesario que sea, al menos, un muchachito más inteligente que ella.

El sol ha desaparecido al otro lado de la tierra. Ahí está la noche. Las palabras se han diluido en las tinieblas.

Alí ha guardado sus hojas. El frío quema sus falanges. Se envuelve en su manto y se acuesta en el suelo.

Sabe que el sueño tardará en llegar...

El tercer día le halló en el mismo lugar. Y también los días siguientes. Así hasta el séptimo. Las hojas se amontonaron a su alrededor. Sentado, con las piernas cruzadas, frente al horizonte, permanece inmóvil. Tanto que podría confundírsele con el paisaje. El tintero está seco. Seco como se han vuelto los rasgos de su rostro. No ha bebido nada. No ha comido nada desde hace siete días. Sus ojos se han hundido en las órbitas, aunque no han perdido un ápice de su fulgor; diríase, incluso, que son más vivos.

El alba asciende suavemente del mar. Alí se ha levantado. Con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo, murmura: Dios es Grande...

El roce de unas hierbas y el inseguro paso de un caballo que bajaba por la senda le hicieron volverse. Un jinete apareció entre los árboles. No, eran dos. En el porte del primero Alí reconoció enseguida a el-Jozjani; el que le seguía le era desconocido. Cuando le identificó, su sorpresa fue inmensa. Se trataba de la mujer de las escamas: Yasmina.

Ambos jinetes descabalgaron casi al mismo tiempo. Y el-Jozjani corrió hacia su maestro. Incapaz de pronunciar una sola palabra, le tomó de los hombros y le estrechó con todas sus fuerzas. Cuando aflojó el abrazo, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Jeque el-raís... —balbuceó—. Alá es misericordioso. Te ha devuelto a mí.

Alí posó una mano fraternal en la mejilla de su discípulo.

—¿Por qué iba a arrebatarme?

Su atención se dirigió a la muchacha, que seguía sin decir nada. Ella se adelantó a la pregunta:

—Te creí muerto...

—¿No lo recuerdas, pues? ¿Acaso no me dijiste, no hace poco, que el Omnipotente no quería a los infieles?

—Te hemos buscado por todas partes —gimió el-Jozjani—. Día y noche. Registramos cada rincón de Raiy. Y estabas aquí... ¿Pero cómo has podido aguantar el frío? ¿Sin alimentos? ¿Sin agua?

—Al parecer —observó Yasmina con una pizca de ironía—, Alá ha dotado al jeque de una resistencia física que iguala, al menos, su poder intelectual.

Alí se volvió lentamente hacia ella:

—¿Por qué estás aquí?

El-Jozjani repuso:

—Se preocupaba al no verte en el bimaristán. Acudió a mí.

El hijo de Sina la sermoneó con fingida severidad:

—De modo que has abandonado el hospital sin la autorización del primer director. ¿Sabes que eso es muy grave?

—Estoy curada, jeque el-raís. Puedes comprobarlo.

Uniéndolo al gesto a la palabra, se subió las dos mangas del vestido y le ofreció sus brazos desnudos. Una ojeada le bastó al médico para advertir que decía la verdad. No quedaba rastro de los eritemas.

—Eres un buen médico...

Decididamente, una vez más, aquella mujer le intrigaba.

Advirtió que su corta estancia en el hospital la había transformado profundamente. Su rostro, bronceado por el sol al que se había expuesto, había recuperado su antigua belleza. ¿Pero se trataba realmente de belleza? No, se trataba de otra cosa. Tal vez del aura que emanaba de todo su ser; del modo como se movía, del fuerte y tierno sonido de su voz. O también de aquella vibración de la mirada, absolutamente singular. De hecho, era sencillamente mujer. Mujer hasta en el aire que expelía, en el perfume que brotaba de su piel.

—Tuve miedo por ti...

Lo había dicho en un tono neutro. Pero él descifró en su expresión el fervor de las palabras.

Yasmina añadió dulcemente:

—¿No crees que es ya hora de regresar a palacio?

La noche había caído sobre Raiy.

Con la cabeza apoyada en el vientre de Yasmina Alí parecía dormir pero, en realidad, estaba respirando el meloso perfume de su piel.

Habían hecho el amor. Y, en aquellos instantes, se había preguntado sobre la exactitud del verbo ¿Podía aplicarse realmente a lo que acababan de vivir? Mientras había durado su abrazo, se habían introducido en él reminiscencias procedentes de más allá, que parecían brotar de la noche de los tiempos. De antemano conocían los gestos, las respiraciones del otro; la presencia de sus recíprocos deseos sorprendentemente anticipados. La experiencia de amores pasados le había enseñado que raras veces dos cuerpos, desconocidos aún la víspera, pueden alcanzar la perfecta ósmosis. Sin embargo, el milagro se había producido. Se habían bebido el uno al otro, sus labios se habían entremezclado, unidos, desposados con el fervor de la arcilla que regresa a su molde. Se habían abrasado, consumido, ignorando ya cuál de ellos era el sebo y cual la llama. En realidad, no habían hecho el amor... Sólo se hablan reconocido.

—¿Qué me sucede? —dijo Alí como hablando consigo mismo—. Vive en mí algo que, hasta hoy, yo no conocía. ¿Comprendes?

Ella pasó dulcemente la mano por su nuca.

—Lo comprendo, Alí ibn Sina. Pero, a diferencia de ti, aunque nunca hubiera sentido eso de lo que hablas sabía que existía. Confusamente. Como se sabe de una tierra sin nunca haberla conocido.

Él se tendió a su lado. Se le veía conmovido.

—Y sin embargo, no debo... Yo no.

Sus dedos se cerraron bruscamente sobre la piedra azul que colgaba de su cuello.

—Ves esto —comenzó dulcemente—. Por aquel entonces sólo tenía dieciocho años. Una vecina me la regaló para agradecerme que hubiera salvado a su marido. Recuerdo todavía las palabras que pronunció, y terminó diciendo: «Ningún mal de ojo hará presa en ti...» Soy un hombre de ciencia y no creo en lo irracional. He escrito incluso una obra sobre el tema titulada: *Refutación de las predicciones basadas en los horóscopos*. Sin embargo, algo me dice que sin esta piedra habría muerto más de una vez. Pues desde que abandoné Bujará mi vida ha caminado por el filo de una cimitarra. Y hoy...

—¿Hoy?

—Ignoras muchas cosas. Raiy conocerá graves acontecimientos. Una vez más, mi situación se hará muy precaria. Puedo perder mi cabeza.

La expresión de la muchacha se transformó de pronto.

—¿Tú? ¿Estás en peligro?

Alí lo confirmó.

—Perdóname, pero ignoro por completo los problemas de esta ciudad.

—Es cierto. Lo olvidaba.

Advirtió bruscamente que seguía sin saber nada de aquella mujer. Preguntó:

—¿De dónde eres? Háblame de tu vida.

Ella guardó silencio antes de responder a media voz:

—¿Lo crees realmente útil? ¿Saber de dónde venimos, quiénes somos, cambiaría el presente?

Se acercó algo más a él.

—No me pidas que despierte mi memoria. Las puertas se han cerrado; abrirlas me haría daño. Te lo ruego.

Tal vez algún día, más tarde...

Ibn Sina decidió respetar su deseo.

Ella prosiguió:

—¿Por qué has dicho que iban a producirse graves acontecimientos?

—Creo que estamos en vísperas de una revolución. Tendrá la originalidad de oponer una madre a su hijo. La actual regente al príncipe heredero.

—¿Es posible hacer correr la propia sangre?

—Estás muy lejos de los meandros de la política y de la sed de ambición de los príncipes que nos gobiernan. Para esa gente, la justicia es sólo lo que aprovecha el más fuerte. Siempre, sean del bando que sean.

En los labios de Yasmina apareció una sonrisa:

—Si en toda Persia existe un hombre que odie las cosas del Estado, creo que está a mi lado. ¿Pero no es simplista tu condena? ¿Acaso no es necesario gobernar a los pueblos? ¿Un rebaño no necesita pastor?

—Sólo porque imaginas pastores que procuran el bienestar de sus bestias. Lamentablemente, estoy convencido de que la mayoría sólo desean utilizarlas en su beneficio. Pero lo que más me apena es que los Pueblos sufren una doble enfermedad: la ausencia de memoria y la ceguera. Lo que les confiere la extraña actitud de glorificar a quienes odiaban la víspera, y de odiar mañana a quienes veneran todavía hoy.

—¿Y qué piensas hacer tú?

—Nada. Aguardar. Estoy en uno de los platillos de la balanza. Sólo puedo esperar que se incline a mi favor.

—¿Del lado de la reina?

—No. Del lado del príncipe...

—¿Qué presentes?

—Te sorprenderá... pero tengo la sensación de que ambos platillos van a ser barridos...

Los ojos de Yasmina se abrieron de par en par y sintió que el invierno se apoderaba de todo su cuerpo.

—¿Por ello decías: «No debo...»?

La atrajo contra su pecho.

—Quienes son mis íntimos conocen los mismos peligros que yo. Su existencia se une a la mía en el filo de la cimitarra. ¿Tengo derecho a exponerles así? ¿Se tiene derecho a arriesgar la vida de aquellos a quienes se ama?

No respondió enseguida, pero sintió que algo se había quebrado en ella.

—¿Crees que me equivoco?

Movió la cabeza.

—No lo sé, hijo de Sina. Sé sólo que, en el pasado, vivía en el filo del que hablas, y sólo conocí sufrimiento y envejecimiento. Perdóname pues si me duele pensar que hoy, por primera vez, habría podido pagar el mismo precio, pero a cambio de la felicidad...

Apenas había acabado ella de hablar cuando, bruscamente, como el movimiento de la marea que asciende hacia la playa, brotó en su memoria una de las predicciones del músico ciego. Hacía mucho tiempo ya, en la noche del Turkestán: *Has amado, pero todavía no conoces el amor. Lo encontrarás. Tendrá la tez del país de los rumí, y los ojos de tu tierra. Seréis mucho tiempo felices. Te defenderás de él, pero será tu amor más duradero. Te guardará consigo, porque lo habrás hallado. No está lejos, duerme en alguna parte, entre Turkestán y Djibal.*

Durante las semanas siguientes, las torres de vigía vieron pasar numerosos mensajeros. De Yibal a Daylam. Y de Daylam al Turkestán.

Como el cadí había insinuado durante la reunión que había tenido lugar en el fuerte de Tabarak, la reina, habiéndose enterado de la conspiración que se tramaba, no vaciló en recurrir al príncipe kurdo Hilal ibn Badr, que se apresuró a llevar sus tropas hasta las puertas de Raiy. Pero llegó dos días tarde: la ciudad y el palacio estaban ya en manos de los rebeldes mandados por Osmán. La reina debía su salvación a la abnegación de su guardia personal. Se decía que había huido a las montañas de Elburz.

Ante la posición estratégica del enemigo, el emir kurdo no tuvo más elección que sitiar la ciudad. A partir de entonces, los platillos de la balanza que Ibn Sina había evocado parecieron dar cierta ventaja al príncipe heredero.

Transcurrió el invierno. Llegó la primavera y la situación no cambió. Luego, los efectos del sitio comenzaron a notarse y, en la ciudad, crecieron la inquietud y el nerviosismo. A mediados del mes de du-l-qa'da Majd el-Dawla estaba solo, desamparado, en lo más agudo de sus tormentos. Cierta mañana se sinceró con el jeque, que intentó, como pudo, tranquilizarle.

—¿Acaso no lo entiendes? Nuestra resistencia toca a su fin. Raiy está exangüe. No aguantaremos ya mucho tiempo.

—Príncipe, nada sé del arte de la guerra, pero tal vez el ejército debiera intentar una salida.

—Eso es, exactamente, lo que estoy repitiéndoles al visir y al comandante Osmán. Pero hacen oídos sordos. Tengo la impresión de hablar con piedras.

—Esperan, sin duda, que los kurdos se cansen primero. A fin de cuentas, un asedio no puede durar mil años.

Presa de gran angustia, Majd iba y venía por la habitación.

—No, jeque el-raïs, no. Se trata de otra cosa. Si no conociera por completo su plan, juraría que parecen esperar socorro.

—¿Socorro? ¿Pero de dónde puede venir? Sabemos perfectamente que ni el gobernador de Kirman ni el emir de Rihad, ni tampoco el califa de Bagdad, están dispuestos a intervenir en este asunto.

Con el rostro muy tenso, Majd el-Dawla unió sus manos y exclamó rabioso:

—¡Ah, si al menos pudiera leer el porvenir!

Lamentablemente, ese don no pertenece al hombre, ni siquiera a los príncipes de sangre. Y aunque hubiera sido así, el joven soberano nunca lo hubiera creído. Pues cómo creer un solo instante que el socorro que había sentido, aquel socorro esperado por el visir Ibn el-Kassim se hallaba, precisamente, a tres días de camino de Raiy y se llamaba Massud. Massud, el propio hijo de Mahmud el Gaznawí. Rey de Gazna.



DECIMOSEXTA MAQAMA

—¡Maldito seas, Ibn el-Kassim! ¡Que tu alma arda por toda la eternidad en la Gehenna!

En un ondear de mangas, el visir se irguió de pronto, con el rostro pálido.

—Excelencia —replicó avanzando prudentemente hacia Majd el-Dawla, sentado en el trono de la reina—. No teníamos elección. Pedí ayuda al Gaznawí sólo para servirte. Para servir al reino. Sin su ejército estábamos perdidos. Yo lo sabía.

—¡A los turcos! ¡Has vendido a los turcos el reino de mi padre!

—¡Rechazo esta acusación! La rechazo con todo mi corazón. Pedí apoyo, sólo apoyo militar.

—¿Apoyo militar? ¿Y el rey de Gazna te lo habría concedido sólo por su grandeza de alma? Tal vez tenga sólo dieciséis años, pero el Omnipotente me ha dado un cerebro capaz de pensar.

—Alteza... Yo...

—¡Silencio! ¡Que tu lengua se convierta en polvo y tus ojos se sequen!

Alí ibn Sina, que observaba la escena, creyó que el visir iba a perder el poco dominio de sí mismo que aún le quedaba para lanzarse a la cabeza del soberano. Pero no fue así.

Ibn el-Kas-sim hizo una profunda inspiración y apostrofó a los miembros de la corte.

—Escuchadme. La situación es clara: a una noche de aquí acampa un ejército que, sin duda, puede acabar con la mordaza que nos asfixia. Al pie de las murallas se halla otro ejército que, antes o después, nos obligará a rendirnos, lo que provocará el regreso de la reina. Pues ahora sabéis que está viva, su tienda se levanta en pleno campamento kurdo. ¿Qué decidís?

Un pesado silencio acogió las palabras del visir. El canciller bajó los ojos. El gran cadí se sacudió nervioso la manga del caftán. El comandante se arregló el turbante mirando al vacío. Nadie pareció querer actuar. Finalmente, fue el chambelán quien tomó la palabra:

—Honor de la nación —comenzó en un tono vacilante—, me parece que no tenemos demasiadas posibilidades de elección.

—Querrás decir que no tenemos ninguna —rectificó el comandante Osmán—. Estamos en una mazmorra y la llave...

—¡La llave está en manos de los turcos! —interrumpió Majd el-Dawla—. ¿Y mañana? ¿Quién será nuestro nuevo carcelero? ¿Los kurdos o el Gaznawí?

—Tú tienes la respuesta. Excelencia —lanzó el visir.

—¿Mi hermano? Tal vez mi hermano...

Había dicho estas palabras con la voz sollozante. De pronto el niño aparecía de nuevo en el cuerpo del hombre.

—Nuestros espías en Hamadhan me han comunicado que, de momento, Shams es insondable. Ha solicitado que le mantengan al corriente, minuto a minuto, de la evolución de los acontecimientos, pero no parece dispuesto a actuar en modo alguno.

El joven soberano puso su cabeza entre ambas manos y permaneció inmóvil, petrificado en los nacarados oros del trono.

Era sólo un cervatillo al borde del abismo, acosado por una bandada de halcones. Sólo tenía una alternativa: arrojarse al vacío o dejarse devorar.

Se decidió a declarar:

—Que el Clemente nos proteja. Que nuestras tropas estén listas para alinearse con las de Massud. Presentaremos batalla cuando éste lo considere oportuno.

—Mañana, Majestad —murmuró el visir—. El hijo del Gaznawí me ha hecho saber que atacará a los kurdos mañana, con las primeras luces del alba.

—Mañana entonces...

Con un gesto de su mano, Majd dio a entender que la entrevista había concluido. La corte se inclinó respetuosamente y abandonó la sala del trono. El hijo de Sina se disponía a imitarles cuando la voz de Majd le interpeló:

—¡Jeque el-raís!

—¿Señor?

—Mañana correrá mucha sangre en las filas de nuestros hermanos. Debemos procurar suavizar el sufrimiento de nuestros soldados. Me gustaría que todos los médicos estuvieran en el campo de batalla, que acompañen a la unidad médica móvil.

Ibn Sina respondió sin vacilar:

—Eso había previsto, Honor de la nación.

Y añadió con voz conmovida:

—Que Alá nos guarde del mañana...

El sol se levantaba lentamente entre las crestas de Daylam. Brumas de calor flotaban sobre la llanura formando una especie de cinturón de espuma blanca, a media altura, ante las murallas de Raiy donde el visir Ibn el-Kassim, Majd el-Dawla y las altas personalidades de la corte contemplaban el campo de batalla.

A la izquierda, el ejército kurdo, una masa impresionante, se había inmobilizado en el orden perfecto del *ussul*; la configuración tradicional de los cuerpos de ejército divididos en cinco *jamis*, cinco elementos intangibles el centro, el ala derecha, el ala izquierda, la vanguardia y la retaguardia. Y la sigilosa luz del alba resbalaba insensiblemente por el acero mate de los sables de Damasco, se infiltraba en las cotas de malla y cubría la oscura cabeza de las mazas.

A la derecha, de espaldas al sol, visiblemente menores, las fuerzas turcas habían iniciado su descenso por los flancos de la colina llamada «de los cuervos». El ejército se había dividido en tres hileras. En la primera, zambullidos en los jirones de bruma, se veían los infantes protegidos tras sus escudos de un dorado oscuro; en la segunda fila flotaba la negra sombra de los arqueros y los ballesteros. En tercer lugar, casi invisibles por los fulgores del contraluz, piafaban los jinetes pesados. En el centro se habían izado los estandartes bordados con hilos de oro sobre púrpura y ébano.

—Es curioso —advirtió el canciller señalando con el dedo las tropas turcas—, aunque el equilibrio de fuerzas nos sea claramente desfavorable, Massud ha adoptado una posición defensiva. Además, ha colocado sus arqueros en segunda línea, lo que infringe todas las reglas de la guerra.

El visir Ibn el-Kassim, llevándose la mano a la frente, aventuró:

—Debe de tener sus razones. No siento inquietud alguna.

Sin apartar la mirada del campo de batalla, Majd murmuró con un nudo en la garganta:

—Que el Clemente nos proteja...

Abajo, del lado kurdo, unas trompetas de estridente timbre resonaron bajo el velo que seguía oscilando por encima de la armada. Hilal ibn Badr se volvió hacia sus lugartenientes y ordenó con fuerte voz:

—¡Que cargue la caballería!

Inmediatamente, los caballos, con los flancos protegidos por redes de cobre, partieron levantando un torbellino de arena. Ascendieron la colina con atronador estruendo, galoparon en línea recta y se lanzaron contra el centro del ejército turco. Hubo unos instantes de vacilación y, como un solo hombre, los soldados de Massud rompieron la línea como una ola cortada por la proa de un navio, iniciando un movimiento en semicírculo hacia las dos alas del ejército kurdo.

—¡El hijo del Gaznawí ha perdido la cabeza! —maldijo el canciller—. La estratagema es tan vieja como el mundo. Los kurdos no caerán nunca en una trampa tan grosera. Sus alas están perfectamente protegidas y son superiores en número.

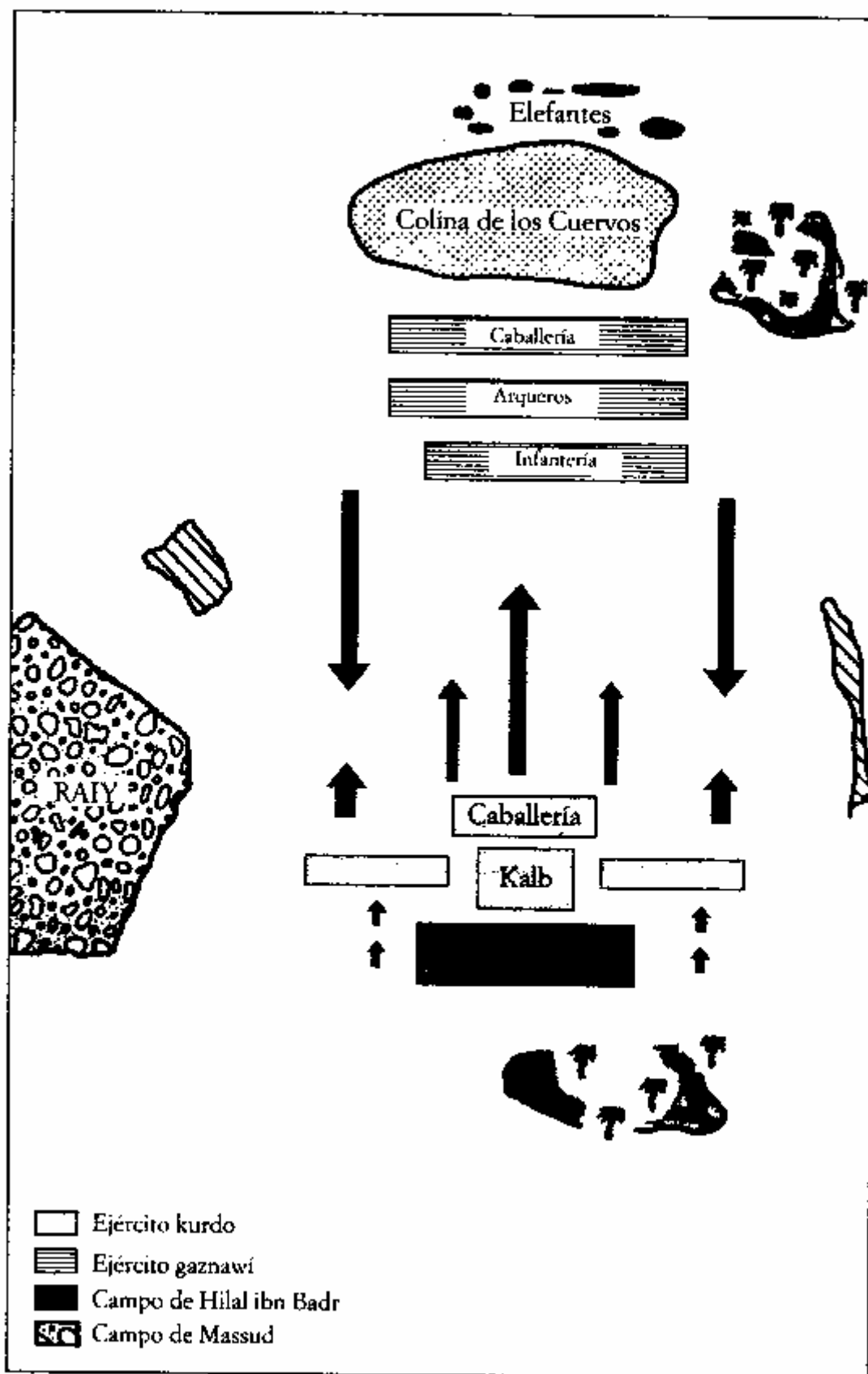
—¡Y su centro quedará desguarnecido! —añadió Majd el-Dawla, muy pálido.

En efecto, abierta la primera línea de infantes, la caballería kurda se lanzó como un torrente por la brecha mientras, tras ella, el *kalb*, el núcleo de su ejército, se ponía en marcha.

El sol se había levantado por el cielo, sin conseguir todavía reventar las brumas de calor que seguían cubriendo la llanura y enmascarando la colina de los cuervos.

Los infantes del Gaznawí proseguían su avance hacia los flancos diestro y siniestro del ejército kurdo donde, rodilla en tierra, con los músculos tensos y pétreos los rostros, les aguardaban los arqueros de Ibn Badr. Tras un signo del general, las flechas kurdas cruzaron de pronto en el cielo. Con tenue silbido ascendieron casi verticalmente sobre la bruma; pareció, por un instante, que el aire las sujetaba pero cayeron de inmediato, derramando una lluvia mortal sobre los infantes gaznawíes.

Fue el momento elegido por Massud para lanzar, a su vez, la caballería pesada. A diferencia de los adversarios, esos jinetes iban armados con arcos y pequeñas flechas, que les habían forjado una reputación de «demonios del Turkestán». Mientras cabalgaban con prodigiosa agilidad, soltaron un diluvio de flechas que sembraron la muerte y la confusión en la caballería kurda. El galope de los caballos parecía, ahora, reventar el vientre de la llanura arrancando



Plan de batalla de «Los Cuervos»

volutas de arena que se levantaban sobre el suelo antes de caer hechas jirones. Y se produjo el choque. Terrible. Ambas caballerías se golpearon con la violencia de las olas estrenándose contra el roquedal. Los sables y las cimitarras, levantándose hacia el cielo parecían vivir bajo el áspero fulgor del sol. Y todo se mezcló para formar, sólo, un magma de colores y ruidos. Aquí el rumor del lino contra la lana, los turbantes decapitados; allí el jadeo, el salado sudor y la baba de los caballos. Sucesivamente, se añadieron a la confusión tres de los *yamis* del ejército kurdo, el ala derecha y el ala izquierda se oponían a la maniobra de rodeo intentada por el enemigo gaznawí.

Apartado, de pie en el techo de una de las cuatro unidades móviles, Alí intentaba adivinar el resultado del combate. Conocía, desde siempre, ese olor a sangre y muerte, pero aquella mañana tenía algo agudo que revolvió el estómago y provocaba la náusea. Se secó maquinalmente los labios con la manga, como intentando que desapareciera aquel sabor de excrementos y vómitos. En realidad no sabía ya muy bien si la náusea que le atenazaba se debía a las escenas de horror que se desarrollaban ante sus ojos o al pensamiento de hallarse, involuntariamente, asociado a quienes consideraba los enemigos de Persia, los gaznawíes.

De momento todo era confusión y tumulto. Las fuerzas kurdas oponían una sorprendente resistencia a los mercenarios mamelucos. Habían conseguido, incluso, rechazar el ataque que amenazaba sus alas y avanzaban hacia los flancos del adversario esbozando una maniobra de tenaza.

Nadie podía predecir el resultado de los combates Ni el visir, ni las personalidades encaramadas en las murallas de Raiy, ni, menos aún, Majd el-Dawla, de quien se ignoraba si le atormentaba más la posible derrota de los kurdos o la victoria de Massud.

Entonces se produjo el acontecimiento que iba a decidir la suerte de los ejércitos. La bruma se había disipado por completo, dejando aparecer un cielo de límpido cristal. Las difusas líneas que, hasta entonces, habían delimitado el horizonte se destacaban, claramente, en los cuatro ángulos de la ondulada llanura, descubriendo al mismo tiempo la cresta y los alrededores de la colina de los cuervos.

De allí surgieron los diez elefantes turcos. Inmensos como montañas; enjaezados y adornados con collares de cascabeles, con el vientre protegido por una coraza y un espolón en el pecho, montados por arqueros instalados, a un lado y otro, en *howdahs*, cestas de paja trenzada. Se desplazaban con sorprendente rapidez para su peso, y el glacial eco de sus berridos, corriendo por el campo de batalla, bastó para que un viento de pánico soplara inmediatamente sobre las tropas de Ibn Badr. Conducidos por sus cornacs, los animales se lanzaron hacia delante. Pese a las flechas que caían de todas partes, lo barrían todo a su paso; pisoteando cadáveres, encarnizándose en los restos humanos. Los espolones de su pecho quebraban, inexorablemente, las hileras de los *yamis* kurdos, sus trompas machacaban a los soldados o, arrancándolos del suelo, los proyectaban por los aires como insignificantes insectos; mientras sus defensas, prolongadas por hojas de acero inclinadas hacia el suelo, araban todo lo que intentaba resistírseles.

La única respuesta posible habría sido abrir el bajo vientre de las bestias o cortarles los jarretes, pero había tal desorden en las filas turcas que nadie oía las órdenes que gritaba Ibn Badr. Se formó un último cuadro de ballesteros e intentó una postrera y desesperada maniobra, apuntar a los ojos de los elefantes. Pero era demasiado tarde ya. El sol les cegaba y los mastodontes estaban demasiado cerca, casi, sobre ellos ya.

Trastornado por el espectáculo de desolación que se ofrecía a sus ojos, Ibn Sina apartó la cabeza con los ojos húmedos.

La victoria había elegido su bando.

Massud era digno hijo del rey de Gazna.

El crepúsculo azuleaba los contornos de la llanura y los cadáveres de los soldados y los caballos, entremezclados. Alí acababa de vendar al último herido que le habían llevado. Había conseguido detener la hemorragia con la ayuda de un cauterio al rojo vivo y, ahora, estaba aplicando un ungüento hecho con arcilla. Cuando terminó, examinó la herida para asegurarse de que estaba perfectamente cubierta y la envolvió con un lienzo. Reinaba en el carro que servía de dispensario ambulante un hedor insoportable que impregnaba los vestidos y los objetos.

Algo más lejos, Yasmina intentaba hacer beber a un soldado una decocción de melía, para apaciguar sus dolores. Durante toda la tarde, otras mujeres de la ciudad habían acudido para ayudar a los médicos y a los enfermeros. La intención era noble pero irrisoria. En realidad, habrían sido necesarios auténticos prodigios de ciencia para salvar a una décima parte de los

hombres heridos. Concluido su vendaje, Allí tomó una de las jarras en las que quedaba un poco de vino y bebió un gran trago. Se sentía vacío, agotado por aquellas horas que acababa de pasar prodigando cuidados que, en su fuero interno, sabía insuficientes. Horas y horas prodigando analgésicos, intentando suturar, limpiar las heridas provocadas por el acero de las hojas y la punta de las flechas.

Apartando la abigarrada tela que servía de puerta, bajó los tres peldaños que llevaban fuera y fue a apoyarse en una de las ruedas del carro. Casi de inmediato, el aire fresco de la noche azotó su rostro cubierto de sudor, proporcionándole cierto bienestar. Su mirada vagó por el campo de batalla, cubierto todavía de cadáveres, y pensó en lo absurdo de todo aquello. ¿Acaso el destino de los hombres sólo iba a basarse, siempre, en malentendidos, desgarramientos, orgullo y falta de tolerancia? Arriba, en el cielo atacado por la noche, se distinguía ya al-Zuhara, la estrella vespertina que brillaba al norte con un fulgor mate no lejos de Zuhal, una de las dos grandes estrellas de infortunio...

Se disponía a regresar al carro cuando, a su izquierda, se oyó un gemido. Creyó, que era sólo el eco de los gritos del día, que llenaban todavía sus oídos. Pero pronto tuvo la certeza de que se trataba, efectivamente, de alguien que sufría. Se dirigió hacia los gemidos y, escrutando la penumbra, descubrió una forma acurrucada. Se arrodilló junto a ella y la puso de espaldas con precaución. Era un muchacho de apenas veinte años. Su pierna estaba atrocemente mutilada a lo largo de toda la tibia, y el desgarrón era tan profundo que se advertía la blancura del hueso. Un hedor nauseabundo emanaba de la herida y no cabía duda alguna de que la gangrena se había incrustado en las carnes. De pronto, advirtió un detalle: el soldado no era un infante gaznawí, ni un jinete kurdo, no era tampoco uno de los hombres de Majd el-Dawla. Y, sin embargo, era un militar. ¿Pero de dónde venía? ¿A qué ejército pertenecía?

Sin perder un instante, lo levantó del suelo y lo llevó al dispensario.

—¡Pronto! —gritó—. ¡Un anestésico!

Yasmina le tendió inmediatamente el bol, humeante aún, de adormidera que había hecho beber a un herido.

Allí tendió al soldado y desgarró, con un golpe seco, el tejido que envolvía la pierna herida.

Uno de los ayudantes del jeque se acercó al hombre y lo examinó a su vez. No necesitó mucho tiempo para descubrir lo mismo que el hijo de Sina.

—¿De dónde procede? Nunca he visto este uniforme.

—Estoy tan sorprendido como tú. Pues, que yo sepa, hoy sólo se enfrentaban dos ejércitos. Es extraño.

Intrigados por las palabras de los dos médicos, los ocupantes del dispensario habían formado un semicírculo rodeando al militar desconocido.

Uno de los médicos declaró, encogiéndose de hombros:

—De cualquier modo, gaznawí o kurdo, el hombre está perdido. La muerte se apoderará de él dentro de unas horas.

Allí se irguió de pronto, con los rasgos endurecidos y agarró a su colega por el cuello de su chaleco:

—¡Nunca, óyeme bien, nunca pronuncies ante mí semejantes palabras! ¡Eres médico! No un desertor. Tu deber es preservar la vida, no predecir la muerte.

Cogido desprevenido por la violencia de Ibn Sina, el hombre balbuceó unas palabras confusas y bajó los ojos. Y las mujeres, molestas, se apartaron, sólo Yasmina se arrodilló junto al soldado.

—¿Quieres que le dé de beber? —preguntó dulcemente.

Allí asintió y levantó, lentamente, la cabeza del soldado. Éste entreabrió entonces, por primera vez, los ojos y miró al médico.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy?

—Estás herido. Te he encontrado en el campo de batalla. Pero todo irá bien.

Bebió unos tragos de adormidera y quiso echarse de nuevo. Pero el jeque le retuvo.

—No. Tienes que beberlo todo. Es indispensable si quieres que te duela menos.

Yasmina le llevó de nuevo la copa a los labios y le obligó a tragar todo el contenido. Cuando hubo terminado, Allí le ayudó a descansar la cabeza en la estera y aguardó. Insensiblemente, la mirada del herido se veló y sus rasgos se relajaron.

—¿Solo...? ¿Me has encontrado solo? ¿No había nadie conmigo?

—Estabas solo. ¿Pero a qué cuerpo de ejército perteneces?

Los primeros efectos de la adormidera se notaban ya. El muchacho no parecía ya dueño de sí.

—Hamadhan... —fue su única respuesta—. Hamadhan...

El jeque dio un respingo.

—¿Quieres decir que vienes de Hamadhan?

Cada vez más drogado, el soldado parpadeó repitiendo de nuevo, como un estribillo, el nombre de la ciudad.

—¡Es increíble! —exclamó el médico—. Pertenece al ejército del Shams el-Dawla. ¿El propio hermano de nuestro soberano?

—¿Por qué no? —repuso una enfermera—. A fin de cuentas, Hamadhan está sólo a unos diez farsajs de Raiy.

—Lo que permite suponer que es un espía.

—Yo diría, más bien, un explorador —rectificó Alí.

—Pero entonces...

—Entonces, que Alá nos proteja... Shams no ha debido de ver con muy buenos ojos la intervención gaznawí.

—Habrá decidido, pues, ayudar a su hermano.

—¿Cómo saber cuáles son sus verdaderos designios? No veo más explicación para la presencia de este hombre. Lógicamente, debemos esperar que, al alba, aparezca el ejército del hijo mayor de la Sayyeda.

—Pero, con sus elefantes, Massud es invencible.

—No le queda nada más —observó Alí—. No está seguramente en condiciones de afrontar una segunda batalla en tan corto plazo.

Una expresión consternada apreció en los rostros, y todos observaron al herido con incredulidad.

Alí se volvió bruscamente hacia Yasmína.

—De momento, debemos salvar una vida. Necesitaré más adormidera, de mucha mayor concentración. La prepararás con vino caliente y añadirás algunas semillas de beleño.

Luego, ordenó a uno de los médicos:

—Elige las mejores hojas, las de mayor filo. Los mejores cauterios. Y prepárate para inmovilizar con cuerdas las piernas y los brazos del enfermo.

—Perdóname, jeque el-raís —murmuró su colega, incómodo—. ¿Pero qué piensas hacer?

—Amputarle. No veo más solución si queremos tener una oportunidad de salvarle.

—Pero... La amputación...

—Ya lo sé —interrumpió Ibn Sina—. Es una operación aleatoria. Pero en este caso preciso no tenemos elección. Ve.

Y dirigiéndose a los demás ocupantes del dispensario, añadió:

—Lámparas. Reunid todas las lámparas, incluso las de las demás unidades. Necesitaré toda la luz de Daylam.

El soldado se había dormido. Su respiración se había hecho más profunda, más regular. Arrodillada junto a su rostro, Yasmína secó sus mejillas, su frente y sus párpados empapados en sudor. Le habían atado las extremidades de sus miembros, que cuatro médicos sujetaban con fuerza. Tendido así, de espaldas, abierto de brazos y piernas bajo las sombras amarillentas y pálidas, envuelto en el humo del opio, el herido parecía un crucificado.

Alí le tomó el pulso en la muñeca y en lo alto de la garganta. Asegurándose de que era regular, comenzó instalando un sólido garrote a medio muslo, tomó luego el cuchillo dispuesto por su colega, probó el filo en la palma de la mano, verificando que el acero estuviera libre de cualquier mella. Luego, tensó con firmeza la piel del muslo con la mano libre y comenzó a seccionar las carnes, algo por encima de la articulación tróclea, mucho más arriba que la herida. La sangre brotó en abundantes hilillos de los primeros vasos seccionados. Muy pronto Ibn Sina tuvo manchados sus dedos, sus palmas y la lana de su túnica. El cuchillo, que se hundía cada vez más, rompía deliberadamente los canales de la sangre, destruía irremediabilmente el nácar de los nervios y el de los tendones.

—Perdóname, jeque el-raís —dijo una voz—; ¿pero por qué cortas tan lejos de la herida?

—Es mejor no cortar nunca junto a la gangrena —explicó Alí sin levantar la cabeza—. Hay que hacerlo a cierta distancia; donde el mal no haya llegado todavía.

Había llegado a los primeros músculos femorales. Apoyándose en el peroné, excavó un camino en semicírculo, perpendicular, por encima de la rodilla. Lacerando, penetrando cada vez más en las carnes, hasta advertir una resistencia. Bajo la punta del cuchillo apareció la apaga da blanca del hueso, como un bastón de marfil al fondo de una angostura.

—La sierra —reclamó el jeque confiando el cuchillo a Yasmína.

La sangre corría en grandes regueros por la estera. Alguien hacía arder incienso para atenuar el hedor que llenaba el carro. A su alrededor temblaban las llamas de los candiles de aceite.

Al cabo de unos instantes se escuchó un ruido rasposo, ahogando la jadeante respiración del herido; una de las mujeres se sintió mal y se vio obligada a salir del dispensario. La propia Yasmina, con la tez muy pálida, la habría imitado sin duda alguna si no la retuviera el feroz deseo de no flaquear ante Alí.

La espera se prolongó largo rato, en aquella asfixiante atmósfera, antes de que el hijo de Sina se incorporara por fin. Apartó la tibia que acababa de separar del fémur y se secó las pegajosas manos en su caftán.

—Ahora debemos detener las hemorragias —anunció en tono neutro—. Pasadme un cauterio. El más ancho.

Una de las mujeres se lanzó hacia el brasero humeante y retiró de entre las rojas brasas una plancha oval de metal dorado, prolongada por un mango de madera. La tendió a Ibn Sina que la aplicó inmediatamente al extremo sanguinolento del muslo, que se encogió de pronto como un pergamino retorciéndose bajo el calor.

El herido emitió un ronco silbido y todo su cuerpo se tensó.

—Dadle otra dosis de adormidera —ordenó Alí.

Tras haber verificado que la hemorragia se había detenido, palpó de nuevo el pulso del hombre. Comprobó, de acuerdo con los antiguos preceptos de Hipócrates, que las vías sanguíneas de la frente y los párpados no estuvieran rígidas ni hinchadas. Aparentemente satisfecho de su examen, solicitó a su colega que aplicara en el muñón un ungüento compuesto con grasa de cabra fundida, azufaifa silvestre y corteza de granado machacadas, antes de envolver la herida en un tejido lanoso. Luego, tras haber lanzado una última ojeada al herido, abandonó el carro.

Una vez fuera, fue a apoyarse en una de las ruedas, con la cabeza echada hacia atrás, repentinamente vacío de pensamiento. Un instante más tarde, se le reunió Yasmina. Se deslizó discretamente a su lado y, tras unos momentos, dijo con voz tensa:

—Te noto inquieto...

No respondió enseguida. Pero, para él, todo estaba claro. Si tenía razón, si Shams el-Dawla había tomado la decisión de poner orden en el reino de Raiy, restablecería sin duda a la reina en su trono. Y en ese caso, él, Alí, estaba definitivamente perdido...

Tomando un puñado de fina arena en la mano la dejó correr por entre sus abiertos dedos.

—Voy a marcharme —anunció bruscamente.

La mujer inclinó la cabeza y le dejó proseguir.

—No veo otra solución. Si Shams restituye su corona a la Sayyeda, ésta, sin duda, intentará vengarse. Todos los que han apoyado a su hijo pagarán el precio. Estoy condenado de antemano.

—¿Y a dónde irás?

—No lo sé todavía... Hacia el sur probablemente.

—¿Te acompañará el-Jozjani?

—Eso creo. Él debe decidirlo.

Hubo un silencio y, luego, Yasmina preguntó:

—¿Y... yo?

Alí tomó un nuevo puñado de arena.

—Tú, Yasmina... ¿Dónde puedo encontrar la respuesta? Me siento tan perdido. Tengo treinta y cuatro años y dos mil años... Que yo recuerde, nunca he dejado de vivir en el exilio. Ahora sé que éste será, inexorablemente, mi destino. Tal vez sea yo el responsable... Tal vez me ha faltado el valor. A riesgo de parecerme cínico, citaré las palabras de un filósofo que me es querido, Ben Gurno: *El que me ha creado debe destruirme, pues su obra es imperfecta...*

—Lo imperfecto en ti, Ibn Sina, es tu miedo al amor...

Alí no pudo evitar una sonrisa.

—Está bien. Dime entonces ¿qué es el amor?

—La donación de uno mismo. El sacrificio. El perdón.

Sin perder la sonrisa, contempló con aire distraído los granos de arena que corrían entre sus dedos.

—Perdóname. Pero creo que te equivocas. O, de lo contrario, vives en un mundo de sueño. Voy a decirte lo que es el amor.

Se volvió hacia ella y la mujer creyó sentir que aquellos ojos se hundían en su alma.

—¿Qué queremos decir cuando decimos que nos amamos? Sencillamente, que nos poseemos. Puesto que en cuanto perdemos a la persona amada, nos sentimos perdidos, absolutamente vacíos. En realidad, al decir que nos amamos, sólo estamos legalizando un sentimiento de posesión.

—¿Incluso cuando perdonamos a un ser que nos ha hecho daño, que nos ha traicionado?

—Incluso entonces. ¿Qué estamos haciendo? Se lo reprochamos, lo recordamos y, por fin, nos vemos abocados a pronunciar la frase sagrada: «Te perdono.» ¿Qué demuestra eso? Nada. Nada salvo que seguimos siendo, como siempre, el personaje central, que soy «yo» quien tiene importancia, puesto que sigo siendo «yo» el que perdona... Tal vez tengas razón, Yasmina. Tengo miedo del amor. Sólo se basa en el atractivo de los cuerpos, en la idea de posesión, los celos, la desconfianza y el miedo. Es terrible tener miedo. Es como morir. Creemos amarnos, es cierto. Pero, en realidad, sólo nos amamos a nosotros mismos. Y, como te decía, me parezco imperfecto. ¿Puede amarse lo que es imperfecto?

Yasmina levantó los brazos al cielo en un gesto fatalista.

—Jeque el-raïs, tu retórica me supera. Soy sólo una simple mortal. Te hablo del corazón, tú me hablas de álgebra y de cosas que me superan... Sea, puesto que tal es tu deseo, partirás sin mí hacia la provincia del norte.



DECIMOSÉPTIMA MAQAMA

«Hace una hora ya que se ha levantado el alba. El desierto se ha iniciado a las mismas puertas de la ciudad. Bajo el paso regular de los cascos, sólo las piedras, la arena y el gris del cielo que se prolonga hasta perderse de vista sobre el vientre estéril de la llanura. Tras la estela de nuestras monturas marchan dos caballos de carga. En los arreos del primero hemos colocado un marco de madera para fijar el imponente baúl de cuero que contiene todas las obras y los preciosos libros de mi maestro. En la otra bestia he amontonado varios bultos, sólidamente sujetos por cuerdas de cáñamo; contienen nuestras ropas, algo de opio para soportar la fatiga, reservas de agua y alimentos.

»La ruta será larga si debe conducirnos hasta Mazandarán, *el país de las hachas*, así llamado por los espesos bosques que cubren la región. Es una provincia limitada, al norte, por el mar de los Jazares, al sur, por la cadena de los montes Elburz. Una leyenda afirma que debe su prosperidad a Alí, el emir de los creyentes, que sacudió allí su mantel tras haber comido. Los árabes la conocen por el nombre de Tabaristán. Pero la gente que ha nacido allí la llaman, también Bab el-Mezan, la puerta del pesaje. He llegado a creer que las recientes comparaciones hechas por el jeque sobre la movilidad del destino no eran, tal vez, ajenas a la elección de su destino. De cualquier modo que sea, si ése es el deseo de Alá, dentro de cinco días entraremos en Qazvim. Por razones de seguridad, Ibn Sina ha elegido esa ciudad, prefiriéndola a Amol que, sin embargo, es más importante y más floreciente. Pero, antes, deberemos cruzar la estrecha franja de desierto que nos separa de Elburz, subir la montaña, bajar de nuevo hacia los valles.

»Yasmina nos acompaña. En el último instante, sin que nada permitiera preverlo, el jeque abandonó sus reticencias. Confieso que me asombró mucho. Por lo que a la muchacha se refiere, si se sorprendió también, no dejó que se advirtiera.

»¿Por qué ese cambio de actitud? ¿Cuál fue la causa de aquella mudanza? Siempre estuve convencido de que, en su vida vagabunda, nunca el jeque se impondría la preocupación de una presencia femenina. Había desmentido mi análisis. Advierto pues que los designios del corazón son impenetrables. Debo precisar, en este punto, un detalle que puede parecer anodino pero que, a continuación, tuvo una resonancia terrible, imprevisible: Mientras que, hasta entonces, la muchacha se movió siempre con el rostro descubierto, en cuanto cruzamos las puertas de Raiy, se apresuró a cubrir sus rasgos con un litham, uno de esos velos que sólo permiten adivinar la línea de los ojos. Además fue mi maestro quien lo advirtió primero y le hizo una observación:

»—¿Temes acaso los ojos del desierto?

»Habitualmente, las mujeres se protegen de las miradas impuras en las ciudades.

»A guisa de explicación, Yasmina dio esta ambigua respuesta:

»—¿No dicen acaso que el rostro es el espejo del alma? Puesto que ahora te pertenezco, nadie más tendrá ya derecho a conocer lo que soy.

»Sobre nuestras cabezas, el sol ha ganado altura y comienza a abrasar la arena de la pista. El calor será pronto insoportable. No habrá árboles ni la menor protección antes de llegar a la montaña.

»Al mediodía del horizonte llegamos, por fin, al punto de intersección del que sale el camino que llega a los contrafuertes de Elburz, con nuestra primera etapa, el Demavend, el techo de Persia, al final.

»Ahora, la pista trepa por laderas rocosas. Ganamos, lentamente, altura. El abismo se abre hacia occidente. Pronto llega el primer puente, el estruendo de un torrente. Debemos cruzar el collado que serpentea por encima de nuestras cabezas. Ascendemos, siempre en fila. El aire tiene una transparencia ambarina, cristalina, cada vez más pura mientras, insensiblemente, a nuestros pies, hacia oriente, va tomando forma un paisaje de increíble esplendor.

»No puedo evitar sentir cierto respeto por el valor de Yasmina. Está al límite de sus fuerzas pero no deja escapar queja alguna. Cuando propongo detenernos, el jeque se niega

categoricamente: prefiere esperar; sin duda teme que nos hallemos, todavía, muy cerca de la Sayyeda Shirin y las amenazas de Raiy.

»Hemos cruzado el collado. Al final está Demavend.

»La decoración ha cambiado de pronto. Acurrucado a nuestros pies aparece el pueblo, su mezquita azul, sus árboles, sus álamos y, rodeándolo todo, un turbio y confuso universo de rocas, colinas y agudas cimas; una tierra de gran belleza compuesta de destrozadas formas y de gradados tintes, que van de los castaños rojizos del pórvido a los brillantes regueros del azufre.

»Nos detenemos por fin junto a uno de los numerosos arroyos que surcan la montaña, y en el que cae el vértigo hirviente de una cascada. Nuestro primer impulso es lavarnos en el agua fresca antes de tomar algún alimento a la sombra de los árboles. Dátiles, un bol de arroz, té con azúcar.

»Desde donde estamos podemos ver claramente la calle principal del pueblo: dos estrechos caminos junto a las rojizas casas. La aguja del único alminar, completamente cubierto de ladrillo y azulejos, se lanza hacia el azul.

»Las leyendas cuentan que aquí, en Demavend, se efectuó el paso del estado nómada al del hombre persa, que se instaló y creó la primera ciudad.

»Una hora más tarde, nos hemos puesto de nuevo en camino. Nuestro próximo destino es Pelaur, donde pasa remos la noche.

»Vamos de nuevo en fila india por el sendero, a una altura de casi seis mil codos*. Desde aquí descubrimos casi toda Persia. El rastro verde oscuro de los valles, los árboles que se apretujan a lo largo de los arroyos de Mazandarán, la frontera del desierto y cimas tan revueltas que parecen haberse inmovilizado antes de estar concluidas.

»Las sombras que preceden a la noche ascienden ya por las pendientes. Abajo, todo el paisaje parece defenderse contra la irresistible invasión de las tinieblas y se empecina en lanzar leonados fulgores hacia el cielo.

»Pero con la rapidez habitual en estos parajes que ignoran los crepúsculos, el velo de la noche cubre de pronto el paisaje.

»Le propongo al jeque un nuevo alto, pero responde que los animales ven en la oscuridad mejor que nosotros.

»Avanzamos, sin embargo, por un camino que desciende en pronunciada pendiente y zigzaguea, peligrosamente, por entre los roquedales. La noche es tan negra que apenas distinguimos la cabeza de nuestras monturas. Y estoy seguro de sentir cómo tiemblan los lomos de mi caballo.

»— Jeque el-rais! ¡Nos romperemos los huesos!

»Pero Ibn Sina no parece oírme. Le adivino ligeramente inclinado sobre su caballo, abandonando la brida, entregándose a él.

»¿Por qué vuelven a mi memoria, en ese instante preciso, un cúmulo de imágenes perfectamente incoherentes? Los momentos de embriaguez de mi maestro, sus extravíos entre la humareda del opio y aquella escena impura en el tugurio de Raiy, mientras hacía el amor con la esclava. Aquella noche creí que las imágenes eran provocadas por el miedo que me atenazaba el vientre. Pero hoy, tengo la certidumbre de que, en algunos momentos de su vida, el hijo de Sina buscó conscientemente destruirse, hasta cortejar la propia muerte.

»La noche es glacial. Impulsados siempre por la prudencia, hemos preferido dejar atrás la aldea de Pelaur y sus casas de barro para dormir, a un farsaj de distancia, en una cresta tan estrecha como el filo de una espada.

»Yasmina está sentada muy cerca del fuego. A su lado, el jeque aspira unas bocanadas de opio mientras acaba de dictarme uno de los capítulos del tercer libro del *Canon*; el que se refiere a la patología especial, estudiada órgano a órgano. La facultad que mi maestro tiene de reunir, en cuanto lo desea, su pensamiento creador será para mí, siempre, motivo de desconcierto y admiración. Exiliado una vez más, encaminándose hacia lo desconocido, prácticamente desnudo en esta montaña donde el frío nos atraviesa los huesos, encuentra los recursos necesarios para aislar su espíritu y tender, sólo, hacia el objetivo que se ha impuesto: concluir el *Canon*.

»El tiempo pasa. Mis dedos comienzan a entumecerse. La voz de Yasmina pone fin a nuestra sesión de trabajo. Un poco más y, bajo el mordisco del frío, mis falanges se habrían quebrado como bastoncillos de cristal.

»—¡Una estrella fugaz!

* Unos 3.000 metros, aproximadamente. (N. del T.)

»El hijo de Sina se interrumpe y escruta el jirón de cielo que su compañera señala. Yasmina prosigue:

»—Jeque el-raís, ¿tienes tú, que posees la ciencia infinita, una explicación para este fenómeno?

»Alí sonríe moviendo la cabeza.

»—Confieso haberme interesado por la cuestión. Pero el Omnipotente no me ha concedido la respuesta. ¿Puedes ilustrarme tú, Yasmina?

»La mujer le miró como una niña satisfecha de sí misma.

»—Me siento feliz al comprobar que ignoras todavía algunos misterios. Puedo explicarte el de las estrellas fugaces.

»Me permití observar:

»—Siempre he oído decir que una estrella fugaz es la vida de un ser humano que se apaga.

»Yasmina rechazó mi sugerencia. Entonces, el jeque me indicó por signos que guardara las hojas del *Canon* y miró atentamente a la mujer.

»—Te escucho.

»—Pues bien, cuando el demonio frota sus talones uno contra otro, brotan pequeños diablos. Éstos se encaraman entonces los unos en los hombros de los otros para espiar lo que ocurre en el séptimo cielo. Entonces, el Eterno ordena a sus ángeles que les lancen una flecha para dispersarlos. Esta flecha es lo que nosotros conocemos como estrella fugaz.

»Una sonrisa indulgente iluminó los rasgos de mi maestro.

»—¿De dónde has sacado esa teoría? ¿Quién te la ha comunicado?

»—¡Nadie! ¿Tanto me subestimas que no me crees capaz de esa reflexión?

»Ibn Sina se volvió enseguida hacia mí:

»—¿Lo has oído, Abú Obeid? ¿Has tomado nota?

»Respondí negativamente y añadí severo:

»—Pues bien, has hecho mal. Esa teoría es esencial. Mañana, alguien la contará a otro que, a su vez, la comunicará a un tercero. Dentro de mil años seguirá circulando. Así nacen las leyendas.

»La joven exclamó ofuscada:

»—¿Una leyenda? ¡Eso no es en absoluto una leyenda!

»Él se apresuró a tranquilizarla:

»—Así la interpretarán los hombres. Sólo nosotros sabremos que no es una leyenda sino una teoría perfectamente científica.

»—Te burlas de mí, jeque el-raís.

»Mi maestro se inclinó hacia ella y rozó sus labios. Yasmina le devolvió el beso con fervor, mientras yo me alejaba de ellos...

»El alba nació mientras recorríamos un escarpado sendero, salpicado de grandes piedras que rodaban bajo los pasos de nuestros caballos. Hemos iniciado el descenso hacia el valle del Lar. A nuestra izquierda, los últimos contrafuertes del Demavend, que hemos abandonado hace ya una hora, a nuestra derecha "el camino que se mueve", un arroyo. Más lejos, afiladas crestas.

»Sawwal concluye, pero pueden verse todavía grandes extensiones de nieve coronando la cima del viejo volcán. Alrededor del cono flotan algunas nubes ligeras y volutas de humo que ascienden por el flanco de la montaña. En este momento flanqueamos un precipicio de varios centenares de codos, que concluye en una estrecha garganta por la que corre el Chilik, el riachuelo que nos servirá de guía.

»A veces, el sol naciente ilumina las tumultuosas aguas, lanzando esporádicamente fulgores de plata en la sombra del barranco.

»Nuestros caballos buscan dóciles donde posar sus cascos en el peligroso camino. Nos vemos obligados a dejarles en completa libertad, con las bridas sobre el cuello. Pero, a menudo, no nos queda más remedio que poner pie en tierra ante la peligrosa inclinación de algunas pendientes; empujando nuestras monturas por la grupa, las obligamos a lanzarse, a deslizarse luego con las cuatro patas separadas por el cantizal hasta que llegan a un suelo más firme.

»¿Cuántas oraciones habrá balbuceado mi corazón? ¿Cuántos suras habré repetido? No lo recuerdo. Sólo sé que, con la ayuda de la extremada fatiga, terminé poniéndome en manos del Clemente.

»Mientras penetrábamos en gargantas tan estrechas que la luz casi no conseguía llegar a ellas, conocí nuevos espantos. Y si no hubiera sido por el ensordecedor estruendo del río que

se atorbellinaba a nuestros pies, creo que se habrían podido escuchar los enloquecidos gritos de mi corazón palpitándome en el pecho.

»Seguimos, durante toda la mañana, el mismo sendero que domina las alturas del valle. Aquel paisaje que, progresivamente, va volviéndose verde permite adivinar los bosques del país de las hachas. A medida que avanzábamos, el espacio se ampliaba, se hacía más vasto, los horizontes se alejaban.

»Tras una corta parada, durante la que el jeque y Yasmina tomaron un baño en su más simple atavío, proseguimos nuestro periplo. El aire estaba lleno de humedad, y la proximidad de las tierras bajas de Mazandarán nos envolvía con una atmósfera húmeda que nos arrebataba las energías. Sin embargo, de todos modos, seguíamos avanzando.

»Una vez cruzado el Chilik, abandonamos definitivamente los bosques para penetrar en un inmenso territorio pantanoso que se extendía, en una larga franja, por más de quince farsajs. Todo eran arroyos, regueros, tierras negras donde crecía el algodón, el arroz y la adormidera. En aquella época del año, el sol había dorado el paisaje, llano y sembrado de grandes cañas que oscilaban, suavemente, bajo el soplo apenas perceptible de la brisa. Ebrios de fatiga y perfumes, redujimos casi sin advertirlo el paso de nuestras monturas. Una ojeada por encima del hombro me permitió esperar que, finalmente, mi maestro decidiría detenerse. Yasmina estaba inclinada hacia delante, en actitud somnolienta, con los rasgos resecaos y macilentos. Por su parte, el aspecto del jeque no era tampoco brillante; su rostro estaba curtido, abrasado, y su barba se pegaba a sus mejillas como una máscara de arcilla grisácea.

»Finalmente, a la vista de Amol, en pleno centro del país de las hachas, casi sin fuerzas ya, conminé al hijo de Sina para que se decidiera a detenerse. Los colores del cielo habían adoptado unos tintes púrpura y violeta. El crepúsculo no tardaría en invadir el surco de los arrozales. Con gran alivio por mi parte, el-raís aceptó. Divisando, a medio farsaj aproximadamente, los restos de una cabaña levantada en un terraplén, sugerí instalarnos allí para pasar nuestra segunda noche. ¡Mis labios hubieran debido permanecer sellados! ¿El Omnipotente, en su infinita misericordia, podrá perdonarme alguna vez mi debilidad?

»Una hora más tarde, cuando la noche había conquistado ya el paisaje, fuimos allí atacados por los ayyarun.»

Tal vez fuera el chapaletéo provocado por los hombres al caminar por el arrozal vecino lo que sacó a Alí de su sueño. Cierto es que no dormía realmente. ¿Cómo habría podido hacerlo acosado por los mosquitos, con la sofocante humedad y el lacerante dolor de sus derrengados miembros? Creyó primero que los ruidos que escuchaba eran, sólo, las últimas brasas que crepitaban en el fuego. Pero, cuando se incorporó, advirtió que estaban cercados por una veintena de sombras amenazadoras, armadas con puñales y sables.

Alí las identificó enseguida por su harapiento aspecto. Había algo voluntario en el laminado cuero de sus botas, en sus pantalones bombachos, en los harapos que les servían de manto y en los mil remiendos que cubrían sus turbantes. Eran ayyarun, esos jinetes vagabundos que, desde hacía unos años, sembraban el terror hasta las puertas de Bagdad. En realidad, más que simples bandoleros, los ayyarun formaban una verdadera cofradía, actuando de acuerdo con precisas reglas, las de *futuwwa*; un término que da por sentado el espíritu de caballería.

Era una orden bastante misteriosa, con un reglamento muy estricto, y regida por un gran maestro (a veces el propio califa). Tenía, entre otras, la característica de no estar sujeta por ningún vínculo confesional, corpora tivo o tribal. La investidura de los nuevos adeptos se efectuaba de modo solemne. Al terminar, se les hacía vestir los *sarawil el-futuwwa*, los pantalones de caballero, y se les hacía beber la copa de la fraternidad. Todo organizado de acuerdo con un sistema de reuniones regulares, con inmutable ritual. Adeptos de una moral expeditiva basada en el expolio del rico, los ayyarun habían conseguido, poco a poco, tejer de ciudad en ciudad las redes de una solidaridad de un tipo muy particular, y no era raro que sus dirigentes —a veces verdaderos dueños de las ciudades— trataran de igual a igual con las autoridades oficiales.

El que tenía aspecto de jefe se acercó lentamente a Ibn Sina.

Cuando le examinó, la primera impresión de Alí fue la de estar ante un halcón con apariencia humana. Sus ojos eran redondos y negros como el carbón, duros como la piedra. Los rasgos eran angulosos y la punta de su nariz aguilina se dirigían hacia un carnoso labio superior. Debía de tener algo más de cincuenta años.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—Mercaderes —repuso Alí—. Nos dirigimos a Qazvin.

El jefe de los ayyarun señaló con el índice a la muchacha.

—¿Y ella?

—Mi esposa.

El-Sabr, ése era su nombre, acarició con aire pensativo el puño damasquinado de su puñal.

—Mercaderes... ¿Y qué vendéis?

Alí vaciló imperceptiblemente.

—Libros.

Los ojos del halcón del ayyar se abrieron de par en par. Soltó una gran carcajada, imitado por sus compañeros.

—¡Aquí está mi barba*! ¡Es la primera vez que oigo hablar de semejante profesión!

—Y sin embargo, existe —se apresuró a responder Alí.

Incrédulo, el jefe se dirigió con rápidos pasos hacia el gran baúl de cuero que contenía los manuscritos. Con un gesto decidido, desenvainó su puñal.

—¡No! —exclamó el jeque lanzándose hacia el hombre—. No lo hagas. Una vez perforado ese baúl sería inutilizable y su contenido se perdería. Déjame hacer.

Se apresuró a desatar en persona las correas que cerraban el baúl, haciendo aparecer ante la esternada cara del ayyar un impresionante número de libros de todas clases y de manuscritos no encuadernados.

El-Sabr tomó al azar un compendio, le dio vueltas en sus manos por unos instantes y lo arrojó al suelo malhumorado.

—¡No entiendo nada!

Dando media vuelta, ordenó a sus hombres:

—¡Registradlo todo! ¡Examinad el menor rincón! ¡Si esos individuos son mercaderes de libros, yo soy devorador de lagartos!

Los bultos fueron abiertos en un abrir y cerrar de ojos.

Volcaron el cofre que contenía los escritos del jeque y cortaron con sus cuchillos los arreos. No dejaron nada al azar. Pero el único efecto de aquel salvaje registro fue acrecentar, algo más, la ya gran irritación de el-Sabr.

—Ya ves —protestó Ibn Sina—. No tenemos oro ni perlas raras. Déjanos pues proseguir en paz nuestro camino.

—¡Ni hablar! Desde que tengo quince años he destrozado mi piel en todas las arenas del desierto. Sé diferenciar a un pajarero de un aguador, a un vendedor de opio de un tejedor de tiendas. Y puedo asegurar que nada tienes de mercader. ¡Cómo te llamas! ¿Y de qué ciudad eres?

—Me llamo Abd el-Kitab. El servidor del libro. Y soy de Balj. Como mi asociado.

El ayyar señaló con el dedo a Yasmina.

—¿Y tu esposa? ¿También es hija de Balj?

—Es nativa de Raiy.

Dio un paso hacia la mujer y señaló sus manos y sus pies desnudos.

—Cosa rara... Una muchacha de Raiy que tiene la piel tan blanca como una rumí.

Alí intentó mantener su sangre fría.

—He conocido mujeres del país de los turcos con la piel del color del ébano. Y jurasianas de tez amarilla. No hay milagro alguno, sólo el azar de la naturaleza.

—¡Que se quite el velo!

Yasmina retrocedió, protegiéndose el rostro con las manos.

—¡Sacrilégio! —Protestó Alí interponiéndose entre el-Sabr y su compañera—. ¿Has olvidado acaso las sagradas escrituras?

—Dios es el que perdona —fue la única respuesta del ayyar.

Y arrancó el velo a Yasmina.

* Expresión muy oriental para mostrar desdén, desprecio a alguien. (*N. del T.*)



DECIMOCTAVA MAQAMA

Dominados rápidamente, los había llevado a una tienda, con los pies y las manos atados. El primer pensamiento de Alí fue para su compañera. Se sintió aliviado al verla tendida junto a Jozjani. Llevaba el rostro descubierto.

—Decididamente, esos individuos tienen un extraño concepto del espíritu de fraternidad y de generosidad.

—Unos bandidos, eso es lo que son —silbó Abú Obeid.

—¿Qué harán con nosotros? —preguntó Yasmina un poco perdida.

—¿Cómo saberlo? Sólo espero que no mantengan relaciones con la corte de Daylam.

—¡No van a mantenernos prisioneros indefinidamente! —No. No lo creo. A menos que...

La muchacha supo enseguida que la frase, dejada voluntariamente en suspenso, se refería a ella.

—¿Quieres decir que corro el peligro de interesarles? Se disponía a responder cuando la tela que cerraba la entrada de la tienda fue apartada brutalmente. Irrumpió uno de los hombres de el-Sabr. Sin decir una sola palabra, desenvainó su puñal y cortó de un golpe seco las ataduras que aprisionaban al médico.

—Sígueme. El jefe quiere verte.

Instantes más tarde, le introdujeron en la tienda de el-Sabr.

Envuelto en una nube de humo azul, el jefe estaba sentado, con las piernas recogidas, en una alfombra de seda. Su mano sujetaba displicentemente un *kaiyan*, una pipa de opio. A su alrededor, dispersos, estaban los manuscritos de Ibn Sina.

No lejos, una mujer grácil, con el rostro descubierto, estaba medio tendida en una estera. Sus ojos, sombreados por largas pestañas, se mantenían bajos. Apenas advirtió la llegada del médico. A su lado había un recipiente lleno de carbones encendidos.

Con gesto indolente, el-Sabr invitó al jeque a sentarse. Mientras le estudiaba, se llevó a los labios la boquilla de la pipa. Echando la cabeza hacia atrás, saboreó en silencio su placer.

—Toma —dijo al cabo de un momento tendiéndole el *kalyan*—. Es del mejor. Espero que sea de tu gusto...

Alí se lo agradeció y aspiró, a su vez, dos profundas bocanadas.

—Reconozco perfectamente la incomparable calidad de los campos de Isfahán.

El ayyar señaló a la mujer tendida.

—Es Jadjija, mi esposa, mi favorita. ¿No es una auténtica belleza?

La mujer levantó la barbilla con una mueca desdeñosa.

—Mudable e indomable como el viento —comentó el jefe con tristeza.

Barrió el aire con gesto de despecho y tomó uno de los manuscritos.

—*Tratado sobre la naturaleza de la plegaria* —comenzó con voz neutra.

Entreabriendo la última página, recitó:

—*En menos de media hora, expuesto a muchas distracciones, he compuesto este tratado con la ayuda de Dios y por su abundante gracia; por ello pido a todo lector que haya recibido, por la gracia del Altísimo, su parte de inteligencia y rectitud de espíritu, que no divulgue mi secreto, aunque esté al abrigo de cualquier malvada represalia por mi parte. Confío mi asunto sólo al Señor; pues sólo él lo conoce, y nadie más salvo yo mismo.* Firmado: Abú Alí el-Josayn ibn Abdallah ibn Sina*.

—¿Conoces al autor de ese texto? —dijo el-Sabr tras una pausa.

Alí respondió, impávido:

—Como si fuera yo mismo. Es un filósofo. Al menos, así se considera.

Sin aguardar más, el ayyar tomó otra obra:

—Libro primero del *Canon de la medicina*.

Buscando de nuevo la última página, prosiguió:

* Esa extraña conclusión del *Tratado sobre la naturaleza de la plegaria*, que deja campo libre a numerosas interpretaciones, sólo se halla en los manuscritos de San Petersburgo y del Leyde. (*N. del T.*)

—El sello de la obra es una acción de gracias. Nuestra próxima tarea será compilar la obra sobre los *Simple*s, con el permiso de Alá. Que Él quiera ayudarnos, y demosle gracias por sus innumerables favores. Firmado: *Abú Alí el-Josayn ibn Abdallah ibn Sina*.

—Un filósofo que es también un médico...

—Alabado sea Alá. Tenemos en Persia hombres de calidad.

El-Sabr movió la cabeza pensativamente y tomó un tercer volumen.

—*Tratado sobre la música...* Quien ha transcrito esta obra es la criatura más humilde, la que más pecados tiene, *Abú Alí el-Josayn ibn Sina*; que Alá le ayude a concluir su vida en las mejores condiciones...

Al llegar a este punto, cierta tensión se había apoderado de los rasgos del ayyar.

—Un filósofo que es también un médico, que es también un musicólogo —dijo con voz burlesca.

Alí no hizo comentario alguno.

—Mira —prosiguió el-Sabr fumando su pipa con aire absorto—, me parece curioso, de todos modos, que un mercader de libros se limite a vender sólo un autor.

—Creo que te equivocas. Si has examinado el contenido del baúl de cuero habrás encontrado, sin duda, obras de Ptolomeo y...

—¡Basta ya! ¡Por un libro de tu Ptolomeo hay diez de Ibn Sina! Y no lograrás convencerme de que puedes ganarte la vida proponiendo una oferta tan limitada. No, se trata de otra cosa.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Salvo que todo eso confirma mis dudas.

Con sus redondos ojos clavados en Alí, concluyó separando bien las palabras:

—No eres un mercader. Tu nombre no es Abd el Kitab.

—Propónme otro...

El ayyar aspiró una bocanada antes de decir:

—Abú Alí el-Josayn ibn Abdallah ibn Sina. ¿No tengo razón?

—Y si fuera así, ¿qué importancia tendría?

—¡Una gran importancia! No soporto equivocarme. He basado siempre mis acciones y mis actitudes en una inigualable intuición. Y mis humores se verían profundamente trastornados si alguien me demostrara que no soy infalible. Responde, entonces...

El hijo de Sina tendió lentamente la mano hacia la pipa de opio.

—¿Qué sabes del hombre cuya identidad me imputas?

El-Sabr se encogió de hombros.

—Nada. Nada salvo que, aparentemente, me parece poseer un espíritu poco común.

—¿Eres sincero? ¿Realmente no sabes nada de él?

El ayyar pareció escandalizado:

—Seas quien seas, te prohibo dudar de mi palabra. A veces robo, pero nunca miento. Respóndeme ahora.

Alí exhaló una pequeña nube de humo.

—Puedes estar tranquilo, hermano mío. Tus intuiciones son inigualables.

—¡Ah! —dijo con amplia sonrisa—. Prefiero este lenguaje. Y, para probártelo, te invito a compartir un melón de Farghana.

Se dirigió a un cesto de frutas que estaba sobre un cofre adornado con arabescos.

—Mira —dijo blandiendo un melón—. Huele este perfume.

Inclinándose hacia su favorita, propuso dulcemente:

—¿Quieres también, niña de mis ojos?

La mujer tuvo, de nuevo, una curiosa reacción. Escupió en el suelo y se volvió de lado.

—Decididamente... —dijo el-Sabr molesto—, son tan versátiles como las camellas.

Desenvainando su puñal, cortó la fruta en dos partes iguales y regresó hacia Ibn Sina.

—De modo que eres médico —prosiguió sentándose—. ¿Pero por qué me has mentado?

—Hermano, la mentira es, ciertamente, una de las taras de los hombres. Pero permite ganar tiempo.

—Intentabas, pues, preservarte de algo.

Alí no pudo sino confirmar.

Cortando una gruesa raja de melón, el-Sabr la tragó de un bocado.

—Deduzco que puedo sacar de ti cierto beneficio.

—Siempre he creído que *lafutuwwa* atacaba sólo, por principio, a los poderosos. Defendía a la viuda y al huérfano. No imaginaba que fuerais de los que tienden la mano*. Me engañaba, pues.

El ayyar levantó el índice.

—No formas parte de los poderosos. Pero eres, sin duda, el servidor de uno de ellos. Un servidor huido. Tu cabeza debe de tener precio. Entregándote, sólo disminuiré la bolsa de un rico.

Alí hizo un gesto de abnegación.

—Singular razonamiento contra el que, lamentablemente, no tengo arma alguna...

—Hay algo más. La mujer que te acompaña. ¿Es realmente tu esposa?

—En cierto modo.

—¿Desde cuándo la conoces?

—Hace unas semanas. ¿Por qué tantas preguntas?

El ayyar se tendió en la alfombra y dijo frotándose la barbilla:

—Sabe que, mientras hablamos, uno de mis hombres no debe de poder conciliar el sueño. Está convencido de haberla visto en alguna parte. En una ciudad, Bagdad probablemente. Pero, ¡ay!, es incapaz de recordar cuándo y cómo.

Alí frunció el entrecejo, repentinamente preocupado.

Recordó las discusiones que había mantenido con Yasmina, pensó en todas las preguntas que habían quedado sin respuesta.

—Ignoro cuáles son tus proyectos —dijo el-Sabr—, pero permíteme recordarte el famoso proverbio: *No deposites nunca tu confianza en estos tres seres: el rey, el caballo y la mujer...*

Alí prosiguió, interrumpiendo al ayyar:

—... *pues el rey está hastiado, el caballo es fugaz y la mujer pérfida...* Sí, hermano mío, lo sé. Y te responderé simplemente: raras veces se venera al rey y no se fornicaba con el propio caballo. En cambio, se ama a una mujer y se le hace el amor. Sólo debemos guardarnos de que nos duela en exceso. En fin, si es posible...

Había adoptado un tono indiferente pero, en el fondo, las confidencias del jefe le habían turbado mucho.

La irónica voz de la favorita de el-Sabr le sacó bruscamente de su reflexión:

—¿Y qué debe decirse de los hombres que ni siquiera hacen el amor a su mujer?

El ayyar estalló:

—¡Ya basta! Si sigues calentándome las orejas te mandaré a la tienda de tus compañeras.

Y prosiguió, irritado:

—Bueno. Ahora cuéntame tu historia. Quiero saberlo todo.

Y ante su expresión dubitativa, se apresuró a precisar secamente:

—¡Ten cuidado, Ibn Sina! Esta noche no estoy de humor para titubeo. Habla, y no me hagas esperar. Un individuo de tu inteligencia debe saber que no tiene elección. Podría mostrarme mucho menos hospitalario. Te escucho.

La amenaza era inútil. Cuando había entrado en la tienda, Alí sabía ya que toda resistencia sería inútil. Se confió entonces. Reveló, a grandes trazos, su situación junto a la reina, junto a Majd el-Dawla. El ataque a Raiy, la intervención de Shams y su huida. Cuando hubo terminado, el ayyar se levantó de golpe:

—Buyíes, samaníes, gente del serrallo... todos son iguales. Ratas prisioneras de su propia ratonera. No siento respeto alguno por esos individuos. Carecen de nobleza alguna. Su único interés se limita a disputarse jirones de nuestra tierra, como los buitres se disputan el cadáver de una gacela. Tengo que reflexionar. Mañana decidiré tu suerte y la de tus amigos. Vete ahora. Necesito dormir.

Alí saludó. Al retirarse, lanzó una discreta mirada a la favorita. Tenía la expresión más hosca que nunca.

Pasaron diez días.

Sólo en la mañana del decimoprimer día, el jefe de los ayyarun hizo llamar a su prisionero. Apenas hubo penetrado en la tienda, Alí advirtió el estado de nerviosismo en el que el-Sabr estaba sumido.

—¡Malditas sean las mujeres! —silbó recorriendo la estancia—. ¡Malditas sean esas criaturas del diablo! ¿Qué piensas de Jadija?

—Pero...

* Tender la mano para apropiarse de los bienes de otro, practicar la conclusión, la exacción, la tiranía. (*N. del T.*)

—¡Sin rodeos! Quiero tu opinión.
Atónito, el jeque intentó encontrar la palabra justa.
—Puesto que me autorizas a ello —comenzó prudentemente—, te diré que es una mujer muy agradable.
—¿Qué más...?
—Apetitosa...
—¿Algo más?
—Perdóname, hermano mío, pero no sé nada de tu favorita. Cómo podría...
—Eres un hombre de ciencia. Eres un sabio. Un escritor. ¡Debes de ser capaz de juzgar a tus congéneres con una sola mirada!
Alí meditó por unos instantes. Era evidente que el-Sabr deseaba escuchar palabras precisas. ¿Pero cuáles?
—Es única —dijo bruscamente—. Única porque tú la amas.
Los rasgos del ayyar parecieron relajarse de pronto, se dejó caer en la alfombra de seda con el rostro entre las manos.
—Sí —gimió—. Sí, la amo. Y este amor es causa de todos mis males.
—Confíame tu problema.
Con el rostro entre las manos, el hombre murmuró:
—Quiere abandonarme... Me desprecia. Y su desprecio me abrasa como un tizón. ¿Crees que es posible morir de amor?
—Sí..., hermano mío... A veces. Pero, tranquilízate, es una muerte de la que se regresa. El universo está lleno de fantasmas de amor.
El ayyar apartó sus manos y levantó suavemente la cabeza. Estaba, en verdad, desesperado.
—¿Tus conocimientos pueden explicar lo inexplicable?
—¿Qué te preocupa?
El-Sabr vaciló antes de declarar con un hilo de voz:
—Mi virilidad me ha abandonado...
Alí creyó haberlo oído mal.
—Sí —prosiguió el jefe de los ayyarun, herido. Y para subrayar sus palabras, se puso la mano en el sexo—. Ya no me obedece. Refunfuña ante la tarea. Se zafa como un corcel ante el obstáculo. Tú mismo lo has dicho, mi mujer es apetitosa. Y yo sé que su grupa es más hermosa que la de una yegua. Sus pechos parecen dos astros. Y su piel tiene el perfume del mango.
—¿Le haces el amor, de todos modos? —se inquietó Alí lleno de perplejidad.
—¿No me siento ya lo bastante humillado como para que tu pregunta aumente mi humillación? Naturalmente que le hago el amor. Pero la desgracia ha puesto en mis brazos a una esposa insaciable. Una loba cuyos deseos se renuevan sin cesar. A su modo de ver, la primera unión es sólo un preludio. Yo quedo satisfecho. Mi miembro se apaga como una llama con la primera ráfaga de viento... ¿Qué puedo hacer? ¿Es la edad, tal vez? ¿O quizás estoy enfermo?
Se apresuró a preguntar.
—¿Estoy enfermo?
Alí quiso tranquilizarle:
—No, hermano mío. Pero ¿sabes?, la virilidad del hombre no es siempre constante. Influenciable, cambia con los humores, las estaciones, los alimentos. Nada alarmante hay en ello. Puedo afirmar que eres tan sólido como una roca.
—¿Y entonces? ¿Qué puedo hacer para satisfacer a mi Jadija? La amo, no quiero perderla. ¡Me ha amenazado con arrojarse en brazos del primer camellero! Y yo... nunca podría aceptarlo. Si mañana la sorprendiera engañándome, su cabeza rodaría por un arrozal de Mazandarán, y con ella la de su amante. ¡Lo juro por el Invencible!
—Tranquilízate, tal vez tenga una solución a tu problema.
Los ojos de el-Sabr se abrieron de pronto.
—Sí —prosiguió Alí—. Cuando la caña se inclina, es preciso levantarla. Cuando el tallo desfallece, necesita un tutor.
—¿Qué sugieres?

—Hay una sustancia pulverulenta que se extrae de la corteza de un árbol y que tiene la facultad de permitir a quien la absorbe recuperar la virilidad de sus veinte años*. Dos horas antes de encontrarte con tu amada, te bastará beber una decocción para recuperar el ardor del león.

A medida que el médico hablaba, la expresión de el Sabr iba convirtiéndose en la de un niño maravillado.

—Júramelo —balbuceó boquiabierto—. Júrame, por el santo nombre del Profeta, que todo lo que dices es cierto.

Alí respondió afirmativamente.

—¿Podrías prepararme ese mágico remedio para esta noche?

—Da gracias a la Providencia. Pues el árbol en cuestión no crece en nuestro país. Pero, tranquilízate, tengo algunos fragmentos de corteza que compré hace algunos meses a un mercader de hierbas.

El ayyar cerró los ojos por un instante. Alí se dijo que, sin duda, por su cabeza desfilaba la ardiente visión de sus futuras hazañas.

—Hijo de Sina, te propongo un pacto: si tu milagrosa poción actúa como has dado a entender, tus amigos y tú podréis marcharos, libres, hacia donde queráis. En caso contrario...

Hizo una pausa antes de concluir en tono seco:

—En caso contrario... Será para mí un placer, mañana mismo, amputarte los órganos genitales y clavarlos en la punta de mi lanza. ¿Te conviene el pacto?

El jeque tragó saliva con dificultad.

El lacerante redoble de los tambores apoyaba los frenéticos movimientos del bailarín. Sentados en círculo, a su alrededor, con el rostro iluminado por las llamas y el oro de las estrellas, los hombres le alentaban palmeando fogosamente. Sobre el campamento, la luna brillaba redonda y llena. La tienda de el-Sabr estaba cerrada.

Tendido en su estera, con el cuerpo reluciente de sudor, Alí tomaba fervorosamente la boca de Yasmina. Sus labios se unieron con extraordinaria intensidad. Sus salivas se mezclaron, intentando confundir sus lenguas en una apasionada búsqueda.

—Si mañana debo ser castrado, haz, Alá, que esta noche sea la noche de todo mi amor...

Yasmina, con una conmovida expresión en la penumbra, le ofreció sus labios con mayor ardor todavía.

Sus cabellos sueltos formaban en el suelo una mancha oscura que se diluía en el rubio color de la estera. De pronto, la obligó a arrodillarse entre sus muslos y atrajo la cabeza de la muchacha hacia su bajo vientre. Lanzó un gemido cuando la lengua de su amante acarició los secretos de su carne, y se tendió más aún hacia ella. Con una especie de desesperanza, asió las sienes de la mujer y lanzó su sexo a su encuentro. Lentamente, ella le llevó al borde del placer y, luego, más allá, con tanta fuerza que Alí exhaló un grito conmovedor, casi un sollozo.

Inmediatamente, la tomó de los hombros y la atrajo hacia su pecho, cubriéndola de besos, oliendo la miel y el ámbar de su piel.

—Te quiero... amada mía. Te quiero como se ama la felicidad y la vida.

Ella quiso responderle pero no consiguió articular palabra alguna. Sólo se acurrucó, desesperadamente, contra él, con todas sus fuerzas, incrustando los dedos en su espalda, agarrada a su cuerpo como si ante ella se abriera un espantoso abismo de infinito.

—Cuando se dice que en el corazón del hombre el amor es como una llama devoradora, creo que es verdad...

—¿Y ahora, Alí, amado mío, temes menos al amor?

—Muy al contrario. Lo temo mucho más... Sin duda porque sé ya que la primera mirada que te dirigí no era la primera; que nuestro primer encuentro no fue el primero. Como sabía también que, cuando llegue la hora de separarnos, nada será lo bastante fuerte para mantenernos separados.

* Confieso que, una noche, por curiosidad, la tomé... El resultado no fue especialmente turbador. Ante mi decepción, el jeque me dio esta enigmática respuesta: «El caballo dócil y obediente no necesita fusta...» (Nota de Jozjani.)

Esta sustancia es, de hecho, un alcaloide extraído de la corteza del *Pausinystalia Yohimba*, un árbol que crece en el Camerún y el Congo. Desde tiempos inmemorables se emplea en África Ecuatorial como estimulante nervioso capaz de retrasar el sueño y, sobre todo, como afrodisíaco. Para el lector (movido por la pura curiosidad científica, naturalmente...), precisaremos que el alcaloide sigue vendiéndose en las farmacias con el nombre de Yohimbina. (N. del T.)

Calló. En el exterior, el agudo son de una flauta se había unido al tamboril. Prosiguió:

—Pero sé también que esas convicciones han reforzado mi fe en la eternidad y en la inmortalidad del alma... A veces, eso me ayuda a olvidar mi miedo. ¡Pero qué importa...! Ardamos, amor mío. Ardamos, porque esta noche puede ser mi última noche...

Las manos de Alí se deslizaron, enfebrecidas, por el busto de Yasmina, hacia su talle y sus caderas. Su mano derecha bajó más aún, se inmovilizó sobre la cálida rendija que dormía entre sus muslos, y su dedo mayor rozó la corola estremecida de rocío, arrancando un suspiro a la mujer.

—Tu cuerpo es mi página de oro —dijo dulcemente— y yo soy el cálamo...

Ella se ofreció naturalmente a sus caricias, durante mucho tiempo, por un tiempo infinito, hasta que advirtió que la había penetrado. Fue, primero, una posesión lenta, dulce; pero adoptó enseguida otro aspecto; más intenso, más fuerte. Levantó las piernas de la muchacha, las dobló casi contra su busto para introducirse más en ella. Yasmina tuvo la fugaz visión de una ola cortada por la quilla y apretó los labios para no gritar. En la violencia del abrazo, el dolor llegó muy pronto a confundirse con el placer, una intensa quemadura invadió todos sus poros, como si el sol descendiera a lo más profundo de ella misma. Lágrimas de felicidad corrieron por sus nacaradas mejillas. Su espíritu vaciló. Ya no se pertenecía. Liberó sus piernas, su cuerpo se arqueó bajo la intensidad del placer y, lánguida ya, se dejó caer.

Aquel desmesurado roce se repitió una vez y otra hasta que llegó la aurora, consumiéndose en mil caricias, mil fulgores, hasta que la voz de Jozjani les arrancó de su locura.

—¡El-Sabr! ¡El-Sabr quiere verte enseguida!

Había llegado el alba.

De buenas a primeras se dijo que, sin duda, era víctima de una alucinación. Que el miedo a morir inventaba un espejismo o que la noche de amor que acababa de vivir había trastornado su razón. Y, sin embargo, él estaba allí. De pie, junto a el-Sabr. Real. Le sonreía.

—Mahmud... —balbuceó con un nudo en la garganta—. Mahmud, hermano mío... ¿Eres tú?

El joven se limitó a asentir, tan conmovido como el jeque.

Alí dio un paso más. Inseguro. Sin advertirlo casi, su mano se tendió hacia la mejilla de su hermano menor. De pronto, le tomó de los hombros y le atrajo contra su pecho.

—¿Pero cómo... cómo has llegado hasta aquí?

Mahmud movió la cabeza con cansancio.

—No ha sido sencillo. Eres más difícil de seguir que el viento de shamal.

El-Sabr, con las manos en las caderas, observaba la escena con evidente placer.

—Me siento feliz —dijo invitando a sentarse a los dos hermanos—. Feliz de haber contribuido a vuestro encuentro.

Aunque la pregunta le abrasaba los labios, Ibn Sina no se atrevió a preguntar al ayyar sobre su noche.

—Cuéntamelo todo —le dijo a Mahmud—. ¿Cómo está nuestra madre?

Mahmud aceptó la taza de té que el-Sabr le tendía y apartó el rostro sin responder.

—Setareh... Se trata de nuestra madre —dijo Alí palideciendo de pronto.

El joven seguía evitando su mirada.

—Respóndeme, hermano... Te lo ruego. El silencio es, a veces, más penoso que algunas verdades. ¿Le ha sucedido algo a nuestra madre?

Mahmud se decidió a hablar por fin:

—Ha muerto... Setareh ha fallecido. Una mañana de Sawwal. Cuando me disponía a dirigirme a los campos, se derrumbó ante mis ojos. Creo que ni siquiera tuvo tiempo de comprender que se moría. No pude hacer nada.

Alí se sintió presa de la náusea. Permaneció silencioso, mirando el vacío.

Abd Allah... el-Massih... Setareh... Los seres a quienes más amaba en el mundo le habían abandonado uno tras otro. Todo el absurdo de la muerte regresó de nuevo a su espíritu. ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué ese traqueteante camino por el que debemos avanzar y que sólo desemboca en las tinieblas? ¿Por qué ofrecernos los placeres de la vida y decidir, de pronto, algún día, arrebatárnoslo todo? ¿De qué servía, cuando llegaba el momento de cerrar los ojos, toda su ciencia?

La voz de su hermano menor le arrancó de sus pensamientos.

—Salí de Bujará una semana después de su muerte. No me sentía ya con ánimos de vivir entre aquellos muros.

—¿Pero cómo has encontrado mi rastro?

—Ya te lo he dicho: no fue sencillo. Tu última carta me informaba de que estabas en Gurgandj, con el-Biruni. Fui pues a aquella ciudad para saber, de boca del propio visir, el-Soheyli, que estabas en Daylam. Tras haber pasado un mes en el Turkestán, donde encontré un empleo de pescador, me puse en camino hacia el mar de los Jazares. Allí me aguardaba una nueva decepción: te habías marchado hacia un destino desconocido. Pero el Altísimo debe de querernos; puso en mi camino a un tal el-Jozjani.

—¡El padre de Abú Obeid!

—Eso es. En su última carta, su hijo le decía que estabais en la corte de Raiy. Me dirigí pues a Raiy y, allí, caí en plena Gehenna. La ciudad era pasada a sangre y fuego. Se libraban batallas en cada esquina. Shams el Dawla, el príncipe de Hamadhan, había caído sobre los turcos e intentaba recuperar la ciudad. Cien veces estuve a punto de dejar la piel.

—¿Sabes quién venció?

—Shams.

Había respondido el-Sabr.

Explicó:

—Las informaciones que he obtenido son bastante sorprendentes. Shams, cansado de las luchas intestinas que enfrentaban a su madre y su hermano menor, Madj, furioso sobre todo al ver que tales luchas habían tenido como consecuencia la funesta intervención del Gaznawí, decidió, tras haber obtenido la victoria sobre los turcos, encarcelar a Majd y expulsar a la Sayyeda de Yibal. A su modo de ver, era el único medio de poner fin a lo que denominaba «juegos del diablo». Según las últimas noticias él ocupa hoy el trono de Raiy. Madj está encerrado en el fuerte de Tabarak y la Sayyeda vagabundea por Djibal.

—Es un modo bastante enérgico de imponer orden —observó Alí con escarnio—. A fin de cuentas, tal vez fuera la única solución.

—Sin duda alguna —afirmó el ayyar—. Si el litigio entre madre e hijo hubiera proseguido, puedo asegurarte que todo Djibal y Daylam reunidos habrían caído en manos de los gaznawíes.

Mahmud prosiguió:

—En Raiy, uno de los médicos que estaba a tus órdenes me dejó suponer que habías huido al país de las hachas. Seguí pues tus pasos.

—¿Y cómo nos has encontrado entre los ayyarun?

—La casualidad... una vez más. Esta mañana, a la vista del campamento, he hecho lo que no he dejado de hacer en las últimas semanas: he interrogado, he acosado a la gente por el camino. Uno de los hombres de el-Sabr me ha llevado ante él. He dicho tu nombre...

Alí se volvió hacia el ayyar, que se adelantó a la pregunta:

—¿Por qué ocultar tu presencia? Tal vez ayer... pero hoy ya no.

Hizo una pausa antes de declarar:

—Sólo tengo una palabra. Te la di. A partir de hoy, tú y tus amigos sois libres de ir a donde os parezca.

El jeque quiso expresarle su agradecimiento. Pero cambió de opinión. En ciertos momentos las palabras no tienen gran valor.

Cuando los dos hermanos iban a abandonar la tienda, el-Sabr añadió, con una sonrisa en los labios:

—Ibn Sina... Que el Omnipotente te proteja, vayas a donde vayas. Me has devuelto mi amor... ¡Y mi orgullo!

«Dos días después, llegamos a Qazvin.

»Era una aldea insignificante, compuesta por pequeñas casas de adobe, erigida en una verdeante llanura, llena de bosques. La tierra era fértil, surcada por pequeños ríos como el Herhaz, el Talar o el Tedjen, abundante en fruta pero, sin embargo, malsana a causa de las aguas estancadas. Los hombres de Qazvin, como la mayoría de los habitantes de Mazandarán por otra parte, vivían de la pesca, de aves acuáticas, del cultivo del arroz, del tejido de lino y de cáñamo. Pero, más allá de tan apacible imagen, el lugar no era seguro; numerosas tribus belicosas, indisciplinadas, sembraban el desorden entregándose a crímenes y pillajes.

»Nuestra riqueza se reducía a algunos centenares de dirhams y, por lo tanto, comenzamos instalándonos en un khan que estaba a una milla* del poblado. Al día siguiente de nuestra llegada, el jeque comenzó a vivir otra vez de sus consultas y Mahmud encontró un empleo

* Medida de longitud equivalente al tercio de un farsaj. (*N. del T.*)

junto a un pescador, lo que, pocas semanas más tarde, nos permitió alquilar una pequeña casa a orillas del Talar.

»El jeque el-raís comenzó, allí, a escribir una epístola a la que llamó *Al-Niruzya*, que incluía la explicación del sentido misterioso de las letras del alfabeto que se hayan al comienzo de ciertos suras del Corán. Elaboró, en una semana, un *Canon de las tablas astronómicas*. Un compendio de hechizos y talismanes así como un tratado de alquimia: *El espejo de las maravillas*.

»Durante los tres meses que pasamos en Qazvin, añadió a sus escritos tres obras más: *El coloquio de los espíritus tras su separación del cuerpo*, *Los postulados de los anales del tiempo pasado* y una alegoría filosófica: *Historia de Salaman y de Absal*.

»Concibió todo aquello sin abandonar, nunca, la redacción del tercer libro del *Canon*, que concluyó en el camino entre Talar y Tedjen. Esta segunda parte comprende las definiciones de la enfermedad y de sus causas. Es un libro de patología.

»Su resistencia física y sus facultades cerebrales seguían maravillándome. Citaré, como prueba, el incidente de esta noche.

»Esta noche es la última de rabi el-awwal, el corazón del otoño...

»Un viento fresco riza las aguas del río y, alrededor de la casa, los árboles son manchas amarillentas en las riberas del crepúsculo.

»Mahmud, Yasmina, el jeque y yo nos hemos reunido en la estancia principal, donde acabamos de concluir una frugal comida, sentados no lejos del *cursi*.

»Para quienes lo ignoren, el *cursi* es un gran agujero cuadrado, aproximadamente de un codo de profundidad y tres de anchura, en el que se hace arder carbón. Colocamos sobre las brasas una mesita de madera, de unos tres codos de alto, por lo menos, y la cubrimos con una gran manta que llega hasta el suelo. De este modo, el calor se difunde agradablemente por la pieza; existe, por lo demás, una curiosa superstición vinculada al *cursi* y que afirma que, si se desea provocar la lluvia, basta con marcar el compás, con un músico, sobre la mesa.

»Observo a mi maestro con el rabillo del ojo y me satisface comprobar que su humor es sereno. Es la primera vez que lo veo tan relajado desde que llegamos a Qazvin. Mientras Mahmud repara una red de cáñamo, Yasmina y el jeque han iniciado un juego que se basa en las facultades mnemónicas del raís.

»¿ Puedo confesarlo? Algo irritado, aprovecho la ocasión para intentar cogerle en falta. Corro hacia el lugar donde he guardado mis notas y regreso con un compendio.

»—¡Jeque el-raís! Perdona que te interrumpa, pero creo que tus libros te son demasiado familiares como para que puedas cometer un error. Te propongo, en cambio, una tarea algo más difícil. ¿Puedes decirme las cifras sugeridas por todos los astrónomos árabes, todos hasta hoy y sin excepción, referentes a la menor, la mayor y la media distancia geocéntrica del planeta Zuhal?

»El jeque me observó con una sonrisita y, tras cierto tiempo de reflexión, dijo:

»—¿Por qué no?

»Comenzó.

»Me permití transcribir la lista citada de memoria por el jeque. No tenía ni un solo error. Sin embargo, me apresuro a tranquilizar al lector impaciente y refractario, sin duda, como yo, a las cifras, precisando que la transcripción se limita sólo a los últimos cálculos. En caso contrario, habría cubierto ampliamente la página.

»El jeque comenzó de un tirón:

»—Según el-Battani, Ptolomeo y los autores posteriores, el diámetro aparente de Saturno es, en la distancia media, la octava parte del diámetro del sol. De ahí, utilizando el valor numérico de la distancia media, evalúa el verdadero diámetro de Zuhal en $4^{7/24}$ del diámetro de la Tierra. Esta dimensión, elevada a la 3.^a potencia, establece el volumen del planeta en 79 veces el de la Tierra.

»Recuperando el aliento, prosiguió:

»—El-Battani observa que los diámetros aparentes del planeta en el perigeo y el apogeo están en relación de $1^{2/5}$ a 1. Respectivamente de 7 a 5. Sobre esta base, evalúa el alejamiento de Zuhal en el perigeo en 12.924 radios terrestres, y en el apogeo en 18.094; por lo que se refiere a su alejamiento medio, estaría en 15.509 radios terrestres. A saber que la distancia real geocéntrica es, en cifras redondas, 14 veces más considerable: 224.000 radios terrestres. Algunos años más tarde, el astrónomo al-Farghani propondrá, para la distancia menor, 14.405 radios terrestres, para la media $17.257^{1/2}$ y para la mayor, 20.110...

»Detendré aquí la avalancha de cifras, rogando, humildemente, al lector que no me tenga en cuenta tan arduo pasaje. Pero, a mi modo de ver, aunque pueda parecer simplista, era indispensable para dar una pequeña muestra del prodigioso espíritu del hijo de Sina.

»Pronto hará tres años que vivo a su lado. A menudo me he preguntado sobre el devenir de su posteridad.

»A la vista de las líneas precedentes, tal vez algunos consideren que mi maestro vive una vida disoluta, que es un libertino, entregado a los excesos del vino, o también un opiómano que sólo se preocupa por los placeres de la carne. Otros le acusarán de ser sólo un plagiaro de Galeno o de Hipócrates; sin duda se criticará su estilo de escritura y se le acusará de estar huero y lleno de énfasis. Pero yo sé y puedo afirmarlo con fuerza: ¡Leed a Galeno, leed luego al hijo de Sina! ¡Qué diferencia! En uno es la oscuridad, en el otro la luz. Que el Altísimo os conceda tener algún día, entre las manos, el *Canon* que concluiremos con la ayuda de Alá, y podréis comprobar que reina en él un orden perfecto y un método riguroso.

»Voluntariamente he evitado abordar el aspecto filosófico de la obra del jeque para no desalentar a quien me lea algún día. Es preciso saber que mi maestro era un espíritu en exceso penetrante y demasiado lleno de absoluto como para no superar las ciencias particulares. Diré que lo que yo percibo de esa empresa filosófica es el trabajo de un científico que se esfuerza por llevar las teorías griegas al nivel de lo que el estudio de lo concreto necesita expresar. Afirmino también que es un innovador en lógica, corrigiendo los excesos de abstracción que, en Aristóteles, que fue sin embargo su gran maestro, no permite tener lo bastante en cuenta el cambio, presente en el mundo terrestre en todas partes y en cualquier instante.

»¿Es o no un místico? Mientras escribo estas líneas, reconozco mi incapacidad para responder esta pregunta. Tal vez el porvenir me conceda la respuesta. De momento, guárdeme el Clemente de adelantarme, tengo la sensación de que intenta llegar a un dios filosófico, que percibo muy distinto al dios coránico o bíblico. Pero nos queda, o al menos eso espero, un largo camino para recorrer juntos; al final resplandecerá la verdad...

»Llaman a la puerta. Tenemos un visitante...

»Fue a abrir Mahmud.

»En el umbral había dos hombres de uniforme. Con el rostro lleno de polvo. Fatigados los rasgos. Un tercer hombre permanecía sobre su montura.

»—¿Eres el jeque Alí ibn Sina?

»Asustado, Mahmud se volvió hacia Alí.

»—No conocemos a nadie de ese nombre —se apresuró a replicar el jeque.

»El soldado dio un paso hacia delante. Su mirada escrutó uno a uno los rostros.

»—Decidme vuestra identidad —ordenó tras un silencio.

»—¿Pero qué ocurre? —se inquietó el-Jozjani—. ¿Qué queréis de nosotros?

»—Vuestras identidades —repitió el soldado limpiándose nerviosamente el polvoriento mentón.

»Yasmina, dominada por el miedo, cogió la mano del jeque. ¿Quiénes podían ser aquellos hombres? ¿Enviados de la reina? ¿Espías de Majd el-Dawla? ¿Hombres del Gaznawí? Su uniforme le recordaba vagamente algo...

»El segundo soldado había entrado, a su vez, en la casa. Parecía menos paciente que su colega.

»—¡No vamos a pasar la noche aquí! —ladró—. Los aldeanos nos han dicho que encontraríamos aquí al llamado Abú Alí ibn Sina, médico de Qazvin. ¿Por qué mentís?

»El hijo de Sina lanzó un suspiro resignado.

»—Tus informaciones son exactas. Pero el jeque se ha marchado esta tarde a Amol. No regresará antes de diez días.

»—¿Por quién nos tomas? —replicó el hombre—. ¡Hace un momento afirmabas no conocer a nadie de tal nombre! ¿Cuándo debo creerte?

»—¡Ya basta! —interrumpió su camarada—. Acabamos de pasar dos noches a caballo y no vamos a perder más tiempo.

»Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el tercer soldado, que se había quedado en su montura.

»Se advertía que Mahmud estaba dividido entre el deseo de arrojarle al cuello de los militares y el de conservar una calma inspirada por Alí. No tuvo tiempo de reflexionar mucho. El soldado regresaba ya; sostenía a un muchacho de unos veinte años, y todos pudieron ver que carecía de su pierna izquierda.

»El hijo de Sina comprendió enseguida que estaba ante el herido a quien había operado unos meses antes, tras la batalla de Raiy.

»—¿Bueno? —preguntó el soldado—. ¿Reconoces al que te amputó?

»Antes de que el joven pudiera responder, Alí le dijo:

»—Me satisface verte a ver, amigo mío, y comprobar que has sobrevivido...

»—Gracias a ti, jeque. Como ves, no he olvidado...

»Ibn Sina sonrió melancólicamente.

»—No sé si debo alegrarme...

»—¿De modo que no te has marchado a Amol? —observó con ironía uno de los soldados.

»—¿Qué queréis de mí?

»El muchacho se apresuró a explicar:

»—No debes temer nada. Nos ha enviado nuestro amado príncipe Shams el-Dawla. Está enfermo, se siente muy mal. Desde que regresó a Hamadhan, le corroe el dolor.

»—¿A Hamadhan? —se extrañó el-Jozjani—. Pero, tras su victoria, le creíamos en Raiy, dueño de la ciudad.

»—Lo fue. Pero por razones políticas, que no comprendemos por otra parte, devolvió el trono a su hermano Majd y autorizó a la Sayyeda a volver a palacio.

»Alí inclinó la cabeza pensativo mientras el otro proseguía hablando:

»—Nuestro príncipe supo de tu existencia de los propios labios de Majd. Pronto hará diez años que sufre y no hay en Persia un solo médico que haya conseguido aliviarle. Al parecer, le han asegurado que eres el mayor de los sabios. Nos ha encargado pues que te llevemos a su cabecera. Necesita tus cuidados.

»—¿Cuándo debemos partir?

»—Inmediatamente.

»—¿Y mis amigos? ¿Y mi esposa?

»—Te aguardarán. Cuando el emir esté curado podrás regresar a Qazvin.

»El hijo de Sina, fatalista, inclinó la cabeza.

»—Amada mía... —dijo acariciando la mejilla de Yasmina—, ¿recuerdas lo que te dije hace apenas unos meses? El filo de la espada...»



DECIMONONA MAQAMA

Los brocados caían como cascadas de los muros, realzando el fulgor del ónice y del mar molveteado. Varias capas de seda vestían, en toda su longitud, el salón vasto como el centro de una mezquita. Mientras el suelo, adornado con motivos florales, formaba un espejo horizontal sobre el que se reflejaba el techo, velado por la neblina del áloe, como un océano de estalactitas de tablas de cedro. Una fuente dormía, sin manar, en el centro.

En uno de los extremos de la estancia, un estrado provisto de alfombras y almohadones tejidos con hilos de oro servía de sofá. Allí, desnudo hasta la cintura, habían tendido boca abajo a Shams el-Dawla. Desde los omoplatos hasta más abajo de los riñones, su espalda estaba cubierta de sanguijuelas.

Sentado con las piernas cruzadas a la cabecera del príncipe, Alí descubrió a un adolescente de unos diecisiete años. Algo más lejos, vio la silueta de una mujer velada que observaba discretamente la escena.

—Adelante, jeque el-raís. Adelante —susurró Shams con la cabeza hundida en los almohadones—. Y perdona que te reciba en tales circunstancias; la culpa la tienen mis médicos.

Alí se inclinó respetuosamente. Sin descubrir el rostro, el soberano prosiguió:

—Me satisface haberte encontrado. Si tú, a quien llaman el príncipe de los sabios, no logras averiguar el origen de mis sufrimientos, entonces sólo me quedará dejarme morir como un perro.

Giró lentamente la cabeza y señaló al muchacho.

—Mi hijo Sama. La niña de mis ojos.

Levantando torpemente el brazo que colgaba del borde del diván y señalando a la mujer, dijo:

—Mi esposa, Samira.

Luego, señalando a dos hombres que entraban en la habitación:

—Mis dos médicos Sharif y Osmán. Dos lumbreras. Son los últimos que han acudido a mi cabecera. Hicieron sus estudios en el Aldudi de Bagdad, puedo asegurar, pues los he visto actuar, que dominan perfectamente su ciencia. Mucha gente de mi entorno les debe la salud; lamentablemente, para esos dos sabios mi cuerpo sigue manteniendo su secreto.

Sharif, corpulento, con la tez rojiza y la cabeza inclinándose bajo el peso de un turbante, declaró tímidamente:

—Tu reputación no nos es desconocida, jeque el-raís. Esperamos de todo corazón que tengas éxito donde nosotros hemos fracasado. Sin embargo, no dudes de que hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos. No hemos desdeñado nada de lo que hubiera podido aliviar los sufrimientos de nuestro amado soberano.

Alí se apresuró a tranquilizarles:

—Estoy seguro de ello. La escuela de Bagdad es conocida por el rigor de su enseñanza. Sólo podemos esperar que el Clemente me conceda lo que os ha negado.

Calló unos instantes y preguntó:

—¿Podrías exponerme la historia de la enfermedad?

Osmán repuso:

—Es muy compleja. Impalpable. Desde hace varios años el príncipe se queja de fuertes dolores cuyo punto de partida se encuentra aquí —y el médico señaló la base del hueso que se halla en mitad del pecho—. El dolor afecta a toda la región torácica. Atraviesa el cuerpo y llega hasta la espalda.

—¿Se acelera el pulso durante esas crisis?

—Apenas. Pero probablemente es una aceleración provocada por la tensión dolorosa del cuerpo.

—¿Habéis verificado las deposiciones del paciente? ¿Su orina?

Osmán y Sharif asintieron al mismo tiempo.

—La orina es clara. No hay depósito. No hay alteración del color. Por lo que a las deposiciones se refiere, y éste es un detalle que puede tener importancia, algunos días son negruzcas.

Alí lanzó una ojeada al príncipe que seguía tendido y señaló las sanguijuelas.

—Tal vez mi pregunta os sorprenda: ¿a qué se debe eso?

Sharif restableció nerviosamente el precario equilibrio de su turbante y se apresuró a explicar:

—Jeque el-raís, hemos trabajado por deducción: al comienzo, pensamos que el paciente sufría un problema cardíaco. Los espasmos en el pecho podían ser la señal anunciadora de problemas más graves. Pero ante la regularidad del pulso, tuvimos que eliminar esa eventualidad y pensar en otro diagnóstico: una inflamación del hueso que se halla en el centro del pecho. Entonces, intentamos apaciguar el dolor aplicando bálsamos y revulsivos. Lamentablemente, a pesar de nuestros esfuerzos, no se produjo ninguna mejoría. Por esta razón atacamos, desde ayer, el otro síntoma: los dolores dorsales.

El médico tomó aire antes de terminar:

—Estamos casi convencidos de que el soberano es víctima de un derrame de los humores situados en los músculos y las articulaciones de la espalda*. Lo que explica el empleo de sanguijuelas. Como sabes, la sangre que absorben tiene un origen mucho más profundo que el de las ventosas. Lo que permite evacuar el humor que se halla, en exceso, en los vasos.

—Supongo que habréis desinfectado antes la espalda con agua de nitro, que habréis exprimido las sanguijuelas para vaciar su estómago y habréis hecho sangrar un poco la piel, para que se fijen.

Osmán asintió.

—¿Y la sangría?

—Dos veces.

—Puedes estar tranquilo —prosiguió Sharif—, hemos respetado perfectamente el protocolo: colocación del garrote, cantidad a extraer basada en la velocidad y fuerza del chorro, el color, el estado del pulso. Y, como tuvo lugar una supuración, aplicamos un emplaste de albayalde.

—Está bien —comentó el jeque pensativo—. ¿Y observasteis una mejoría en el estado del paciente?

Fue el príncipe quien respondió golpeando su almohada con la palma de la mano.

—¡Nada! ¡Sigue doliéndome mucho!

Los dos médicos intercambiaron con Alí una mirada de impotencia.

Ibn Sina se inclinó sonriendo hacia el emir:

—Me parece que tu temperamento es particularmente sanguíneo, Excelencia.

Esta vez fue Sama quien se permitió intervenir:

—Jeque. Prefiero creer que estás de buen humor. Entre las sangrías y esas malditas bestias trabajando en su espalda, no sé si a mi pobre padre le queda algo de sangre.

La tímida voz de la princesa Samira sugirió:

—Jeque el-raís, ¿no podríamos librarle de esas sanguijuelas?

Alí inclinó la cabeza.

—Podríamos hacerle a la princesa ese favor. A riesgo de contradeciros, no creo realmente que el tratamiento pueda dar resultados beneficiosos. Por el contrario, podría debilitar a nuestro paciente.

Sharif y Osmán se quedaron perplejos. Fue precisa la imperiosa voz del emir para que se decidieran a actuar:

—¡Vamos! Haced lo que os dice. Quitadme esas horribles bestias.

Con resignada mueca, uno de los médicos observó:

—Para retirar las sanguijuelas necesitamos sal, Excelencia. O ceniza.

—Pues bien, ni una cosa ni la otra faltan, que yo sepa, en Hamadhan.

—Señor —dijo suavemente el hijo de Sina—, me ha parecido entender que tus dolores no eran constantes. ¿Puedes indicarme en qué instantes precisos se producen? ¿Y de qué naturaleza son?

—Por la noche. Casi siempre a mitad de la noche.

—¿Nunca durante el día?

—Raras veces. Pero cuando me duermo, el sufrimiento es tan grande que me despierto y siento entonces terribles quemaduras. Como si guindillas rojas inflamaran mi estómago.

—¿Sientes entonces una gran sed?

El emir asintió.

—¿A qué hora cenas, de costumbre?

* ¿Reumatismo? ¿Lumbago? ¿Artritis? No se ve con claridad lo que Sharif suponía. (N. del T.)

—Como, aproximadamente dos horas después de la puesta del sol —repuso el príncipe. Y añadió con rencor—: ¡Cuando no estoy batallando con mi hermano y mi madre!

Sharif estaba de regreso llevando una bolsa en una mano y un lebrillo en la otra. Fue a sentarse junto a Shams y comenzó a espolvorear su espalda con sal fina. De inmediato se produjo un fenómeno de retracción de las sanguijuelas, y comenzó a quitarlas una a una para arrojarlas en el lebrillo.

Cuando su espalda estuvo absolutamente libre, el príncipe lanzó un suspiro de alivio y se volvió entre los almohadones.

—Un poco más y me ahogaba.

El jeque pudo, finalmente, observar a su guisa a su ilustre paciente. Lo primero que le sorprendió fue que entre Shams y su hermano menor Majd, el parecido era casi inexistente. Lo segundo fue que, sin duda alguna, no tenía más de treinta años; pero los círculos azulados que rodeaban sus ojos anémicos, su gran palidez, las arrugas que marcaban su frente y las comisuras de sus labios, contribuían a darle diez años más.

—¡Vamos! ¿Qué sensación te produce todo esto?

—Todo me lleva a creer que estamos ante una úlcera de estómago.

Los dos médicos se concertaron, escépticos. Alí explicó:

—Por un momento he pensado en un salatán*. Pero en ese caso hubieran aparecido otros síntomas, como diarreas, dificultad para digerir los alimentos, fiebre remitente, violenta a veces y débil otras. Además como si se tratara de un tumor, sin duda habría matado al príncipe mucho tiempo antes.

—Estamos de acuerdo, jeque el-raís —aprobo Osmán—; ¿pero qué razones tienes para inclinarte por una úlcera?

—Tres detalles precisos: el soberano nos ha dicho que sólo sufre por la noche, más de tres horas después de haber cenado; el estómago está pues vacío. Por otra parte, está la sensación de quemadura transfixiante aguda. Y, finalmente, el color de las deposiciones. Me habéis dicho que eran negruzcas, lo que indica que hay sangre digerida procedente de la úlcera.

Se advertía que ambos médicos se sentían, a la vez, confusos y seducidos por el diagnóstico.

—Todo eso está muy claro —dijo bruscamente el soberano—. ¿Pero cómo saber si no te equivocas?

—Nos lo dirá el tratamiento... Tendrás que beber al levantarte y al acostarte una poción a base de albayalde y...

—¿Albayalde? —interrumpió la princesa, pasmada.

—Eso es. Majestad. Lo diluiremos en leche de oveja y eso creará un aposito intestinal. Es deseable que coma varias veces al día, evitando formalmente los alimentos que contienen acidez, como las frutas. Finalmente, cuando aparezcan los espasmos, le aconsejaría al soberano una decocción de raíces de mandragora o belladona. Son analgésicos menos potentes que la adormidera, es cierto, pero permiten evitar el hábito y la intoxicación.

El emir se pasó varias veces la mano por el desguarnecido cráneo, y asintió en silencio.

—Ya veremos —dijo tras haber reflexionado—, ya veremos si tu reputación es merecida. Reguemos a Alá para que lo sea. De momento, voy a dar orden de que te conduzcan a tus aposentos. Satisfarán todos tus deseos. Mi palacio es ahora tu morada.

El sol anunciaba su declive sobre la fértil llanura que rodeaba Hamadhan. Tras haber descansado algunas horas y tomado un baño en el hammam del serrallo, Alí recorrió las callejas de la ciudad.

Hamadhan era una población cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos. Al parecer, mucho tiempo atrás se había llamado Ecbatan. De ahí la palabra *hangmata*, que en persa significa «lugar de reunión», y que más tarde se convertiría en el nombre actual. Por vagas razones se la denominaba, también, la ciudad de los Siete Colores. Nunca había dejado de ser punto de intersección importante en la ruta de las caravanas. Lo que explicaba que, al revés que Raiy o Isfahán, era más una ciudad mercantil que un centro cultural. Era, por aquel entonces, una de las cuatro capitales de Yibal, sólidamente fortificada, grande y rodeada de

* Cáncer. Era ya conocido en tiempos de Galeno, que trató a Julia Domna, esposa de Septimio Severo, de un cáncer de mama. (*N. del T.*)

altos muros. Y sus arrabales se extendían por una región agrícola que prosperaba pese a la altitud* y el clima riguroso del invierno.

Lo primero que sorprendió a Alí fue la impresión de novedad que se desprendía de sus edificios. La gran mezquita, la madrasa, las murallas, la mayor parte de sus casas daban la impresión de haber sido construidas en un reciente pasado. Había, para ello, una explicación: hacia el año 351 de la hégira, la ciudad había sufrido un espantoso temblor de tierra y había sido necesario levantarla de nuevo por completo.

En cambio, las calles se parecían a las de la mayoría de las ciudades persas.

Circulaban por ellas sufíes que caminaban con la espalda ligeramente encorvada, envueltos en sus sayales, reconocibles entre mil; mujeres de dedos pintados, con el rostro velado, que, como amarantos se deslizaban por las pedregosas callejas, y harapientos mendigos que tendían la mano solicitando la bondad de los viandantes.

Sumido en sus pensamientos, el jeque acababa de llegar a la plaza del gran bazar.

Era como una desmesurada Bujará.

El brillo del mimbre y de la rota arañaba el azul. El furtivo centelleo de las piedras preciosas, el redoble de los cascos de las mulas y los asnos, el cacareo de las aves, el seguro paso de los camellos eran otros tantos sonidos e imágenes multiplicadas. Y en la estela del aire arado por la paprika, era fácil recuperar el infinito mal de los perfumes, impregnado con el embriagador aroma del aloe que ardía en pebeteros puestos a los pies de los mercaderes.

—Jeque el-raís. ¿Eres tú? ¿Abú Alí ibn Sina?

Desconcertado, Alí no tuvo tiempo de contestar.

—En nombre de Alá, Clemente y Misericordioso, no puedo creer lo que veo. Eres tú... Eres realmente tú... Me llamo el-Maksumi. Abú Said el-Maksumi. Conozco todas tus obras. Toda tu enseñanza filosófica y tus investigaciones médicas. No tienes en todo el país mayor admirador.

Intrigado, Alí examinó atentamente a su interlocutor. Era joven, veinte años. Con la nariz recta. Los rasgos regulares. Los cabellos negros como el azabache y la mirada resplandeciente de inteligencia.

—El-Maksumi... Perdóname, pero tu nombre me es desconocido.

El muchacho levantó la cabeza con orgullo.

—Soy de Bujará. Como tú. Unas pocas callejas separaban mi casa de la de tu padre.

—Y sin embargo, creía conocer a todos mis vecinos.

—Tienes más de treinta y cinco años. Yo tengo quince menos. Cuando enseñabas en el bimaristán y te llamaban ya príncipe de los sabios, yo apenas caminaba aún.

—En ese caso, debes de tener una memoria visual absolutamente prodigiosa. Reconocerme aquí, en Hamadhan, tantos años más tarde...

—¿Pero lo has olvidado? Tus rasgos cubrieron las paredes de toda Persia...

—Es cierto. No he pensado en ello. ¿Y qué estás haciendo en Hamadhan?

—Te sorprenderás sin duda. He venido a perfeccionar mis conocimientos de matemáticas con uno de tus antiguos alumnos: el-Hosayn ibn Zayla.

—¿Ibn Zayla? ¿Aquí, en Hamadhan?

—Eso es. Enseña en la madrasa de la ciudad.

—Realmente es una sorpresa. Cuando nos conocimos, él estudiaba en el bimaristán de Bujará y se preparaba para ser médico. Recuerdo especialmente el modo como diagnosticó un *sersam* agudo, cuando lo puse ante un caso difícil, precisando la gravedad que la enfermedad había adquirido. Más tarde, lo encontré en la madrasa de Gurgandj. Y fue la última vez.

—Tranquilízate, jeque el-raís. Tu alumno no ha perdido en absoluto la vivacidad de su espíritu ni sus facultades de análisis. Las ha aplicado, sencillamente, a otro campo: el de las matemáticas y... la música.

Una expresión satisfecha iluminó el rostro de Ibn Sina.

—¿Sabes si enseña hoy? Me gustaría mucho volver a verle.

—Puedo asegurarte que tu alegría no será nada si se compara a la suya. Antes de que el Clemente me pusiera en tu camino, me dirigía a la madrasa. Me honraría que me acompañaras.

—En ese caso, no perdamos ni un instante. Te sigo, Abú Said el-Maksumi.

Montado en un mulo, el-Hosayn ibn Zayla, impartía sus enseñanzas circulando entre las centenas de estudiantes reunidos en el gran patio de la madrasa.

* Hamadhan está situada a unos 1.800 metros de altitud. (N. del T.)

Los años no le habían cambiado mucho: sus rasgos seguían siendo vivos y su gesto nervioso. Apenas vio al jeque cruzando el umbral del iwan, interrumpió en seco la exposición que estaba haciendo. Abrió de par en par los ojos, inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado mientras su mirada iba hacia el-Maksumi y luego, de nuevo, se posaba en Alí, y con un seco golpe de sus talones, tan rápidamente como su montura se lo permitió, corrió hacia ellos.

—¡Jeque el-rais! —exclamó descabalgando—. ¡Es increíble!

—No sé quién de nosotros dos debe sorprenderse más. Te creía médico y en Gurgandj aún.

—Tras tu partida y la de la mayoría de los intelectuales de la corte, nada fue ya lo mismo. No encontraba el menor interés en permanecer en el Turkestán. Me puse, pues, en camino hacia Bujará y tras haber profundizado en la ciencia de los números junto a un eminente maestro, un judío de Samarcanda, me decidí a viajar hasta encontrar una cátedra de enseñanza que se conviniera a mis nuevas aspiraciones.

—¿Y la medicina?

El-Hosayn movió la cabeza con sonrisa cómplice.

—No todo el mundo es Alí ibn Sina. Quería ser el mejor y el mejor ya existía.

—No hay mejores, Ibn Zayla, hermano mío. Sólo seres que prueban más que los otros, eso es todo.

El discípulo prosiguió con entusiasmo:

—Pero no temas. La ciencia de los números me apasiona igualmente. He devorado Euclides, al-Harrani* y Nicómaco de Gerasa. He bebido en las fuentes del cálculo indio. En adelante la prueba del nueve y el djidnr** no tienen secretos para mí.

—Sin duda elegiste el buen camino. He pensado, a menudo, que los matemáticos constituyen el primer peldaño de la escalera que lleva al conocimiento del universo.

—Y tú, jeque el-rais. ¿Qué estás haciendo en Yibal? Decían que estabas en Raiy.

—Es una larga historia. Aprenderás, o tal vez lo sepas ya, que el hombre no siempre es dueño de sus movimientos. Ayer fue la melancolía de un joven príncipe lo que me llevó a Raiy, hoy la úlcera de otro me ha traído a Hamadhan. El príncipe Shams ha reclamado mis cuidados.

—¿Te quedarás pues entre nosotros?

—No. Una vez el emir se haya curado, volveré a Qazvin, donde me esperan.

—¿Qazvin? —exclamó el-Maksumi pasmado—. ¡Pero si es un rincón perdido, indigno del gran Ibn Sina!

—Nuestro amigo tiene razón, jeque el-rais. Tu presencia sería más útil en una de nuestras grandes ciudades.

Alí movió la cabeza con resignación.

—Aliviar el dolor de un emir o el de un pajarero, ¿dónde está la diferencia?

—¿Pero y tu enseñanza, y la ciencia? Debes permitir que la compartan tus contemporáneos —protestó Ibn Zayla.

Señaló con un gesto a los estudiantes que les observaban pacientemente.

—Mira... Me bastaría con mencionar tu nombre para que pudieras verificar qué grande es tu reputación.

Y sin esperar más, el-Hosayn anunció con fuerte voz:

—Amigos míos, sabed que tenemos el honor de tener entre nosotros al príncipe de los sabios, al maestro indiscutible de las ciencias del cuerpo y del espíritu: ¡Alí ibn Sina!

La agitación recorrió la asamblea mientras brotaban exclamaciones admirativas. Algunos abandonaron su lugar para acercarse a los tres hombres. Pronto la sorpresa dejó libre paso a la curiosidad. Y salieron preguntas de todas partes, referentes a la medicina, a la astronomía, a los problemas filosóficos.

—Calma —ordenó Ibn Zayla—. El jeque está sólo de paso. No está aquí para dar clase.

Era demasiado tarde. Los estudiantes ya sólo deseaban una cosa: escuchar al jeque el-rais.

El antiguo discípulo cambió con su maestro una mueca fatalista:

—Tenías razón... El hombre no es dueño de sus movimientos. Y su gloria no le pertenece.

Alí señaló al mulo y preguntó:

—¿Puedo tomar prestado tu orgulloso corcel?

Sin vacilar, el-Hosayn le tendió las riendas. Ibn Sina montó a horcajadas en el animal y lo hizo avanzar por entre las hileras de estudiantes. Cuando llegó al centro del patio, se detuvo y tras un breve tiempo de reflexión dijo:

* Al parecer, Thabit ibn Kurra al-Harrani, traductor de la *Introducción* de Nicómaco, era uno de los mejores matemáticos de su tiempo. (N. del T.)

** La raíz cuadrada. (N. del T.)

—Esperáis, sin duda, que os hable de ciencias herméticas y complejas. Que inicie un brillante discurso sobre el *Ilm el-Kalam**, o también que diseque para vosotros los secretos del cuerpo. Lamentablemente, os decepcionaré sin duda. Hoy, sólo me quedan ganas de hablar de cosas abstractas. Por lo tanto, os hablaré del amor.

El asombro, y un cierto desencanto incluso, apareció en los rostros, pero nadie protestó. Se hizo la tranquilidad y Alí comenzó a discurrir sobre el amor. Habló durante una hora. Más tarde, los oyentes contarían que nunca maestro alguno en toda Persia se había expresado con tanta originalidad, precisión, sobre un tema tan poco concreto**.

Concluyó cuando el sol estaba llegando a su cénit y la voz llorosa del muecín llamaba a los creyentes de Hamadhan a la plegaria de mediodía. Devolviendo el mulo a el-Hosayn, señaló la aguja del minarete que se levantaba por encima del muro del iwan.

—Y ahora, la hora es de Dios. ¿Me acompañáis a la mezquita?

Indicando por signos a sus estudiantes que se retiraran, Ibn Zayla movió la cabeza.

—¿Lo has olvidado acaso, jeque el-raís? Sigo siendo un adepto de Zoroastro. Un parsi.

El-Maksumi puso como testimonio a Ibn Sina:

—Se llama parsi y permanece siempre en Persia. Si realmente fuera un adepto del dios Mazda, habría imitado a sus correligionarios y, hoy, viviría con los suyos, en Gudjarat***.

—Me estás dando la lata, hermano mío —masculló Ibn Zayla—. Esta es mi tierra. Mientras no me fuercen al exilio, no veo razón alguna para perderme en los confines de un país amarillo.

Ibn Sina se cruzó de brazos sonriendo.

—¿Es éste el comienzo de un largo debate? ¿Debo abandonaros a vuestras polémicas?

—Perdónanos, jeque el-raís. Pero, ante los infieles, pierdo la paciencia.

—No te preocupes, el-Maksumi. Alá sabe reconocer a los injustos... Y no creo que ese buen zoroástrico sea uno de ellos. Ahora, vamos.

—¿Volveremos a vernos, hijo de Sina? —preguntó Ibn Zayla reteniendo al jeque del brazo.

—Claro. Esta noche en el palacio del príncipe, si lo deseas. Podríamos intentar arreglar el mundo entre los tres, como en los tiempos de Gurgandj y de Bujará.

—En el palacio pues. Y rogad por los infieles.

* Una de las ciencias religiosas del Islam. La expresión significa, aproximadamente, teología. (*N. del T.*)

** La parte esencial de este discurso puede encontrarse en una epístola: *Risala fi'l-isq*, llamada pequeña epístola sobre el amor, que mi maestro iba a dictarme semanas más tarde. (*Nota de Joyani.*)

*** La observación de el-Maksumi no carecía de lógica. Los parsis eran los zoroástricos que, tras la conquista árabe, rechazando convertirse al Islam, huyeron hacia Sandjan, en la India, donde instalaron el fuego sagrado. (*N. del T.*)



VIGÉSIMA MAQAMA

El hijo de Sina permaneció exactamente cuarenta días en Hamadhan. Durante todo ese tiempo se establecieron vínculos muy cordiales entre el enfermo y su médico. Los cólicos del príncipe fueron espaciándose, hasta desaparecer casi por completo; sintió pues por Alí estima y agradecimiento. Como prueba de su gratitud, ofreció al jeque la increíble suma de quinientos mil dinares. Por su lado, sin darse cuenta, el jeque se vio también conquistado por la inteligencia y la clarividencia de su paciente. De todos los poderosos que había conocido, el emir era sin duda el que más le cautivó. Llegaron incluso a hablar de todo hasta el alba, de las cosas de la vida, de los miedos a la muerte, del destino y de Dios. Su familia, su madre la Sayyeda en especial, fueron las enfermedades de su infancia. En el fondo de sí mismo, odiaba profundamente esas trampas impuestas por la herencia, y se consideraba mucho más cercano a algunos seres perfectamente ajenos a él.

Al anochecer del último día, cuando el jeque se disponía a levantar el campo para dirigirse a Qazvin, Shams le hizo llamar. Le aguardaba en el salón de cristal, una estancia llamada así por sus paredes enteramente cubiertas de espejos de Damasco. El emir estaba de pie junto a una de las ventanas que daban al patio interior del palacio. Vuelto de espaldas, dijo con voz algo tensa:

—Te vas y yo me marcho también de Hamadhan.

Sorprendido, Alí le preguntó las razones de su partida.

Shams dio media vuelta.

—¿No te expliqué ya que, desde que heredé de mi padre estos territorios, no he dejado de batallar?; las dinastías de pacotilla, los hombres de Gazna, las tribus sanguinarias. Mañana tengo que continuar.

—¿De dónde proviene ahora la amenaza?

—De los kurdos... De Annaz... Abú Shawk ibn Annaz...

Aquel nombre no le era desconocido al jeque. Durante las discusiones que había mantenido con el emir, habían abordado también los problemas políticos del país. El nombre de Annaz había aparecido varias veces.

—No puedo tolerar ya su presencia en Yibal. Cada día se hace más amenazador.

—¿Se trata, efectivamente, del jefe de origen kurdo que conquistó la ciudad de Qirmisin* mientras tu acudías en socorro de tu hermano Majd?

—Eso es. Ese hijo de perra aprovechó mi partida hacia Raiy para apuñalarme por la espalda. En realidad, desde la muerte de mi padre, los kurdos no han dejado de querer acaparar la región. Hace siete años ya, aquel chacal de Hilal ibn Badr, el mismo que acudió, sin embargo, para ayudar a mi madre contra los gaznawíes, se apoderó también de Qirmisin.

—Nunca comprenderé el papel que desempeñan los kurdos. Hay en su actitud algo irracional.

—Irracional... ¿Pero ignoras todavía, jeque el-raís, que todo el mundo político está dominado por esta palabra? Durante todos esos años, los kurdos sólo se han aprovechado de nuestras desavenencias familiares. Un día se alian con la madre contra el hijo, al día siguiente lo hacen a la inversa. Son camaleones, pero su lengua tiene el veneno del escorpión.

En el salón de cristal se hizo un largo silencio antes de que el príncipe prosiguiera con gravedad:

—Te he hecho venir para pedirte que me concedas un último favor.

Alí se puso la mano en el corazón.

—¿Cómo puedo negarte algo, Majestad?

—Me gustaría que me acompañaras a esa campaña. No me dirijo al amigo sino al médico. Durante esta guerra necesitaré todas mis fuerzas. Y no ignoras que mis crisis pueden reaparecer en cualquier momento.

El jeque respondió espontáneamente:

* Una de las cuatro capitales de Yibal. Al oeste de Hamadhan. La ciudad era conocida también con el nombre de Kirmanshah o Kirmanshahan. (*N. del T.*)

—Mañana, frente a los kurdos, tendrás firme la mano y el espíritu tan límpido como el abi Tabaristán. Tu médico te lo promete. Estará a tu lado.

Se levantó de pronto. Y ambos hombres se dieron un abrazo.

—La batalla será dura. Pero, si Alá lo quiere, mañana brindaremos por la victoria en el palacio de Qirmisin.

Bajo el sol de mediodía, la ondulada llanura parecía hecha de oro y plata. En su centro se abría una depresión en la que habían tomado posición ambos ejércitos.

En un promontorio, algo alejado, en el centro del campamento, habían plantado la tienda del emir y, supremo honor, la de su médico. El *liwa*, el estandarte del soberano, en el que se hallaban la púrpura y el oro, flotaba a pocos pasos en su asta. Con la mano protegiendo sus ojos del sol, Alí examinaba el paisaje mientras, levantando olas de polvo, la caballería buyí atravesaba de parte a parte el campo para ocupar sus posiciones. Al pie de los estandartes que abofeteaban el azur metalizado, la fiebre aumentaba en todas partes.

Era fácil reconocer, en la mayoría de los jinetes, los duros rasgos de los mamelucos; una nueva paradoja dictada por la necesidad. La constante falta de soldados brillantes había obligado siempre a los jefes militares a reforzar sus fuerzas con contingentes formados por esclavos turcos. Pero también había hindúes, bereberes, eslavos y negros procedentes de Arabia.

Como exigía la costumbre, las trompetas que anunciaban el comienzo de la batalla resonaron sobre la llanura. El Salar, el general en jefe del ejército de Shams elDawla, levantó el brazo hacia el cielo dando la señal de carga. Casi enseguida, los camellos que habían permanecido a retaguardia se arrodillaron sobre la arena; preciosos portadores de víveres y armas. Los distintos cuerpos, con sus *rayas*, sus banderas, se pusieron en marcha lentamente ante la ansiosa mirada del jeque el-raís. Por segunda vez en pocos meses, iba a ser impotente testigo de una nueva matanza. No pudo impedirle pensar en las estratagemas empleadas por hombres de una misma religión para matarse mutuamente, y le vino a la memoria un versículo coránico: *Nunca castigamos antes de haber enviado un apóstol*. Aquí todos lo sabían perfectamente, el Islam prohíbe a un musulmán derramar la sangre de otro musulmán. Prohíbe también todo tipo de guerra salvo la guerra santa y sólo legítima una guerra cuyo objetivo final sea religioso, es decir que sirva para imponer la *shari'a*, la ley sagrada, o impedir que se transgreda. Ninguna otra forma es legal en el interior o el exterior del Estado islámico.

Sólo si se rechazaba una invitación para abrazar el Islam el combate era legal. De ahí los esfuerzos que hacían los príncipes para presentar a su adversario como alguien que, de un modo u otro, había desobedecido los mandamientos de la fe o la ortodoxia; proclamando que entre ellos no podía haber otra solución posible que la espada, manifestando el juicio de Alá... como ayer, como hoy...

En realidad, pensó Alí, todo aquello era sólo un pretexto. La guerra estaba unida a la naturaleza de la sociedad humana desde el estadio tribal, y ninguna ley, por sagrada que fuera, habría podido cambiar nada.

Los gritos que ascendían hacia el cielo le arrancaron de sus reflexiones. Abajo, podían ya verse las primeras oleadas de caballería chocando entre sí entre el brillo de los sables y las jabalinas. Los *karadís*, los escuadrones de abigarrados uniformes, aguardaban, antes de comenzar a moverse a lo largo de los estirados flancos de ambos ejércitos, a que uno u otro de los cuadros cediera ante las repetidas cargas. Fueron necesarios cuatro asaltos para que la caballería de Shams consiguiera romper las líneas kurdas. Sólo entonces los infantes recibieron la orden de arrojar a la batalla. En primera línea, el soberano buyí luchaba con ejemplar valor. Su sable hacía estragos en las filas enemigas, hiriendo implacablemente a quienes se hallaban en su trayectoria. Habríase dicho que manejaba a Dhu'l Fakar, el famoso sable del Profeta, por su mortífera precisión*.

La batalla duró casi tres horas. Hombres y bestias se confundían en la cegadora blancura del llano. Cada vez más fragmentadas, las tropas kurdas daban ya los primeros signos de debilidad, y varias veces Ibn Annaz tuvo que arengar a sus unidades tentadas por la huida. El instinto combativo de los jinetes turcos de Shams el-Dawla dominaba todos los puntos del campo, y su legendaria crueldad ejercía una especie de fascinación sobre el enemigo. La caballería kurda, por su parte, había quedado ya destruida; a merced de los infantes buyíes que, arrodillados en el suelo, protegidos por sus escudos clavados en la arena, rompían los

* La iconografía musulmana representa este sable con dos puntas, probablemente para señalar su carácter mágico; las dos puntas sirven para alcanzar los ojos del enemigo. (*N. del T.*)

postreros ataques cortando los jarretes de los caballos que caían como piedras, aplastando a sus jinetes.

Esta vez no hubo sorpresas; ninguna aparición inesperada, ningún elefante brotando tras la oculta ladera de una colina. La retirada de las tropas de Ibn Annaz se transformó en derrota. Y el ejército de Hamadhan se hizo dueño de la llanura. Renunciando a perseguir a su adversario, Shams el-Dawla se lanzó hacia Qirmisin carente ya de protección. Una hora más tarde, era recibido como liberador por sus habitantes, que se habían lanzado a las puertas de la ciudad.

En compañía de algunos médicos y enfermeros, Ibn Sina había permanecido a retaguardia, procurando prodigar los primeros cuidados a los centenares de heridos que cubrían el suelo de la depresión, transformado en carnicería. Lamentablemente, los equipos sanitarios traídos desde Hamadhan eran más que rudimentarios. Carecían de todo, de pociones, de electuarios, de ungüentos y, sobre todo, de médicos. Sólo al caer la noche el jeque pudo reunirse con Shams en Qirmisin, donde se había instalado con su hijo en el abandonado palacio del gobernador. En cuanto llegó, el soberano, víctima de una nueva crisis, le llamó a su lado. Le encontró en una alcoba forrada de seda malva y amueblada con pesados sillones. Sama se hallaba a la cabecera de su padre. Con el cuerpo retorcido por el sufrimiento, el príncipe halló la fuerza de esbozar, al verle, una vaga sonrisa.

—¿Comprendes ahora, jeque el-raís, por qué quise que me acompañaras?

Depositando en el suelo el zurrón donde guardaba sus hierbas y sus instrumentos, Alí se arrodilló a la cabecera de su ilustre paciente y, tras haber palpado la región abdominal, dijo:

—Vas a tener que tomar uno de esos analgésicos que tanto detestas. Esta vez, recurriremos a la adormidera.

El príncipe heredero se extrañó:

—¿No decías tú que debíamos desconfiar de esta droga?

—Sí, Excelencia, pero esta vez es indispensable si queremos apaciguar los dolores de tu padre.

—Alabado sea Alá —murmuró el emir—. Por fin me concedes el bienestar.

—Si sigues batallando y llevando esa vida disoluta, el bienestar será de corta duración. Deberemos, día tras día, aumentar las dosis, con el riesgo de efectos secundarios que ello comporta, y muy pronto los emplastes de albayalde serán inútiles.

—Creía que...

Alí interrumpió voluntariamente al soberano.

—La tensión, el nerviosismo, las preocupaciones son verdaderos venenos cuando se sufre de qalandj... Tendrás que pensar seriamente en tomarte un descanso.

Shams se incorporó lentamente en el lecho de madera nacarada.

—Da ese consejo a mis enemigos. Yo sólo quiero vivir en paz.

Y añadió, decidido:

—Mientras me quede una parcela de energía, nadie robará un solo grano de arena del reino fundado por mi padre.

Señalando con el índice a Sama, añadió:

—¡Y tú, hijo mío, cuando yo huya de la muerte*, harás lo mismo!

Ibn Sina no hizo comentario alguno.

—Voy a pedir que nos traigan una bebida caliente. Mientras, intenta relajarte.

Iba a dirigirse hacia la puerta, pero el príncipe heredero se le adelantó:

—Déjalo, yo lo haré, quédate con mi padre.

En cuanto estuvieron solos el emir declaró:

—Hijo de Sina, te he observado durante estos cuarenta días, y te he escuchado. Conozco a los hombres y sus artimañas. Me gustas. Tienes evidentes cualidades: la rectitud, el conocimiento de las leyes, eres un eminente jurisconsulto y sabes cuándo es preciso unir la filosofía a la ciencia.

—Excelencia, procura no idealizar nunca a un hombre. La decepción podría ser muy cruel.

Con una señal de su mano, Shams invitó al médico a sentarse en uno de los sillones.

—Tengo que hacerte una proposición.

Mientras Alí se sentaba, le preguntó:

—¿Qué piensas del poder?

—El poder es solitario.

—Y la soledad nunca es buena consejera. ¿No es cierto?

* Lo que significa en el momento en que, pasando de esta vida a la otra, no tenga ya nada que temer. (N. del T.)

—Eso creo, Excelencia.

—Así mismo, es muy peligroso compartir el poder con el primer recién llegado. Conozco a seres a quienes se tiende la mano y toman todo el brazo. Lo sé también...

Alí asintió, intentando adivinar el pensamiento del emir. Éste, anunció de pronto:

—¿Quieres compartir mi soledad?

Y se apresuró a añadir con cierta solemnidad:

—Y el poder...

—No lo comprendo, Excelencia.

Cuando Shams iba a responder, su hijo regresó con un recipiente de bronce y una copa que tendió al médico.

—Sin embargo, es muy sencillo —murmuró el emir.

Alí se había levantado para verter un poco de leche en la copa. Y buscando en su zurrón, sacó una espátula y polvo de adormidera.

—¿Qué esperas de mí?

—Que seas mi sombra y mi escudo. En una palabra, te ofrezco el cargo de visir.

Alí contuvo un estremecimiento. El visirato... La función suprema.

Víctima del vértigo, su cabeza se llenó de contradictorios pensamientos.

—Soy un hombre de ciencia, Majestad, un médico ante todo. Nada tengo del político. Además, no soy de los que alargan el cuello.

—Por esa razón te ofrezco el cargo. Te lo he dicho ya, desconfío de los políticos.

Ayudando a Shams a incorporarse, acercó la copa a sus labios y prosiguió:

—La poca experiencia que tengo me ha enseñado que hay dos clases de visires: los que avanzan tras los pasos de su príncipe y los que intentan hacerle tropezar, soy incapaz de hacer ambas cosas.

—¿Dónde te situarías, en ese caso?

—Fiel pero no servil. Mi sinceridad y el respeto que siento por ti me obligan a decirte que me considero incapaz de ser una voz que fuera sólo el eco de la tuya.

Shams bebió un largo trago y se secó los labios con el dorso de la mano.

—Si esa voz no intenta perjudicarme sino ayudarme, estaré siempre dispuesto a escucharla. La exigiré incluso.

—No sé si seré digno de tal honor, Majestad.

—Te necesito, hijo de Sina —fue la única respuesta del soberano.

—¿Y los míos? Mi hermano, mi discípulo y la mujer a la que amo me aguardan en Qazvin.

Shams barrió el aire con indiferencia.

—Estarán aquí en cuanto lo desees. Daré las órdenes oportunas... —interrumpió voluntariamente la frase para rectificar—: *Darás* las órdenes oportunas para que les escolten hasta Hamadhan.

El hijo de Sina meditó unos instantes aún y dijo:

—A riesgo de irritarte, me permito recordártelo de nuevo, con insistencia: soy ante todo un hombre de ciencia. No puedo ni pensar en abandonar mi profesión, mis escritos, mi enseñanza. ¿Me autorizarías a proseguir por ese camino?

El emir bebió un nuevo trago antes de responder:

—Es mi más ardiente deseo. A mi lado no quiero sólo un visir, quiero también al maestro de los sabios. Tú debes juzgar si podrías llevar a cabo ambas funciones. ¿Qué decides?

El jeque cruzó los dedos y meditó en silencio, con la mirada clavada en la seda de las paredes.

Sama, que hasta entonces no había dicho nada, observó:

—Pocos hombres tienen la suerte que mi padre te ofrece. ¿Lo sabes?

—¿Realmente es una suerte. Majestad? Tal vez te sorprenderías si te dijera que el hombre no debe, sin necesidad, abrir todas las puertas que se le ofrecen.

Shams replicó:

—A lo que respondo que el hombre debe jugar según el número de puntos que le ofrecen los dados arrojados por el destino. Lo repito: te necesito...

Alí clavó largo rato su mirada en la del emir:

—De acuerdo —dijo por fin—. Voy a ordenar que traigan a los míos.

«Habríase dicho que todos los astros del universo se habían reunido para iluminar el gran salón de fiestas del palacio de Hamadhan. Las arañas y los candelabros refulgían con sus miles de brillantes cristales que proyectaban, en las paredes cubiertas de arabescos de oro, un sabio juego de luces irisadas.

»De pie, junto a Yasmina, Mahmud, el joven el-Maksumi e Ibn Zayla, yo devoraba literalmente con los ojos el deslumbrador espectáculo que se ofrecía para complacernos. Jamás me había visto ante tanta belleza reunida. El techo pintado flotaba como un lago entre las muqarnas. Tres capas de alfombras de seda cubrían el suelo. Una inmensa cúpula, que los arquitectos de Hamadhan habían concebido, sin duda, de acuerdo con el principio ideal de la sección de oro*, cubría el centro de la sala; esta cúpula estaba enteramente cubierta de azulejos turquesa y blancos, y sembrada de un centenar de aberturas octogonales por las que entraba por la noche el brillo de las estrellas, y la luz llameante del sol durante el día. Las ventanas, por su parte, recortadas en azulejos azules y amarillos, rodeados a su vez de maderas preciosas incrustadas de nácar, recordaban los esmaltes de Shiraz.

»En uno de los lienzos de pared, tras el trono adornado con hojas de oro, se destacaba un gigantesco fresco que representaba una caravana partiendo hacia La Meca, con sus estandartes y la multitud de sus camellos carga dos de víveres. Antaño, tal vez me hubiera sorprendido o escandalizado descubrir en ese fresco rostros humanos pues, desde mi más tierna infancia, me habían enseñado que el Libro y los hadiths prohibían la reproducción pictórica de seres vivos.

»En realidad, la prohibición de reproducir seres vivos habría nacido, según Ibn Sina, de un doble malentendido: la ausencia de toda representación de seres vivos en la *Primera Mezquita*, la casa que el Profeta había construido en Medina, y el exceso de lujo y derroche que demostraban nuestros príncipes y nuestros califas en sus palacios, lo que condujo a los teólogos a extender a todas las imágenes lo que era, solamente, una condena de los ídolos.

»Instalado en su trono, con el cráneo cubierto por un turbante del color del marfil, Shams el-Dawla se había puesto un vestido de terciopelo azul zafiro, bordado con plata y perlas, así como una pelliza forrada de marta. A su lado, muy dignos, podían verse al príncipe heredero y su madre. Ante ellos, se había reunido la corte al completo, con trajes de ceremonia. El canciller, los oficiales y sus esposas, el chambelán Taj el-Molk —personaje de origen tajik, según se decía, y de desagradable trato—, los hijos de las familias nobles, el salar, general en jefe de los ejércitos. Ardían perlas de incienso y almizcle, y reinaba una enfebrecida atmósfera. Todos estaban impacientes por conocer finalmente a aquel cuyo nombre estaba desde hacía días en todas las bocas: el jeque el-raís Abú Alí ibn Sina.

«Cuando hizo, por fin, su aparición, creí que mi corazón dejaba de latir, y me pregunté si era cierto lo que estaba viendo: avanzaba con mucha dignidad, soberbio, con los hombros cubiertos con un manto de paño púrpura bordado de armiño, de largas mangas y bocamangas vueltas. Un sirwal bombacho de brocado negro llegaba hasta sus tobillos, y su chaleco de seda blanca era sujetado, en el pecho, por un medallón de oro, presente del soberano.

»¿Era él? ¿Alí ibn Sina, el hijo pródigo de Jurasán? ¿Era el hombre que, ayer aún, vagaba por las montañas de Elburz? ¿El hombre que se había extraviado, cierto día, en el Dasht el-Kavir? ¿El desamparado por la iniquidad humana, el golpeado por la injusticia de los príncipes?

»Busqué maquinalmente la mirada de Mahmud y vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Yasmina, por su parte, con el rostro oculto por el velo del que nunca se separaba desde que salimos de Raiy, vistiendo un sencillo traje de terciopelo rosado con flores plateadas, parecía extrañamente tensa; en sus rasgos se leía una cierta angustia. En aquel momento, su actitud no me llamó la atención. Sólo mucho más tarde la recordé y la comprendí.

»—¡Alí ibn Sina, sé bienvenido a la corte de Hamadhan!

»La solemne voz de Shams el-Dawla me sacó de mis pensamientos.

»El jeque se había acercado al pie de los peldaños que llevaban al trono y, como exigía la tradición, se arrodilló ante el soberano.

»Este prosiguió, dirigiéndose a la corte:

»—Este es el nuevo visir. Pero no ofrezco sólo un ministro a mi pueblo, le ofrezco también un sabio. El mayor médico de nuestro tiempo. Un filósofo, un espíritu universal que, con su sabiduría y sus conocimientos, contribuirá sin duda al bienestar de los nuestros.

* Mi maestro me explicó cierto día que los griegos, desde Pitágoras y Platón, se interesaron especialmente por la estética de las figuras geométricas y las relaciones de proporción. La teoría de la «sección de oro» fue elaborada, al parecer, por los medios pitagóricos. Es una de las proporciones armónicas de los griegos. Se obtiene dividiendo una recta en dos segmentos, de modo que el mayor esté en la misma relación con el conjunto que el más pequeño con el mayor. Su fórmula, como el jeque me la indicó, sería: $a/b = b/(a + b)$.

»Un murmullo de aprobación recorrió la concurrencia. El príncipe invitó al jeque a levantarse y el canciller se aproximó a su vez. Colocándose junto a Ibn Sina, desenrolló un largo manuscrito que contenía el decreto principesco, y lo leyó con voz fuerte.

»Una salva de aplausos saludó el final de la lectura y el jeque, con la mano en el corazón, respondió con una sucesión de saludos. A mi lado, el-Maksumi e Ibn Zayla observaban la escena con infantil admiración. Se habían convertido, desde hacía algún tiempo, en inseparables del jeque el-raís.

»—Ahora —concluyó Shams el-Dawla—, os invito a festejar dignamente este día, que ve el ascenso de un hombre y la victoria sobre el enemigo kurdo.

»Estallaron nuevos aplausos mientras el soberano bajaba los peldaños del trono para dirigirse al comedor contiguo. Un nuevo espectáculo, más extraordinario aún, nos aguardaba.

»En largas mesas de madera de Damasco se alineaban los más ricos manjares que me ha sido dado ver. Salvo gacela y cerdo, alimentos prohibidos por la religión chií, ante nuestra mirada estaban reunidos todos los platos conocidos en el Islam. Carnero, liebre, hígados cocidos, arroz con pichones, con azafrán, leche de cabra salada, sémola, albóndigas en salsas con muchas especias, y los aromas reunidos de la canela, el cardamomo, el betal, el almizcle y la nuez moscada. Sobre cofres de macizo bronce se habían colocado los más variados postres. Mientras, dispuestos a servir, alineados ante una de las paredes del comedor, estaban los yashangir, los servidores que iban a cumplir las funciones de catadores.

»Acosado por todas partes, el jeque intentaba responder, como podía, las innumerables preguntas de los invitados. Le observé y, conociéndolo sin duda mejor que nadie, adiviné que se sentía, hasta cierto punto, superado por todo aquel fasto.

»El banquete concluyó con las primeras luces del alba y pude, en compañía de su hermano, acercarme al jeque. Mahmud se inclinó ante él:

»—Bienaventurado hermano, ¿hay esta noche algo en el mundo que no esté al alcance de tu mano?

»Allí se inclinó a su oído y murmuró:

»—El vino... Una copa de vino de Sogdiana o de otra parte...

»Mahmud y yo no pudimos contener una carcajada. Y añadí, imitando al jeque:

»—¿Hay algo en la tierra preferible al vino? Es algo amargo que vale cien veces más que la dulzura de vivir... ¿No es cierto, jeque el-raís?

»Pero no me escuchaba. Vi que su mirada registraba el salón como si buscara algo o a alguien.

»—Yasmina —dijo con voz inquieta—. ¿Dónde está?

»Nos vimos obligados a reconocer que no lo sabíamos. Yo recordaba solamente que había estado a nuestro lado al iniciarse la velada. Luego...

»Una expresión angustiada invadió los rasgos del jeque. Examinó por última vez a los invitados y, luego, corrió hacia la salida.»



VIGESIMOPRIMERA MAQAMA

La buscó por todas partes a la luz grisácea del amanecer, y cuando comenzaba ya a desesperar terminó encontrándola no lejos de la mezquita; sentada, anónima, bajo una bóveda, en la esquina de la calle de los Alfareros.

No hizo demostración alguna y, sin embargo, su corazón palpitaba con fuerza y sus manos estaban húmedas.

—¿Quieres explicármelo...?

—No sé lo que me ha pasado. Perdóname. He tenido miedo.

—Ven, no podemos quedarnos así. Es indigno del nuevo visir y de su compañera. Caminemos.

Maquinalmente, ella comprobó la posición del velo y le siguió los pasos.

No dijeron una sola palabra antes de llegar a la vista de un gonbad, un mausoleo dedicado a un miembro difunto de la familia de los Dawla. Desde aquel lugar podía verse la llanura extendiéndose a los pies de Hamadhan. Allí dijo bruscamente:

—¿Conoces el refrán de la gente de Jurasán?

Antes de que ella pudiera responder, prosiguió:

—Un bol boca abajo no se llena nunca. Si sigues viviendo dando la espalda a la realidad, la felicidad y la desgracia se deslizarán sobre tu corazón como el agua del torrente sobre los guijarros. Y el hombre necesita la felicidad y la desgracia para caminar en equilibrio. Y el ser más fuerte, aun el invencible Rustam, necesita confiarse al gún día. Háblame pues. Hace ya mucho tiempo que intentas ocultarme los secretos de tu vida.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todo. Y, para empezar, esto —rozó el velo que cubría el rostro de la muchacha—. Desde que salimos de Raiy no has dejado de llevarlo como si tu vida dependiera de ello.

—¿Lo has olvidado acaso, Alí ibn Sina? «Di a las creyentes que bajen sus miradas, que sean castas...»

Él completó la frase:

—«... que sus velos caigan hasta el pecho y sólo muestren sus encantos a sus esposos...» Yasmina, si tuviera ligero el corazón, te recordaría que el Profeta dijo también: «Amonestad a las mujeres cuya infidelidad temáis; relegadlas a apartadas habitaciones y golpeadlas.» Si no quieres sufrir la misma suerte, háblame de Bagdad...

Al oír la palabra Bagdad, Yasmina contuvo a duras penas su emoción.

—¿Por qué me hablas de la Ciudad Redonda?

—Uno de los hombres de el-Sabr, el jefe de los ayyarun, afirmó haberte visto un día allí.

—Sin duda se equivocaba.

—¿Por qué sigues mintiendo? Mientras tu pasado no influía en el presente, consideré que te pertenecía. Pero hoy soy visir. Y tu reacción de esta noche prueba que, en adelante, el pasado no deja ya de tener una incidencia sobre nuestra vida. ¡Quiero saber! Tengo derecho a ello.

Y añadió en un susurro:

—Aunque sólo sea para protegerte...

—Muy bien, Alí ibn Sina. Me confiaré pues, esperando obtener tu misericordia.

Se acercó a las almenas y se apoyó en la piedra, con las manos unidas ante sí.

—Mi verdadero nombre es Mariam —comenzó lentamente—. No nací en el Islam, soy hija de cristianos. No vi la luz en Daylam ni en Rihab, sino en el país de los helenos. Mi madre era de Macedonia, mi padre de Constantinopla; era mercader de seda y tenía un taller de tejido en Quíos. Acostumbraba a comerciar con las comunidades árabes de Cham y viajaba con mucha frecuencia a la región. Ignoro por completo los acontecimientos que siguieron, pero recuerdo que en uno de aquellos viajes, cuando mi madre y yo acompañábamos a mi padre, fuimos atacados por desconocidos cuando estábamos en Damasco. Creo que se trataba de una oscura historia de letras de cambio o pago aplazado que no fue, al parecer, respetado. Mataron a mis padres ante mis ojos; yo fui raptada, llevada a Alepo y vendida a un comerciante persa que me incluyó en la impedimenta de su caravana. Llegué a la Ciudad Redonda. Por aquel entonces tenía sólo siete años.

Yasmina calló e hizo un esfuerzo para contener la emoción que el relato suscitaba en ella.

—¿Realmente quieres que prosiga?

Él asintió.

—Sería inútil hablarte de la existencia que llevé hasta que tuve veinticinco años. Imagina, sencillamente, lo que puede ser la cotidianidad de un ser que no se pertenece. Una especie de objeto al que se desplaza, al que se utiliza, al que se vende según los humores de sus sucesivos dueños. Demasiados dueños conocí. Pero fue el último quien desempeñó un papel determinante. Y no te es desconocido.

—¿De quién se trata?

—De el-Qadir.

—¿El califa de Bagdad?

Yasmina asintió.

—¡Pero sigue reinando!

—Acababa de ser elegido cuando yo llegué a palacio.

Estupefacto, Alí intentó ordenar sus pensamientos mientras ella proseguía:

—Fui enviada allí como tributo para el hombre al que llamaban «Sombra de Alá en la tierra» y formaba parte de los numerosos presentes; entre otros, un lote de cinturones de seda, un centenar de rosarios de ámbar, algunos eunucos esclavos y otras cosas que no recuerdo ya. En cambio, siempre recordaré mi llegada a las puertas de la ciudad de la Paz. Procedíamos del norte y, tras haber cruzado el barrio de Zafariyya, el zoco al-Thatalata, cruzamos el Tigris y llegamos por fin ante la puerta de Oro. Pese a toda la tristeza que llenaba mi corazón, no pude evitar sentir admiración ante tanta belleza, algo sobrenatural se desprendía de aquella puerta hecha de mármol y piedra, adornada con dorados. Recuerdo que mis ojos no conseguían separarse de ella. Me sentía, a la vez, fascinada y aniquilada. En mi interior, una voz murmuraba que allí, tras aquella puerta, comenzaría realmente la humillación y el sufrimiento.

—Te convertiste en la favorita del califa.

—Viví primero, como quiere la costumbre, en el santuario de las mujeres. El lugar santo o, al menos, considerado así por la tradición islámica. Fui recibida por la intendente del harén. Me sentía aterrorizada. A veces, algunas noches, tengo todavía una pesadilla en la que creo oír el chirrido de las pesadas puertas cerrándose, una a una, a mis espaldas, las risas estúpidas de los eunucos que me desnudaban con los ojos.

Yasmina separó sus manos y las miró con aire ausente.

—Perdóname si no cuento con detalle lo que ocurrió durante los meses que siguieron, pero debes conocer ya la vida de un harén; su protocolo, su inmutable jerarquía fijada por la tradición secular.

»Corrían los rumores más diversos sobre los gustos de el-Qadir. Algunos afirmaban que sentía preferencia por las muchachas del país amarillo, a causa de su estrechez, otros decían que por la ingenuidad de las egipcias y otros afirmaban que se sentía atraído, sobre todo, por la complacencia de las mujeres griegas que tenían la reputación de aceptar cualquier forma del amor, incluida la que permite al hombre poseer lo que vosotros, los persas, llamáis *du ferud*, los dos aislados.

Ibn Sina contuvo a duras penas su asco.

—Por ello, cuando la intendente me presentó a la Sombra de Alá en la tierra, alabó por encima de todo mis orígenes griegos...

—Es innoble...

Yasmina no pareció oírle.

—Me depilaron por completo. Me lavaron con agua de rosas. Inspeccionaron las partes más íntimas de mi cuerpo, me envolvieron en un velo de seda y pasé mi primera noche en el lecho de el-Qadir.

Hizo una pausa y dijo apretando los dientes:

—No iba a ser la última. Conocí más de mil. Mil noches divididas entre la rebeldía, la sumisión y la locura. Y lo más insensato es que el califa se enamoró locamente de mí. En pocas semanas me convertí en «la luz de sus pasos», «su brillo de luna», sus «ojos». Conocí los esplendores de la vida del serrallo, las más extraordinarias riquezas, las joyas más raras. Nada era lo bastante bueno para su adorada. Durante esos cinco años en la Ciudad Redonda, depositaron a mis pies las pieles del Turkestan, las sedas de China, los cachemires del país amarillo y todo el oro de Bagdad. ¿Comprendes ahora mi resentimiento ante los fastos de esta noche?

Calló de nuevo y preguntó:

—¿Quieres aún que prosiga?

—Si te detuvieras ahora sería mucho más amargo que si no hubieras dicho nada.

La mujer fijó por unos instantes su atención en la llanura donde el sol acababa de atravesar las brumas del calor.

—Hijo de Sina, no sé si alguna vez has conocido ese extraño sentimiento: en algunas situaciones la generosidad de los demás es más insoportable que su desprecio. De este modo, cuanto mayor era la prodigalidad del califa, mayor era mi odio.

—Supongo que esa prodigalidad era acompañada por toda suerte de exigencias.

—Toda suerte de exigencias y mucho más. Cada regalo era seguido por su lote de sufrimientos y vejaciones. Me arrastré como una perra por las alfombras de seda. Conocí el mordisco del látigo. Lamí los botines de la Sombra de Alá y mis lágrimas salaron las heridas de mis manos. Hasta el día en que me dije que la muerte iba a ser más dulce que la vida.

Apartó el tejido de su manga, desnudó la muñeca y se la tendió a Ibn Sina.

—¿Recuerdas estas estrías que marcan mi piel? Te preguntabas a qué podían deberse...

Alí pasó su índice por la cicatriz.

—Desengáñate, lo supe desde el primer momento.

—Mi tentativa de suicidio frustrada sólo azuzó el odio de mi señor y dueño. Su autoridad se hizo mayor. Sus deseos, más acuciantes, e hizo algo inimaginable: me obligó a casarme con él. La vulgar esclava se convirtió en esposa de califa.

Ibn Sina se quedó sin voz.

—Cualquier otra se hubiera sentido colmada. Debo de estar muy loca. Transcurrido el quinto año, sin poder ya aguantarlo, decidí huir de Bagdad a la primera ocasión. Ésta se presentó un viernes, a la hora del adhan, mientras el-Qadir acudía al sermón de la gran mezquita. Partí abandonándolo todo, el oro, las galas, las pieles, las perlas raras. Robé un caballo y atravesé la ciudad como en sueños antes de dirigirme a Yibal. Permanecí en Isfahán algunas semanas, hasta que los hombres del califa, lanzados tras de mis pasos, irrumpieron en la ciudad. Me escapé por milagro y partí de nuevo hacia Daylam. Luego, hacia el puerto de Deybul, en el mar de los Jazares, donde me instalé durante casi un año.

—Temo imaginar los medios que empleaste para subsistir durante ese tiempo.

Ella inclinó la cabeza y Alí adivinó la melancolía detrás de su velo.

—Hacía mucho tiempo ya que mi cuerpo no me pertenecía.

—Y Raiy... ¿Cómo llegaste a Raiy?

—Ahora sé que un marido herido en su amor propio puede transformarse en una bestia feroz. El-Qadir no cejó nunca. Sus espías consiguieron encontrar mi rastro y tuve que huir de nuevo. Raiy era la ciudad más cercana. Y allí, la fortuna puso en mi camino a un tal Ibn Sina.

Con gesto conmovido, él retiró el litham y, tomando su rostro ahora desnudo, se inclinó sobre sus labios.

—Pobre corazón mío... —dijo dulcemente—. La distancia que separa la felicidad de la desgracia cabe en un soplo. Reguemos para que ese soplo no nos falte nunca. Roguemos para poder conocer, por fin, la serenidad.

La estrechó contra su pecho y añadió:

—A fin de cuentas, tu vida no está lejos de parecerse a la mía. Tengo treinta y siete años y nunca he dejado de vagabundear... Era necesario encontrarnos para llegar juntos a puerto. ¿Será Hamadhan? ¿Por fin?

«Al comienzo de su nueva existencia, todo permitía creer que los deseos del jeque el-raís podían realizarse.

»Durante los cuatro años siguientes, y de acuerdo con un rito casi inmutable, consagró su tiempo a la enseñanza, a las consultas que atendía en el bimaristán, sin olvidar los deberes del visirato. Las noches, por su parte, estaban consagradas a laboriosas reuniones de trabajo en las que participaban las mayores inteligencias de Hamadhan. Debo precisar que, durante todo este período, nunca vi a mi maestro leyendo un nuevo libro entero; lo recorría rápidamente y se detenía instintivamente en los pasajes difíciles; por ellos conseguía juzgar con precisión las cualidades de la obra.

»Lo más sorprendente es que, a pesar de sus múltiples ocupaciones, nunca abandonó la escritura. En las salas de guardia del hospital, entre dos reuniones del consejo, al finalizar un debate con sus estudiantes, proseguía con la misma eficacia su obra creadora. Así, en la primavera de 1019, me dictó las últimas páginas del *Canon*. En el cuarto libro puede hallarse el tratado de las fiebres, el tratado de los signos, los síntomas, los diagnósticos y pronósticos, la pequeña cirugía, los tumores, las heridas, las fracturas, las mordeduras, y el tratado de los venenos. El quinto libro concluye con la farmacopea. Una semana más tarde, le añadió las Glosas. En veinte días de encarnizado trabajo, escribió los siete volúmenes de *La Física y la*

Metafísica. Durante aquellos cuatro años, redactó sucesivamente un impresionante número de obras que cito, escrupulosamente, al final de este diario.

»A todo ello se añadió un sorprendente poema, llamado *Poema de la medicina*, dedicado al soberano Shams el-Dawla. Creo que no carecerá de interés explicar lo que motivó su creación. Para hacerlo, cedo la palabra al jeque el-raís pues las siguientes frases están extraídas del prefacio del poema en cuestión:

»"Los filósofos y la gente de saber de los antiguos tiempos acostumbraban a servir a los reyes, los emires, los califas, redactando para ellos escritos en prosa o en verso, volúmenes consagrados a las Artes y las Ciencias y, sobre todo, poemas médicos.

»"Tratándose de los médicos, escribían con frecuencia poemas y hacían compendios que permitían distinguir al hombre elocuente del que no lo es, al hábil del incapaz. Así conocieron los reyes los preceptos de la medicina y los métodos filosóficos. He visto en ciertos países que el arte médico no provocaba sesiones de discusión ni controversias, ni en los hospitales ni en las escuelas; he visto que, sin haberla estudiado, se ocupaba de la medicina gente desprovista de cualquier formación moral: así sobresalieron y fueron considerados maestros hombres que carecían de conocimientos profundos. De ese modo, me he lanzado tras las huellas de los antiguos y los filósofos y he servido a su Excelencia, nuestro señor, Shams el-Dawla (que Alá prolongue su vida, haga durar su poder, su gloria, y derribe a los celosos y a sus enemigos), lo he servido con esta *Urguza*, poema que trata de todas las partes de la medicina.

»"Lo he dividido de un modo notable, lo he vestido con un traje completo y adornado con ropas de belleza.

»"Está redactado en estilo muy sencillo, con fácil versificación, para que sea fácil, menos arduo de aprender.

»"Cuando nuestro príncipe lo mire con toda su penetración y tome lugar entre sus libros, le servirá de ayuda para adquirir las bases de esta magnífica ciencia. Entonces sabrá distinguir al verdadero médico de la vil turba, al novicio del sabio completo y al erudito del tonto.

»"Suplico a Dios que me ayude en una de esas obras que aproximan a Él y elevan, ante sus ojos, al autor, a Él le imploro ayuda y en Él coloco mi confianza..."

»Así habló mi maestro.

»El poema está dividido en dos partes: la teoría y la práctica. Y para nosotros, los estudiantes de la medicina, es un verdadero tesoro. He aquí un extracto a título de ejemplo:

Movimiento y reposo:

1. Entre los ejercicios físicos los hay moderados: a ellos debemos entregarnos.
2. Equilibran el cuerpo, expulsando sus residuos e impurezas.
3. Son factores de buena nutrición para los adultos y de feliz crecimiento para los jóvenes.
4. El ejercicio inmoderado es excesivo, altera las fuerzas del alma y lleva al cansancio.
5. El ejercicio inmoderado consume el calor natural, vacía el cuerpo de su humedad.
6. Debilita los nervios por la violencia del dolor y hace que el cuerpo se degrade antes de tiempo.
7. No hacerse ilusiones sobre el prolongado reposo: no hay ventaja alguna en su exceso.
8. El reposo prolongado llena el cuerpo de perjudiciales humores y no le pone en condiciones de aprovechar el alimento.

Evacuación y obstrucción:

1. El cuerpo necesita evacuar para todos sus órganos y para el cerebro.
2. La sangría y las drogas tomadas en prima vera son muy útiles para los hombres.
3. Haz gárgaras y cuida tus dientes para tener limpios dentición y paladar.
4. Provoca la orina, de lo contrario teme la hidropesía.
5. Emplea el purgante, si lo haces evitarás los cólicos.
6. Utiliza los baños para barrer las impurezas. No seas holgazán.
7. Utiliza los baños para quitar los residuos de los poros y librar el cuerpo de sus suciedades.
8. Dale a los jóvenes rienda suelta en las relaciones sexuales; por ellas evitarán perniciosos males.
9. En cambio, prohíbeselas a los débiles, a los ancianos y a los debilitados.
10. Predice gota y dolores a quien copule después de las comidas.

11. El abuso de las relaciones debilita el cuerpo y da, como herencia, toda clase de males.

»He aquí, pues, unos cortos extractos del *Poema de la medicina* escrito por el jeque el-raís. Me atrevo a esperar que los consideres útiles para tu higiene y que no te reirás de ellos. Me gustaría añadir lo siguiente: Ignoro cuándo vas a leer estas líneas, y dónde lo harás, pero si dentro de mil años, o más, estos consejos fueran todavía útiles, mi alegría y mi orgullo serían inconmensurables. Y desde lo alto, si el Clemente me concede un lugar en la casa de la Paz, sabe que viviré feliz mi eternidad entre las azufafas sin espinas, las alineadas acacias y las espaciosas sombras. Levantaré espontáneamente mi copa, llena del precioso vino destinado a los elegidos, y brindaré, con el alma colmada, por la memoria del príncipe de los sabios.»

Aquel anochecer de du-l-qa'da el calor que reinaba en la ciudad era asfixiante. Con la frente empapada en sudor, Alí continuaba escribiendo, indiferente a los debates que desde hacía más de dos horas mantenían sus discípulos sobre los orígenes del té. Bebió de la misma jarra un largo trago de vino con especias y se sumió de nuevo en sus escritos.

—Jeque el-raís! —casi gritó Ibn Zayla—. Explícale a este asno cabezón de Jozjani que el té es originario de China.

—Eso es muy fácil —protestó Jozjani—. Yo exijo precisiones.

Ibn Sina mojó su cálamo en el tintero y prosiguió, imperturbable, su redacción. Entonces, Ibn Zayla hizo de nuevo la pregunta. Esta vez, el jeque estalló:

—¡Ya basta! ¡No me importan vuestras chacharas de mujeres! ¿No veis que estoy ocupado?

—Pero jeque el-raís —observó el-Maksumi con toda la razón—, eso no es nuevo. Hace unos meses, dictabas el quinto libro del *Canon* a Jozjani, mientras me explicabas la curvatura de la tierra.

—*Charta parta...* ¡Parloteo!

Fue la única respuesta de Ibn Sina.

Con cierta decepción, los discípulos regresaron a su polémica. Finalmente, hacia la mitad de la noche, Alí guardó su cálamo.

—Os dejo, voy a ver al príncipe.

—¿Al príncipe a estas horas? —se inquietó Ibn Zayla.

—Lo que debo someterle no puede esperar.

Señaló con el dedo el encabezamiento del documento, presentando el título para que todos lo vieran: *Administración del ejército, de los mamelucos, de los soldados, de su ración y su sueldo*.

—Que Alá nos proteja —murmuró Jozjani con el rostro deshecho—. Tal vez me equivoque, pero tengo la impresión de que vamos a encontrarnos de nuevo en el filo de la espada...

—Hermano mío —dijo Shams con voz pastosa—, ¿tan urgente es ese asunto? Estoy ahíto.

Sin contestar, Alí se aposentó en uno de los divanes cubiertos de tapices y acercó la pequeña columna de mármol rosa en la que había un candelabro.

—Sol de la nación. Perdona mi intrusión, pero creo que cuando te haya leído el tema, olvidarás sin duda la molestia que te ha provocado despertar.

Shams se frotó los ojos y se arrellanó en los almohadones.

—De acuerdo, pero espero que no sea demasiado largo.

—Antes de someterte la lectura de mi proyecto, me gustaría recordarte ciertos hechos. Se trata del ejército.

—Mencionas ahí un problema que, como sabes de antemano, excitará mi úlcera.

—Desde hace cuatro años ocupo mis funciones de visir y he tenido mucho tiempo para estudiar la organización militar. He examinado el problema desde todos los ángulos y he llegado a una conclusión: el fruto está podrido.

Shams adoptó un aire afectado.

—Ya lo sabemos, jeque el-raís. No me dices nada nuevo.

—El ejército se ha convertido en un monstruo tentacular cuyas exigencias son cada vez más absurdas. A medida que acentúa su dominio sobre el poder central, necesita sueldos substanciales. De crisis en crisis, el precio de las fidelidades no deja de aumentar. El Tesoro se agota y, con él, Hamadhan.

—Hermano mío, ¿de qué sirve repetir tantos lugares comunes? Vuelvo a decírtelo, eso no es nuevo.

—Sol de la nación, ¿sabes que, desde hace algún tiempo, para calmar el apetito de nuestros mercenarios, hemos tenido que practicar el *iqta*, la dotación de tierras? ¿Y que las tierras que

eran de dominio público están llegando a su fin? Todas las demás están ya tomadas. Más allá de las fronteras, el horizonte queda cerrado porque las conquistas se han estancado; no pueden regularizarse ya las exacciones y la desposesión de los propietarios sin que el reino corra peligro.

—¿Por qué te asustas? Hemos resuelto ya el problema.

—Es cierto. Hoy los soldados no reclaman ya tierras, pero sí el impuesto territorial de las propiedades particulares.

—Y todo recupera el orden.

Alí levantó los brazos al cielo en signo de exasperación.

—¡Muy al contrario! Todo queda en desorden. ¿Qué vas a hacer con el desposeimiento y el empobrecimiento del Estado? ¿Con la explotación de los propietarios por una clase que se preocupa, sobre todo, de la inmediata entrada de dinero, aun al precio de arruinar el suelo, preludio de los endeudamientos y la desposesión del campesinado tradicional?

—¿Conclusión?

—Dos conclusiones. La Primera que nuestro mundo regado de oro, de mercancías y hombres, no tiene medios para su ejército. La segunda que debemos poner fin al cobro del impuesto territorial por los mercenarios.

Shams el-Dawla parpadeó, incrédulo.

—Majnun... ¿Habrá perdido la cabeza mi visir?

—Mis pensamientos nunca fueron tan claros.

—¿Privar a los mamelucos del impuesto territorial? ¿Imaginas al menos a qué te expones? Vamos a tener una revuelta en las manos.

—Excelencia. Si no restablecemos una economía sana, el riesgo de revuelta será mucho mayor. El cansancio y la colera brotarán por todas partes. Los campesinos los propietarios de tierras, todo el pueblo está cansado de comprobar hasta qué punto los privilegios dominan este país. Solo el respeto que sienten por ti les ha retenido hasta hoy. Pero ¿por cuánto tiempo? Tu reino sigue siendo muy frágil. En cuatro años, has hecho más de seis campanas y dentro de unos días, te dispones a lanzarte de nuevo al asalto de Raiy para restablecer el orden.

Un relámpago de cólera cruzó los ojos del soberano.

—¡Que Ala arroje a la Gehenna a mi hermano y a mi madre! Esta vez no tendré piedad, se pudrirán juntos en las mazmorras de Tabarak.

—Eso no resuelve el problema de los mamelucos.

—Tu eres el visir. La decisión es tuya.

—Majestad, tú eres el príncipe y...

Shams el-Dawla le interrumpió con fastidio:

—Escúchame, hijo de Sina. Sé que tu gestión está presidida por un sentimiento de justicia, sé que antes o después deberemos resolver el asunto; pero sé también el peligro que supone tocar los privilegios del ejército. Tú debes decidir pues las prioridades.

—La justicia debe de prevalecer sobre los intereses personales.

—En ese caso, actúa como te parezca. Tienes toda mi confianza. Siempre has dado pruebas de clarividencia. Seguiré apoyándote. Sin embargo, te pido que difieras la promulgación de tu decreto hasta que regresemos de Raiy. La campaña será dura y necesito toda la adhesión de las tropas.

—Se hará según tu voluntad, Excelencia.

Alí apagó el candelabro. Cuando se disponía a cruzar el umbral de la habitación, la voz de Shams se escuchó de nuevo:

—Desconfía de ti mismo. Mide bien las consecuencias... Una mediocre situación, en paz, es mejor que la opulencia con preocupaciones.



VIGESIMOSEGUNDA MAQAMA

Gazna, 1019

Queridísimo hijo de Sina, te saludo.

Hace mucho tiempo que no me has escrito y que no recibo noticias tuyas. Nuestras misivas se han extraviado, cruzado y extraviado de nuevo. Te creía en Raiy, estabas en Qazvin, te escribí a Qazvin, estabas en Hamadhan y eras, además, visir. Por mi parte, he vivido más en la India que en la corte del Gaznawí. Hoy se reinicia nuestro dialogo y me hace feliz que el Altísimo, en su gran bondad, nos haya permitido encontrarnos de nuevo.

Tengo ante los ojos el *Canon* concluido. Te lo agradezco, es un monumento. Y te agradezco también la copia de alguna de tus obras que has tenido la bondad de hacerme llegar. Devoré tu *Esencial de filosofía* y tu *Compendio de la pulsación* me ha fascinado. Cuando pienso en nuestra discusión en la morada de tu padre y recuerdo tus escrúpulos en querer lanzarte a la escritura, no puedo evitar una sonrisa. He sentido también gran interés por tu compendio de astronomía. A este respecto, tal vez te interese saber que, a petición del rey, he comenzado a construir un instrumento al que he llamado —tradición obliga— Yamin el-Dawla*.

Me permitirá medir con gran precisión la latitud de Gazna. A decir verdad, no es la primera vez que intento este tipo de experiencia. Hace dos años, cuando estaba en Kabul, sin instrumentos, bastante deprimido, lo confieso, y en miserables condiciones, conseguí fabricar un cuadrante improvisado trazando un arco graduado en el dorso de una tabla de cálculo y utilizando una plomada.

Sobre la base de los resultados obtenidos, que te comunicaré si lo deseas, conseguí elaborar con precisión la latitud de la localidad. Pienso, además, establecer progresivamente una tabla de las longitudes y latitudes de las ciudades y regiones más importantes del mundo islámico**.

Refiriéndome también a la astronomía, llamo tu atención sobre la obra del gran astrónomo indio Brahmagupta, y sobre los cuadernos de Tabahafara. Lo que en ellos se aprende no carece de interés.

Algunos sabios hindúes sostienen que la Tierra se desplaza y los cielos están fijos. Otros niegan este aserto alegando que, si así fuera, las rocas y los árboles caerían de la Tierra. Brahmagupta no es de esta opinión y afirma que la teoría no implica semejante consecuencia, aparentemente porque piensa que todas las cosas pesadas son atraídas por el centro de la Tierra. Por mi parte, estimo que los más eminentes astrónomos, tanto los antiguos como los modernos, han estudiado asiduamente la cuestión del movimiento de la Tierra, y han intentado negarlo. Así, compuse hace seis meses una obra sobre el tema a la que llamé: *Las claves de la astronomía*. Con toda modestia, pienso haber llegado más lejos que quienes nos precedieron, si no en la expresión, sí al menos en el examen de todos los datos del tema.

Pero creo que lo que despertará, sobre todo, tu interés es la noticia que voy a darte: he conseguido establecer la circunferencia de la Tierra.

He aquí los hechos. Hace dos años, me hallaba en el fuerte de Nandana***. Comencé midiendo la altitud de un monte vecino que se perfilaba por detrás del fuerte; determiné luego,

* La mano derecha del Estado. Era uno de los títulos que el califa de Bagdad había otorgado a Mahmud. El instrumento monumental que el-Biruni construyó se designaba, según la costumbre, con el nombre del protector real. (*N. del T.*)

** El-Biruni estableció, en efecto, esa tabla que contenía más de seiscientos puntos y permitió determinar científicamente la dirección de La Meca. (*N. del T.*)

*** El fuerte de Nandana, del que quedan ciertos vestigios, se levantaba en una región de pequeños valles a un centenar de kilómetros al sur de Islamabad, actual capital del Paquistán. (*N. del T.*)

a partir de esta montaña, la inclinación del horizonte visible. El resultado: 6.338,80 Km. para el radio terrestre*.

Por otra parte, durante mis desplazamientos a la India, me interesé mucho por los eclipses y por el modo de medir las partes iluminadas de la Luna. Me empeñé en hacer una clasificación de los cuerpos celestes según su tamaño (de hecho según su luminosidad). Y clasifiqué mil veintinueve estrellas.

En un campo muy distinto, cuento con profundizar mi observación de las capas estratificadas de las rocas, pues estoy cada vez más convencido de que todos los cambios se produjeron hace mucho, mucho tiempo, en condiciones de frío y calor que ahora desconocemos.

Pero debo dejar de hablar continuamente de mis proyectos o mis realizaciones. Podría parecerme pretencioso. Acabaré pues esta carta limitándome a comunicarte las últimas noticias de la región. Tal vez lo ignores, pero el sultán Ibn Ma'mun y su esposa (que, me permito recordártelo, era la hermana del rey de Gazna) perecieron en una revuelta de palacio. Mahmud se apresuró a vengar la muerte marchando sobre Jwarizm. Sofocó la rebelión y designó como sucesor de Ibn Ma'mun a uno de los oficiales de su séquito. Hoy por hoy, el reino del Gaznawí está en el punto álgido de su expansión.

En lo referente a mis relaciones con el soberano, no te sorprenderé demasiado si te confío que no son demasiado armoniosas. Es, indiscutiblemente, un tirano sanguinario, sediento de poder. Sospecho que sueña en un imperio comparable al del gran Iskandar. Ciertamente te preguntas las razones que me impulsan a permanecer en su corte. Se resumen en pocas palabras: mi pasión por la India. Absorbe toda mi energía. ¿Podría soñar en un trampolín mejor que Gazna para proseguir mis investigaciones en aquel país? Y mientras el Altísimo me dé fuerzas permaneceré aquí.

Por otra parte, tengo una triste noticia que comunicarte. ¿Recuerdas a Firdussi y su *Libro de los Reyes*? Lamentablemente, Firdussi no existe ya. Murió hace unos días. Pero yo, que he tenido la suerte de compulsar su obra, me pregunto... ¿Un ser que consiguió llevar a cabo tan colosal trabajo, reuniendo todas las leyendas que van desde los primeros y fabulosos reyes de nuestro país hasta su conquista por los comedores de lagarto, un hombre como ése puede realmente morir? Conservaré mucho tiempo en la memoria su descripción de los amores de Zal y de Rudaba, o la desgarradora elegía compuesta a la muerte de su hijo. La someto a tu juicio:

«Tengo sesenta y cinco años y él treinta y siete: nada pidió a ese anciano, y se marchó solo...»

»Tal vez encontró a jóvenes camaradas, puesto que tan deprisa se alejó de mí.»

Sus relaciones con Mahmud se hicieron enseguida muy hostiles. Algunas semanas antes de su muerte, Firdussi tuvo el valor de apostrofar al rey ante sus íntimos, lanzándole esta terrible frase:

«Si el rey hubiera tenido un rey por padre, le habría puesto en la cabeza una corona de oro... pero, puesto que en su naturaleza no había rastro de grandeza, no ha podido soportar oír el nombre de los grandes...»

Cuando conocemos los orígenes de Mahmud, es fácil imaginar el alcance de la humillación.

Como puedes comprobar, ni los científicos ni los artistas obtienen la perfecta felicidad junto a sus mecenas. Espero, sin embargo, que estas palabras te encuentren próspero y feliz; recibe mis votos de éxito en tus nuevas funciones. Procura, de todos modos, no caer en la trampa del poder: puede ser mortal para las almas puras...

Tu hermano, Ibn Ahmad el-Biruni.

Cuando Alí dejó la carta ante sí, un desenfrenado martilleo se escuchó detrás de la puerta.

—Jeque el-raís, abre deprisa!

Hubiérase dicho que toda la estancia iba a volar en pedazos.

Jozjani apareció en el marco de la puerta, con el rostro muy pálido y los ojos desorbitados.

—Jeque el-raís... —balbuceó—, tenemos que huir... Tenemos que abandonar la ciudad.

—Pero qué estás diciendo. ¿Te has vuelto loco?

El-Jozjani tomó el brazo del jeque y lo arrastró hacia la ventana.

—¿Y tú te has vuelto sordo? ¿No lo oyes?

* Sus resultados (que se citan en kilómetros para mayor claridad) son de sorprendente exactitud. Comparados con las cifras actuales: 6.370,98 km, o 6.353,41 km en la latitud de Nandana, representan sólo una diferencia de 17,57 km. (*N. del T.*)

Mientras Alí se interrogaba, el joven le empujó literalmente hacia el alféizar y señaló, abajo, el centro del patio.

—Tal vez te hayas vuelto sordo, pero no has perdido la vista.

Entonces comprendió lo que ocurría y que, absorbido por la lectura de la carta de el-Biruni, no había advertido.

Numerosos hombres de armas, entre ellos un destacamento de mamelucos y muchos oficiales del ejército, blandían el puño y le lanzaban imprecaciones. Los soldados exigían su cabeza.

—¿Pero qué les pasa?

Jozjani se disponía a responder cuando, con estruendo de botas, tres hombres penetraron en la habitación acompañados por el chambelán Taj el-Molk.

—Jeque el-raís, síguenos, el príncipe quiere verte inmediatamente.

Sin intentar comprender, Alí se echó una burda sobre los hombros y siguió a los soldados. En el camino le sorprendió la increíble efervescencia que se había apoderado de palacio. Militares de la guardia personal de Shams, aterrados servidores se cruzaban corriendo en todas direcciones. Unos instantes más tarde era introducido en el salón de cristal, donde le esperaba el emir. A su lado estaba el canciller y Sama, el príncipe heredero.

—¡Es el drama! —exclamó el soberano—. ¡Es el fin!

—¿El fin de qué? ¡Todos los yinns del universo parecen haberse apoderado de la ciudad!

—Ni más ni menos —dijo el chambelán con voz tenebrosa—. Los yinns y mucho más...

Fuera estallaron nuevos clamores, fuertes, amenazadores.

Alí apretó los puños.

—Sol de la nación, ¿puedes explicármelo?

—¿No lo oyes? —intervino Sama.

—Reclaman tu cabeza —precisó el chambelán.

—Eso me ha parecido oír. ¿Pero por qué razones?

Shams el-Dawla, despechado, levantó los ojos al cielo.

—Corta tienes la memoria, hijo de Sina. ¿No publicaste, acaso, un decreto que suprimía los privilegios del ejército?

—De modo que es eso...

—¿Y qué esperabas? —lanzó Taj el-Molk con rabia—. No debe arrebatare el pan de la boca de quien ha comenzado a masticarlo.

Alí se encorvó un poco y sus rasgos se cerraron. Sus relaciones con el chambelán siempre habían sido mediocres. Sospechaba que el hombre nunca había apreciado su nombramiento para un puesto al que él mismo, antes de la llegada del jeque a Hamadhan, debía de aspirar.

Dijo con voz hosca:

—No temas, Taj, si me marcho, el relevo está asegurado.

Sin aguardar la réplica del chambelán, se dirigió a grandes pasos a la ventana y señaló a los amotinados.

—Majestad, ¿a qué esperas para esta carroña?

—¿Y quién va a encargarse? —dijo el chambelán con ironía—. ¿Tú tal vez? ¿O nuestro soberano, con las manos desnudas?

—¡Te queda gente fiel! ¡El fruto no puede estar podrido por completo!

Shams apretó los labios.

—No, no está podrido por completo. Dispongo de medios para dominar la rebelión.

—Pero entonces...

—¿Por qué no voy a hacerlo? Está claro: no estoy loco. Hijo de Sina, hacer que el ejército derrame la sangre del ejército es un lujo que no puedo permitirme; más valdría entregarles enseguida las llaves de Hamadhan.

—Sería el fin del reinado —añadió Sama—. La heredad de mi abuelo quedaría reducida a cenizas.

—¿Pero no vais a permitir que esos mercenarios dicten la ley? ¿No comprendéis que, si cedéis hoy, sería cederles al mismo tiempo el reino?

—Jeque el-raís, no seas niño! ¡No estamos viéndonos con una simple pandilla de amotinados! ¡Es un ejército que se subleva!

El soberano se había expresado con una violencia y una desesperación que hasta entonces no le había conocido.

—De acuerdo, Sol de la nación. ¿Qué esperas de mí?

—El salario exige la derogación del decreto.

—Es muy sencillo, Majestad. El salar tendrá lo que desea. Quemaremos el decreto en la plaza pública.

—Eso no es todo.

Alí aguardó la continuación, pero fue el gran canciller quien precisó:

—Tu cabeza. Los oficiales exigen unánimemente tu muerte.

A Ibn Sina se le nubló la vista y le pareció que un viento glacial soplaba en la sala de cristal. Muy pálido, se volvió hacia el emir.

—¿Debo considerarme ya muerto, Excelencia?

Shams barrió rabiosamente el aire.

—Sólo Alá decide quitar la vida. Me niego a hacer este papel.

—En ese caso...

—He negociado y he obtenido tu vida a cambio del exilio.

—¿El exilio?

Alí creyó que los espejos de Damasco se rompían de golpe.

—Tranquilízate, la palabra es más fuerte que sus consecuencias. En realidad, te retirarás a algunos farsajs de la ciudad. Lo hemos organizado todo. Te albergará uno de mis amigos personales: el jeque Ibn Dajdul. Es un hombre íntegro y generoso. Podemos contar con su discreción.

—¡Pero es monstruoso! ¿No basta la derogación del decreto, es preciso añadir la humillación de mi partida?

—Así es. No tenemos elección —replicó plácidamente Taj el-Molk.

El soberano posó su mano en el hombro de Ibn Sina.

—No puedo hacer nada. ¡Escúchales aullando como lobos! ¡Se trata de ti o del reino!

—Eres un hombre difícil, jeque el-raís —murmuró el gran canciller.

—Soy lo que soy; eso sólo incumbe al Altísimo y a mí, puesto que él es el único que me tiende la mano.

—¡Eres injusto, hijo de Sina! —estalló el joven Sama—. También mi padre te tiende la mano. Se ha peleado con sus generales y sus soldados para salvarte la vida.

Los gritos de la muchedumbre se hicieron más violentos. Ibn Sina regresó a la ventana y, protegido por las cortinas de terciopelo, observó con amargura las muecas de los rostros.

—Y pensar que entre esos hombres los hay que me deben la salud...

Dando media vuelta, anunció muy fatigado:

—De acuerdo. Me pongo en vuestras manos.

Shams pareció aliviado.

—Ya verás. No te faltará nada. Los tuyos te acompañarán. Haré que te lleven tus manuscritos, tus instrumentos. Ibn Dajdul tiene orden de satisfacer todos tus deseos.

—Te lo agradezco. Sólo me queda desear que nunca tengas que lamentar haber cedido ante la fuerza y la villanía.

«Ibn Dajdul era como Shams el-Dawla le había descrito. Un personaje de gran cortesía, abierto; tenía unos sesenta años. Y en su mirada se veía la serenidad de su alma. Sin duda había visto muchas cosas; había conocido seres diversos e innumerables ciudades. Y se advertía que, de todo ello, sólo había retenido la belleza de las cosas.

»Poseía una vasta propiedad al sur de Hamadhan, rodeada de florecidos jardines que olían a rosa y jazmín. Pese a su avanzada edad, él mismo trabajaba la tierra, velaba para que nada les faltara a la menor hoja, al más pequeño arbusto.

»Sabía de memoria los más hermosos poemas persas. Ni Dakiqi, ni Baba Tahir, y menos aún Rudaqi, tenían secretos para él. Y se complacía, cada anochecer, recitándonos algunos versos que, sin duda, eran de gran belleza.

»El jeque había pedido a Yasmina, a Mahmud, y también a mí mismo, que no habláramos jamás de los acontecimientos pasados. Pero le conocíamos y sabíamos que aquella nueva herida, que se añadía a todas las demás, sangraba en su corazón.

»Aproveché que no estuviera ya ocupado por las tareas del visirato para rogarle que redactara un comentario a las obras de Aristóteles, para complacerme. Me hizo observar que no tenía el espíritu lo bastante libre como para emprender semejante trabajo, que exigiría polémicas y controversias. Pero añadió: "En cambio, si estás dispuesto a aceptar una obra en la que desarrolle, sencillamente, todo lo que me parece positivo en Aristóteles, evitando debatir los puntos en litigio, estoy dispuesto a ofrecértela."

»Naturalmente, me sentí muy feliz aceptándola. Y el jeque comenzó enseguida una obra a la que llamó el *Shifa*, la curación. Esos volúmenes serán a la filosofía lo que el *Canon* es a la

medicina. El *Canon* le convertirá en el maestro indiscutible de las ciencias naturales, el *Shifa* en el del pensamiento filosófico.

»Pasó el tiempo. Ibn Dajdul había enseñado al jeque un juego apasionante: *El juego del Brahman*, que consistía en librar una batalla sobre un tablero por medio de peones de marfil que representaban jinetes, ministros, torres y soldados. Según la leyenda, el juego había sido inventado por un brahman hindú para divertir a un joven príncipe árabe. Era una diversión muy popular en la región; pero, dada su complejidad, los buenos jugadores eran escasos. El espíritu matemático del hijo de Sina dominó enseguida, naturalmente, la distracción; y pronto le propuso nuevas aperturas a su huésped, frustrado aunque también admirado.

»Durante una de sus partidas, cuando vivíamos el cuadragésimo día de nuestro exilio, el hijo de Shams el-Dawla vino, personalmente, a buscar al jeque. Su padre sufría mucho, víctima de una de sus crisis de úlcera. Allí partió inmediatamente.

»Ignoro lo que Shams y su médico se dijeron cuando se encontraron tras tan larga separación. Sólo sé que, pocos días más tarde, mientras comenzábamos a inquietarnos, llegó una nueva delegación a la propiedad para anunciarnos que el jeque nos esperaba en Hamadhan: el soberano le había nombrado visir por segunda vez.»



VIGESIMOTERCERA MAQAMA

En la estancia neblinosa por el humo de los narguiles, los músicos sentados con las piernas cruzadas en las alfombras de seda tocaban moviendo la cabeza.

Ibn Zayla tendió la boquilla del narguile a el-Jozjani, que tras haber aspirado una bocanada se la pasó al jeque el-raís que, a su vez, se la pasó a su hermano.

Estábamos a comienzos de la primavera del año 1021 para los cristianos, y la noche era suave, el aire estaba lleno de apaciguadoras aromas. Un músico dejó oír el último acorde entre aplausos y el jeque prosiguió su dictado del *Shifa*.

Así eran todas las noches desde que el-raís había regresado a Hamadhan; un año ya. A medida que iba hablando, el-Jozjani transcribía el texto con aplicada fidelidad, permitiéndose, de vez en cuando, interrumpir a su maestro para pedirle una aclaración sobre un punto problemático. Otras, era el propio hijo de Sina quien se detenía para desarrollar un pasaje difícil, refiriéndolo a su propia experiencia, ilustrándolo con la luz de los hechos.

Mediada la noche, el-Jozjani dejó su cálamo y guardó el manuscrito. Entonces se sirvió vino de Qazvin y algunos frutos secos. Se reanudaron las discusiones: pluralidad del ser, destino de las almas, Aristóteles, Platón, el-Farrabi. Por fin, ahitos de vino y polémicas, cuando los primeros fulgores del alba encendían el flanco de los contrafuertes, el grupo decidió separarse. Aquél fue el momento elegido por el-Maksumi para hablar de la última carta de el-Biruni. Había llegado algunos días antes y era ya objeto de todos los comentarios. En un tono bastante sorprendente, el-Biruni había desafiado al jeque el-raís a responder a diez preguntas precisas, sobre temas tan distintos como física, matemáticas, geología o filosofía. Entre aquellas preguntas había severas críticas hacia el filósofo preferido del raís: el gran Aristóteles. Desde entonces, los intelectuales de Hamadhan esperaban con impaciencia las respuestas del maestro. Y las respuestas no llegaban.

Con los puños en las caderas, el jeque miró de arriba abajo a su joven discípulo y puso a su hermano por testigo.

—Me habría extrañado concluir la velada sin que alguien intentara irritar mis humores.

—Pero jeque el-raís, el texto de el-Biruni no es una simple carta; es una provocación. Si no respondes, todos los intelectuales de Persia lo considerarán una confesión de ignorancia.

Alí sonrió con indulgencia.

—Ignorancia... ¡Ah, amigo mío!, ¿cuándo aprenderás a retorcerte siete veces la lengua antes de pronunciar palabras cuyo peso ignoras? ¿Por qué no te limitas, en esta avanzada hora, a imitar al tulipán que florece en Noruz*? Sé, como él, una copa y aprecia simplemente las delicias del vino.

—Es demasiado tarde para seguir bebiendo y demasiado pronto para comenzar de nuevo —repuso el-Maksumi, despechado—. No nos tienes acostumbrados a semejante comportamiento. ¿Tan arduas son esas preguntas?

—Si no te estimara, te respondería que nada como el silencio impresiona al tonto; ¡si se le responde, se le enardece!

—¿Debo considerar estas palabras una crítica personal, o se dirigen a tu amigo el-Biruni? Terminaremos creyendo que estas preguntas te turban realmente.

Las mejillas de Alí se ruborizaron.

—Comenzáis a darme la lata.

Girando sobre sus talones, se dirigió hacia su mesa de trabajo y comenzó a buscar entre sus notas.

—¡Quieres tus respuestas! —exclamó blandiendo ante las narices de el-Maksumi el pliego objeto de tantas polémicas—. ¡Las tendrás! Toma, coge la carta y lee las preguntas en voz alta, para que todos las oigan.

Febri!, prosiguió dirigiéndose a los demás:

—Volved, ocupad de nuevo vuestro lugar. Tú, el-Jozjani, toma de nuevo el cálamo.

En un recogido silencio, el-Maksumi comenzó:

* El nuevo año persa. Comienza en el equinoccio del 21 de marzo. (*N. del T.*)

—«Según el-Biruni, acerca de la mecánica celeste, Aristóteles sólo sigue ciegamente a los pensadores antiguos que le precedieron, sin poner en juego, para examinarlas, algunas observaciones personales. Para reforzar su crítica, pone como ejemplo una descripción de montañas de la India, descripción de la que, afirma, nadie debe fiarse; pues si se observan las montañas en cuestión, se advierte que desde el tiempo en que la descripción fue hecha las montañas han cambiado de aspecto.»

Apenas hubo terminado el discípulo, el jeque respondió:

—El-Biruni, hermano mío, entiende que las montañas se forman y se alteran, los cuerpos celestes no. Esta es una diferencia fundamental. Además, y sin pretender ofenderte, me permito observar que tu acusación no es nueva. Sin saberlo, has tomado el argumento de Juan Filopón, que se oponía a Aristóteles porque era cristiano, o de el-Razi que, aun siendo un gran médico, lo ignoraba todo de la metafísica. ¿Segunda pregunta?

—«El peripatetismo niega que pueda existir otro mundo completamente distinto al que conocemos, un mundo que nos sea desconocido, porque escapa totalmente a nuestros sentidos. Lo que es absurdo. Lo ilustro con el hecho de que es imposible a un ciego de nacimiento concebir lo que es la visión. Del mismo modo, pueden existir otros mundos que el hombre no puede percibir porque le faltan las necesarias facultades.»

—Acepto por completo la existencia de otros mundos, distintos al nuestro, pero en cambio suscribo por completo el punto de vista aristotélico que observa que no puede existir otro mundo *como éste, constituido por los mismos elementos y de la misma naturaleza.*

La serie de críticas formuladas a Aristóteles prosiguió, y el jeque respondió a ellas con la misma eficacia. Llegó luego el turno de las preguntas de orden general:

—«¿Por qué el hielo flota en el agua cuando parece más un sólido que un líquido y debiera ser más pesado que el agua?»

—Cuando el agua se hiela, los espacios internos y las bolsas de aire le impiden hundirse.

—«¿Cómo es posible la visión? ¿Por qué puede verse bajo el agua si el agua es una masa opaca que, en su superficie, refleja los rayos del sol?»

—Según Aristóteles, la visión procede del ojo afectado por las «cualidades» de los colores visibles incluidas en el aire con el que el ojo está en contacto. De acuerdo con esta teoría, el problema que planteas no tiene razón de ser porque el agua y el aire son, juntos, cuerpos transparentes que pueden transmitir los colores a uno de nuestros sentidos, la vista, y así se hace posible la visión.

—«¿Por qué pues se rompe un frasco lleno de agua cuando el agua se convierte en hielo?»

—Es el aire incluido que, cuando se enfría, se contrae hasta causar, a veces, un vacío; y como eso no puede suceder, el frasco se rompe*.

De este modo, en una hora, el jeque respondió a las diez preguntas hechas por el-Biruni y concluyó dirigiéndose a el-Maksumi:

—Te dejo decidir si debe añadirse un epílogo a la carta; e incluso si debo prolongar el debate con nuestro amigo**. ¿Estáis satisfechos?

La pequeña asamblea, muy impresionada al parecer, respondió afirmativamente.

—Perfecto. Ahora, si me lo permitís, me retiraré. El alba ha llegado ya. Apenas tengo tiempo para realizar mis abluciones y comprobar la organización de la partida. Debo acompañar al soberano a una nueva campaña. Salimos dentro de una hora.

Ibn Zayla y el-Maksumi cruzaron una sorprendida mirada.

—¿Dentro de una hora? —preguntó este último.

—En este mismo momento, sin duda, las tropas están ya formadas.

—No lo sabíamos, jeque el-raís. ¿Contra quién batallaréis ahora?

—El-Marzuban. El emir de Tarun***. ¿Por qué ese asombro?

Ibn Zayla se sintió molesto.

—Perdona nuestra insistencia de hace un rato. Sin duda necesitabas descanso.

—¡Hablas como un comedor de lagartos! ¿No querías conocer mis respuestas a el-Biruni?

—Claro, pero...

—¿No te abrasaba la curiosidad, como a todos?

* Es forzoso reconocer que las respuestas de Ibn Sina carecen de todo rigor científico. Sus explicaciones han sido ampliamente cuestionadas por nuestros actuales conocimientos. (*N. del T.*)

** La carta fue objeto de una compilación conocida con el título de *Preguntas y respuestas*. El-Biruni intervino algún tiempo más tarde comentando las respuestas de mi maestro. Pero, esta vez, fue el-Maksumi quien prosiguió el debate en nombre del jeque. (*Nota de Jozjani.*)

*** El-Tarun es un amplio distrito situado entre las montañas de Qazvin y Yibal. (*N. del T.*)

—Naturalmente, jeque el-raís... Sin embargo...

—En ese caso, ¿por qué pones esa cara doliente? ¿Lamentas haberme mantenido despierto? Haces mal. Ya sabes cómo me gusta la noche.

Hizo una pausa y añadió con cierta ironía:

—En cambio, no puedo decir lo mismo de nuestro amigo el-Biruni. A él debieras pedirle perdón. Cuando reciba esta carta, no creo que duerma mucho...

El viento soplaba barriendo las últimas nubes de arena en la árida llanura de el-Tarun; el polvo volaba hacia el cielo, como arrancado del suelo, y caía en jirones que cubrían caballos y hombres. La confusión era total toda vía. La cegadora luz del sol hacía incalculables las distancias y, desde el lugar en que se hallaba, Alí no conseguía ya evaluar los acontecimientos.

Todo había comenzado una hora antes. Nada había sucedido como estaba previsto.

El ejército de el-Dawla, que había salido de Hamadhan por la mañana, se disponía a entrar en las tierras de Tarun. Según los yawasis, los espías enviados como exploradores, el enfrentamiento sólo debía producirse al salir del último desfiladero, a dos farsajs de Qazvin. Ahora bien, el primer ataque tuvo lugar cuando el conjunto de los cuerpos del ejército había penetrado profundamente entre las murallas rocosas. Apostados en las alturas, invisibles hasta el último momento, los arqueros de el-Marzuban habían lanzado sus flechas, sembrando la muerte y un pánico indescriptible entre las filas de los soldados de el-Dawla. Ibn Sina, que cabalgaba a la cabeza junto al emir, creyó que había llegado su fin. En pocos segundos, la franja de cielo se vio ennegrecida por centenares de saetas que comenzaron a caer sobre sus cabezas; tan densas que, de vez en cuando, velaban la luz del sol.

Había sido necesario todo el valor de Shams y de su joven hijo para sacar las tropas del desfiladero. Pero en el exterior les aguardaba la caballería enemiga. Sólo un milagro de Alá habría podido evitar la derrota. Precisamente cuando lo que quedaba del ejército de Hamadhan cruzaba las gargantas, estalló una tempestad de arena. Y estalló con la rapidez propia del desierto, recordando al jeque la que había conocido en su travesía del Dasht el-Kavir.

Era como si todo el desierto se levantara. Cubriendo la voz de los generales, los sones de los clarines resonaban en un caos total; ambos bandos intentaban mantener la homogeneidad de sus tropas. Pero era demasiado tarde. El enfrentamiento se produjo en un caos terrible. Soldados ciegos golpeaban a sus hermanos de armas, otros, buscando la fuga, se veían empalados por las astas de las lanzas que manejaban manos invisibles.

De las oleadas de rubia arena surgía, de vez en cuando, la punta de una jabalina, la esquina de un escudo; la agitación de las espadas era tanta que sólo se distinguían las puntas, ampliando invisibles círculos que volvían a cerrarse entre torbellinos. Quienes habían perdido su sable luchaban cuerpo a cuerpo. Como derviches, las siluetas avanzaban, retrocedían y giraban sobre sí mismas.

¿Cuánto tiempo duró aquel ciego combate? Finalmente, la tempestad se apaciguó y el velo fue desgarrándose progresivamente, dejando aparecer una horrible carnicería en la que se amontonaban, entremezclados en más de una milla, una multitud de cadáveres desfigurados. Milagrosamente, Sama, el príncipe heredero, había conseguido que la caballería de su padre siguiera reunida y mantenerla al margen de los combates. Aguardó pacientemente a que el viento amainara y luego, con la maestría de un viejo guerrero, cargó contra los últimos yamis del ejército de el-Marzuban.

Todo fue muy rápido. Sin aliento, jadeantes, aquellos desgraciados vacilaron desorientados, antes de batirse en retirada en un incontrolado reflujo y perseguidos por el joven príncipe. Y las trompetas anunciaron la victoria de las tropas de el-Dawla. ¿Pero era realmente una victoria? Destrozados, deshechos, los hombres eran sólo sombras de sí mismos.

—Jeque el-raís! ¡Pronto, el príncipe está muy mal!

En una nube de polvo, el mameluco detuvo su montura y estuvo a punto de derribar a Ibn Sina.

—¿Está herido?

—No lo sé, jeque el-raís. Ha perdido el sentido y...

Alí interrumpió las explicaciones del soldado y se lanzó hacia su montura.

—Te sigo —aulló levantándose sobre los estribos.

Espoleando a su caballo, el mameluco galopó enseguida hacia el sur y cruzaron, a toda velocidad, la media milla que les separaba del campamento.

La calma que reinaba en los alrededores de la tienda del príncipe impresionó al jeque. Salvo los dos centinelas que montaban guardia y algunos oficiales que discutían en voz baja, no se veía nada que permitiera presagiar el drama.

La primera persona a la que vio en la tienda del emir fue Taj el-Molk. Tras él estaba Sama, arrodillado a los pies de la litera en la que habían tendido al príncipe.

—Jeque! Por fin... —murmuró.

Señaló con el dedo a su padre.

—Acaba de recuperar el sentido...

Una simple ojeada le bastó a Alí para comprender que, esta vez, no se trataba ya de una simple crisis de úlcera. El rostro del soberano estaba espantosamente pálido, sus labios azuleaban y las pupilas habían perdido su brillo. Además, pese al calor asfixiante que reinaba en la tienda, temblaba de los pies a la cabeza.

—Salvador mío —dijo con voz ahogada.

Alí le hizo un signo tranquilizador y, retirando la gruesa manta de lana, pegó su oreja al pecho de Shams. El corazón era débil, casi imperceptible. Desnudó sus pies y palpó las extremidades; estaban heladas. Desabrochó luego la cota de malla y palpó el abdomen; la pared estaba tensa, hinchada, y el simple contacto de su palma arrancó a Shams un grito de dolor.

—Jeque el-raís —balbuceó—; esta vez...

No concluyó su frase y comenzó a vomitar de modo esporádico.

—¡Que calienten leche! —ordenó Alí sosteniendo al enfermo—. ¡Que traigan mantas!

Con un postrer estremecimiento, Shams cayó pesadamente en la litera.

—Tienes que respirar profundamente, Majestad. Intenta relajarte.

—Hermano mío, tengo el alma al borde de mis labios.

—Es sólo una crisis más, Excelencia. No te preocupes, voy a prepararte un electuario y el dolor pasará.

Mientras hablaba, Alí estudiaba las manchas de vómito que salpicaban la arena y el uniforme del enfermo. Por su color oscuro y rojizo comprendió que la úlcera había reventado; Shams estaba vaciándose de su sangre.

Se levantó e invitó discretamente al príncipe heredero a seguirle al exterior.

Una vez en el umbral de la tienda, antes incluso de que pudiera decir una sola palabra, Sama murmuró:

—Va a morir, ¿no es cierto?

Alí, con tristeza, lo confirmó.

—Lamentablemente, esta vez soy impotente ante su enfermedad.

—Pero no es posible —gimió el-Molk—. Tal vez haya...

—Nada, hajib, ya no hay nada que hacer. Sólo intentar que su muerte sea dulce.

—¿Aguantará hasta que regresemos a Hamadhan?

—No lo creo. Se ahoga en su propia sangre.

—Pero entonces, hijo de Sina, ¿de qué sirve tu infinito saber, tu inconmensurable ciencia?

—Excelencia... Soy sólo un simple médico. Puedo aliviar el dolor, pero es el Altísimo quien domina la vida y la muerte.

Se advertía que el joven estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no estallar en sollozos.

—Hay que levantar el campo inmediatamente —dijo con voz sorda—. Si mi padre debe morir, me gustaría que lo hiciera entre los suyos, en su ciudad.

El regreso hacia Hamadhan hacía pensar en un cortejo fúnebre. La columna se alargaba en más de una milla, a través del desierto, avanzando a lentos pasos, arrastrándose de día bajo un sol implacable y de noche bajo el frío cielo de las estrellas. Cada anochecer, como la tradición exigía, se encendieron en el campamento centenares de pequeñas hogueras, para pedir a las caravanas de paso que rogaran a Alá por el moribundo. En aquellos momentos, el desierto imitaba el firmamento.

Shams entregó el alma cuando habían llegado ya a la vista de las montañas, a unos dos farsajs de la ciudad. Los oficiales desgarraron sus ropas desde el cuello hasta la cintura. Se escucharon terribles gritos cuando, según la tradición también, el chambelán quitó el uniforme al príncipe heredero, lo desgarró para vestirle con una simple túnica que debería llevar hasta entrar en palacio. Sólo allí podría vestir las ropas reales.

Enterados de la muerte de su soberano, y aunque fuera muy tarde, algunos de los habitantes se habían lanzado a las calles. Unos se laceraban el rostro, otros se golpeaban el pecho mientras el gemido de las plañideras invadía el cielo. Apenas llegados a palacio, lavaron el cadáver. Los lavaderos purificaron, por tres veces, los despojos del soberano, con agua a la que se había añadido loto y sedr. Taparon todas las aberturas de su cuerpo, lo vistieron de

ceremonia antes de tenderlo en un estrado cubierto con una inmensa alfombra de seda. Sentado a los pies del estrado, con las piernas cruzadas, un mollah salmodió la *nemaz el-mayyet*, la plegaria de los muertos extraída del Avesta, así como algunos párrafos del Corán. Luego, envolvieron a Shams en una gran tela de algodón, sin costura, atando sus dos extremos.

Con las primeras luces del alba, la corte vestida de gala llevó al cementerio el cuerpo del príncipe.

Ante el coche fúnebre, negro y absolutamente cerrado, arrastrado por dos alazanes, Ibn Sina, Sama y Taj el-Molk abrían la marcha, enmarcados por los músicos que extraían de sus trompetas roncros sonidos que se mezclaban con los llantos y los gemidos de los viandantes. A continuación caminaban cinco servidores que llevaban, en equilibrio sobre sus cabezas, grandes platos llenos de paños que contenían las ofrendas fúnebres que se distribuirían a los pobres, por la salvación del difunto. Seguía luego la muchedumbre, con los hombres a la cabeza, y los abanderados portando estandartes que ningún viento agitaba.

En el cementerio, la fosa estaba ya lista. Introdujeron en ella los despojos del soberano, sin ataúd alguno, tendido sobre el flanco derecho, orientado hacia La Meca. En un pesado silencio, el propio Sama depositó sobre el pecho de su padre el turbante, el sable, las flechas y el carcaj. Un mollah añadió víveres y comenzaron a cubrir la fosa.

—*La illah, illah'llah...* No hay más Dios que Alá... —fueron las últimas palabras que pronunció el príncipe heredero. Y la muchedumbre repitió a coro la fórmula.

Alí levantó la cabeza hacia el cielo... Pesadas nubes grises corrían sobre Hamadhan.



VIGESIMOCUARTA MAQAMA

—Cielo de la nación, no puedo ni deseo cambiar mi decisión.

Instalado en el trono, Sama el-Dawla, nuevo soberano de Hamadhan y de Kirmanshahan, se inclinó hacia delante y unió sus dedos con brusco gesto. De pie a su lado, el chambelán Taj el-Molk, con la mirada fija, no decía nada.

—Jeque Ibn Sina. Repruebo tu actitud. Hace dos semanas que mi padre murió y persistes en no querer ocupar de nuevo tus funciones de visir. ¿Qué te he hecho para merecer semejante comportamiento? ¿He puesto alguna traba o he disminuido de algún modo las prerrogativas de tu cargo?

—No eres en absoluto responsable de mi decisión. Puedo asegurarte que nada en tu actitud me ha influido. Pero, Cielo de la nación, no puedo ocuparme al mismo tiempo de la medicina y el visirato, de la enseñanza y la política. Hace casi cinco años que ocupo esas funciones, y te confieso que no lo he hecho de buen grado sino sólo por amistad hacia tu padre.

Sama, atónito, permaneció inmóvil.

El chambelán Taj el-Molk aprovechó la ocasión para intervenir.

—Si he comprendido bien, no sientes hacia nuestro nuevo príncipe el afecto que te unía al soberano difunto. Eso es ofensivo, jeque el-raís, e indigno.

Alí miró al hajib con cierta indignación. Nunca había sentido hacia aquel hombre la menor simpatía, y sabía que era recíproca. Además, durante los cuarenta días de su forzado exilio, el-Molk le había sucedido en el puesto de visir. El hombre había conocido el poder y había soportado muy mal el regreso del raís. El-Molk había conseguido disimular su agresividad durante todo aquel tiempo, pero hoy salía a la luz.

—Hajib —dijo suavemente—, sólo es indigno el juicio que haces. ¿Conoces acaso mis sentimientos?

Se acercó a Sama.

—Cielo de la nación, sabe que te respeto y que siento por tí la misma consideración que sentí por tu padre. Se trata de otra cosa. Se trata de mi libertad.

—¡Un visir no es, a fin de cuentas, un vulgar mameluco! ¡Un palacio no es una prisión!

—Naturalmente. Pero la cuestión no es ésta. Lo repito, ya no me siento en condiciones de proseguir, al mismo tiempo, con la política y con la ciencia.

Sama inclinó la cabeza y permaneció pensativo unos momentos, antes de declarar:

—De acuerdo. Sólo puedo aceptar tus deseos. Sin embargo, aunque acepte perder el visir, quiero conservar el médico. A menos que tengas la intención de abandonar también ese cargo.

—No prescindiré de ese honor, Majestad. Mi ciencia es tuya.

Los rasgos del joven se distendieron.

—Me alegro mucho, aun deseando que no debas utilizarla demasiado.

—No temas, eres joven y fuerte, y transcurrirá mucho tiempo antes de que necesites mis cuidados.

—Inch Allah, jeque el-raís. De tus labios a las puertas del cielo.

Se inclinó hacia el chambelán y concluyó con forzada sonrisa:

—Taj, agradéceselo a nuestro amigo. Ya eres, de nuevo, visir.

Yasmina se desperezó, voluptuosamente, sobre la manta de lana cruda, ofreciendo su rostro al sol que se filtraba entre las entreabiertas cortinas.

—Y pensar que existen seres que condenan los placeres de la carne.

Deslizó lentamente la palma de sus manos por sus desnudas caderas y se acurrucó contra el cuerpo de Alí.

—Amada mía, has de saber que el tonto no disfruta de la voluptuosidad como el hombre resfriado no puede apreciar los perfumes de la rosa.

Habían hecho el amor durante dos horas, con la misma pasión que la primera vez, habían llegado al pleno conocimiento de sus cuerpos y sabían, ahora, alcanzar la cima de placeres cada vez renovados, transidos de sules mezclas de violencia y ternura, de perversidad y virtud.

Yasmina rozó distraídamente la piedra azul que destacaba sobre el pecho de su amante.

—Bendito sea el día en que aquella mujer te lo regaló. ¿Sabrá alguna vez cuánto ha contribuido a tu felicidad y a la mía?

—Quiera el Invencible que esa oculta protección dure mucho tiempo todavía. Vamos a necesitarla.

Yasmina le examinó, sorprendida.

—Sí —prosiguió Alí—, nos acechan nuevos trastornos. Pero esta vez seré yo el instigador.

Adelantándose a las preguntas de su compañera, explicó:

—Hace unos días escribí al emir de Isfahán.

—¿Alá el-Dawla?

—El mismo.

—¿El sobrino de la Sayyeda?

—Sí, y un primo lejano de nuestro nuevo soberano.

—¿Pero por qué?

—Para ofrecerle mis servicios.

—¿Has perdido la cabeza?

—No, dulzura de mis ojos, nunca he estado tan lúcido. Si todo va como es debido, dentro de un tiempo seremos invitados a la corte de Isfahán.

—Explícate, te lo ruego.

—No ignoras que, desde la muerte de su padre, Sama no ha dejado de acosarme para que conserve el visirato. He probado ya, demasiado tiempo, el mundo de la política y no tengo ganas de permanecer en él: es el fruto más amargo que conozco. A Sama no le ha gustado mi abandono.

—¡Pero, de todos modos, te devolvió la libertad!

—A regañadientes. Puedo asegurártelo.

—No tiene importancia, pues aceptó tu dimisión. ¿De qué tienes miedo? Sabe la amistad que su padre sentía por ti, y te respeta.

—Tienes poca memoria, Yasmina. ¿Has olvidado los acontecimientos de hace unos meses? ¿El escándalo producido por mi decreto?

—Es ya pasado. Ya no eres visir.

—Shams ha muerto, el ejército permanece. Y hay en su seno hombres que sienten por mí un odio feroz. Cuando el príncipe vivía, nadie se atrevía a atacarme. Hoy, soy un blanco sin protección; tan vulnerable como un paciente en manos de su médico.

—Sama te protegerá como hizo su padre.

—Desengáñate. Sama sólo tiene veintitrés años. No tiene la influencia de su padre y no sabe imponerse como él. Además... Hay aquí un hombre que, lo sé, siente celos de mí desde hace mucho tiempo: nuestro nuevo visir, Taj el-Molk.

—El hijo de Tajik es sólo un personaje sin consistencia. Es incapaz de la menor iniciativa.

—Te equivocas de nuevo, dulzura de mis ojos. Conoces mal a los seres. Taj cederá a las primeras peticiones del ejército. Si éste exige mi cabeza, se la ofrecerá sin la menor vacilación.

Yasmina se acostó de espaldas y miró con tristeza el techo adornado con arabescos.

—Muy pesimista me pareces, de pronto.

—En absoluto. Sólo realista.

—¿Y qué te hace creer que el emir de Isfahán te concederá su hospitalidad?

—Conozco su reputación. Es un amante de las artes y las ciencias, un ser bueno y generoso; sin duda el miembro más sano de la dinastía buyí.

—Isfahán... Nos ponemos en marcha una vez más.

—No temas. Esta vez será la última. Estoy convencido de ello.

—Que Alá te escuche, hijo de Sina, hermano mío. Y agradécele que no hayas tenido que compartir tu lecho con una mujer frágil o pusilánime.

Alí sonrió y se inclinó hacia ella buscando sus labios.

—Corazón mío... Si fueras frágil, te comunicaría mi fuerza; si pusilánime te daría mi valor. Pero en realidad, lo sé, de ti obtengo yo todo eso.

La sombra de la noche se reflejaba en la sala de cristal.

Taj el-Molk unió sus dedos sobre su vientre con aire afectado y se dirigió, a pequeños pasos, hacia Sama.

—Lo sabía, Cielo de la nación, sabía que iba a entristecerte. Pero, ya ves, el hombre es un ingrato.

El joven príncipe fijó su atención en la carta que su visir le había entregado y la leyó por segunda vez.

—Me cuesta creerlo.
 —Sólo Dios conoce el contenido de los corazones.
 —Le ofrecí el visirato. Lo rechazó. En recuerdo de mi padre, cedí a todos sus deseos. Y ahora, para agradecerme, ofrece sus servicios a otro soberano.
 Taj el-Molk pareció empequeñecerse y miró al suelo, falsamente afligido.
 —Era de esperar, Majestad. Recuerda que no ocultó sus sentimientos hacia ti.
 —Además, me aseguró que no abandonaría sus funciones de médico de la corte. Tú eres testigo, Taj. ¿Lo dijo o no?
 —«No prescindiré de ese honor, Majestad. Mi ciencia es tuya.» Fueron exactamente sus palabras.
 Sama arrugó la carta con gesto seco.
 —Me cuesta creerlo.
 —Y, sin embargo, la traición es clara.
 —No me deja otra elección. ¿Dónde está ahora?
 —Como cada noche. Majestad. Reunido con sus discípulos en sus aposentos. A este respecto, confesaré que esas reuniones nunca me parecieron muy sanas. El jamr* corre a chorros, se tocan melodías ligeras y se discute de teología. Sin embargo, está escrito: *no debéis oponeros, en la tierra, al poder de Dios.*
 Sama asintió con un parpadeo.
 El visir prosiguió con mayor firmeza.
 —En realidad, no es sorprendente, pues he sabido cosas pasmosas sobre su pasado: su padre se convirtió, aparentemente, al ismaelismo, y su madre perteneció a la mala religión.
 —¿Su madre? ¿Una nestoriana?
 —No, Cielo de la nación: una yahudeya, una judía.
 —¿Dónde has obtenido esas informaciones?
 —Tenemos espías, Majestad. Y, además, los rumores circulan deprisa en este país. Me han asegurado que tuvo que abandonar Raiy y el servicio de la Sayyeda porque había descubierto su pasado.
 —Y, sin embargo, el jeque ha sido siempre un chíí ejemplar.
 Taj ladeó un poco la cabeza.
 —A veces, los infieles utilizan estratagemas para mejor apoderarse de nosotros. El jeque es sólo un ladrón de sedjadeh.
 Había hablado en un tono voluntariamente neutro, que tuvo la virtud de aumentar el nerviosismo del príncipe.
 —¡Ve! ¡Que le detengan inmediatamente! ¡Que mañana mismo le encierren en la fortaleza de Fardajan!

El hermano de Alí contuvo un bostezo.

Aquellas reuniones comenzaban a cansarle. Él, hombre de la tierra, sentía desde hacía algún tiempo cierto cansancio al escuchar aquellos debates de los que seguía sin comprender gran cosa. Aquella noche, no obstante, era distinta; el centro de la reunión era la poesía. E Ibn Zayla, con su habitual pasión, preguntaba al jeque sobre la transmisión de los poemas.

—Sabemos que la mayoría de los antiguos poetas árabes eran analfabetos, ¿cómo lograron pues que sus obras llegaran hasta nosotros?

—La memoria. Gracias a la tenaz memoria de los rawis. Los colectores y recitadores. Todo poeta tenía su rawi que conservaba en su memoria los versos.

—¿Es cierto que el Profeta odiaba a los poetas? —interrogó el-Jozjani.

—Por completo. Decía de ellos: «Esos seres que vagan como insectos por todos los valles y dicen lo que no hacen...» En verdad, ese desprecio no es sorprendente. A menudo sucede así cuando uno mismo es un gran poeta. Basta con leer ciertos suras, especialmente los más antiguos, para comprobarlo. Sin embargo, aun desdeñando la poesía, Mahoma no dejó de utilizar los poetas para la «propaganda» y la sátira; pues el poder de la poesía en la vida pública era muy grande. Había incluso un poeta titular: Ibn Tabit, de la tribu medinesa de los Hazrag. Pero basta ya de palabras, ¿quién quiere recitar algo?

Ibn Zayla citó versos llenos de melancolía, compuestos por un tal el-Ahwas, que había tenido muchos problemas por su desenfrenado libertinaje y terminó sus días exiliado en una isla del mar de Qolzum**, durante el califato de Omar el segundo. Mientras la concurrencia saludaba el

* El vino. (N. del T.)

** Actual mar Rojo. (N. del T.)

talento del poeta, Mahmud se levantó y fue a la ventana para respirar una bocanada de aire puro. Los jardines perfumaban la noche con cinamomo y rosas, la bóveda del cielo se zambullía más allá de las colinas y todo estaba inmóvil en la serenidad nocturna. Por ello, sin duda, el súbito galope de los caballos adquirió insólita magnitud. Mahmud fue el primero en advertirlo. Vestidos con el verde uniforme del tercer escuadrón, una decena de mamelucos acababan de detenerse cerca del gran estanque. ¿Qué estaban haciendo allí, a tan tardía hora? Presa de súbita angustia, llamó a su hermano mientras los soldados descabalgaban de un salto.

—¡Alí! Ven un momento.

—¿Qué pasa? Estoy...

—¡Te digo que vengas!

El tono que había empleado fue lo bastante tenso como para que el médico decidiera acudir a la ventana.

—Mira, ¿no te parece extraño?

Alí miró al jardín, turbado ahora por el movimiento de los uniformes y el ruido de los cascos golpeando la piedra.

—Mamelucos... ¿qué pasa?

—¿Aquí? ¿A esta hora?

—Tal vez estén buscando algo.

—¿O a alguien?

Ibn Sina creyó percibir en la pregunta una pizca de inquietud.

—¿Qué te sucede, Mahmud? Acaso...

—¡Contén tu aliento! Están subiendo.

—¡Tranquilízate! ¡Comienzas a asustarme!

Liberándose, Alí se dirigió a la puerta.

—Vamos a aclararlo.

—¡No vayas!

Mahmud lo había dicho en voz tan alta que el silencio se hizo en la habitación y todos los rostros convergieron hacia él.

—¿Qué ocurre? —se inquietó el-Jozjani.

—Nada. Mi hermano ve yinns.

Iba a posar la mano en la empuñadura de bronce cuando Mahmud se arrojó literalmente sobre él.

—No vayas, hermano. Te lo suplico. Tengo un mal presentimiento.

Alí abrió los labios para responder cuando, de pronto, la puerta se abrió con violencia y apenas tuvo tiempo de saltar hacia atrás.

Ante la aterrada mirada del grupo, con los sables envainados, cuatro mamelucos irrumpieron en el aposento. En un abrir y cerrar de ojos, dominaron al jeque mientras los demás soldados se apostaban en el umbral impidiendo cualquier tentativa de fuga.

—¡Orden del príncipe! —ladró uno de los soldados—. Estás detenido.

—¿Qué significa esto?

—Orden del príncipe, eso es todo.

Furioso, el jeque intentó en vano liberarse.

Hubo cierta vacilación en el grupo. Algunos iniciaron, incluso, un gesto amenazador hacia los guardias.

—¡Que nadie se mueva! —silbó el jefe de los mamelucos—. De lo contrario, os juro por el Santo Nombre del Profeta que se derramará sangre.

Haciendo oídos sordos a la advertencia, Mahmud miró al soldado con desprecio.

—Todo un escuadrón para detener a un solo hombre desarmado. Decididamente, el valor del ejército es muy grande.

El mameluco frunció desdeñosamente los labios y, con imprevisible movimiento, lanzó el puño al rostro del joven, que cayó hacia atrás por la violencia del choque.

Antes de que pudiera recuperarse, dos soldados se arrojaron sobre él.

—Si no quieres acompañar a tu hermano a la Gehenna, te aconsejo que mantengas la boca cerrada.

—¿Pero a dónde le lleváis? —preguntó el-Jozjani intentando contener su propio furor.

—Fardajan... Mañana al amanecer. Y por mucho tiempo.

—¿Fardajan? —exclamó Ibn Sina, incrédulo.

—Allí, al menos, serás inofensivo. Y tal vez, transcurridos diez años, hayas perdido tu afición a combatir los inalienables derechos del ejército.

Tras una última ojeada a la postrada concurrencia, indicó a sus hombres que se llevaran al jeque.

Los muros de la mazmorra rezumaban por todas partes y hacía un frío glacial. Sentado en la oscuridad desde hacía más de tres horas, con las rodillas dobladas ante su pecho, Alí se esforzaba, sin lograrlo, por controlar los estremecimientos de su cuerpo.

Has recorrido el mundo, Ibn Sina. Has ido, con el pensamiento, de un extremo a otro del universo, te has recogido en la soledad, te has dispersado en el amor y el vino, y creías haberlo conocido ya todo. Pues bien, lo que has visto no es nada. Todo eso es nada todavía.

Para no sumirse en la desesperación, cerró los ojos e intentó fijar su atención en las cosas hermosas que había conocido.

¿Acaso somos sólo un peón en una partida del juego del brahman? Un peón al que el supremo arbitro, cuando lo decide, mete un día en la caja.

Una rata rozó sus pies. Ni siquiera intentó alejarla. Una loca idea acababa de ocurrírsele. ¿Y si el peón decidiese transgredir la regla? Si decidiera engañar al árbitro, retirándose él mismo de la partida. Antes de hora...

Maquinalmente, registró los bolsillos de su sirwal sin saber qué buscaba. Unos dinares, una nota arrugada... Su mano subió hasta la cintura. Casi sin darse cuenta, desabrochó su cinturón.

La hebilla de plata apenas brilló en la penumbra. La entreabrió y tomó la pequeña tira de punta redondeada. Su índice acarició lentamente, en toda su longitud, el frío metal. Luego, tomándola entre el pulgar y el índice de ambas manos, efectuó un movimiento de torsión hasta que el metal cedió, transformando la punta en una acerada arista.

Con idéntica lentitud, se arremangó desnudando la muñeca izquierda y examinó su piel como si la viera por primera vez. Conocía, mejor que nadie, la red de sus venas, su corriente vital, su vulnerabilidad.

Pareció meditar un instante, antes de apoyar en su piel la pequeña punta plateada. Luego, con cierta voluptuosidad, la movió horizontalmente trazando una línea invisible.

¿Por qué la felicidad está tan cerca de la desgracia...?

Se interrumpió y, de pronto, clavando la punta por debajo de la palma, perforó la carne. Brotó un pequeño hilillo de sangre que se deshizo como el vaho se funde en una copa de vino helado.

Sin parpadear, hizo mayor la herida, sorprendiéndose al no sentir dolor alguno. Por otro lado, si lo hubiera sentido, lo habría apaciguado, naturalmente. ¿No era acaso el príncipe de los sabios, el jeque el-raís que sabía calmar los sufrimientos del mundo?

Una melancólica sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, mientras el hilillo de sangre crecía insensiblemente y las primeras gotas comenzaban a caer sobre la piedra.

Satisfecho, dejó caer su brazo a lo largo del cuerpo y echó la cabeza hacia atrás.

—¡En nombre de Dios, el que hace misericordia, el Misericordioso! ¡Qué has hecho, jeque el-raís!

Lo primero que vio fue el rostro de el-Jozjani, desfigurado por el miedo.

—Hijo de Sina... ¿Cómo has podido...?

Adivinó luego los rasgos de su hermano, inclinado sobre él. ¿Pero era realmente su hermano?

—Que Alá nos ayude, hay que detener la hemorragia.

Sintió que le cogían de los hombros.

—Yo te conjuro, si no te has vuelto loco, dime... ¡Dime cómo detener la sangre!

Quiso hablar pero las palabras se perdieron en su cabeza.

—Hemos venido a liberarte. ¿Me oyes? A liberarte.

—Nos queda poco tiempo —dijo el-Jozjani en un susurro—. Hay que actuar deprisa.

Intentó reunir las fuerzas que le quedaban pero estaba aquel espeso velo; aquella extraña sensación de que los sonidos y las imágenes llegaban desde el otro extremo de la tierra. Creyó percibir de nuevo la voz de su hermano.

—Soy yo, Mahmud. Te lo suplico... respóndeme... Estás vaciándote de tu sangre. Vas a morir...

Un gran tablero... Peones gigantes que alguien lanzaba a la noche...

Morir... ¿Pero por qué habían pronunciado esa palabra? ¿Podía morir el príncipe de los médicos?

Con gesto impreciso, señaló el cinturón y subió la mano por encima de su hombro.

—Un torniquete... Es preciso un torniquete...

Había balbuceado algo... ¿Pero era aquella su voz?
Sintió una mano que levantaba su antebrazo. El frío contacto del cuero en la piel.
Ahora, alguien le levantaba del suelo y se esforzaban en arrastrarle.
Fuera, el viento nocturno abofeteó su rostro. Y aromas de rosa llenaron sus pulmones...



VIGESIMOQUINTA MAQAMA

Franquearon a rienda suelta el muro del palacio y giraron hacia la derecha, hacia el sur, en dirección a la puerta de los Curtidores.

Atravesaron las estrechas callejas entre los primeros fulgores del alba. En la plaza del gran bazar, algunos camellos rumiaban con indiferencia. Una manada de perros ladró a su paso y los primeros mercaderes les examinaron con desconfianza.

Llegaron muy pronto a la puerta sur y la cruzaron sin aminorar su marcha.

En el mismo caballo que su hermano, Alí se sujetó un poco más fuerte a su cintura esforzándose por resistir aquel deseo de sucumbir al sopor que paralizaba sus miembros y su espíritu. Entremezclados aromas subían de la llanura. Concentró en ellos toda su atención; intentando disociar el ligero perfume de los granados del olor, más soso, de los almendros; el satinado de las rosas de la acritud de los mirtos.

Le costaba comprender lo que acababa de pasar. Jirones de frases que Jozjani y Mahmud intercambiaban sólo le habían permitido atisbar parcialmente el desarrollo de los acontecimientos.

Cabalgaron sin descanso hasta la mitad del día, hasta que Mahmud tomó la decisión de hacer un alto para que su hermano pudiera reposar, tomar algún alimento y, sobre todo, limpiar su herida. El oasis de Farg se recortaba a su derecha, no lejos del abi-Harr, uno de los ríos que serpenteaban por la región. Descabalgaron allí. Algunos dátiles secos, leche y miel devolvieron al jeque algo de su energía. Y le explicaron la situación.

Ibn Zayla había conseguido convencer al guardia en cargo de vigilar el calabozo donde el jeque estaba encerrado de que se dejara capturar y arrebatar su manojo de llaves; y todo sin reclamar nada a cambio. El hombre, como Ibn Zayla, era un zoroastriano fiel, solidario con la minoría a la que pertenecía. Nada debía a los devoradores de lagartos y menos aún a sus correligionarios convertidos al islam.

Mientras, el-Maksumi se había encargado de hacer salir, discretamente, a Yasmina de palacio y la había llevado a la mansión de Ibn Dajdul, el hombre que les había albergado durante el exilio del jeque.

—Ibn Dajdul... ¿Lo sabe pues? —se inquietó Alí.

Mahmud asintió con la cabeza.

—¡Pero es una locura! No tiene razón alguna para arriesgar su vida por nosotros.

—Te estima. Y era el amigo de Shams el-Dawla.

—Reguemos al Clemente para que su aprecio no haya variado.

Pasó distraídamente la mano por su muñeca protegida por un improvisado vendaje y añadió con voz sorda:

—De todos modos, no teníamos elección.

El dio la señal de partida y, al crepúsculo, llegaron a su destino. Al verles, el-Maksumi, Yasmina e Ibn Dajdul, que no habían dejado de aguardar su llegada, se precipitaron hacia el umbral de la casa. Yasmina fue la primera en correr hacia el jeque y arrojarse en sus brazos. Permaneció largo rato abrazada a él, sin poder pronunciar palabra, buscando sencillamente el calor de su cuerpo. Cuando se separaron, vio su muñeca. Entreabrió los labios para preguntarle pero leyó en las miradas de el-Jozjani e Ibn Zayla algo que le impuso silencio.

Ibn Dajdul había salido, a su vez, al encuentro de Alí y le saludó con gravedad.

—Sé bienvenido. Hubiera preferido que fueran otros los motivos que te devolvieran bajo mi techo. Pero el hombre no siempre elige su destino.

—La paz sea contigo, hermano. Cómo explicarte mi confusión... Tenemos que hablar.

—No albergues inquietud alguna. Tu compañera y tu amigo me lo han dicho todo. Entremos. Hablaremos más tarde. El viento se hace más fresco. Debéis de tener hambre.

Los siete se instalaron alrededor de una mesa baja de marquetería en la que los criados habían comenzado a colocar los primeros platos. Ibn Dajdul sirvió un poco de vino en una copa y se la tendió al jeque.

—Ya ves, no he olvidado tus preferencias.

El hombre añadió:

—¿Sigues siendo tan temible en el manejo de la torre y el ministro?

—No lo creo, lamentablemente. Los ministros y las torres ya no son de mi competencia. Si Ibn Dajdul comprendió la alusión, no hizo comentario alguno.

Un criado sirvió un plato de arroz con piñones y pescado perfumado con azafrán.

—Servíos, amigos míos. Se reflexiona mejor cuando el cuerpo está apaciguado.

La comida transcurrió en una atmósfera algo tensa. Yasmina, con un peso en el estómago, apenas tocó la comida. Muy a su pesar, sus miradas volvían continuamente al vendaje que rodeaba la muñeca del jeque. Ibn Dajdul intentó relajar la atmósfera haciendo a Alí preguntas sobre sus últimos trabajos, pero faltaba el entusiasmo.

—A fin de cuentas —declaró Ibn Sina—, lo que más me apena de este asunto es saber que todas mis notas, mis libros, se han quedado en palacio. Indudablemente, los destruirán sin escrúpulos...

—No lo creo —replicó Ibn Dajdul—. Sama es joven, pero su juventud no carece de objetividad. Sabe lo que has llevado a cabo. No creo que autorice el saqueo y la destrucción de algo a lo que su padre contribuyó indirectamente.

—El porvenir pertenece a Dios —aventuró Ibn Zayla—. ¿Pero qué será del presente?

Ibn Dajdul respondió claramente:

—Mi casa es vuestra. No lo dudéis.

—¿Eres consciente del peligro que eso representa? —preguntó Ibn Sina—. A estas horas ha debido ya comenzar la búsqueda. Los soldados de Taj el-Molk no dejarán de explorar un solo rincón de Yibal. Antes o después aparecerán por aquí.

—Es muy probable. ¿Pero qué podemos hacer? Como decía Ibn Zayla, el porvenir pertenece a Dios.

—Pertenece también al emir de Isfahán —rectificó el jeque—. Le escribí hace unos diez días. Pero mi carta no ha debido de llegar hasta él pues, según todos los indicios, fue interceptada por el visir. Es absolutamente necesario avisarle de la situación.

—¿Por qué vas a escribirle de nuevo? —observó Yasmina—. Si estás convencido de sus cualidades humanas, ¿por qué no marcharnos mañana mismo a Isfahán?

—Demasiado arriesgado. El viaje a Isfahán es un viaje penoso, peligroso incluso. Sería absurdo lanzarnos a él para encontrar una puerta cerrada. No, sería demasiado peligroso. He aquí lo que os sugiero...

Inclinándose ligeramente hacia delante, bebió un trago antes de explicar:

—Nos separan de Isfahán un centenar de farsajs. En principio, los viajeros solos y sin trabas pueden llegar en seis o siete días. Propongo que dos de nosotros partan a primera hora. Les entregaré una carta para Alá el-Dawla, que redactaré esta noche.

—No es mala idea —dijo Mahmud—, pero en ese caso deberán regresar también con la respuesta, lo que supone que permaneceremos aquí, al menos, quince días.

—¿Tenemos elección? —dijo el-Jozjani—. O eso o aguardar pacientemente nuestra captura.

—El jeque tiene razón —reconoció Ibn Dajdul—. No queda otra solución. Por lo que a la respuesta se refiere, el emir puede mandar perfectamente a uno de sus correos; eso evitaría a nuestros mensajeros recorrer la distancia en ambos sentidos pero, naturalmente, es sólo un detalle. Lo esencial es decidir quién partirá.

Espontáneamente se levantaron cuatro manos.

Ibn Sina miró sonriendo a sus amigos.

—No cabe duda de que seríais unos héroes perfectos. Pero se impone una primera elección: necesito a Abú Obeid junto a mí.

—En ese caso —dijo el-Maksumi mirando de reojo a Ibn Zayla—, sólo quedamos nosotros dos y el hermano del jeque.

Mahmud se apresuró a intervenir:

—¡Echémoslo a suertes!

El-Maksumi se opuso.

—Mahmud, sé que ardes en deseos de conocer Isfahán. ¿Pero no podrías dar pruebas de generosidad? Si me dejaras partir con Ibn Zayla harías una buena acción.

—¿Qué quieres decir?

—Tendría cien farsajs para devolver a este infiel a la buena religión antes de que sea demasiado tarde.

—No hablas en serio —repuso Ibn Zayla.

—Absolutamente. ¿Acaso Mazda* teme a Alá?

Ibn Zayla adoptó una mueca desdeñosa.

* Dios supremo de la religión de Zoroastro. (N. del T.)

—Ni siquiera mereces que te responda. Pero sabe que estoy absolutamente dispuesto a polemizar contigo. Cuatro noches o cuatro meses.

Posando una mano en el hombro de Mahmud, el-Maksumi concluyó, travieso:

—No nos prives de este placer. Vosotros podéis rogar para que el hijo de Zaratustra no asesine, en el camino de Isfahán, al hijo de Mahoma.

Antes de que Mahmud tuviera tiempo de protestar, Alí tomó la palabra.

—Dejémosles hacer. Y roguemos pues. Pero roguemos, sobre todo, para que el Señor no pierda la paciencia; nunca le habrán solicitado tanto...

La noche envolvía la mansión de Ibn Dajdul. Habían discutido hasta muy avanzada la noche, luego se habían retirado a sus respectivas alcobas. Todos, salvo el jeque, que había expresado su deseo de permanecer solo.

Yasmina comenzó respetando su soledad. Pero fue más fuerte que ella. Había salido en su búsqueda y le había encontrado sentado en un rincón del jardín. Con la cabeza apoyada en un sicómoro, miraba las estrellas.

Sin decir palabra, se sentó a su lado. Él rompió el silencio.

—A fin de cuentas, no soy un personaje muy recomendable.

Yasmina pasó la mano por sus cabellos con gesto ausente.

—Me parece que el don que Dios te concedió cuando naciste fue único, y marginal por lo tanto. Tu vida está hecha a imagen de ese don.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué ese perpetuo desgarró? Desde que tenía dieciséis años, los caminos se han abierto bajo mis pasos para volar enseguida como otras tantas hojas muertas. ¿Cuál es mi culpa? Tengo cuarenta años y no he hecho nada. Estoy a medio camino de la otra orilla, el lugar donde todo concluye. Y el torrente que corre a mi alrededor está hecho sólo de vagabundeo, de exilio y maledicencia.

Calló, contuvo su aliento antes de decir en un susurro:

—Sólo te tengo a ti...

Levantó una mano hacia el cielo.

—Me gusta la noche. Me gusta desesperadamente la noche. Es el instante milagroso donde los seres y las cosas se confunden. Todo se asemeja. Un emir que duerme es el hermano gemelo de su servidor. Un padre, el doble de su hijo. El mundo deja de respirar, la tormenta se apacigua como el viento. Los seres sólo debieran vivir de noche.

Ella posó delicadamente la mano sobre su muñeca herida.

—¿Cómo pudiste? Tú, el príncipe de los médicos, nacido para prolongar la vida...

Alí se movió en la penumbra y, acercando las rodillas a su pecho, libero dulcemente su brazo.

—Recuerdo a una paciente. Una de esas mujeres a las que se llama, por lo común, mozas de mala vida. Fue hace mucho tiempo, en el bimaristán de Bujará. Estaba encinta e intentaba librarse del niño que llevaba en su seno. Al principio, no lo comprendí. Yo tenía sólo dieciocho años.

—¿Y hoy?

—Hoy... Me invade la duda... Me hago una gran pregunta: si los seres no son dueños de su nacimiento, ¿por qué no tienen derecho a gobernar su muerte? ¿Acaso no abandonamos un vestido cuando está ya gastado?

Hizo una pausa antes de añadir:

—Mi vida está gastada.

A medida que iba hablando, los ojos de Yasmina se llenaban de lágrimas. Tomó entre sus manos, fervorosamente, el rostro de su compañero.

—¡Te lo ruego! Ese lenguaje no es el tuyo. Te veo, y escucho a un extranjero. Me hablas, pero es la voz de otro al que no conozco. Háblame de la vida, jeque el-raís, háblame del sol y del agua que corre, y de la lucha contra el sufrimiento y la enfermedad. Todo eso a lo que me has acostumbrado. ¿No te das cuenta? Si te perdiera, me extraviaría, si te arrojaras al mar, me ahogaría. Cuando hablas de la muerte, muero. Te lo ruego... jeque el-raís...

Con un brusco estremecimiento, estalló en sollozos apoyando la cabeza en su hombro.

«Al día siguiente, cuando despertó, su expresión seguía siendo sombría. Largo tiempo después de que Ibn Zayla y el-Maksumi hubieran desaparecido en el horizonte, permaneció inmóvil, mirando hasta el último momento la pequeña nube de polvo que los caballos levantaban. Me acerqué entonces a él y le presenté un manojo de papeles.

»—¿Lo reconoces, jeque el-raís?

»Sorprendido por un instante, ojeó el manuscrito.

»—¿El *Shifa*? ¿Pero cómo ha llegado hasta aquí? Creía que lo habíamos abandonado todo en palacio.

»—Es la única obra que tuve tiempo de llevarme.

»Me devolvió las hojas aprobando con indiferencia y se dirigió a la casa. Le seguí los pasos.

»—¡No está concluido, jeque el-rais!

»—Algún día lo concluiremos.

»—¿Cuándo?

»—Algún día.

»—¿Hoy, jeque el-rais?

»Cruzó el umbral sin responderme.

«Transcurrió una semana. Apagada. Estéril. El jeque daba vueltas en redondo, mataba el tiempo jugando al juego del brahmán con nuestro anfitrión y bebiendo más de lo habitual. De vez en cuando, decía frases contradictorias y pronunciaba acerbos juicios sobre el mundo y los hombres; repitiendo, a quien quería oírle, que la felicidad no era algo positivo sino, sencillamente, un intermedio entre dos estados de dolor. Comenzó a blasfemar, tachando a todos los profetas, incluido Mahoma, que el Clemente le perdona, de impostura y a los libros sagrados de superchería, negando cualquier posibilidad de conciliar filosofía y religión. Tomando partido contra ésta, le imputó la causa de las guerras y afirmó que no era posible ser aristotélico sin negar la creencia en la creación del mundo; al hacerlo, se negaba a sí mismo pues siempre había defendido tesis opuestas.

»Y luego, en la mañana del octavo día, algo inexplicable se produjo. Se levantó al alba y vino a llamar a mi puerta.

»— Levántate, Abú Obeid. Toma tu cálamo y tus hojas en blanco. Tenemos que concluir un trabajo.

»Y cuando le miré asombrado, añadió:

»¡Tendré que sacarte yo mismo de la cama! ¡Vamos! ¡Ven!

»Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Mis manos temblaban de excitación.

»Aquel día me dictó diez hojas in-octavo, es decir ciento sesenta páginas, en la que expuso la lista de los tópicos. Al día siguiente, hizo otro tanto; y todo sin el menor libro, citando párrafos enteros de obras de referencia, absolutamente de memoria.

»Dos días después, se instaló ante los trescientos veinte temas, los examinó uno por uno y redactó personalmente el comentario apropiado a cada uno de ellos. Al ritmo de cincuenta páginas al día, completó el segundo volumen del *Shifa*, a excepción del capítulo referente al mundo animal, así como la *Metafísica* y la *Física*.

»En los siguientes días comenzó el volumen que trataba de la *Lógica* y concluyó la primera sección. Entráramos entonces en el decimotercer día de nuestra forzada estancia en casa de Ibn Dajdul, el tercero de yumada el-ajira...»

La nieve caía a grandes copos sobre el paisaje y formaba en el cielo nocturno manchas fluorescentes. El jardín se había inmovilizado en una soberbia blancura. Por los alrededores, unas sombras avanzaban con silentes pasos. Soldados. Decenas de soldados que se confundían con las tinieblas y los desnudos árboles. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban allí? Sus botas se hundían en la nieve con sordo ruido, mientras tomaban posiciones alrededor de la casa.

En el interior, Mahmud y el-Jozjani dormitaban. Yasmina acababa de beber un té a la menta, sentada a los pies del jeque que leía a su anfitrión unos párrafos del *Shifa* referentes a la poesía.

Ninguno les oyó llegar. Nada. Ni la menor señal que pudiera alarmarles. Sólo el continuo resbalar de la nieve en la quietud nocturna. Luego se oyó el relincho de un caballo. Allí calló y su mirada se cruzó con la de Ibn Dajdul. Casi al mismo tiempo, Yasmina detuvo su taza junto a sus labios. Ni Mahmud ni el-Jozjani se habían movido. Fueron necesarios los golpes dados a la puerta para arrancarlos del sueño. Abú Obeid fue el primero en dar un salto.

—¿Habéis oído?

Alí y su anfitrión asintieron al unísono.

Se repitieron los golpes.

—Temo que haya llegado la hora —dijo Alí con voz sorprendentemente tranquila.

El-Jozjani y Yasmina se levantaron a su vez. La muchacha, tan pálida como Mahmud, hizo ademán de dirigirse a la puerta. Pero Ibn Dajdul llegó primero y la apartó.

—Quédate junto al jeque. Voy a abrir.

A su vez, Mahmud se lanzó hacia delante.

—¿Has perdido la cabeza? —dijo con voz sorda—. ¿Y si se trata de los hombres de Sama?

—Déjalo, hermano —dijo Ibn Sina—; si se trata de ellos, nada podemos hacer.

—¿Ni siquiera intentarlo?

—Déjalo, te digo...

Llamaron otra vez, de modo más decidido.

Abrió el propio Alí.

Ante él se erguía la oscura silueta del Taj el-Molk.

El jeque se inclinó.

—El visir en persona. Qué honor, Excelencia...

Sin responderle, Taj ordenó a sus hombres:

—¡Lléváoslo!

Alí detuvo con un gesto a los mamelucos que se apretujaban ya en el umbral.

—¡Un instante!

Mirando al visir, añadió:

—¿Puedo implorar un favor? ¿Uno solo?

—Pide.

—Quisiera que mi compañera, mi hermano y mi discípulo no fuesen expulsados como mendigos, concédeles, al menos, asilo.

Taj se encogió de hombros con indiferencia.

—Ésa era ya la intención del príncipe. Se albergarán en un ala de la madrasa.

—¡No! —gritó Yasmina—. ¡No, no quiero! Yo quiero seguir al jeque.

Alí le impuso silencio y añadió, dirigiéndose también a el-Molk:

—Hay algo más. Mis obras. Me gustaría llevármelas.

—Ése es también el deseo del príncipe: te seguirá todo lo que te pertenece.

—Hoy es un día funesto —murmuró Ibn Dajdul—. No encarcelan a Ibn Sina. Encarcelan a la realeza...

El visir se disponía a replicar con dureza, pero no tuvo tiempo. Uno de los mamelucos lanzó un grito de alarma. Mahmud se había lanzado hacia la ventana.

—¡No lo hagas! —aulló Alí.

Fue demasiado tarde, el hombre había saltado al otro lado y corría hacia delante por la nieve.

—¡Detenedle!

Todos se abalanzaron hacia el umbral.

El puñal alcanzó a Mahmud en plena espalda.

Se puso rígido, tendió las manos hacia el cielo como si intentara incrustar sus dedos en las tinieblas, antes de caer como una piedra hundiéndose el rostro en la nieve.

—¡Mahmud! ¡NO!

El jeque, con mirada enloquecida, apartó a todos los que le impedían el paso y corrió hacia el lugar donde había caído su hermano.

Indiferente a los guardias que se lanzaron tras él, se arrodilló junto al joven. Retirando con un golpe seco la hoja, le volvió boca arriba.

—En nombre del Misericordioso. Tú no...

Mahmud apenas tuvo tiempo de apretar la mano de su hermano. Sus pupilas dilatadas miraban ya al vacío.

Hamadhan, la ciudad de las siete murallas, de los siete colores, sólo era ya un punto en el horizonte. Abajo, la llanura se prolongaba, perdida en las luces del alba.

Con las muñecas atadas a la espalda, Alí cabalgaba, rodeado por un pelotón. Ante él, el camino se alargaba hasta el infinito. Pronto llegaron a una meseta de forma redondeada, dominada por unas colinas que cerraban el horizonte.

En el distrito de Jarra, los cultivos se habían hecho más escasos. Y penetraron en una franja de arena erizada de matorrales espinosos. Luego fue la entrada de una especie de gran corredor, flanqueado por dos acantilados de rocas doradas.

El grupo siguió, largo tiempo todavía, por la base de la montaña, hasta que el hombre de cabeza giró hacia la derecha. Una línea de murallas que se erguían en una negra cresta se perfiló, bruscamente, en las alturas: Fardajan. Fardajan, silueta aterradora, con sus torres guarnecidas de cabezas de musmones provistas de algunos cuernos.

—He aquí tu nueva morada —anunció Taj el-Molk.

El hijo de Sina inclinó la cabeza con una expresión helada.

—Como puedes ver, visir, mi entrada es segura. La única duda está en la cuestión de la salida...



VIGESIMOSEXTA MAQAMA

«... Mi nombre es *Vivo*; mi linaje, *hijo del Vigilante*; por lo que a mi patria se refiere, es la Jerusalén celestial. Mi profesión es estar viajando continuamente: dar la vuelta al universo hasta conocer todas sus condiciones. Mi rostro está vuelto hacia mi padre, y mi padre es *Vigilante*. De Él he aprendido toda ciencia. Él me ha dado las claves de todos los conocimientos. Él me mostró los caminos que deben recorrerse hacia las extremas playas del universo, de modo que para mi viaje, abarcando toda la circunferencia, es como si los horizontes de todos los climas se hallaran reunidos ante mí.»

Ibn Sina dejó de escribir su relato y dio unos pasos hacia la ventana, estrechando contra su pecho los pliegues de su manto de lana. Sus dedos cubiertos de sabañones rodearon los barrotes, y se abandonó a la contemplación del paisaje anegado por la aurora que se estiraba hasta perderse de vista. En dos meses, había tenido tiempo de aprenderse el menor rincón, el contorno de las gargantas rocosas recortadas como sangrientas cicatrices al pie de la montaña. Podía decir de memoria la sombra de las piedras ocres y malvas incrustadas en el flanco de las colinas y las respiraciones de la noche.

Dos meses... Sesenta días...

Era extraño. El dolor había sido menos ardiente de lo que había creído. Menos profundo el desgarrón. Al parecer, cuando el hombre llega al fondo del abismo, los estruendos de la desesperación se acallan para dar paso a un inmenso silencio. Algo que explicaba, tal vez, el contenido de sus actuales escritos: la *Guía de la sabiduría* dedicada a su difunto hermano, iniciada la misma tarde de su llegada a Fardajan y concluida por la noche; y ahora, ese relato místico que había titulado: *Hayy ibn Yaqzan* el Vivo hijo del Vigilante, concebido como un viaje del alma hacia el Oriente, hacia la libertad.

Sopló en sus manos ateridas por el frío glacial que reinaba pese al pequeño brasero, y regresó a su lugar ante la mesa coja.

«...Existen dos circunscripciones extrañas: una más alia de Occidente, otra más allá de Oriente. Para cada una hay una barrera que obstaculiza el paso de este mundo a esa otra circunscripción, pues nadie puede llegar a ella ni puede forzar el paso, salvo los elegidos entre la masa, aquellos que han adquirido una fuerza que inicialmente, no pertenece al hombre por derecho de naturaleza...»

*Me parece que el don que Dios te concedió
cuando naciste fue un don único, y marginal por
lo tanto. Tu vida está hecha a imagen de ese don...*

¿Por qué escuchaba en este momento la voz de Yasmína?

El chirrido de los goznes que giraban puso fin a su párrafo. La puerta se entreabrió. No necesitó volverse para saber quién entraba en la celda. Como cada mañana al alba, desde hacía sesenta días, Karim, su carcelero le traía el té humeante, acompañado de un mendrugo de pan redondo. Como cada mañana, le diría: «Luminoso despertar, Jeque el-raís», y él respondería: «Feliz despertar Karim.» Seguirían algunas palabras sobre el riguroso invierno. Hablarían de lo difícil que era, para los hombres de la guarnición, vivir en tales condiciones; de las caravanas de víveres bloqueadas por la nieve en el desfiladero de Binssama. Excepcionalmente, le daría noticias de Hamadhan y del soberano. Luego, se marcharía para regresar, solo, a la hora del dhohr, después de la oración de mediodía, para servirle una frugal comida.

La puerta se cerró. Allí tomó entre sus manos heladas la taza de té y apreció su calor. Decididamente, ese mes de rayab no se decidía nunca a morir.

Entraron en sa'ban. El tiempo se hizo más suave. Insensiblemente, el agua de los ríos inició el deshielo. Se desanudó la cinta de los manantiales en el entibiado vientre de los valles, y los rayos del sol comenzaron a atravesar las brumas matinales. La temperatura, más clemente, le permitió dar algunos pasos una vez a la semana, bajo estrecha vigilancia, por los caminos de ronda y, más raramente, por el patio cuadrado de la fortaleza. Obtuvo de aquellas cortas evasiones un inestimable bienestar, casi una regeneración que se las hicieron indispensables.

Aprovechó aquel mes para concluir su relato místico e iniciar un tratado sobre los cólicos. Cuando entraban en el ramadán, comenzó una obra sobre los remedios para las enfermedades del corazón.

Pese a su debilidad física y a pesar de los consejos del carcelero, ayunó los treinta días prescritos por la ley, sin desfallecer, hasta la aparición de la nueva luna en el cielo de Jarra.

La llegada de sawwal le halló ocupado en escribir un tratado sobre el Destino, en el que disertó serena y elocuentemente sobre los misterios, insondables para la inteligencia humana, de los designios divinos.

«... El tiempo hace olvidar los dolores, extingue las venganzas, apacigua las cóleras y ahoga el odio; entonces, el pasado parece no haber existido nunca; los aflictivos dolores y las súbitas pérdidas no se toman ya en consideración; Dios no hace distinción alguna entre la compensación y el don gratuito, entre la iniciativa de su gracia y la recompensa; los siglos que pasan, las vicisitudes del tiempo borran cualquier relación causal...»

Cerrando las hojas, se levantó y fue a tenderse en la estera de paja trenzada. Había trabajado toda la noche, y llegaba el alba. Los goznes de la puerta no tardarían en rechinar. Se preguntó si alguna vez le sería posible vivir sin oír ya aquel chirrido. Si no echaría en falta aquel funesto eco. Entonces advirtió que Karim no llegaba a su hora. Aguzó el oído, acechando el ruido de pasos familiares que ascendería por el largo corredor de ladrillos desnudos. Pero sólo había silencio. Curiosamente el retraso comenzó intrigándole y, luego, despertó en él una real angustia. ¿De modo que bastaba que el inmutable rito de aquellos ciento veinte días se quebrara por un instante para que aquello le trastornara enseguida? Furioso contra sí mismo, cerró sus ojos enrojecidos por haber mirado demasiado las palabras a la amarga luz de la lámpara, e intentó relajarse.

Cuando despertó, el sol estaba en su cénit, y su carcelero no había aparecido todavía. Se incorporó lentamente y, casi sin darse cuenta, su mirada se clavó en la gruesa puerta de madera, y permaneció allí sin poder apartarse de ella. Mil preguntas invadieron su cerebro, sin hallar una explicación satisfactoria para aquella inesperada ausencia. ¿Y si habían decidido dejarle morir como un perro?

En realidad, estaba muy lejos de descubrir la verdad. ¿Cómo podía imaginar, ni un solo instante, los extraordinarios acontecimientos que estaban desarrollándose en aquellos mismos momentos, a unos diez farsajs de allí ante las murallas de Hamadhan?... Si un mensajero le hubiera informado, no lo habría creído.

Alá el-Dawla, príncipe de Isfahán, había declarado la guerra a Sama y a su visir Taj el-Molk.

En el interior de las murallas de la ciudad de los siete colores, el espanto era general.

Aterrorizada, la población se había refugiado en sus casas, y por orden de Taj el-Molk, se habían cerrado las cuatro puertas de la ciudad. Podía verse, a una milla de allí, el impresionante espectáculo del ejército de Isfahán en movimiento. Cabalgando a su cabeza Alá el-Dawla, cubierto por una cota de malla que brillaba al sol, con el cráneo envuelto en un majestuoso turbante de marfil, hacía pensar en Rustam dispuesto a aplastar al dragón. Indiscutiblemente, el personaje imponía. De unos cuarenta años, con las mejillas enmarcadas por una espesa barba castaña, de amplia frente y, sobre todo, con unos grandes ojos de un purísimo azul claro; era sin duda de todos los Dawla, salvo tal vez el fundador de la dinastía, el que más simbolizaba la realeza.

Con voz atronadora, llamó a su general.

—¡Salar! ¡Convoca a mi astrólogo!

—Pero... Espíritu de la nación... Vamos a entrar en combate y...

—¡Mi astrólogo! Quiero verlo inmediatamente.

El tono empleado no admitía la más mínima contradicción.

—Bien, Espíritu de la nación. Se hará según tus deseos.

En un torbellino de arena, el general lanzó su caballo hacia su ayuda de campo, transmitió la orden del soberano y se apresuró a volver a su lugar.

Alá se acercó a él, mirando las murallas de Hamadhan, y preguntó:

—¿Disponemos de toda la artillería de asedio?

—Sí, Majestad. Como deseaste. He hecho traer mandjaniks, manganeles de balancín, balistas ligeras y, naturalmente, arietes.

—Eso no me interesa. ¿Has preparado lo esencial?

—Naturalmente, Espíritu de la nación. Centenares de recipientes de terracota han sido preparados especialmente.

—Perfecto. Prosigue pues la maniobra para cercar la ciudad. Quiero un sitio tan perfecto que ni una rata pueda escapar.

El salar levantó con orgullo la cabeza.

—Puedes contar conmigo, Excelencia.

Incorporándose ligeramente, señaló con el dedo a un hombrecillo que avanzaba, cojeando, entre nubes de polvo.

—Tu astrólogo, Espíritu supremo.

El soberano miró por encima de su hombro y tiró secamente de las riendas, llevando su caballo hacia la derecha.

—Acércate, Yan-Pui... Necesito tus luces.

El llamado Yan-Pui hizo un esfuerzo, que pareció sobrehumano, para acelerar el paso. Sujetando con una mano un curioso sombrero con campanilla, se plantó con malhumor a los pies del príncipe. Era casi un enano, de rasgos amarillentos, arrugados, con los ojos rasgados y de edad indefinida; se expresó con un increíble acento.

—¿Acaso no te he iluminado ya, Espíritu de la nación? Ayer mismo, antes de ponernos en camino. Los astros no son mujeres de mala vida que pueden ser solicitadas a cualquier hora.

Y añadió, malhumorado:

—¡Y los astrólogos tampoco!

—Conozco tus ideas al respecto, y no me importa. Tengo que saber.

—¿Saber qué? —gimió el hombrecillo—. Te lo he dicho todo ya.

—¡Repítelo!

Yan-Pui lanzó un desgarrador suspiro y recitó con voz gangosa:

—Tras consultar el *I Ching* y las casas lunares asociadas a...

—Basta de palabrería, Yan-Pui. ¡Ve al grano!

El hombrecillo amarillento cruzó las manos introduciéndolas en sus largas mangas de seda y, levantando el mentón, dijo secamente:

—La victoria nacerá al ocaso.

—¿Y de qué lado caerá?

—Del de Isfahán.

—Perfecto, ahora quiero que lo confirmes con los raml.

—¿Los raml, aquí?

—Inmediatamente. Vamos.

Yan-Pui buscó en uno de los bolsillos de su satinada túnica. Sacó ocho dados enhebrados en dos fragmentos de alambre de latón; cuatro a cada lado. Se agachó mascullando invocaciones e hizo rodar los dados por la arena, según la técnica del ka'baitan*; analizó los números, su relación y, luego, se levantó.

—La fortuna mayor domina a la fortuna menor. Se confirma tu victoria.

—Perfecto. Atacaremos pues y no sitiaremos la ciudad.

Con un seco talonazo en los flancos de su caballo, Alá el-Dawla partió hacia el centro del ejército, seguido por la mirada de Yan-Pui.

En las cuatro esquinas de las murallas resonaron, una tras otra, las trompetas. Les hizo eco un inmenso clamor y las hileras de portadores de escalas se pusieron en movimiento, como un solo hombre, protegidos por los arqueros.

A la derecha, algo más al oeste, cubriendo casi un cuarto de milla, dos columnas de infantes, que transportaban una imponente dabbaba, un ariete de madera de Siria, se dirigieron hacia la puerta de los Alfareros. Al este, otro grupo hizo lo mismo, aunque hacia la puerta de los Pajareros.

Sobre las almenas se adivinaba la oscura silueta de los ballesteros de Taj el-Molk, dispuestos a lanzar hacia el cielo una lluvia de flechas.

El visir, con la mano puesta en la frente como una visera, dijo como si pensara en voz alta:

—Van derechos al matadero... En cuanto estén a nuestro alcance, el ángel de la muerte les arrojará al infierno.

—Es increíble. Nunca creí que Alá el-Dawla llevara a la práctica sus amenazas.

—Confieso que yo tampoco, Majestad. Es algo incomprensible. ¿Iniciar una guerra por un hombre? ¿Aunque sea el príncipe de los sabios? ¿Cómo imaginar una cosa semejante?

—No divaguemos, Taj. Tal vez el emir de Isfahán no haya apreciado que impidiéramos a Ibn Sina servirle, encerrándolo en Fardajan, pero el ataque tiene otros motivos. En verdad, el jeque

* Pasé varias veladas en compaña de Yan-Pui. Actuó varias veces de este modo y me inició en su arte. Que el lector me perdone, pero la explicación detallada del ka'baitan nos alejaría demasiado. (*Nota de Jozjani.*)

es sólo un pretexto. Desde hace tiempo sospecho que Alá el-Dawla tiene miras expansionistas*.

—Sin duda, Cielo de la nación, sin duda. Pero el Altísimo hará que triunfe el justo.

Sama aprobó sin excesiva convicción. La imagen de Ibn Sina, recluido en aquel frío y lúgubre fuerte, cruzó furtivamente por su imaginación. Y pensó: *¿Estamos realmente al lado del justo?* La voz ansiosa de Taj le devolvió a la realidad.

—Es extraño, ¿qué están haciendo?

El príncipe se inclinó hacia delante para observar mejor las tropas enemigas.

Los infantes de Isfahán acababan de detenerse al pie de las murallas.

—¿Por qué no siguen avanzando? —se inquietó Sama.

—Lo ignoro. Tal vez...

—¡Es necesario derribarlos! Da la orden a los arqueros.

—Imposible, Excelencia, siguen fuera de nuestro alcance.

Sama se inclinó algo más, presintiendo algo anormal.

Un pesado silencio dominaba todo el paisaje. Los dos ejércitos, uno en la llanura, al descubierto, el otro en lo alto de las murallas, aguardaban. Sólo unas frágiles volutas de arena dorada se movían a ras de suelo, desplazándose intermitentemente por entre las rocas abrasadas por el sol.

De pronto, una bola de fuego cruzó el azur con apagado silbido.

¿Estrella? ¿Relámpago? ¿Rayo? Ni el soberano ni su visir comprendieron lo que ocurría.

La bola voló por encima de las almenas y terminó su carrera en medio de los jardines, inflamando al mismo tiempo los árboles y los macizos de rosas apenas abiertos.

—¡Natif**! ¡Que Alá nos proteja! ¡Emplean natif! —aulló uno de los soldados.

Aterrorizado, el soberano cogió al visir por el cuello de su djubba.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué significa esa historia?

Más muerto que vivo, Taj el-Molk intentó mantener la calma.

—El natif, Excelencia, es una mezcla de azufre, pez, salitre y otras materias inflamables que ignoro. Al parecer, es una invención de los helenos.

—¿Pero cómo lo hacen para alcanzarnos de tan lejos?

—Supongo que los hombres de Alá deben de ponerlo en recipientes de terracota.

—Eso no explica...

—Aguarda, Excelencia.

El visir escrutó el horizonte y acabó tendiendo el brazo hacia un punto del paisaje.

—Mira, allí, en el centro, algo apartado tras la colina del Mutrib.

—¿Qué hay? No veo nada.

—Claro que sí, allí... mandjaniks. Catapultas pesadas. Así...

El resto de la frase quedó en suspenso. Una segunda bola de fuego, seguida inmediatamente por la tercera y, luego, por la cuarta, atravesó el azur.

A lo largo de los caminos de ronda, entre las torres de guardia, un viento de pánico sopló sobre los soldados de Hamadhan. Algunos arqueros no vacilaron en abandonar sus arcos y carcajes para huir hacia un abrigo cualquiera.

En pocos instantes, negras humaredas cubrieron la ciudad alterando la visibilidad.

—¡Hay que hacer algo, Taj!

Con voz desesperada, el visir bajó por el camino de ronda e intentó, con grandes gestos, alentar en vano a los soldados.

Las bolas de fuego seguían cayendo ciegamente, golpeando aquí o allá, rompiéndose contra los muros o en mitad de las escarpadas callejas.

Pronto se extendió por todas partes una lluvia de cenizas.

Aqué fue sin duda el momento elegido por los infantes de Isfahán para proseguir su marcha hacia delante. Con sorprendente rapidez, se vio aparecer a ras de almenas las puntas de las escalas y los primeros rostros enemigos, mientras se levantaba un sordo y lacerante rumor, provocado por el choque de los arietes contra la puerta de los Alfareros y la de los Pajareros. Hubiérase dicho los latidos de un corazón gigantesco que palpitara al pie de las murallas.

Taj el-Molk, con el rostro cubierto de sudor y cenizas, se lanzó hacia el emir aullando con todas sus fuerzas para dominar el espantoso estruendo.

* En realidad, parece que Alá el-Dawla quiso dismantelar, con ese ataque, una guarnición daylamita acantonada en Hamadhan y que representaba una amenaza para su propio reino. Pero los datos son inciertos y Jozjani no nos proporciona explicación alguna. (*N. del T.*)

** Conocido en Occidente con el nombre de «fuego griego». (*N. del T.*)

—¡Todo está perdido, Excelencia! Hay que huir. ¡No podemos hacer nada!
—¿Huir? ¿Pero adonde iremos? Dentro de un instante, toda la ciudad estará invadida.
—Debemos abandonar Hamadhan.
—¿Y a dónde iremos? —repitió Sama con desesperación.
Recuperando el aliento, el visir anunció con voz inaudible:
—Sé de un lugar donde estaremos a cubierto.
El joven príncipe abrió de par en par sus pasmados ojos.
—Confía en mí... Ven, no perdamos tiempo.



VIGESIMOSÉPTIMA MAQAMA

El carcelero sólo apareció a la hora del eftar, cuando el sol desaparecía detrás de las gargantas. Penetró en la celda con el rostro huraño, sin decir palabra.

—¿Dónde estabas? Comenzaba a creer que no volverías nunca.

Karim masculló entre dientes y le tendió el alimento; pan, arroz regado con leche cuajada a la menta y una taza de té azucarado. El jeque repitió su pregunta, pero el hombre siguió confinado en su mutismo y abandonó la estancia moviendo la cabeza con aire afligido.

Ahora Alí estaba seguro de ello, ocurría algo grave. En vez de tranquilizarle, la llegada del carcelero había acrecentado una tensión que no le había abandonado durante todo el día. Tuvo que esforzarse para tragar unas cucharadas de arroz; apartando el plato, regresó a la mesa e intentó proseguir su trabajo. En vano. Su preocupado espíritu le impedía cualquier concentración. Entonces, como último recurso, fue a acostarse en la estera y buscó el sueño.

¿Le despertó el chirrido de los goznes, el ruido de la llave girando en la cerradura? ¿O no había conseguido dormirse?

En la celda, invadida por la noche, adivinó la puerta que giraba. Una sombra se recortó en el umbral, luego otra llevando un hachón. Se incorporó a la defensiva.

La sombra se aproximó lentamente, se detuvo un instante mientras la otra silueta penetraba francamente en la estancia, blandiendo el hachón e iluminando, al mismo tiempo, los rostros. Estupefacto, Alí identificó al primer visitante: se trataba de Sama el-Dawla.

El otro personaje le era desconocido. Uno de los guardias sin duda.

—La paz sea contigo, jeque el-raís.

—Y contigo sea la paz, Cielo de la nación.

Por efecto de la sorpresa, Alí había respondido en un tono neutro, casi monocorde.

El guardia encendió el candil de aceite que estaba en la mesa y, tras un signo del emir, se retiró dejando la puerta entornada.

Sama examinó distraídamente la habitación antes de sentarse en el taburete, ofreciendo su perfil a los incrédulos ojos del jeque.

—Has adelgazado. Es un lugar funesto.

—El aire es bueno, Excelencia. No puedo quejarme.

El soberano tomó maquinalmente el cálamo colocado junto al tintero y lo hizo girar varias veces entre sus dedos.

—¿Te ha sido propicia la soledad?

—He escrito mucho, en efecto.

La llamita que ardía ante él hacía más melancólica la expresión del príncipe.

Concentrado en el movimiento del cálamo que giraba entre sus dedos, anunció muy deprisa:

—Han pasado Hamadhan a sangre y fuego. Hemos perdido la guerra.

—¿La guerra, Majestad?

—El príncipe de Isfahán es, ahora, el dueño de la ciudad.

Y añadió tras unos momentos:

—La noticia no parece alegrarte.

—¿Debería hacerlo?

Sama giró de pronto en el taburete y miró al jeque con cierto rencor.

—¿No era tu mayor deseo trabajar para Alá el-Dawla? ¿No conspiraste para conseguirlo?

—Cielo de la nación, no me parece que sea ésa la palabra adecuada para calificar un simple intercambio de correspondencia.

—Sin embargo, indirectamente, *este intercambio* ha sido la causa de una guerra.

—Es imposible. Deben de existir otras razones.

Sama se agitó en la penumbra, ofreciendo de nuevo su perfil.

—Aunque fuera sólo para vaciar en ti mi amargura, me gustaría contradecirte. Pero mi alivio sería escaso y, lamentablemente, de corta duración. No, estás en lo cierto, eres sólo uno de los eslabones de la cadena. Otras razones han impulsado al príncipe de Isfahán a librarme batalla. Podría desarrollarlas, pero estoy muy cansado y es demasiado tarde.

Se pasó suavemente las manos por los párpados y concluyó:

—Ironía de ironías. En una situación distinta, lo que nos sucede podría prestarse a la risa. Desde esta noche, el cautivo y su carcelero están condenados al mismo destino. Tu y yo estamos, ahora, encerrados en Fardajan. ¿No te parece grotesco?

—Grotesco, Excelencia... No lo sé. Pero, ciertamente, poco común.

Sama se levantó y dio unos pasos hacia la ventana.

—Es demasiado oscuro para ver el paisaje, pero me pregunto si no será mejor así.

—Excelencia, ¿qué ha sido de mi compañera y mi discípulo Abú Obeid?

—Sin duda han huido de palacio, como todos nosotros. Reinaba tal pánico que ni una gata habría encontrado a sus pequeñuelos. Sin embargo, puedo asegurarte que durante estos cuatro meses no han carecido de nada.

Alí apretó los dientes. Abú Obeid... Yasmina... ¿Volvería a verles algún día?

—¿No me preguntas por Taj el-Molk?

Alí no respondió y Sama prosiguió:

—Tu amigo el visir está bien. A estas horas, debe de dormir a pierna suelta en una de las estancias de esta fortaleza.

Hizo una pausa y añadió burlón:

—Debes de sentirte encantado...

—No hay en mi corazón odio alguno, sólo tristeza. Por los míos, por Hamadhan, por ti...

—El aislamiento lleva a la sabiduría. Por lo que a mí respecta, sin duda no he conocido suficientemente la soledad. Pero es tarde ya y la fatiga comienza a pesar. Te saludo, hijo de Sina, que tu despertar te abra a la felicidad.

—Que así sea también para ti, Cielo de la nación.

Alí quiso levantarse, pero Sama le detuvo con un gesto.

—No estamos ya en la corte, jeque el-rais. ¿Lo has olvidado acaso? Sólo somos dos prisioneros.

Transcurrió una semana sin que viera de nuevo al joven príncipe. Los únicos ecos que de él le llegaron fueron los que transmitía Karim, el carcelero. A decir de los correos, Hamadhan seguía ocupada por las tropas de Alá el-Dawla. El soberano, sin duda por razones estratégicas, había renunciado definitivamente a asaltar Fardajan, retrocediendo ante los centenares de vidas humanas que hubiera sido necesario sacrificar para apoderarse de aquel nido de águilas muy bien protegido.

En la mañana del décimo día, Taj el-Molk se presentó en su celda. Tenía el rostro sombrío y la mirada huidiza. Incómodo, se sentó en el pequeño taburete y pareció buscar las palabras.

—Vengo a anunciarte una noticia que tal vez alegre tu corazón: Hamadhan es de nuevo una ciudad libre. Gracias a Alá, nuestro adversario se ha visto obligado a dar media vuelta. Mientras te hablo, está ya camino de Isfahán. La suerte está pues de nuestro lado.

—Gracias sean dadas a Alá —dijo simplemente Ibn Sina—. Sama podrá recuperar su trono.

—Eso es. Nos marchamos dentro de una hora.

—¿Sabes si mi compañera y mi discípulo están sanos y salvos?

—Lo ignoro. Pero...

El visir se ajustó nerviosamente el turbante y prosiguió, muy incómodo aún:

—Lo más sencillo sería comprobarlo personalmente.

—El Altísimo tendría que concederme alas. ¿Olvidas que sigo prisionero?

—Tu suerte está en tus manos. De ti depende que quieras seguirnos o no.

—No comprendo, visir.

—Una libertad con condiciones; es la proposición que me han encargado transmitirme. Si aceptaras regresar a palacio y ocupar de nuevo tus funciones de médico de la corte y maestro, podrías salir de este lugar.

El jeque examinó suspicazmente a su interlocutor.

—¿Eso es todo?

—También tendrás que comprometerte a poner fin a tu correspondencia con el príncipe de Isfahán.

Desconcertado, Alí acarició dulcemente su barba e intentó descifrar lo que se ocultaba en las palabras de Taj el-Molk.

¿A qué se debía aquella súbita indulgencia? ¿Qué esperaban de él? De cualquier modo que fuera, se imponía una realidad: aceptar o extinguirse en aquella celda durante el resto de sus días. Pensó también en Yasmina y Abú Obeid. Si quería volver a verles, ante todo tenía que salir de aquella tumba.

—Acepto. Y te ruego que comuniques al emir mi gratitud.

—Espera de ti mucho más que gratitud. Agradece al Clemente poder tratar con un ser tan indulgente.

Alí no tuvo que interrogar a Taj para saber qué pensaba de aquella indulgencia.

El visir se levantó, poniendo fin a su reflexión. Señalando las obras de Ibn Sina que cubrían el suelo, dijo:

—Daré orden de que lleven a palacio todo esto; pues imagino que estos libros te son más queridos que todos los reyes de Persia.

—Soy su autor, visir. Y nunca me he traicionado.

Taj el-Molk contuvo un respingo y, clavando sus ojos en los del jeque, murmuró en tono enigmático:

—No olvides que un libro es como un ser vivo. Existen mil modos de destruirlos...

«Yasmina y yo encontramos a nuestro maestro en Hamadhan, trastornada por los trágicos acontecimientos de los últimos días. En efecto, tras haber huido de palacio, encontramos refugio en la morada de un droguero llamado Abú Ghalib, a quien el jeque acostumbraba a enviarme para comprar hierbas raras y drogas. Permanecemos en casa del buen hombre hasta que supimos la retirada de las tropas de Isfahán, seguida por el inmediato regreso del príncipe. Un rumor corrió entonces como la pólvora: el jeque Ibn Sina acompañaba al soberano y se afirmaba por todas partes que había sido liberado de Fardajan y repuesto en sus funciones de médico y maestro.

»Con el corazón palpitante, corrimos hacia el serrallo y grande fue nuestra felicidad cuando encontramos al jeque. Más delgado, es cierto, pero en perfecta salud. Durante aquellos días de encarcelamiento, confieso haber temido con frecuencia por su vida. ¿No había intentado ya acabar con ella una vez? La prueba habría podido alentarle a repetirlo, y mis noches estuvieron llenas de funestas imágenes en las que mi maestro caía al fondo de un abismo sin fin. Yasmina no hablaba de ello, pero sé que sus pensamientos se parecían a los míos.

»Alá da y quita. Hoy estoy convencido de que, cuando el Altísimo concede a un ser inmensas glorias, hace que las acompañe, casi irremediablemente, una igual desgracia.

»La noche en que nos encontramos los tres, comprendí que el jeque estaba más decidido que nunca a abandonar Hamadhan. Las últimas horas no habían hecho sino reforzar su decisión.

»El octavo día de dhu el-hija decidió dar el paso realmente. Un acontecimiento esencial le impulsó a hacerlo: un pliego secreto enviado por el príncipe de Isfahán. En su carta, Alá confirmaba su deseo de recibir al jeque en su corte y añadía que, para él y los suyos, sería un inmenso honor. Tuvimos así, si es que cabía alguna duda, la confirmación de que el-Maksumi e Ibn Zayla habían cumplido admirablemente su misión.

»Debíamos superar un gran obstáculo: evitar la vigilancia de los soldados de Taj el-Molk que, desde el regreso del-rais, montaban incesantemente guardia. Le sugerí al jeque que...»

—Podríamos disfrazarnos de sufíes. Con un hábito de lana y la cabeza cubierta tendríamos una oportunidad de pasar desapercibidos. Además, esos santos ascetas despiertan respeto y consideración.

—Tal vez sea la solución...

Yasmina observó:

—¿Y tus obras, tus documentos? ¿Cómo vamos a hacerlo? Necesitaremos un caballo de tiro o algunos mulos.

—Ya encontraremos el medio de que los transporten discretamente, fuera del recinto de palacio.

—¿Cuándo piensas partir?

—Cuanto antes mejor. Pasado mañana estaremos a 10 de du-l-hiyya, es el *eid el-Kavir* la gran fiesta del sacrificio*. La gente estará distraída festejando y la vigilancia se relajará. Pero, tendremos que encontrar un guía. Sé que el recorrido está lleno de asechanzas.

—Creo que el hijo mayor de Abú Ghalib nos servirá —dijo el-Jozjani—. Pasado mañana, sea. Deseemos la protección del Invencible: el viaje será duro. Isfahán me parece, de pronto, el fin del mundo.

* Diré para ti, hijo de Occidente que lo ignoras, que el *eid el-Kavir* es la mayor de las solemnidades del Islam. Ese día se sacrifica un camello, un buey, un carnero o una cabra; rito que recuerda el sacrificio de Abraham; con la diferencia de que el Corán substituye el Isaac de la Biblia por Ismael. (*N. del T.*)

Alí inclinó la cabeza con aire repentinamente pensativo. Apretó por instinto la pequeña piedra de cristal azulado que seguía colgando de su cuello. Mientras su discípulo hablaba, palabras de mucho tiempo atrás habían invadido sus pensamientos: *Desconfía, amigo mío, desconfía de las llanuras de Fars, y de las cúpulas doradas de Isfahán; pues allí se detendrá el camino. Aquel día, a tu lado habrá un hombre, un hombre de alma negra. Que Shiva maldiga para siempre su memoria...*

«Cruzamos a medianoche los límites de la ciudad, el jeque y yo mismo envueltos en unos hábitos y con la cintura ceñida con una cuerda; Yasmina vistiendo un cilicio. Para perfeccionar nuestro disfraz, llevábamos en la mano una rikwa, la escudilla que servía para recoger las eventuales limosnas. Nos precedían cinco caballos, conducidos por el hijo de Abú Ghalib, lo bastante adelantados como para que ningún observador pudiera asociarnos.

»Llegamos sin problemas a los pies de Hamadhan y tomamos la dirección del sudeste, hacia los montes Agros. Se iniciaba el viaje hacia la libertad. Pero sabíamos que pronto nos acecharían el fuego de la Gehenna y los hielos nocturnos, la sequedad del desierto y la asfixiante humedad de las mesetas.

»Apenas habíamos dejado atrás Asadabat cuando cayó sobre nosotros una granizada, de piedras grandes como huevos; algo absolutamente extraordinario en aquella estación. Tuvimos que dar marcha atrás intentado dominar el terror de nuestros caballos. Encontramos refugio en la mezquita del pueblo y sólo partimos al día siguiente, cuando amaneció.

»Al concluir la primera jornada, llegamos a la vista de los montes Agros; gigantescas murallas cuyas crestas parecían clavarse en las nubes. A medida que ascendíamos, la tierra cubierta por los cultivos y la llanura se prolongaron hasta perderse en los vapores del día. Sobre nuestras cabezas, el horizonte parecía cerrado y el incierto sendero que corría serpenteando parecía no tener fin. De vez en cuando, un riachuelo caía en cascada de las invisibles alturas para perderse en el recodo de un canchal, o se levantaban enormes rocas de un rojo oscuro, como colosos que era preciso contornear y flanquear a flor de barranco.

»Evolucionamos durante todo el día por un paisaje muerto donde sólo sobrevivía el soplo del viento. Las escasas nubes algodonosas parecían clavadas en aquel cielo de una dureza metálica que añadía a la atmósfera algo opresivo y misterioso. Cuando nos volvíamos, todo eran desnudas cimas, crestas desérticas mezclándose con la infinita y árida grandeza del espacio.

»Por la noche, Yasmina tuvo fiebre y sufrió temblores. El jeque tuvo que administrarle un electuario compuesto de beleño y miel para que concillara el sueño.

»El segundo día encontramos el mismo decorado de arena, piedra y roquedales. El jeque, habitualmente sereno, parecía muy tenso; apenas si, de vez en cuando, hacía una observación sobre el paisaje o el rigor del clima.

»Al crepúsculo del tercer día estalló el drama.

»Acabábamos de cruzar un riachuelo lodoso, y bajábamos por una pendiente ladera hacia la aldea de Astaneh. El camino era más estrecho que la hoja de una cimitarra y los caballos avanzaban, en equilibrio, arañando el suelo con sus cascos, resbalando y recobrándose por los pelos a cada uno de sus pasos. A la derecha, un abismo sin fondo llamaba a las tinieblas e, inclinado hacia atrás, con la mirada llena de miedo, yo había abandonado, como los demás, las riendas en el cuello de mi montura, pues no podía hacer más que confiar en ella. El grito de angustia lanzado por el hijo de Abú Ghalib me hizo abrir los ojos. Un grito desgarrador que se apagó muy pronto. El caballo del muchacho que, desde nuestra salida de Hamadhan, marchaba siempre a la cabeza, había oscilado peligrosamente. El suelo pareció desaparecer bajo sus cascos. Se encabritó y, luego, cayó de nuevo. Pero la tierra se había abierto y sólo halló el vacío para recibirle. Ante nuestros horrorizados ojos el jinete y su montura habían caído juntos en el abismo.

»La noche nos obligó a detenernos. Una sensación de terrible aislamiento se añadía a la angustia provocada por la muerte del infeliz. Sin guía, nos habíamos convertido en tres ciegos perdidos en aquella inmensidad hostil. ¿Llegaríamos algún día a Isfahán?

»El jeque fue el que se recuperó primero.

—He escapado del Dasht el-Kavir, de Mahmud el Gaznawí, de las mazmorras de Fardajan, me he acercado demasiado a la muerte como para cederle el paso, y no tengo intención alguna de permitir que mis huesos se pudran en los montes Agros.

—¿Pero cómo encontraremos el camino? —se inquietó Yasmina conmovida.

—¿Olvidas que tengo ciertas nociones de astronomía? Los marinos se orientan en el mar de las Tinieblas, mucho más temible que todos los desiertos de Persia. Lo conseguiremos.

»Tras una noche durante la que ninguno durmió realmente, partimos de nuevo, pero esta vez el jeque iba a la cabeza. De día, sus ojos seguían la carrera del sol; por la noche, la de Sirio y Canope. De vez en cuando, le veíamos detenerse, anotar rápidamente unas cifras en la arena y, luego, proseguíamos el camino.

»Narrar los tormentos de las horas que siguieron... Narrar la lacerante sensación de agotamiento, el ardiente calor, los rodeos, la sed, la mordedura del viento y de la luz...

Ningún hombre podría describirlo. Para ilustrar su dificultad sólo tengo las palabras del Libro, y pido de antemano a Alá que me perdone por utilizarlo con tanta inconveniencia: *Si todos los árboles de la tierra fueran cálamos, y si el mar, y siete mares más, fueran tinta, no agotarían las palabras de Dios.*

»Si algún día debiera contar los desgarros y los miedos que sufrimos hasta los últimos contrafuertes de las montañas Dajtiari, hasta que surgió del vientre de la tierra el valle de Zayanda-rud, el río llamado *agua viva*, el jardín de todos los goces, la llanura de Isfahán...

»Ante la hermosura y grandeza del espectáculo que se abrió bajo nuestros pies, olvidamos nuestra fatiga, nuestros derrengados miembros, nuestros secos labios.

»Mil canales corrían bajo la luz, flanqueados por estremecidas cañas acariciadas por pájaros multicolores. Multitud de trigales unían su oro a la virginal blancura de las adormideras que levantaban al azur sus pequeñas copas. Árboles, arbustos, vergeles hasta perderse de vista; parcelas de verdor, claras y oscuras, en las laderas de donde brotaba el ocre y el bistre, el rojo y el marrón de las piedras.

»Las lágrimas subieron a nuestros ojos sin que pudiéramos contenerlas.

»Habíamos aguardado tanto aquel instante. Lo habíamos soñado tanto.

»¡Isfahán! La vida recomenzaba.

«Entonces ocurrió algo absolutamente pasmoso y, todavía hoy, a mi alma le cuesta ocultar su turbación.

»El jeque, que se había inmovilizado junto a Yasmina, se volvió bruscamente hacia ella y la abrazó con pasión. Buscó su boca y comenzó a besarla con tanto ardor que tuve la impresión de que intentaba abrasarla.

»Hasta aquel instante no me pareció sorprendente su ardor, pero cuando el jeque se arrodilló en tierra, arrastrando con él a la muchacha, sentí que mis mejillas se ruborizaban. Las manos de mi maestro se deslizaron bajo el vestido de Yasmina, levantaron la tela hasta las caderas, haciendo aparecer los bronceados muslos y, así, ambos cayeron entre las altas hierbas.

»Me aparté, con el espíritu lleno de confusión, cuando comenzó a hacerle el amor...»



VIGESIMOCTAVA MAQAMA

Isfahán...

Isfahán la ciudad alta*. Isfahán la rosa abierta.

Isfahán a la que se acostumbra a llamar la «cabeza». Siendo sus dos manos Fars y Kirman, y Adharbaydjian y Raiy sus dos pies.

Isfahán rodeada de sus tres mil aldeas, sus pastos, sus campos de cebada y mijo; sus campos de adormidera, de granza y azafrán; sus canales entre los que corre el río de oro, el Zayanda-rud, hasta las inmóviles marismas de Gavjuni.

En cuanto cruzaron los límites de Yahudiya**, el son de las trompetas se levantó por encima de las murallas. Gritos de júbilo, dominados por el yuyú de las mujeres, brotaron mientras se abría la puerta oeste de la ciudad dando paso a una imponente delegación compuesta por todos los notables encabezados por el visir Rahman, el canciller y el emir Alá el-Dawla. Todos en uniforme de gala. Tras ellos iban unos esclavos negros llevando bandejas de cobre cubiertas de vestidos nuevos, ofrenda de bienvenida para el jeque el-raís.

El canciller se inclinó, imitado por el visir, mientras, visiblemente conmovido, el príncipe se mantenía inmóvil con la mano en el corazón. Cuando Alí se presentó a él, una franca y espontánea sonrisa iluminó sus rasgos.

—La paz sea contigo, hijo de Sina. Es un gran día para Isfahán, y un gran honor también. Y sabe que, desde hoy, esta tierra es la tuya. Nada ignoro de tus pasados sufrimientos, nada de tus exilios. Sé lo que has pasado durante todos esos años. El polvo de los caminos ha manchado tus vestidos. La mezquindad de los señores ha en turbado tu corazón. Todo esto ha terminado ya.

Señaló hacia las murallas de su ciudad y prosiguió con fervor:

—Detrás de esas murallas encontrarás el puerto. El jardín de todos los apaciguamientos. Yo, Alá el-Dawla, te lo prometo: nadie turbará ya tu quietud. Escribe, trabaja para la grandeza de Persia, que toda tu existencia se consagre a ello.

Conmovido por la sinceridad que se desprendía de aquellas palabras, Alí, que sin embargo se sentía cómodo en cualquier circunstancia, no encontró palabras para responder. Pero el príncipe supo leer la gratitud en su mirada.

Les llevaron con gran pompa al barrio de Kay Kunbadh, entre el palacio y la mezquita, donde el soberano había dado órdenes para que pusieran a su disposición una suntuosa morada. Era un lugar apacible, rodeado por un gran jardín bordeado de fuentes, que olía a jazmín y a raras esencias. La casa estaba compuesta por un número incalculable de estancias, varios salones con las paredes forradas de seda cruda, un despacho de trabajo donde se habían dispuesto estanterías de madera de Siria, dispuestas para recibir los manuscritos del jeque. Esclavos, cocineros, una guardia personal, todo había sido previsto para que ninguna preocupación de intendencia turbara su tranquilidad.

—Me cuesta creer que todo eso no sea un sueño... —murmuró Alí acariciando maquinalmente su piedra azul—. Sin embargo, por primera vez en toda mi existencia, una voz me dice que es el fin del vagabundeo, que ya nunca haremos el equipaje, que una perdurable felicidad está al alcance de nuestras manos.

Yasmina se había acurrucado junto a él, y él la estrechaba cerrando los ojos, escuchando su aliento y el canto de las fuentes.

Por la noche, se dio en palacio un banquete en su honor. El príncipe presentó al jeque todos los miembros de la corte así como los artistas y los espíritus cultivados de Isfahán. Allí estaban,

* Isfahán está situada a casi 1.700 metros de altitud. (N. del T.)

** A tres kilómetros al oeste de Isfahán. Yahudiya significa «la judía». En ese pueblo se instaló, al parecer, una importante colonia judía durante el reinado de Nabucodonosor. Otra teoría permite suponer que fue la esposa judía de un rey de Persia la que hizo que se instalara en el lugar gente de su comunidad. (N. del T.)

entre otros, el gran filólogo Abú Mansur el-Jabban*, pintores, escritores, matemáticos llegados de toda la provincia. Todos querían ser presentados al jeque el-raís. Atosigado a preguntas, aquella noche comió poco. Se abordaron los temas más diversos, astronomía, medicina, álgebra, filosofía.

Mediada la velada, el-Jabban apostrofó al jeque que acababa de exponer un tema de filología. Lo hizo en un tono ciertamente respetuoso, pero a través del cual se adivinaba cierta agresividad.

—Hijo de Sina, te escucho con sincera admiración y me deleito con tus palabras; sin embargo, me permito observar lo siguiente: eres un filósofo, un brillante médico, pero por lo que se refiere a la gramática y al uso de la lengua árabe tus lagunas son grandes y tus expresiones impropias. En realidad en ese campo no posees talento alguno.

Haciendo una pausa y encorvando ligeramente los hombros con afectada actitud, concluyó poniendo por testigos a los invitados:

—Nadie está condenado a la perfección en todo. El jeque nunca ha estudiado la ciencia de las bellas letras; en consecuencia, sus debilidades son perdonables.

Todos los rostros se volvieron, al mismo tiempo, hacia el hijo de Sina, esperando su respuesta; pero, con gran sorpresa de todos, se limitó a contestar:

—Abú Mansur, tu crítica tiene fundamento. En efecto, ¿quién podría ignorar aquí que eres el maestro indiscutible en esta materia? Te lo concedo, la manipulación de las palabras es un arte; raros son quienes lo dominan. Sin duda tengo mucho que aprender en ese campo.

Un estupefacto silencio acogió las palabras del raís. El-Jozjani intercambió una mirada con el-Maksumi e Ibn Zayla. El jeque no les tenía acostumbrados a tanta modestia. El príncipe no hizo comentario alguno, pero la expresión de sus rasgos revelaba también su perplejidad.

Sin aguardar más, con la firme intención de disipar la incomodidad, el hijo de Sina abordó otro tema y las discusiones prosiguieron. Dos horas más tarde, los primeros invitados comenzaron a retirarse, el incidente parecía completamente olvidado. Alá el-Dawla sugirió al jeque que cada viernes se consagrara, a partir de aquel día, a reuniones parecidas a aquella y se despidió de sus invitados. Allí se disponía a hacer lo mismo cuando un nuevo personaje, silencioso hasta entonces, se presentó a él.

—La paz sea contigo, jeque el-raís. Mi nombre es Yohanna Asheri. Süy... —se interrumpió, apresurándose a rectificar—... era el médico personal del emir.

Alí examinó al hombre devolviéndole su salud. Iba envuelto en un caftán negro, tan negro como su mirada. Alto, de unos cuarenta años, con la piel clara y los rasgos angulosos, lucía una barba que ennegrecía simétricamente su labio superior y su mentón, mientras su frente estaba dominada por un cráneo extraordinariamente liso y reluciente. De su ser emanaba algo extraño que turbó enseguida al jeque.

—Yohanna Aslieri... curioso nombre. No eres árabe.

—Mi madre lo era. Mi padre nació en el país de los romanos, donde yo mismo nací. Aprendí medicina en Pérgamo y, luego, fui a Alejandría y a Bagdad para perfeccionar mis conocimientos. Luego enseñé en la escuela de Yundaysabur, antes de intalarme en Isfahán donde vivo desde hace veinte años.

—¿Por qué te expresas en pasado cuando mencionas tu función en la corte?

—Alá el-Dawla tiene ahora a sus servicios al maestro de los sabios.

—Para luchar contra el sufrimiento, los hombres de ciencia nunca serán bastantes. Eres médico como yo. Trabajaremos juntos por el bienestar de todos.

—Jeque el-raís, estoy muy lejos de tener tu genio. He escuchado con atención a nuestro amigo el-Jabban. Ignoro si ha tenido razón al criticar tus lagunas en filología, pero me opongo a él cuando afirma que nadie está condenado a la perfección en todo. Tú lo estás, hijo de Sina. Ahí está tu obra para atestiguarlo. Soy uno de esos seres que intentan penosamente llevar a cabo pequeñas cosas, y que no siempre lo logran. Tú las has hecho muy grandes. Por lo tanto, sólo puedo eclipsarme.

Alí expresó su desaprobación.

—Insisto en que permanezcas a mi lado. Trabajemos juntos. En el serrallo, en el bimaristán o en cualquier parte.

Concluyó:

—A la muerte y la enfermedad no les importa nuestro estado de ánimo.

* Según el historiador el-Samani, el apodo de el-Jabban se da a los beduinos que han aprendido perfectamente el uso del árabe. También según el-Samani, el-Jabban es una palabra que también significa «desierto». (*N. del T.*)

El médico pareció reflexionar.

—Muy bien —dijo al cabo de un momento—. Trabajaré junto a ti si éste es tu deseo.

Se inclinó lentamente, añadiendo:

—Conocía al hombre de ciencia. Hoy descubro al hombre de corazón.

Alí no apartó de él los ojos hasta que desapareció tras los pesados tapices de brocados que cerraban el salón de fiestas.

Apenas se hubo eclipsado cuando Ibn Zayla y el-Maksumi se acercaron a su maestro. No tuvieron tiempo de abrir la boca porque Alí les dijo:

—¡Es inútil! Sé de antemano el nombre que os quema los labios: el-Jabban. Os lo aviso, no responderé.

—Pero jeque...

—¡Nada! Además, se ha hecho tarde, el lecho me reclama.

Pasando el brazo por la cintura de Yasmina, añadió con una sonrisa:

—Y mi mujer...

En realidad, no pegó ojo y no dirigió ni una sola mirada a Yasmina. Apenas hubo entrado en sus aposentos, se lanzó sobre sus manuscritos que no habían sido toda vía desembalados. Ella no hizo comentario alguno, se desnudó discretamente y se metió entre las sábanas.

Antes de que el sueño la venciera, le adivinó registrando sus notas con un coraje que no le conocía aún. Luego, Alí se instaló en su mesa de trabajo y, a la pálida luz de una lámpara, comenzó a escribir, arrojando las palabras en el papel como un pintor arrojaría sus entremezclados colores, ennegreciendo página tras página, interrumpiéndose sólo para reflexionar y sumirse luego de nuevo, enfebrecidamente, en la redacción.

Las estrellas prosiguieron su curso sobre Isfahán; las flores de los jardines de Kay Kunbadh, acunadas por el balanceo de la noche, replegaron sus pétalos esperando el alba. Los sicómoros y las palmeras, convertidos en centinelas, contuvieron su aliento al pie de la única ventana iluminada de la ciudad.

Cuando Yasmina abrió los ojos, le vio durmiendo con la cabeza apoyada en sus manuscritos y apretando el cálamo entre sus dedos. Se levantó entonces, puso en sus hombros una manta de lana, pasó dulcemente la mano por su nuca y se instaló a sus pies, para estar más cerca de sus sueños.

No tardó en despertar. Viendo a su compañera, le tendió la mano y la levantó, murmurando en un tono de reproche:

—Amada mía... Mi locura no debe convertirse en la tuya.

—Demasiado tarde, jeque el-raís. El amor ha prevalecido sobre el álgebra y la retórica.

—Esta carta debe salir hoy mismo hacia Jurasán —dijo de pronto señalando una hoja—. Voy a dar las órdenes oportunas.

Se levantó de un salto y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Intrigada por tanta prisa, Yasmina no pudo impedirle examinar el contenido de la misiva; era un pedido dirigido a la madrasa de Bujará. El jeque rogaba que le enviaran, en el más breve plazo posible, una obra titulada *Compendio de filología correcta*, de Abú Mansur el Azhari*.

Aquel mismo día, el jeque el-raís comenzó a organizar lo que iba a convertirse en su vida cotidiana en Isfahán durante los siguientes años. Salvo algunas excepciones, nunca iba a apartarse de ella.

La mañana se consagraba a visitar los pacientes en el bimaristan; por la tarde enseñaba ciencias y filosofía en la madrasa; la noche se reservaba a la escritura y la investigación. Y, como el príncipe había deseado, todos los viernes se dedicaron a debates en los que, ante él, se enfrentaban los espíritus más brillantes de Fars.

Transcurrieron así tres años, durante los que el hijo de Sina puso fin al *Shifa*. Terminó la *Lógica* y el *Almagesto*, redactó un *Compendio de Euclides*, añadiéndole asombrosas figuras geométricas; otro de aritmética y un opúsculo sobre música, abordando en este último problemas olvidados hasta entonces por los antiguos.

Al margen de todo ello, a menudo se le vio retirarse para entregarse a un trabajo que parecía tener para él mucha importancia, y para el que se rodeaba del mayor misterio. Ni el-Maksumi ni

* El-Azhari, nacido en Herat en 895, murió en 980, año en que nació el jeque el-raís. Estudió filología en Herat y Bagdad, y pasó dos años prisionero de los beduinos, en la región de Bahrain, donde aprovechó para estudiar el más puro árabe. Le debemos un importante número de obras sobre la ciencia de las bellas letras, entre ellas el *Compendio de filología correcta*. En esta obra se indica la raíz de las palabras de modo fonético y no alfabético. (*N. del T.*)

Jozjani ni Ibn Zayla consiguieron obtener la menor explicación sobre el objetivo que perseguía. El último día del mes de shawwai, el velo se levantó por fin descubriendo el secreto del jeque.

Aquella noche, como de costumbre, estaban todos reunidos, todos salvo el hijo de Sina. Era la primera vez en tres años que aquello ocurría. Entró una hora más tarde, con la ropa cubierta de polvo, llevando bajo el brazo una bolsa de piel de cabra.

—Majestad —dijo inclinándose ante el soberano—, mi retraso y mi aspecto merecen todas las condenas. Te ruego que aceptes mis más humildes excusas. Pero he hecho un descubrimiento que no carece de importancia y me gustaría someterlo a tu atención.

Alá le invitó a proseguir.

—A tu atención, Majestad, pero sobre todo a la de nuestro eminente filólogo, aquí presente. Con tu permiso, me gustaría hablarle del asunto.

Se dirigió hacia Abú Mansur el-Jabban y le saludó cortésmente.

—Esta mañana he salido a cazar con halcón en el desierto de Samal. Persiguiendo un soberbio xerus, me he encontrado alejado de las pistas y a la vista de un oasis, no lejos de las colinas de Jarj, en la región que tal vez conozcas y donde abundan las grutas de extrañas formas. ¿Sabes a qué me refiero?

El-Jabban asintió distraídamente.

—Muerto de fatiga, he decidido hacer un alto para descansar. Y allí, en el lindero del palmeral, he encontrado esto entre otras cosas sin interés olvidadas, sin duda, por alguna caravana.

Abrió la bolsa manchada de arena y ofreció a su interlocutor un pequeño volumen de raída encuademación.

Mientras éste lo examinaba, añadió:

—Confieso que me he sumido inmediatamente en la lectura de esta obra pero, por desgracia, me ha sido imposible definir su origen. Por lo tanto, ante tus conocimientos filológicos, me he dicho que sólo tú podías ayudarme a identificar el autor de este manuscrito.

El-Jabban frunció el entrecejo y se sumió de inmediato en el examen de sus hojas.

A su alrededor, la concurrencia, intrigada por el asunto, guardaba silencio, mientras el-Jozjani y los discípulos de Ibn Sina se preguntaban la razón del extraño comportamiento del rais; especialmente el-Jozjani, que sabía que su maestro no se había separado de él en todo el día y que, además, detestaba todo lo que se refería a la caza.

Al cabo de largo rato, el emir, impacientándose, decidió intervenir.

—Bueno, Abú-Mansur, ¿cuál es tu veredicto?

Tras una postrera reflexión, el filólogo se pronunció:

—Excelencia, no hay misterio alguno. La obra está compuesta, de hecho, por tres odas elaboradas por tres autores distintos: Ibn el-Amid, el-Sabi y el-Salibi*. Sin embargo... —pareció confuso antes de proseguir—... por lo que se refiere a su contenido, confieso que me parece absolutamente hermético, por no decir incomprensible.

—¿Quieres decir que se te escapa el sentido de esas odas? Debes de saber, al menos, de qué tratan.

—Me parece que tratan, vagamente, de sintaxis y de reglas gramaticales, pero son absolutamente incongruentes.

—¿No es éste tu campo? —se asombró Alá el-Dawla—. ¿No eres un experto en la materia?

—Claro, Majestad. Pero lo repito, el estilo es hermético. El sentido me parece inaccesible.

Alí insistió:

—No obstante, estás absolutamente seguro del origen de estas odas. ¿Han sido escritas, realmente, por los tres autores que has citado?

—Sin duda alguna. Sólo puede tratarse de ellos.

—¿Puedes explicarme por qué eres tan rotundo?

El-Jabban miró a al-raís con condescendencia:

—Porque no existe en todo el mundo conocido un solo escritor árabe que yo no pueda identificar.

El hijo de Sina replicó entonces, voluntariamente sentencioso:

* El-Amid, muerto en 977, fue uno de los visires del emir Rokn el-Dawla. Célebre por su estilo epistolar, el-Sabi sigue vivo cuando escribo estas líneas. Fue canciller de Muiz el-Dawla, conocido por sus grandes talentos de prosista. El-Salibi, que sigue vivo, también fue visir del príncipe Mu'ayyid el-Dawla, fue un brillante escritor y benefactor de numerosos autores árabes y persas. (*Nota de Jozjani.*)

—Hermano, lamentablemente debo contradecirte. Estas odas no fueron escritas por ninguno de los tres autores.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios del filólogo.

—Cargaré tu observación en la cuenta de tu ignorancia y no te lo reprocharé.

—Te lo repito, estás en un error.

—Perfecto —dijo el-Jabban cruzándose de brazos—, ¿de quién son entonces?

—Mías.

—¿Cómo dices?

Un estremecimiento recorrió a la asamblea mientras el-Jabban gritaba de nuevo.

—¡Tu actitud es insultante, jeque el-rais!

El hijo de Sina sacó entonces de su bruda algunas hojas y las tendió al soberano.

—Verifícalo tú mismo, Excelencia. Podrás encontrar también otras seis odas redactadas por mi propia mano, al modo de otros escritores conocidos. Sabe, sin embargo, que esos temas que nuestro amigo considera herméticos y desprovistos de sentido no son de mi invención, sino extraídos de una obra fundamental en la filología, cuyo autor es Abú Mansur el-Azhari.

Trastornado, el-Jabban dijo en un susurro:

—Creía saberlo todo de el-Azhari...

—Tu turbación es comprensible. La filología es una vasta ciencia.

Y concluyó en un tono preñado de sobreentendidos.

—Nadie está condenado a la perfección en todo.

Los testigos de la escena sentían la humillación de aquel hombre y en sus rasgos se leía, a la vez, la incomodidad y la admiración.

Pasaron unos instantes antes de que el filólogo se decidiera a reaccionar. Y lo hizo con nobleza.

—Jeque el-rais, me has devuelto el cambio con tanto talento que me veo obligado a inclinarme. Acepta pues mis excusas. Ignoro cómo has podido, en tres años, adquirir tantos conocimientos filológicos, pero tienes mi admiración.

Con fraternal sonrisa, el hijo de Sina posó su mano en el hombro de el-Jabban y replicó con voz lo bastante fuerte como para que todos le oyeran.

—Tranquilízate, sigues siendo el maestro de la ciencia de las bellas letras. El juego al que me he entregado está al alcance de cualquiera. He sido sólo un vulgar plagario.

Y concluyó con nostálgica sonrisa:

—Tal vez sea todo lo que los tiempos futuros recordarán de mí...

La atmósfera se relajó y el príncipe aplaudió espontáneamente, imitado por toda la concurrencia que, al parecer, estaba encantada con la jugarreta que el maestro de los sabios acababa de hacer ante sus ojos.

Sólo Aslieri, que se mantenía al margen, mantuvo un rostro pasmosamente frío.

Durante las siguientes semanas, el jeque concluyó un volumen sobre filología, titulado: *La lengua árabe*, que no tendría igual entre todas las obras consagradas a la materia*.

Inmediatamente después, comenzó el *Najat*, la Salvación. Quería ser un compendio del *Shifa*, que permitiría iniciarse con menos trabajo en su pensamiento filosófico.

* En realidad, el volumen permaneció como un borrador hasta la muerte de mi maestro y nadie consiguió transcribirlo por su gran complejidad. (*Nota de Jozjani.*)



VIGESIMONONA MAQAMA

El trueno rugía sobre Isfahán, iluminada por violentos relámpagos que, de vez en cuando, surcaban el cielo.

—¡Jeque el-rais! ¡Despierta, jeque el-rais!

Yasmina fue la primera en salir del sueño.

—En nombre de Alá, el que hace misericordia, el Misericordioso, ¿qué ocurre?

Apagados momentáneamente por el ruido del trueno, los golpes en la puerta aumentaron de intensidad. Se apresuró a abrir y reconoció, inmediatamente, a uno de los servidores con el rostro despavorido.

—Perdóname, señor, pero acaba de llegar uno de los guardias del emir. Te reclaman urgentemente en el serrallo. La esposa de nuestro soberano está enferma.

Alí replicó sin vacilar:

—Diles que voy inmediatamente y haz que ensillen mi caballo.

Cerrando la puerta comenzó a vestirse ante la soñolienta mirada de Yasmina.

—Decididamente —murmuró hundiendo la cabeza en los almohadones—. Cuide a príncipes o a mendigos, un médico no vive mejor que un esclavo.

Alí asintió con vagas palabras mientras terminaba de ponerse el turbante. Momentos más tarde, bajo una lluvia torrencial, galopaba hacia palacio.

La princesa Laila estaba acostada en un gran lecho cubierto con un dosel de madera de Siria en el que se habían grabado algunas frases del Libro sagrado. Habían hecho arder perlas de ámbar y varias personas se apretujaban a la cabecera de la soberana; cuatro mujeres veladas, Aslieri y el emir que, con el rostro espantosamente pálido, sujetaba la mano de su esposa. A los pies de la cama habían instalado un brasero de cobre en el que se estremecía una cacerola llena de agua hirviendo. El vapor que desprendía se mezclaba con el humo del incienso, creando en la estancia un mínimo encaje de bruma.

—¡Pronto, jeque el-rais! —exclamó Alá el-Dawla—, tiene el alma al borde de los labios.

Las mujeres retrocedieron al unísono, revelando a Alí un inesperado espectáculo.

Tendida de espaldas, con el vientre descubierto, redondo y prominente, las desnudas piernas dobladas y los muslos muy separados, la princesa Laila era presa de los dolores del parto. Sólo la parte superior de su cuerpo estaba protegida por una camisa de seda levantada hasta los pechos.

Cuando se inclinó sobre la joven, tuvo una segunda sorpresa.

Era mucho más que hermosa; la perfección de su rostro, aunque anegado en sudor, rozaba con lo sublime, y se dijo que la propia belleza debía de haberse inspirado en aquella criatura para tocar el mundo. En sus enfebrecidos ojos dormían dos lagos de esmeraldas, sus labios parecían una fruta ofrecida, una granada estremeciéndose bajo el sol. Y era sorprendente que aquella belleza permaneciera intacta pese a la expresión de dolor que se leía en sus rasgos.

Lanzó un grito y todo su cuerpo se contrajo como herido por ardientes brasas.

—Me muero... Por compasión... Ayudadme...

—Hijo de Sina —gimió el emir—, salva a mi mujer, yo te conjuro.

Aslieri observó con voz fría:

—Lamentablemente, Excelencia, ni el propio Alá podría hacer nada. El niño se presenta de espaldas. Deberíamos sacrificarlo si quisiéramos tener posibilidades de salvar a la madre.

—¡Ni hablar! Hace cinco años que espero un heredero. ¡Cinco años! ¡El trono de Isfahán no puede permanecer vacante después de mi muerte! ¡Ni hablar!

—Pero Majestad...

—¡No quiero oír nada más! ¡Salvad a mi esposa y a mi hijo!

Yohanna Aslieri levantó los brazos en señal de impotencia y se volvió a Alí.

—Explícaselo, jeque el-rais, hazle comprender que la medicina no es una ciencia milagrosa.

Un nuevo grito desgarró la neblinosa estancia. Como bajo los efectos de un ariete, el cuerpo de la princesa se incorporó a medias y volvió a caer de golpe, y su respiración se transformó en estertor.

El emir asió la manga de el-raís.

—¡Dime que este asno rumí se equivoca! ¡Dime que es un incompetente!

Alí, con el rostro grave, tardó algún tiempo en responder.

—Por desgracia, Excelencia, Aslieri tiene razón. El niño debe morir si queremos que viva tu esposa.

—¡NO!

Alá el-Dawla había aullado.

—No, escupe esas palabras de tu boca. Al mayor médico de Persia no le sienta bien hablar de la muerte.

—¿Pero qué podemos hacer, Nobleza de la nación? —protestó Aslieri—. No queda otra salida.

Mientras tanto, Alí, que no había dejado de observar a la princesa, comenzó a palpar largo rato su vientre, intentando averiguar con precisión la exacta colocación del niño.

Concluido su examen, se dirigió al emir.

—Señor —comenzó sin convicción alguna—, tal vez haya una solución.

La negra mirada del príncipe se iluminó de pronto.

—Puesto que es tu voluntad, podríamos intentar salvar a los dos seres.

El emir abrió la boca para responder, pero Alí le detuvo con un signo.

—He dicho *podríamos*. Excelencia.

Y añadió mirando sin complacencia al príncipe:

—Las posibilidades de éxito son casi nulas.

—¿Qué quieres hacer? —se preocupó Aslieri pasmado.

—Practicar una intervención quirúrgica que nos permita sacar al bebé por el vientre.

—¿Una cesárea*? Es insensato...

Alá le ordenó silencio e interrogó al jeque:

—¿Se salvaría el niño?

—Sin duda alguna.

—Y...

Adelantándose a la pregunta, Alí respondió:

—Ya te lo he dicho, las posibilidades de salvar a la madre y al hijo son casi nulas. La intervención, en sí, no es irrealizable, pero debes saber que sus consecuencias pondrán, irremediabilmente, en peligro la vida de la princesa, pues estamos totalmente inermes ante los humores infecciosos; ellos decidirán el destino.

El príncipe se dio la vuelta y ocultó el rostro entre sus manos.

—El destino... su crueldad puede ser infinita...

Un pesado silencio se apoderó de la alcoba, sólo interrumpido por el estertor de la princesa, hasta que un nuevo grito, más lacerante que los precedentes, resonó otra vez.

Alá el-Dawla dijo con voz apagada:

—Isfahán necesita un heredero... Isfahán debe vivir...

—¿Aunque fuera una niña? —observó Aslieri.

—Aun así... Tendrá la fuerza de los Dawla. Vamos, jeque el-raís, mi amor y mi descendencia están en tus manos.

Yohanna Aslieri protestó con fuerza:

—Es una locura. Este tipo de intervenciones ha sido ya intentado, y ha fracasado siempre.

—Jeque el-raís —dijo el-Dawla con una voz repentinamente calma—, deja que hablen los malos augurios y haz tu trabajo.

—¿Estás dispuesto a asumir el resultado? ¿Estás seguro?

—Haz tu trabajo —le repitió simplemente el príncipe.

—En estas condiciones, no hay tiempo que perder. Quiero que todo el mundo salga de la habitación y sólo quede a mi lado mi esposa. Que vayan a buscarla.

El rostro de Aslieri se ruborizó.

—Ni lo sueñes... No es médico.

—Me ha ayudado ya. Sabe lo que debe hacer, pero, evidentemente, necesitaré también tu ayuda. Me será preciosa.

Aslieri asintió, visiblemente aliviado.

—¿Debo retirarme también? —preguntó el emir.

—Mejor será, Excelencia. Por el bien de todos.

* Los latinos llamaban ya *caesares* o *caesones* a los niños nacidos de ese modo. (N. del T.)

El tono empleado por Alí fue cortés, pero lo bastante firme como para que el soberano se inclinara.

Dirigiéndose a las mujeres presentes, el rais prosiguió:

—Necesito paños, toallas limpias, pañuelos, una sábana grande. Lo pondréis todo en agua hirviendo. Necesito también un segundo brasero y una jarra de vino.

Las mujeres se dispersaron con revolotear de velos, seguidas por el soberano.

—Haré que traigan inmediatamente a tu esposa —dijo dirigiendo una última mirada a la lívida princesa—. Y que Alá sea contigo.

Las perlas de ámbar no humeaban ya en las cazoletas y la soberana, completamente desnuda, dormía en la sábana hervida que le habían colocado debajo. La abundante dosis de adormidera que le habían dado, casi un cuarto de mann*, había terminado con su lucidez y su sufrimiento.

Utilizando una toalla previamente empapada en vino, Yasmina había dispuesto el campo operatorio situado por encima de la región púbica, y ahora, ante la mirada apasionada y aterrorizada al mismo tiempo, de Aslieri, el jeque posó en el redondeado vientre de la soberana la punta de un afilado cuchillo, enrojecido todavía por las llamas del brasero.

Esperó un momento, se aseguró de que Laila estuviera dormida y cortó firmemente la dermis superior en una larga línea horizontal, deteniéndose en la base del ombligo. Casi inmediatamente, del surco brotó un hilillo de sangre. Sin aguardar las órdenes del rais, Yasmina tomó unas tenazas y sacó del brasero un cauterio de oro al rojo vivo. Sujetándolo firmemente, quemó los bordes del surco que la hoja había hecho. Una vez detenida la hemorragia, el jeque prosiguió su acción, penetrando esta vez en los músculos abdominales, seccionando lentamente los tendones. Yasmina cauterizó y Alí prosiguió, introduciéndose cada vez más en las carnes.

El tiempo parecía detenido y sólo se escuchaban ya las ráfagas de lluvia que chocaban contra las ventanas de palacio. Sólo cuando toda la pared abdominal estuvo cortada, el jeque ordenó a Aslieri.

—Ahora debemos ampliar al máximo la abertura.

El médico, que se mantenía dispuesto, colocó a ambos lados de la herida unos separadores de cobre de más de diez centímetros de ancho, y comenzó a distender las paredes.

—Espacio —susurró Alí—, de lo contrario provocaríamos un desgarrón demasiado grande y nos costaría coserlo.

Con cierta inseguridad, Aslieri asintió con la cabeza.

Un relámpago cruzó el cielo, iluminando fugazmente los rostros relucientes de sudor y mostrando la bolsa llena de plasma en la que, inmóvil, reposaba el niño.

—¡Está despertando! —gritó de pronto Yasmina señalando a la princesa.

Efectivamente, ante la consternada mirada del jeque, la joven parpadeó varias veces y sus dedos se crisparon.

—¡Hay que darle otra dosis de adormidera! —dijo Aslieri fuera de sí.

—Imposible. Ahora no puede beber nada. Sus reflejos están alterados y se asfixiaría o escupiría el líquido. No tenemos elección. Debemos concluir la intervención. Roguemos al Altísimo para que resista un poco todavía.

Más decidido que nunca, Alí perforó la membrana protectora de la bolsa que contenía las aguas, que se derramaron en la matriz de la mujer.

Allí estaba el niño, en la cavidad uterina, encogido sobre sí mismo. Inmóvil. Se adivinaba su corazón latiendo deprisa, tan deprisa como la caída de los granos en un reloj de arena.

—¿Está...? —preguntó Yasmina trastornada.

—No. Está todavía en su mundo. Duerme.

Alí ordenó a su compañera que derramara vino en sus manos y luego, tras corta vacilación, las zambulló hasta más allá de la muñeca en el agua hirviendo.

Yasmina contuvo un grito mordiéndose los labios y apartó el rostro.

Retirando sus manos humeantes de vapor, el jeque las introdujo lentamente en el abierto vientre de la princesa y, con mil precauciones, como si se tratara del mayor tesoro del universo, levantó al niño, desanudando al mismo tiempo el cordón umbilical. Ordenó a Aslieri:

—¡Corta el cordón, Yohanna! ¡Pronto!

Como hipnotizado, el médico no reaccionó. Fue Yasmina quien, tomando precipitadamente un cuchillo, cortó el último vínculo que unía a la madre y el hijo.

* Una mann representa unas 6 libras. (*N. del T.*)

—Perdonadme... —balbuceó Aslieri—... pero...

Alí no le escuchaba. Cogiendo al niño por el tobillo, le puso cabeza abajo y dio un seco golpe en sus nalgas. Al principio no ocurrió nada, luego el niño lanzó un grito antes de romper a llorar cuando el aire llenó sus pulmones.

—Ahora —dijo el jeque entregando el recién nacido a Yasmina— debemos encargarnos de la madre.

Tomó una aguja en cuyo extremo su compañera había enhebrado ya un largo hilo de palma empapado en vino, quemó la punta de la aguja en la llama del brasero y regresó junto a la princesa.

Esta parecía haberse sumido de nuevo en el sueño y los dedos de su mano, crispados un momento antes, se habían relajado.

Mientras, Aslieri, recuperado ya, había retirado los separadores. Retrocedió, dejando el campo libre al jeque, que comenzó a coser las carnes. Una vez más el tiempo pareció inmovilizarse mientras las ráfagas de lluvia se alejaban hacia las llanuras de Fars. En el preciso momento en que concluyó su tarea, la soberana se movió de nuevo, pero esta vez sus ojos se abrieron por completo y movió la cabeza.

—Me duele... —dijo con voz entrecortada—; tengo fuego en el vientre.

El hijo de Sina acudió a su lado y le tomó el pulso.

—No temas, todo va bien —dijo en tono tranquilizador—. El niño está sano y salvo.

—¿El niño? —preguntó ella dulcemente.

—Sí. Le hemos salvado.

Se dispuso a añadir: «Te salvaremos también», pero la mujer había perdido de nuevo el conocimiento.

Alí siguió auscultando atentamente sus pulsaciones antes de erguirse con expresión grave.

—Cuando haya recuperado el sentido, tendremos que darle un poco de beleño y polvo de hierro disuelto en leche caliente. De momento, Yasmina, me gustaría que cubrieras la cicatriz con una capa de alheña. Pero procura no seccionar la menor porción de hilo.

—¿Y luego? —preguntó Aslieri.

—El Omnipotente decidirá si debe morir o vivir. Yo no puedo ya hacer nada.

Sin aguardar más, se dirigió con paso rápido hacia la puerta tras la que esperaba Alá el-Dawla. Apenas hubo abierto el batiente cuando el príncipe saltó hacia él.

—Símbolo de la nación —anunció lentamente—, tu deseo se ha cumplido: Isfahán tiene heredero. Es un varón.

«Durante las semanas siguientes, la princesa osciló entre la vida y la muerte. Mi maestro creyó perderla cien veces, y cien veces la recuperó. Había ordenado que pusieran una estera al pie de su lecho, y no se separó de ella ni un segundo. Bebiendo y alimentándose en la alcoba mientras duró el peligro, imaginando ser una muralla contra los ataques del ángel de las tinieblas. Apenas advertía que la muchacha se derrumbaba cuando su propio cuerpo se tensaba y su espíritu luchaba para retenerla e insuflarle su propia fuerza.

»Nada sabía de los combates que se libraban en el cuerpo de la princesa. Me confié que sólo los adivinaba, como un observador percibe intuitivamente los movimientos del universo y el curso de las galaxias. Aquel sentimiento de impotencia le indignaba. Odiaba su ignorancia comprendiendo, a la vez, qué vana podía ser la ciencia ante ciertos efectos de la naturaleza. ¿Por qué aquellos súbitos accesos de fiebre? ¿Por qué aquella brutal aceleración del corazón? ¿Qué provocaba aquellas pústulas llenas de substancia amarillenta a lo largo de la cicatriz? ¿Cuáles eran las armas que poseían las invisibles legiones del cuerpo para resistir los más terribles ataques? Siempre había sabido que aquel tipo de intervención no podía tener éxito. Los días posteriores, la operada moría de fiebre. ¿Por qué sobrevivió Laila? La única conclusión que extrajo de aquella experiencia fue que si todos somos iguales ante la enfermedad, algunos de nosotros poseen el divino don de vencer donde la medicina se revela impotente.

»Un mes y tres días después del parto, la princesa pudo levantarse y abandonar la alcoba. Había adelgazado mucho, es cierto, pero su excepcional belleza permanecía intacta.

»Llamaron al príncipe heredero Shams el-Muluk*, que significa Sol de los Reyes.

»La misma noche de la primera salida de su esposa, el soberano dio una extraordinaria fiesta. Muchos años más tarde, a las puertas de la gran mezquita de Isfahán, el relato de aquel banquete era todavía objeto de la arenga de los mendigos. Se entregaron al jeque tres cofres

* Zahir el-Din, Shams el-Muluk. Reinó en Raiy y Hamadhan a la muerte de su padre, en 1041. (*N. de/ T.*)

lentos hasta el borde de monedas de oro. Nunca su estrella estuvo más alta en el cielo. Nunca su nombre fue más venerado. Pero nadie alcanza tan gran gloria sin peligro. En la sombra, los celos y la envidia crecían como el veneno en el dardo del escorpión. Algún día, su picadura sería mortal.

»Pero él, indiferente a todo, proseguía su obra. Durante los tres años siguientes intentó varias experiencias médicas cuyos resultados consignó en el *Canon*. Las notas se perdieron para siempre. Yo mismo las había colocado al final del cuarto volumen. No me explico su desaparición*.

»Una de esas experiencias relata el caso de una mujer tuberculosa, originaria de Jwarizm, a la que mi maestro curó prescribiéndole beber sólo, durante varias semanas, agua de rosa y azúcar. Absorbió casi cien manns y se curó**. Otra nota se refiere al propio rais. Padeciendo jaquecas, un día, durante una crisis más severa que las demás, decidió aplicarse en la cabeza pedazos de hielo envueltos en tela. Aquello le alivió y dedujo que el frío provocaba una contracción de los humores del cerebro que dejaban de fluir.

»La edad no parecía hacerle efecto. Ahí está para de mostrarlo esta corta historia. El jeque entraba en su quincuagésimo año. Tras haber examinado un ejemplar del *Najat*, un grupo de estudiantes de Shiraz le comunicó su incompreensión sobre algunos de los temas tratados. Por medio de un tal Abú el-Kassim el-Kirmaní, hicieron llegar a mi maestro un impresionante cuestionario, conminándole a que respondiera. El día en que el emisario se presentó en la morada del rais ha permanecido claramente grabado en mi memoria.

«Estábamos entonces en pleno muharram, algunos amigos se habían reunido en la sala de trabajo, y el calor que reinaba en Isfahán era inhumano. Tras haber recorrido las preguntas, el jeque las devolvió al emisario y le rogó que volviera por la mañana. Un instante más tarde me ordenó que le llevara papel. Obedecí y me presenté con cinco lotes de Firawani***, de diez cuadernillos in-cuarto cada uno. Tras la oración nocturna, pidió candelabros y vino e hizo que me sentara en compañía de Ibn Zayla y el-Maksumi. Comenzó entonces a dictarme las respuestas a la carta de Shiraz, que había retenido en la memoria. Me avergüenza confesarlo, pero, mediada la noche, tanto sus discípulos como yo mismo fuimos vencidos por el agotamiento. El jeque nos despidió y prosiguió solo la redacción.

»—Toma esto y entrégaselo a Abú el-Kassim. Precísale que no he eludido ninguna de las cuestiones planteadas.

»Siempre recordaré la expresión con que me recibió Abú el-Kassim. Me encargó que expresara al jeque su gratitud y se apresuró a regresar a Shiraz, donde las respuestas de mi maestro admiraron a todo el mundo****.

»En aquella misma época, a petición del emir, se entregó a la observación de las estrellas e inventó instrumentos en los que ningún astrónomo había pensado antes.

»Transcurrido su quincuagésimo segundo año, sus facultades intelectuales seguían siendo muy vivas y —aunque sufra mi pudor— debo añadir que lo mismo ocurría con su apetito sexual. Yasmina tenía temperamento. Él la satisfacía con creces. Pero sabía también que otras mujeres se aprovechaban de la excesiva generosidad del jeque. Si aquello la apenaba, nunca lo demostró, considerando que "un león no puede transformarse en gato doméstico".

»A este respecto, y que Alá me perdone, a menudo me he preguntado las relaciones que el jeque pudo mantener con la princesa Laila. No ignorábamos la admiración que la soberana sentía por su salvador, desde que la había arrancado de las garras de la muerte. ¿Fueron amantes? Sólo el Altísimo lo sabe.

»Cuando preguntaba a el-raís a cerca de sus excesos en todas las cosas y me inquietaba, se limitaba a contestar: *El Invencible me ha colmado de dones y no utilizarlos sería insultarle.*»

—¡MASSUD!

La guerra estaba a las puertas de Fars. Y, desde lo alto de las torres de guardia, las señales de alarma de los centinelas corrían por la frontera hasta las puertas de la ciudad, transmitiendo incansablemente la funesta noticia: el hijo de Mahmud el Gaznawí marchaba sobre Isfahán.

* ¿Fue Aslieri responsable de la desaparición? (*N. del T.*)

** Según todas las informaciones, el tratamiento es, como mínimo, incongruente. (*N. del T.*)

*** Término que designa un papel que se empleó muy pronto en el mundo islámico. (*N. del T.*)

**** En realidad, Jozjani elude o edulcora la verdad. El historiador árabe el-Funduq cuenta, a este respecto, que Abú el-Kassim e Ibn Sina intercambiaron muy vivas palabras. (*N. del T.*)

En cuanto circularon los primeros rumores, las mezquitas se llenaron, los zocos quedaron abandonados y algunos habitantes se atrincheraron en sus casas aguardando la marejada turca.

Estábamos en el mes de dhu el-hija, en el año 1037 para los hijos de Occidente.

Hacía mucho tiempo ya que se presentía el nuevo impulso expansionista del rey de Gazna. Dos años antes se había apoderado de Hamadhan, poniendo fin al turbio reino de la Sayyeda y de su hijo. Desde aquel instante, la situación de Isfahán se había vuelto muy precaria. Iba a llegarle el turno. Ni Alá el-Dawla ni sus consejeros militares habían dudado nunca de ello. Un año antes, el soberano había hecho erigir, incluso, un muro de protección alrededor de la ciudad. La única incertidumbre radicaba en la fecha de la invasión.

Tras haber aprendido la lección de su primer fracaso, algunos años antes, a las puertas de Hamadhan, el hijo del Gaznawí había puesto en pie de guerra un formidable ejército, dotado de máquinas de asedio, arietes, elefantes traídos de las Indias, de los que algunos testigos afirmaban que eran tan altos como las murallas de Isfahán. Todos opinaban que, ahora, Massud era invencible.

Acodado en las almenas, Alá el-Dawla, con el rostro sombrío, parecía aniquilado. Quienes le conocían bien sabían, no obstante, que su combatividad estaba intacta.

Hizo una profunda inspiración y se volvió resuelto hacia sus salar:

—He tomado una decisión. Sin duda os parecerá insensata, pero no veo otra salida. Tenemos que abandonar Isfahán.

Como sospechaba, una inmensa consternación se pintó en los rasgos de sus generales. Sin darles tiempo para protestar, el emir explicó:

—No estamos en condiciones de resistir. Hamadhan cayó en dos días y sufriríamos la misma suerte. En cambio, si queremos que nuestro ejército escape a la destrucción, debemos ponerlo a salvo. Será nuestra única posibilidad de reconquistar la ciudad.

—Entregar Isfahán sin combatir...

El visir estaba hundido.

—Para que Isfahán viva —replicó Alá—. A continuación pienso pedir ayuda. Tal vez la del califa de Bagdad.

—¿Cuándo deberemos retirarnos? —preguntó muy pálido el canciller.

—Esta misma noche. No podemos perder un instante si deseamos pasar entre las mallas de la red gaznawí.

Dirigiéndose a los generales, ordenó:

—Reunid las tropas. Llevaos toda el agua y los víveres que podáis. Partiremos al ocaso.

En un movimiento unánime, los salar se inclinaron ante su soberano.

El sol descendía ya sobre la llanura.

—¿Debo abandonar pues la mayoría de mis obras?

—Son las órdenes, jeque el-raís. Con la mejor voluntad del mundo no podríamos embalarlo todo.

Aslieri confirmó:

—Además, el emir ha dicho que no debíamos llevar nada que pudiera retrasar la marcha.

El-Jozjani, adivinando la conmoción de su maestro, intentó reconfortarle.

—Jeque el-raís, tus obras no se perderán, volveremos a Kay Kunbadh cuando la situación se restablezca.

—De tus labios a las puertas del cielo, Abú Obeid.

Señaló las estanterías que se doblaban bajo el peso de sus obras.

—Ahí está el trabajo de toda una vida. Roguemos a Dios que podamos recuperarlo intacto.

—No hay razón alguna para que no sea así —observó Aslieri—. Para ti, esa biblioteca es inestimable. Pero los soldados enemigos preferirán las joyas y los objetos preciosos.

El jeque inclinó la cabeza sin convicción e hicieron el equipaje.

Dos días más tarde, Massud entró en Isfahán a la cabeza del ejército gaznawí. Lo que sucedió supera cualquier comprensión. La ciudad fue saqueada por completo. Nada se salvó. Las tiendas fueron desvalijadas, el palacio devastado, las mujeres y los niños violados, la madrasa incendiada. Los elefantes, abandonados a sí mismos, corrieron por las plazas y los jardines rompiéndolo todo a su paso. La morada del hijo de Sina no escapó al desastre.

Massud, que conocía el rencor que su padre seguía sintiendo hacia el-raís, acudió personalmente a la propiedad de Kay Kunbadh. Sus órdenes fueron claras: todo lo que pertenecía al príncipe de los sabios debía ser llevado a Gazna. Todo sin excepción. Y la casa

debía ser arrasada, y por lo tanto, la preciosa biblioteca fue desmontada y los manuscritos que contenía fueron enviados al otro extremo de Persia, a los confines del Turkeistán*.

El sanguinario Mahmud no había logrado poner de rodillas al jeque. Se vengaba arrebatándole su mayor riqueza.

Cuando conoció la noticia, Alí ibn Sina acompañaba al ejército de Isfahán, que había hallado refugio en la ciudad de Tustar, en el Juzistán. Su rostro no reveló sorpresa alguna, pesadumbre alguna, pero sus ojos se velaron como si todas las noches del mundo cayeran, de pronto, sobre ellos. En los siguientes días, no pronunció palabra, sumido horas y horas en una profunda letargia, alimentándose apenas pero vaciando jarras enteras de vino de Busr.

Hacía más de un mes que habían salido de Isfahán, vagabundeando de campamento en campamento esperando la tan deseada decisión: reconquistar la ciudad. Y la decisión seguía sin llegar. Sin embargo, se sabía que Massud había abandonado la ciudad nombrando un gobernador. En realidad, Alá el-Dawla aguardaba pacientemente el momento propicio, pues no transcurría día sin que sus espías le transmitieran preciosas informaciones sobre el ocupante. Pero lo más importante, y que todos ignorábamos, era la próxima llegada de refuerzos procedentes de Bagdad. En pocas horas iba a llegar un destacamento al mando de Al-Qadir. El califa en persona...

Alí volcó la jarra sacudiéndola con despecho.

—Se ha terminado. La guerra ha acabado con la embriaguez. ..

Tomó la mano de Yasmina y la acarició distraídamente.

—Por fortuna, me queda tu piel para saciar mi sed.—Y como ella no respondiese, dijo—: Alma mía... Estás apenada.

—Apenada no, hijo de Sina, solamente colérica. Porque estás loco.

Pasó su mano por los cabellos sembrados de mechones blancos y, luego, paseó su índice por las arrugas que el tiempo había formado alrededor de sus ojos.

—La edad comienza a vencer tu cuerpo, pero todavía no ha conseguido dominar tu sinrazón. Sigues siendo un niño, hijo de Sina.

—¿Quisieras que fuese un anciano tullido y repugnante?

—Te quisiera más prudente.

Alí sonrió melancólico.

—Si supieras cuánta gente se dice prudente cuando sólo está cansada.

—Estoy segura que cuando mueras, si abren tu cuerpo, encontrarán más vino que sangre.

—Lamentablemente creo que no verás ese día, corazón mío. Yo soy eterno.

Fue Yasmina quien sonrió entonces. Alí prosiguió con juvenil fervor:

—Voy a confiarte un secreto. Cuando era niño, estaba convencido de que mientras un hombre se mantuviera en guardia, no podía morir. Moría por falta de atención. Por eso me creo eterno.

Yasmina no pudo evitar una carcajada ante tanta ingenuidad.

—¡En ese caso, hijo de Sina, vivirás mil años!

Él posó su mano en los pechos de la mujer y, a través del fino tejido de seda, aprisionó en su palma uno de aquellos globos.

—¿De qué servirían mil años si me privaran de esto?

—Pues entonces, rey mío, no tienes elección, tendrás que velar también por mí.

—Te lo juro...

La envolvió en sus brazos y la tendió lentamente en la estera que cubría la arena.

—Ven, alma mía... Degustemos la eternidad...

* De este modo, innumerables obras de mi maestro se perdieron para siempre o fueron parcialmente destruidas. (*Nota de Jozjani.*)



TRIGÉSIMA MAQAMA

—Jeque el-raís!

Alí reconoció la voz de Aslieri. Se apresuró a echar una manta sobre la desnudez de su compañera.

—¿Qué sucede, Yohanna?

—El emir nos invita a reunimos con él en su tienda.

—¿Ahora?

—Sin perder un instante. Y ha indicado que vayas con tu esposa. Han dispuesto una comida. No sé lo que ocurre, pero el campamento está lleno de efervescencia...

El hijo de Sina secó el sudor que perlaba en la frente de Yasmina y murmuró en tono risueño:

—Una comida... Tal vez haya vino...

Ella hizo ademán de abofetearle, pero él se alejó riendo.

—¡Precédenos, Yohanna! Vamos enseguida.

Mientras se vestía, Yasmina preguntó:

—¿Qué ha podido mover al príncipe a organizar una cena en semejantes circunstancias?

—Tal vez nos anuncie el regreso a Isfahán.

Ella inclinó la cabeza sin demasiada convicción y siguió arreglándose.

Cuando iban a salir de la tienda, Alí advirtió que había vuelto a ponerse el velo como lo hacía tras la partida de Raiy. Se inmovilizó y la tomó de los hombros.

—Corazón mío... Aparta esa muralla que nos separa. Es una ofensa a tu belleza. Han pasado más de quince años. ¿Cómo puedes temer algo todavía?

Ella vaciló unos instantes, luego desabrochó el litham, desnudando su rostro.

—Tienes razón —dijo dulcemente—. Han pasado más de quince años...

Cuando entraron en la tienda del emir, a Yasmina le pareció que la tierra se abría bajo sus pies.

Allí estaba él, arrellanado en los almohadones de seda.

Le habría reconocido en la propia Gehenna, en el fin del mundo, a pleno sol o en la más profunda de las tinieblas.

El-Qadir. El califa de Bagdad. Su verdugo, su miseria.

Había perdido el pelo. Se habían abierto arrugas en su hinchado rostro. Su panza se había hinchado más aún, pero era él.

Tuvo que agarrarse del brazo de Alí para no caer.

—¿Qué te pasa? —susurró éste sorprendido.

Yasmina quiso decir algo, pero las palabras permanecían clavadas en su garganta.

—¡Bienvenido, jeque el-raís! —gritó Alá el-Dawla tendiéndole cordialmente el brazo—. Ven, acércate, y también tu esposa. Es un gran día y quiero que seas uno de los primeros en compartirlo. Regresamos a Isfahán.

Alí inició un paso pero, como si fuera de piedra, Yasmina no le siguió.

—¿Qué te ocurre, amada? Tú...

No tuvo tiempo de acabar la frase.

Ante la general estupefacción, el califa había dado un salto y su voz resonó bajo la tela como el rugir de un trueno.

—¡MARIAM!

Alá el-Dawla y Aslieri abrieron mucho sus ojos.

El hijo de Sina permaneció atónito.

El-Qadir estaba muy cerca y Yasmina reconoció el fétido aliento que tan bien conocía.

—Mariam —repitió con una voz temblorosa e incrédula a la vez—. En nombre de Alá el que hace misericordia, el Misericordioso...

Sobreponiéndose enseguida, gritó furibundo:

—¡Perra rumí! ¡Te has ocultado aquí durante todos estos años!

En aquel momento, Ibn Sina advirtió, sin duda, la magnitud del drama.

Alá el-Dawla, por su parte, se dijo que estaba viviendo una escena irreal. Tomó el brazo del califa —gesto infinitamente irrespetuoso que nunca se habría permitido en otra ocasión.

—Sombra del Altísimo en la tierra, ¿puedes explicarte?

—Esta criatura es mi esposa. Huyó hace quince años llevándose objetos de inestimable valor que habían pertenecido a mi padre, que Alá mantenga su recuerdo.

—¡Mentira! —protestó Ibn Sina.

—¡Miserable! ¿Cómo te atreves? —jadeó el califa.

Girando sobre sí mismo, aulló dirigiéndose a Alá el-Dawla:

—¿Quién es este hombre?

Blanco como una sábana, el emir balbuceó:

—El jeque... el jeque el-rais... Alí ibn Sina. El mayor sabio de Persia y...

—¡No me importa que sea sabio o mendigo! ¿Qué hace con Mariam?

Fue Alí quien repuso con voz fuerte:

—Es mi esposa.

—Júralo ante Dios!

—Ante Dios y ante los hombres.

El-Qadir barrió el aire ante sí.

—Polvo... Vuestra unión es sólo polvo. Porque esa víbora nunca dejó de pertenecerme. Para convertirla en tu mujer hubiera sido necesario que yo la repudiara tres veces. Y no fue así, por lo tanto sigue siendo mi esposa legítima y vas a devolvérmela. Regresará a Bagdad de donde nunca debió salir.

—¡Ni hablar!

Alí había respondido sin vacilar y, poniendo al emir por testigo, repitió:

—¡Ni hablar!

Luego, intentando dominar el temblor de sus manos, añadió:

—Excelencia, reclamamos tu protección.

Desconcertado, el príncipe de Isfahán apretó los labios sin responder.

—Excelencia —insistió Alí.

El soberano seguía callado.

—¡Salvó a tu mujer! ¿Ya lo has olvidado?

Era Yasmina, esta vez, la que imploraba. Antes de que su compañero pudiera reaccionar, se arrojó con gesto desesperado a los pies del emir:

—Por compasión... Recuérdalo... Hazlo por tu hijo. Por ese niño al que el jeque salvó de la muerte. ¡Por el heredero que te dio!

Levantó hacia Aslieri sus implorantes ojos:

—Díselo, Yohanna. Despierta su memoria.

Pero Aslieri se apartó. Habriase dicho que esperaba desde siempre aquel instante.

El califa intervino a su vez. Clavó sus glaucos ojos en los del príncipe y dijo en tono glacial:

—Es una elección clara. Una esclava por una ciudad. Una perra rumí por la libertad de Isfahán. Decide.

Hizo una pausa y concluyó:

—Sin mis tropas, tu ciudad está perdida...

El emir se había convertido en estatua de sal y un ligero temblor agitaba sus labios. Se mantuvo en silencio, incapaz de hablar, y Alí supo entonces hacia qué lado se inclinaría la balanza. Tomando a Yasmina del brazo, la arrastró hacia la salida de la tienda.

Casi al mismo tiempo, Alá el-Dawla levantó furioso los brazos gritando:

—¡Guardias! ¡Detenedles!

Les habían dado hasta el alba y el alba estaba casi a las puertas de la llanura. El sol no tardaría en aparecer entre las colinas de rojiza arena.

Con los tobillos encadenados, estaban sentados frente a frente, demasiado lejos para tocarse, intentando desesperadamente prolongar el tiempo en la mirada del otro.

—Acepta —suplicó Yasmina por centésima vez—. Yo te conjuro, acepta.

Alí movió la cabeza.

—¿Pero cómo? ¿Cómo puedes pedirme que haga ese gesto? No puedo, ¿comprendes?

—Sabes muy bien, sin embargo, lo que allí me espera. Lo sabes, te lo dije todo. Tendré que sentir sobre mi cuerpo un cuerpo que no será el tuyo, respirar otro olor... Viviré cada hora, cada día, la muerte que me niegas.

Ahogó un sollozo. No podía ya llorar. No le quedaban lágrimas. El viento nocturno había secado sus ojos. Suplicó de nuevo:

—Te lo ruego, rey mío. Dame una de tus redomas; de las que matan durante el sueño sin que se sienta venir la muerte. De las que matan sin dar tiempo para tener miedo. No quiero conocer de nuevo lo que conocí. Nunca más...

—Pídeme que muera por ti, pídemme que pierda la vida. Toma mis manos, mi cuerpo. Pero no pidas que mate la carne de mi carne, que ahogue voluntariamente el aliento de mi alma.

—Porque juraste velar por mí. Viviré mil años...

—¡Cállate!

Ella tendió una mano suplicante.

—Por compasión, te libero de tu promesa. Déjame morir, jeque el-raïs.

No tenía ya fuerzas para responderle. Se sentía roto, aniquilado, con la terrible sensación de ser sólo un escollo contra el que rompían olas de piedra.

La puerta de la tienda se levantó de pronto, dejando pasar la deslumbradora luz del día.

En una especie de sueño escuchó una voz que decía:

—Es la hora.

Adivinó unas sombras que entraban en la tienda y se escuchó balbucear:

—Un instante. Dadnos un instante todavía...

Las sombras se inclinaban ya sobre Yasmína. Repitió:

—Sólo un instante... En nombre del Misericordioso...

Entonces, tras una corta vacilación, las sombras se retiraron y de nuevo se encontraron solos.

Como en un sueño, también, comenzó a arrastrarse hacia su zurrón y encontró en su interior lo que buscaba.

Una pequeña redoma de alabastro. Se la tendió a Yasmína.



TRIGESIMOPRIMERA MAQAMA

Hacia ya tres días que el ejército avanzaba bajo un cielo de metal, hacia el noroeste, dejando Isfahán a su izquierda. En el último instante, sabiendo por sus espías que Hamadhan estaba defendida por una sola guarnición gaznawí, Alá el-Dawla había modificado sus planes de reconquista y decidió comenzar recuperando la ciudad perdida por su tía, la Sayyeda.

Los jinetes marchaban a la cabeza, seguían los infantes y los camellos, doblándose bajo el peso de lo víveres, cerraban la marcha alargando el paso en regular hilera. A su lado, casi ajenos al conjunto, galopaban el jeque el-raís y, algo adelantados, Aslieri y el-Jozjani. Prosiguieron así durante casi un farsaj y, bruscamente, el jeque se inclinó sobre las crines de su montura y comenzó a vomitar con entrecortados chorros, antes de caer en la ardiente arena.

Fue Abú Obeid el que primero advirtió su ausencia. Se lanzó hacia él. Ibn Sina, hecho un ovillo en la arena, con las manos engarfiadas en su vientre, no se movía ya; sólo en su rostro había muecas de dolor.

—¿Qué sucede, jeque el-raís? ¿Dónde te duele?

Aslieri, que se les había reunido, descabalgó a su vez.

—¿Es el vientre? —preguntó en un tono de fingido interés.

Alí no tuvo tiempo de confirmarlo. Atacado de nuevo por los espasmos, su cuerpo se encogió y vomitó otra vez un líquido negruzco y fibroso.

—¿Qué debo hacer para aliviarte? —preguntó temeroso el-Jozjani, tomando la mano de su maestro—. Dínoslo.

Aslieri apartó suavemente al discípulo y tomó el pulso al raís.

—¿Cómo...? —susurró Alí con voz casi inaudible.

—Muy rápido...

—¿El pulso es claro o difuso?

—Claro. No hay motivo de inquietud. Probablemente es una indigestión. Algo en mal estado que habrás comido y que...

Jozjani le interrumpió secamente:

—Es imposible. El jeque no se ha llevado nada a la boca desde que salimos del campamento.

—Es una indigestión —repitió doctamente Aslieri.

Los espasmos fueron espaciándose, se calmaron luego y Alí pudo incorporarse por fin. Su rostro pareció preocupado cuando vio el aspecto del vómito, medio absorbido por la arena.

Con un gesto que había llevado a cabo muchas veces con los demás, metió una mano bajo su túnica y comenzó a palpar su estómago.

—No es nada —dijo al cabo de un momento—. Aslieri tiene razón, sin duda se trata de una indigestión.

Sin más comentarios, se dirigió vacilando a su caballo, como si fuera a derrumbarse a cada paso. Pero cuando intentó montar, una nueva contracción abdominal le obligó a doblarse, apretando los dientes para no gemir.

—Jeque el-raís, no estás en condiciones de proseguir. Tienes que cuidarte —imploró Jozjani.

—En el próximo alto. No te preocupes.

—Pero, hijo de Sina...

—Ayúdame a montar. De lo contrario, el sol acabará con nosotros. Vamos, ayúdame, Abú Obeid.

—De todos modos, no tenemos nada a mano para aliviarle —observó Aslieri doctamente—. Debemos reunirnos con la columna.

El-Jozjani ofreció a su maestro, sin convicción alguna, la ayuda de su hombro.

Una vez en su montura, el jeque se lanzó hacia la retaguardia que comenzaba a desaparecer en el horizonte.

Cuando Alá el-Dawla dio la orden de instalar el campamento, las luces del poniente comenzaban a extinguirse al otro lado de la tierra, dejando un cielo malva pálido en el que se diluían largas estelas blanquecinas.

Apenas plantada su tienda, el jeque se tendió en su litera con la respiración jadeante.

—Yohanna —dijo lentamente—, voy a necesitarte.

—Ordena, hijo de Sina.

—Creo conocer mi mal. Tengo que quebrar su progresión en el plazo más breve.

—¿Qué tratamiento propones?

—No es muy agradable, lamentablemente. Vas a prepararme en un clíster la siguiente mezcla: dos danaqs*, uno de adormidera, y me la administrarás.

—¿Una lavativa de opio?

—Opio y apio. No intentes comprenderlo. Sé lo que me hago.

—Quisiera creerlo. Pero permíteme recordarte que un danaq de opio puede ser peligroso para el corazón.

—Error, Yohanna. Sé con mucha exactitud las dosis que no deben superarse. El límite peligroso está en cinco o seis danaqs. Muy alejado.

El-Jozjani confirmó.

—Es exacto. Estas cifras se han extraído de las experiencias llevadas a cabo por el-rais en los últimos años. Yo soy testigo. Hagamos lo que pide.

Aslieri esbozó una sonrisa resignada.

—Muy bien. A fin de cuentas, él es el príncipe de los médicos.

Yohanna hizo lo que el jeque le pedía, pero el remedio no hizo efecto. Mediada la noche, rogó a Aslieri que repitiera la operación doblando las dosis.

Fue necesaria una tercera lavativa para que se advirtieran los primeros resultados y el jeque pudiera por fin conciliar el sueño.

Cuando despertó, con el alba, una silueta estaba a su cabecera. Drogado por el opio, apenas reconoció, a contraluz, al príncipe de Isfahán.

—He sabido que estabas enfermo...

—Estoy mejor, Excelencia.

—Me preocupaba y...

Alí le interrumpió.

—¿Cuándo llegaremos a Hamadhan?

Una expresión preocupada oscureció la mirada del emir y su frente se cubrió de arrugas.

—Los kurdos nos cierran el camino. Un pequeño ejército, al mando de Tash Farrash, un general a sueldo de los gaznawíes, ocupa el pueblo de el-Karaj**. Estamos obligados a presentar batalla pues rodearlos nos haría perder un tiempo precioso. ¿Crees que podrás seguir? En caso contrario, podría poner a tu disposición algunos guardias y permanecerías aquí hasta que terminara el enfrentamiento.

—¿Estamos lejos de el-Karaj?

—Dos días y dos noches de marcha.

—Seguiré pues.

—Tendremos que recorrer el *Hezar derre*, los mil valles. Ya sabes lo que eso significa.

—Preocúpate mejor por la suerte de tu ejército.

El emir inclinó la cabeza.

—Sospecho que no cambiarás tu decisión.

—Te lo repito, preocúpate por la suerte de tu ejército.

—Hablaba de tu intención de abandonar mi servicio cuando lleguemos a Hamadhan.

—Ya lo he hecho, Majestad. Ya no estoy a tu lado.

Los rasgos de Alá se ensombrecieron un poco más.

—El perdón es un acto de fe —dijo al cabo de un momento—. Imploré el tuyo y sigo implorándolo. Estás ante un hombre cubierto de tierra***.

El hijo de Sina se incorporó un poco.

—Señor, estoy sordo y he perdido la vista. ¿Cómo puedo perdonarte en ese caso? Ya no oigo tus súplicas y no te veo.

—Comprendo tu dolor.

* Un danaq equivale, aproximadamente, a 1/6 de dirham. Un dirham es igual a 3,12 gramos. (*N. del T.*)

** En los alrededores de Hamadhan. La región tenía casi 660 poblaciones. (*N. del T.*)

*** Estar cubierto de tierra, de polvo, significa estar sumido en la pesadumbre, en la desolación. Estar aniquilado. (*N. del T.*)

Calló antes de añadir:

—Pero si habitaras en mi corazón, sabrías cómo lo he hecho mío.

Alí cerró los párpados y se refugió en el silencio.

Tras muchas dificultades cruzaron los mil valles de los que le había hablado el emir. Era una extensión árida, desolada. Según las leyendas, el lugar fue escenario del combate de Rustam contra el dragón y el aliento venenoso de la bestia dejó estéril la tierra. Pero no había un ejército kurdo sino dos. El segundo aguardaba a las tropas de el-Dawla a unos diez farsajs de Hamadhan, en los alrededores de Idhaj. Por ello, pese a la victoria que obtuvo en el-Karaj con bastante facilidad, tuvo que detenerse durante tres días para permitir que los hombres vendaran sus heridas y recuperaran sus fuerzas.

El estado del jeque había mejorado sensiblemente. Lo aprovechó para dictar a el-Jozjani el inicio de una nueva obra en la que había decidido exponer sus conclusiones sobre la existencia de Dios, sus últimas reflexiones sobre filosofía y ciencia. Para él, la obra, a la que había ya titulado *La filosofía oriental*, sería una especie de testamento que iluminaría los imprecisos contornos de su obra anterior y respondería a las preguntas que no dejarían de hacer quienes, más tarde, analizaran sus escritos. Mientras, Aslieri seguía administrándole tres clísteres diarios, en los que el jeque había hecho añadir mitridates*.

A veces se interrumpía, de pronto, cuando estaba dictando una página y su mirada se clavaba en el desierto infinito como si acechara algo en el horizonte. El-Jozjani respetaba aquellos momentos, guardándose mucho de hacerle preguntas sobre sus pensamientos. ¿De qué le habría servido, además? Por qué intentar que su maestro regresara a la realidad de las tierras de Idhaj cuando le adivinaba vagando a las puertas de Bagdad...

El ejército levantó el campo al finalizar el tercer día y partió para enfrentarse con la segunda guarnición kurda, último obstáculo en el camino de Hamadhan. Aquel nuevo viaje avivó los sufrimientos del jeque, que se hicieron más intensos. La víspera de la batalla, eran tan intensos que obligó a Aslieri a aumentar las dosis y pasar a cuatro danaqs de opio y un dirham de apio.

Aunque el médico obedeció sin discutir, Jozjani se inquietó:

—¡Es una locura! ¡Tu cuerpo no podrá resistir el tratamiento!

Alí desdeñó secamente las observaciones de su discípulo y, al día siguiente, mientras duró la batalla, Aslieri no le administró menos de ocho clísteres. Tal vez entonces las cosas adquirieron un carácter irremediable...

El sueño cayó entonces sobre él, sólo despertó veintiséis horas más tarde para advertir que Jozjani estaba acostado a sus pies, que no le había abandonado un solo instante.

—¡Despierta, Abú Obeid! —dijo con voz estentórea—. Tenemos que concluir un trabajo.

Abandonando a su atónito discípulo, saltó de la litera y salió de la tienda.

—¿Has perdido la cabeza, hijo de Sina? —gritó el Jozjani lanzándose tras de él.

Alí no le escuchaba. Sus ojos estudiaban el paisaje. Parecía descubrir la naturaleza por primera vez. El campamento se había levantado en el linderó de un oasis, en cuyo centro brillaba una pequeña extensión de agua rodeada de datileras y cañas. Sin vacilar, el jeque se dirigió hacia ellas mientras Jozjani, protestando y suplicando, le seguía los pasos. Al llegar a la orilla, se despojó de su túnica y, con el torso desnudo, se sumergió hasta la cintura.

—En vez de mirarme como un cachorro, ¿por qué no haces lo mismo? Sin duda hiedes, Abú Obeid.

—¿Has olvidado tu enfermedad? La noche no tardará en caer. ¡En menos de una hora, helará!

—¿De qué estás hablando? ¿De qué enfermedad?

Ante las divertidas miradas de algunos soldados instalados alrededor del agua, levantó un chorro de cristalinas perlas gritando con mucha fuerza y volviendo la cabeza al cielo:

—¡Omnipotente es Alá, pues ha prolongado mi vida!

Cuando regresaron a la tienda, la noche había invadido el desierto, devorando los contornos del oasis y las copas de las datileras. Y la luna nueva de ramadán se elevaba por el cielo, cubría el paisaje de nacarados fulgores.

—Mira, Abú Obeid... De noche todo es hermoso, todo se hace noble. La mediocridad desaparece, la fealdad se vela. ¿Por qué el día vence, inexorablemente, a la noche, por qué?

* Un electuario que toma su nombre del rey Mitrídates, que solía tomarlo para inmunizarse contra los venenos. Por extensión, el término mitridatización significa inmunidad frente a los venenos minerales o vegetales, adquirida por habituación progresiva. (*N. del T.*)

—Sin duda porque ésa es la voluntad de Alá —repuso simplemente el-Jozjani.
 —Tal vez. Sólo espero que en el paraíso sea distinto.
 —Jeque el-raís... ¿Puedo hacerte una pregunta?
 —Puedes, Abú Obeid. ¿No eres acaso mi amigo?
 —¿Sigues convencido de que existe otra vida?
 Alí interrumpió su marcha y miró intensamente a su amigo.
 —Preguntarlo es una ofensa. Sí, lo creo. Lo creo más que nunca. Creo en la inmortalidad del alma. De lo contrario, el Altísimo se habría entregado a un juego absurdo...
 Hizo una corta inspiración antes de terminar:
 —Y su crueldad sería infinita...
 Habían llegado a la entrada de la tienda pero, en vez de cruzarla, Alí se dejó caer en la arena.
 —El aire es suave y no tengo sueño. Ni ganas de trabajar tampoco.
 —Sin embargo, deberías descansar. La enfermedad te ha abandonado, pero sigues muy débil.
 —Todo va bien, Abú Obeid. He vencido al mal.
 —Alá te escuche, jeque el-raís.
 Levantando sus ojos al cielo estrellado, casi susurró:
 —*¿Qué queda de mi juventud, salvo el suspiro y el mal de mis faltas? ¿A dónde has ido, oh juventud mía? Ay, anciano, ¿qué has hecho de tu juventud?*
 Abú Obeid le miró sorprendido al oírle citar, de pronto, ese poema de Firdussi. Pero no dijo nada. Pasó algún tiempo, durante el que ambos hombres mantuvieron silencio, sumidos en sus pensamientos.
 —Necesito una mujer —anunció de pronto Alí.
 Los ojos de su discípulo se abrieron de par en par y examinó a su maestro, convencido de que se había vuelto loco.
 —Ve a buscar a una de las esclavas del emir. Si mal no recuerdo, debe de tener aún a la pequeña egipcia de piel de ámbar.
 —¡Ni lo sueñes, hijo de Sina!
 —Ve, Abú Obeid. Tengo la sed en mi cuerpo. Si no la sacio el mal volverá. Ve enseguida.
 —En nombre de Alá, el Misericordioso... Ahora estoy seguro, buscas la muerte.
 —Eres estúpido, hermano mío. Ve a buscar a la egipcia y deja de darme la lata.
 —¡Pero ni siquiera tiene quince años!
 —¡Ya basta! ¡Te lo ordeno!
 Abú Obeid se levantó lentamente, con el rostro trastornado, y se dirigió con la espalda encorvada hacia la tienda de las esclavas.

Alí se vació por tercera vez en el vientre de la muchacha. Los abrazos se habían sucedido, casi sin interrupción, cada vez más violentos y más prolongados.

La luz láctea que se filtraba entre la tela de la tienda cubría sus dos rostros relucientes de sudor, había algo turbador en la unión de aquellos dos cuerpos de edades distintas, mezclados y olvidados en la penumbra. La espantosa delgadez del jeque ya no existía, su rostro demacrado había recuperado una nueva juventud, y cuando sus secos labios mordían los labios de la adolescente, todo su ser se impregnaba de su único sabor. Su saliva tenía el aroma de los melones de Farghana, su bajo vientre el inigualable perfume de las rosas de Bujará.

—Tú... Tú eres el limo con el que fui hecho. De ti vivo en este momento.

La muchacha le miró, desconcertada aparentemente por su curioso lenguaje. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo habría podido conocer el lejano sentido de aquellas palabras cuyo secreto sólo él poseía?

Cuando se derrumbó, por cuarta vez, sobre ella ofreciéndole su simiente, la muchacha le oyó llorar.

Al día siguiente, el ejército llegó a las puertas de Hamadhan. Era el primer viernes del mes de ramadán.

El jeque el-raís había sido instalado en una litera tirada por dos alazanes.

El ocaso se apoderaba progresivamente del horizonte. Era la hora de asr, y la voz del muecín llamaba a los fieles a la plegaria.

El hijo de Sina levantó una mano temblorosa hacia su discípulo.

—Vuelve a leer el mensaje... Vuelve a leerlo.

—*Pídeme que muera por ti, pide que pierda la vista. Toma mis manos, mi cuerpo. Pero no me pidas que mate la carne de mi carne, que ahogue de buen grado el aliento de mi alma... Sí, rey mío, tú tenías razón. Viviré milanos... Viviremos, juntos, mil años.*

Yasmina

—Está viva...

—Y libre —añadió Abú Obeid.

—¿Pero cómo? ¿Cómo es posible?

El discípulo movió la cabeza dulcemente.

—No lo sé. El mensajero sólo me ha confiado esta carta.

—No importa donde esté ahora, pues está viva. El Altísimo se ha compadecido de sus criaturas.

Un acceso de tos, de extremada violencia, le sacudió de pronto, y en la comisura de sus labios apareció un poco de sangre. Encontró fuerzas para murmurar:

—El gobernador que también dirigió mi cuerpo durante tantos años, ya no está en condiciones de proseguir su tarea... Creo que ha llegado la hora de plegar mi tienda.

Abú Obeid, con el rostro lleno de lágrimas, intentó decir algo, pero ningún sonido salió de su boca. No lo comprendía. Se negaba a comprenderlo. ¿Qué había ocurrido, tras la mejoría de la víspera, para que el mal se arrojara de nuevo sobre su maestro, más virulento, más decidido que nunca*?

—Toma todo lo que quieras y distribuye el resto de mis bienes entre los pobres. Que vacíen mis cofres de oro. Que no quede nada.

Se ahogaba y tuvo que interrumpirse, antes de proseguir:

—Intenta reunir mis escritos. Te los confío. Alá les dará el destino que merecen.

Calló. Sus párpados se cerraron.

—Ahora, Abú Obeid, amigo mío, mi mirada, sólo queda el Libro. Dime las palabras del Libro...

Estábamos en el 428 de la Hégira. El año 1037 para los hijos de Cristo. Cuando el príncipe de los médicos se extinguió, tenía cincuenta y siete años.

Al día siguiente, para estupefacción de todos, un correo anunció que el ángel de la muerte se había llevado al califa el-Qadir, mientras avanzaba por la ruta que llevaba a Bagdad.

Había sido envenenado por una mano desconocida...

Long Island, New York, agosto de 1988 498

* En su diario, el-Jozjani da a entender que Aslieri no respetó la posología indicada por su maestro. Transcribimos aquí sus palabras; «El jeque ordenó, al médico que le trataba, que le administrase 2 danaqs de apio, pero le administró 5 dirhams, lo que agravó el estado del enfermo. ¿Lo hizo adrede o por error? No lo sé, pues no estaba presente.» (*N. del T.*)

Oh tú que has leído esta obra, ruega para que Dios se apiade de su autor. Reza también por el copista y pide para ti mismo el bien que desees.
Que mi corazón permanezca junto al «hombre de la batalla»...

GLOSARIO

Dinastías

Gawawíes

Esta dinastía turca reinó en Jurasán (nordeste del Irán), en Afganistán y en el norte de la India a partir de 997.

Su fundador, Sebuktegin, era un antiguo esclavo turco que se elevó rápidamente y fue reconocido por los Samaníes como gobernador de Gazna (hoy Gazni, en Afganistán). Aprovechando las luchas entre Samaníes y Buyíes, Sebuktegin consolidó sus posiciones y extendió su presencia hasta las fronteras de la India.

La dinastía alcanzó su mayor gloria durante el reinado de Mahmud, hijo de Sebuktegin, que instauró un imperio que iba desde el Amú-Daria hasta el valle del Indo y el océano Indico.

Massud, heredero de Mahmud, no logró mantener la integridad del imperio y tuvo que enfrentarse, muy pronto, con el ascenso de otra dinastía, turca también, la de los Seljúcidas. En los últimos tiempos, sólo el este del Afganistán y el norte de la India seguían en posesión de los Gaznawíes, hasta su desaparición, hacia 1186.

Samaníes

Fundada en 819 por Saman-Joda, fue la primera dinastía puramente persa que apareció en Irán tras la conquista árabe. Devolvió el orgullo a los iraníes y despertó el sentimiento nacionalista. Bajo su impulso, el arte y las ciencias adquirieron nuevos impulsos. Samarcanda y Bujará (capital de la dinastía) se convirtieron en centros de saber y de cultura. Vaciló ante el poderío turco que comenzaba a aparecer, hacia 997, y fue definitivamente vencida tras la caída de Bujará, en 999.

Buyíes

Llamados también Bugíes o Buwayhíes. La dinastía, originaria de Daylam (región del norte de Irán) fue fundada por los tres hijos Buyeh: Alí, Hassan y Ahmad.

Reinó sobre el oeste de Irán e Irak, entre 945 y 1055.

Tras haberse apoderado de Bagdad, en diciembre de 945, los sucesores de los tres hermanos adoptaron el título honorífico de «Dawla», que significa nación.

El último príncipe Buyí (Al-Rahim) fue depuesto por el turco Seijuk Toghril beg en 1055.

Personajes

El-Biruni (Abú el-Rayhan Mohammad)

Su genealogía es incierta. Él mismo declaró: «Ignoro realmente quién fue mi abuelo. Y cómo saberlo si no conozco a mi padre.»

Murió hacia 1050, tras haber redactado de su puño y letra más de ciento cincuenta obras, entre ellas setenta tratados de astronomía, veinte de matemáticas y dieciocho obras literarias (incluidas las traducciones) y bibliográficas. Sólo veinte de esos escritos han llegado hasta nosotros. Las otras desaparecieron con el transcurso de los siglos.

Fechada en 997, su correspondencia con Ibn Sina ha sobrevivido.

Las relaciones de el-Biruni y Mahmud el Gaznawí nunca fueron buenas. Está claro, sin embargo, que recibió apoyo oficial en su trabajo.

Mahmud el Gaznawí

Durante los treinta años de su reinado, invadió diecisiete veces la India.

Dejó una gran fama e incluso una leyenda en la historia oriental. Nacido de padre turco y madre tajik, es decir de la raza local de Gazna, aquel desvalijador era, paradójicamente, un gran artista. Construyó en su capital un magnífico palacio y una mezquita de mármol. Le gustaba la poesía y se rodeó de literatos y sabios. Su nombre está vinculado a dos de los nombres más importantes del Islam literario: Firdussi y el-Biruni. Murió en 1030, en Gazna.

La biografía de Mahmud fue escrita en árabe, con un pomposo estilo, por Otbi, *Kitan al-Hamini*. Su libro se ha hecho clásico entre los orientales.

El sabio Beihaqui consagró una importante obra, redactada en persa, al reinado de Massud, el hijo del Gaznawí.

Religión

Sunníes

Impropiamente denominados ortodoxos. Ese Islam mayoritario pretende, en realidad, definirse por la *sunna*: la costumbre, la tradición, la del Profeta ante todo.

Chiíes

Aquellos que, en el Islam, reservan el imanato (el imán es «el que va delante») a un descendiente de Alí y Fátima, yerno e hija del Profeta respectivamente.

Ismaelitas

Una de las tendencias del chiísmo. Las otras son los zayditas y los duodecimanos.

Sobre la obra de Ibn Sina

La bibliografía de la obra de Ibn Sina ha sido establecida, sucesivamente, por: C. Brockelmann (en su *Geschichte der Arabischen litteratur*, t. I 452-458. Sppl. 812-828; Weimar 1998, Leiden 1937-1949); Osman Ergin... (Ibn Sina, *Bibliografyasi*, in *Büyüktürk Filozof Vetib Ustadi ibn Sina Shahsiyeti V° eserleri hakkında tetkikler*, Estambul 1937, en turco); Georges C. Anawati (*Essai de bibliographie avicennienne*. El Cairo 1950, en árabe con prefacio en francés, 434 y 20 p.)

Posterior a esas tres bibliografías, y la más completa de todas ellas, la establecida por Yahia Mahdavi, profesor de filosofía en la universidad de Teherán (*Bibliographie d'Ibn Sina*, Teherán 1954). Es una bibliografía crítica en el sentido de que distingue los libros y opúsculos auténticos de Avicena de los que no lo son.

En la biografía de el-Jozjani se citan unas sesenta obras y es la única clasificación que da cierta idea cronológica, al menos para los principales trabajos, pues las poesías y buen número de epístolas se mencionan en bloque.

Conviene aquí limitarnos al examen, muy sumario, de las mayores obras del médico y filósofo, en el orden cronológico de su composición:

1. *Al-Hikmat al-Arudhya* (La filosofía de el-Arudi)

Este libro es la primera obra filosófica de Ibn Sina. Fue compuesto a los veintiún años para Abú el-Hossayn el-Arudi, de ahí su título.

Del libro sólo queda un manuscrito conservado en la biblioteca de la ciudad de Upsala, en Suecia.

2. *Al-Qanun fi'l tibb* (Canon de la medicina)

La más compacta de todas las obras de Avicena en el campo de la medicina. Usada por varias generaciones de sabios, codificó en ella todas las nociones y experiencias adquiridas hasta su época. De ese modo, durante siglos, esta enciclopedia fue una de las obras de referencia para los estudiantes de medicina (en Toulouse-Montpellier especialmente). El gran número de manuscritos de este libro y los numerosos comentarios y traducciones a distintas lenguas revelan la importancia y el valor de al-Qanun.

3. *Al-Hikmat al-Mashriqiyya* (La filosofía oriental)

Este libro, del que sólo queda una parte de la lógica, fue una de las obras más personales de Avicena. Al escribirla, quiso apartarse de la tradicional filosofía aristotélica para exponer sus propias nociones y teoría filosóficas. La pequeña parte de la lógica que se conserva demuestra la originalidad del conjunto perdido.

Cuando, en 1029, el sultán Massud, hijo de Mahmud el Gaznawí, invadió y pilló la ciudad de Isfahán, el libro, como todas las demás obras de la biblioteca real de los príncipes buyíes, fue transportado a Gazna donde fue quemado, como el conjunto de la biblioteca, durante la invasión de la ciudad por Alá'el din Ghurí, en 1151.

La parte que se conserva de la lógica ha sido publicada en Egipto con el título de *Mantiq el-Mashriqiyyin*.

4. *El-Najat* (La salvación)

El libro tiene cuatro partes en el siguiente orden: la lógica, las ciencias naturales, las ciencias matemáticas y la metafísica. No es, pese a lo que se cree, un resumen del *Shifa*.

5. *El Shifa* (La curación)

Esta obra enciclopédica es para la filosofía lo que el *Canon* es a la medicina. Avicena expone en ella todas las teorías científicas y filosóficas conocidas hasta entonces en el mundo musulmán.

Georges Anawati realizó una fiel traducción francesa de la obra. El tomo I fue publicado en 1978.

6. *Kitah al-Isharat wa al-Tanbihat*

(El libro de las directrices y las admoniciones)

Fue, si no la última obra, sí al menos la última gran obra de Ibn Sina. Comparándola con sus obras mayores, el libro es más restringido, pero también más denso y más conciso. La elegancia del estilo se une a la concisión. Fue la única obra filosófica en la que Ibn Sina presta toda su atención a la belleza del verbo y utiliza, para ello, su gran dominio de la lengua árabe.

Sin embargo, lo que da al libro su originalidad en relación con el conjunto de la obra filosófica de Avicena, son los tres últimos capítulos consagrados al sufismo, la mística musulmana. En efecto, era la primera vez que la gnosis, los estados y etapas de la vida espiritual del gnóstico, eran objeto de un estudio filosófico.

7. *Danesh-Nama* (El libro de la ciencia)

Entre todas las grandes obras filosóficas que escribió en lengua árabe, *El libro de la ciencia* es el único que Avicena escribió en persa, su lengua materna. Esto podría sorprender si se considera que, medio siglo antes de su nacimiento, el persa, lengua hablada por lo general en todos los países del Irán de la época, era ya una lengua literaria; que la poesía y la prosa persas habían adquirido ya un gran impulso; que algunos poetas como Rutaki, Chahid de Balj, Daqiqi y Bu Chakur, habían inmortalizado grandes obras poéticas y que Avicena, poeta y bilingüe también, era contemporáneo de los mayores poetas persas de su época.

Sin embargo, el árabe, lengua religiosa y administrativa desde el advenimiento del Islam en Irán, se imponía también, como en todos los países convertidos al Islam, como instrumento de expresión científica. Ahora bien, para que sus obras fueran leídas y comprendidas en todos los países musulmanes, los sabios iraníes las redactaban forzosamente en árabe. Era una necesidad que fue perpetuándose y se convirtió en tradición.

¿Cuál fue el destino de las obras filosóficas de Ibn Sina después de su muerte? Mientras vivía, incluso a través de los acontecimientos de los que era testigo, presintió el peligro que acechaba a sus escritos y, especialmente, a su última gran obra, los *Isharat*. Las recomendaciones de la última página nos hablan de este presentimiento y esta inquietud.

Ahora bien, mientras permanecieron vivos, sus discípulos propagaron sus ideas y protegieron sus obras. Y a Jozjani corresponde, sobre todo, el mérito de haberlas adquirido, y reunido.

Pero los acontecimientos decidieron lo contrario. En efecto, la muerte del sultán Mahmud y de su hijo Massud no puso fin a la intolerancia de la ortodoxia frente a la filosofía y los filósofos en general y frente a Avicena en particular. La invasión del Irán y de todo el califato por las tribus turcas seijúcidas, convertidas muy pronto al Islam ortodoxo y fervientes defensores de esa ortodoxia, dio nuevas fuerzas a esa intolerancia.

Numerosos teólogos escribieron obras contra el hijo de Sina. El más célebre de todos ellos, Shahrestani, autor del *Tratado de las religiones y las sectas*, redactó dos libros en los que refutó las grandes tesis avicénicas.

Otro teólogo, Ibn Al-Athir, relatando los acontecimientos del año 1037 y mencionando los nombres de los personajes muertos durante aquel año, escribió: *En el mes de sha'ban de aquel año murió Abú Alí ibn Sina, el célebre filósofo, autor de obras conocidas según las doctrinas de los filósofos. Servía al príncipe Alá el-Dawla. No cabe duda de que era un infiel y por ello, en su reinado, Ibn Sina tuvo la audacia de escribir sus libros llenos de herejías contra las leyes divinas.*

Este exceso de hostilidad contra los filósofos, cuyo blanco preferido siguió siendo Avicena, prosiguió hasta 1218, fecha de la invasión mongola.

Luego las ciencias y la filosofía renacieron.

Pero la memoria de los visionarios nunca está a cubierto de la estupidez humana: En 1527, en la universidad de Basilea, Felipe Aureolo Teofrasto de Hoheinheim, más conocido con el nombre de doctor Paracelso, dio un nuevo golpe al pensamiento de Ibn Sina. Defensor de una

medicina llamada «hermética», alquimista e inventor de un supuesto elixir de la juventud, Paracelso hizo levantar una pira en el patio de la universidad y, tras haberse lanzado a una violenta diatriba contra el médico persa, hizo quemar un ejemplar del *Canon*.

Todavía hoy, lamentablemente, nuestra época sigue poblada de antiguos demonios. Los explotadores de la fragilidad y el sufrimiento humanos son legión. Y sigue viva la tentación de sustituir lo concreto por lo impalpable, la verdad por la mentira, la ciencia por la charlatanería.

Que Alá nos proteja, pues, de todos los Paracelsos, presentes y futuros...

OBRAS DE REFERENCIA

Biografía redactada por EL-JOZJANI y traducida al inglés con el título de *Avicenne, His Life and Work* por la Iranian National Commission For UNESCO (1950).

Le Livre de science (ALI IBN SINA), trad. por M. Achena y H. Massé (Ed. Les Belles-Lettres/Unesco).

Poème de la médecine (ALI IBN SINA), trad. por H. Jahier y A. Nourredine (E. Les Belles-Lettres).

Le Livre des directivos et des remarques (ALI IBN SINA), trad. A.M. Goichon.

Hayy ibn Yaqzan (ALI IBN SINA), trad. L. Gautnier (Ed. Papyrus).

L'Islam et sa civilisation (A. MIQUEL) (Ed. Armand Colin).

Etude sur Avicenne (A. JOLIVET y R. NASHED) (Ed. Les Belles-Lettres).

Avicenne et le récit visionnaire (H. CORBIN) (hd. L'Œuvre verte/Berg international).

Avicenne, His Ufe and Works (S. M. AFNAN) (Ed. G. Allen & Unwin Ltd.).

Avicenne, sa vie et sa doctrine (Dr. A. SOUBIRAN).

Introduction a Avicenne (A. GOICHON).

Les Penseurs de l'Islam (CARRA DE VAUX).

Feuilles persones (CARRA DE VAUX).

Les Mille et Une Nuits, trad. A. Galland (Ed. Garnier/Flammarion).

Islamologie (F. M. PAREJA y otros), Beirut 1957-1963.

La Métaphysique de ARISTÓTELES, trad. y notas de J. Tricot.

Encyclopedie de l'Islam.

Bibliothèque des idées en Islam iranien (H. CORBIN) (Ed. Gallimard).

Questions et réponses (ALI IBN SINA/EL-BIRUNI), 1973.